EL **EJÉRCITO FEDERAL**

DE LA PERFIDIA A LA AUSENCIA (1913-1914)

Edgar Urbina Sebastián
Prólogo de Adolfo Gilly

BIBLIOTECA **INEHRM** BIBLIOTECA **INEHRM** BIBLIOTECA **INEHRM** BIBLIOTECA **INEHRM** BIBLIOTECA

PREMIOS INEHRM 2019

BIBLIOTECA **INEHRM**

EL **EJÉRCITO FEDERAL**

DE LA PERFIDIA A LA AUSENCIA (1913-1914)

BIBLIOTECA **INEHRM**

Cultura
Secretaría de Cultura

SECRETARÍA DE CULTURA

Claudia Stella Curiel de Icaza
Secretaria de Cultura

INEHRM

INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS HISTÓRICOS
DE LAS REVOLUCIONES DE MÉXICO

Felipe Arturo Ávila Espinosa
Director General

EL **EJÉRCITO FEDERAL**

DE LA PERFIDIA A LA AUSENCIA (1913-1914)

Edgar Urbina Sebastián

Adolfo Gilly
Prólogo

El presente trabajo fue acreedor, en 2019, a la Mención Honorífica del Premio en Investigación Histórica sobre Revolución y Posrevolución Mexicana "Salvador Azuela", convocado por el Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México (INEHRM)

MÉXICO 2025

Portada: Victoriano Huerta y su Estado Mayor en un salón
de Palacio Nacional, retrato de grupo, 1913.
© (38789). SECRETARÍA DE CULTURA.INAH.FN.MX.

Ediciones en formato electrónico:
Primera edición, INEHRM, 2025.

D. R. © Adolfo Gilly, Prólogo.
D. R. © Edgar Urbina Sebastián.

D. R. © Instituto Nacional de Estudios Históricos
de las Revoluciones de México (INEHRM),
Plaza del Carmen núm. 27, Colonia San Ángel, C. P. 01000,
Alcaldía Álvaro Obregón, Ciudad de México.
www.inehrm.gob.mx

Las características gráficas y tipográficas de esta edición son propiedad del Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México, órgano desconcentrado de la Secretaría de Cultura.

ISBN INEHRM: 978-607-549-547-7

HECHO EN MÉXICO

Para Adolfo Gilly,
descendiente de transformistas y marinos

Índice

PRÓLOGO 11
Adolfo Gilly

Agradecimientos y dedicatorias 15
Introducción 19
Preludio
La moral en el Ejército. Bases para el análisis
del comportamiento del Ejército Federal durante el huertismo 23
El análisis historiográfico militar 25
Definición de moral 25
Moral y los aspectos materiales 30
Moral y elementos materiales. Los recursos humanos 30
Moral y armas 33
Moral y dinero 33
Moral y ética 35
Moral y ética/el despojo 37
Moral y ética: la juerga 40
Aspectos de la moral. Cohesión 41
Confianza en sí mismo 44
Confianza en los mandos 46
La unidad restablecida 49
¡Viva la República! 51
El Pacto de la Embajada 51

El Ejército Federal durante el huertismo. Una breve mirada ... 57
Habían sido dos... ... 59
El presidente ... 60
El secretario de guerra ... 62
Los generales de división ... 65
Mandos ... 67
Logística ... 73
Efectivos ... 77
Reclutamiento ... 78
Armamento ... 81
Comunicaciones ... 83
Financiamiento ... 85
Prensa ... 86
El gobierno huertista frente a la rebelión ... 89
Huerta y sus opositores. Díaz *versus* Huerta. Una frágil alianza ... 91
Huerta y Estados Unidos ... 99
La política de conciliación. Política del "Pan y el Palo" ... 102
Los gobernadores ... 105
La lealtad y el espíritu de subordinación de los militares federales ... 110
De la lealtad a la rebelión, de la disciplina a la insubordinación ... 115
Los federales frente a la revolución ... 117
Intentos de acercamiento de los revolucionarios a las fuerzas federales ... 133
Labores desempeñadas por los federales en las fuerzas revolucionarias ... 138
El impacto moral de las derrotas ... 146
Desde el cuartelazo hasta el golpe de estado ... 149
El frente de batalla contra el Ejército Libertador del Sur ... 255
La cuestión política ... 257
La cuestión militar ... 265
El ataque a Jonacatepec. 18 de abril. La incorporación de un viejo federal ... 273
Sean bienvenidos a la zona del terror ... 274
Los estudiantes en pro y en contra de la militarización ... 279
Los grupos paramilitares. Cuerpos de voluntarios ... 282

De la importancia de los conocimientos militares.
La incorporación de un exfederal al zapatismo 285
De la propagación de la guerra 288
El ataque a la ciudad de México 290
Sueños en el aire 298
De la huida de Victoriano Huerta a la firma
de los Tratados de Teoloyucan. Un mes decisivo 301
La vergonzosa huida 303
La política de Carbajal 305
La hora de la verdad. El 12 de agosto 313
La importancia de la caída de la ciudad de México.
Los Tratados de Teoloyucan 320
Epílogo. Continuidad y ruptura del Ejército Federal 327
La Convención y su postura hacia el Ejército Federal 329
Los exfederales en el Ejército Libertador del Sur 331
Los exfederales en el ejército villista 334
Los exfederales en el ejército constitucionalista 338
La postura final de la Convención con respecto al Ex Ejército Federal 340
Breve cierre 343
Conclusiones 344
Fuentes 349

Prólogo

Adolfo Gilly

El texto presentado por Edgar Urbina Sebastián titulado: *El Ejército Federal. De la perfidia a la ausencia (1913-1914)* constituye un estudio original y equilibrado de la historia de un ejército republicano, heredero del ejército juarista y organizado bajo la larga presidencia del general Porfirio Díaz, y de su declinación, su derrota y su disolución en la Revolución de 1910-1920.

El trabajo enfoca su estudio desde el comienzo en la moral de ese ejército, un elemento inasible pero decisivo en todo cuerpo armado que entra en combate. Describe acertadamente este factor en los tiempos de Porfirio Díaz, heredero de la hazaña juarista durante la Guerra de Intervención, su historia y su leyenda.

Desde entonces la organización del ejército mantuvo un paralelismo con la organización de la República. Este estudio explica cómo en ese tiempo dos factores contradictorios rigieron la misión y las tareas de ese cuerpo armado, por un lado garante de la soberanía nacional y heredero de las tradiciones de la Guerra de intervención —como bien lo explica Friedrich Katz en sus obras y aparece también en los notables estudios históricos de François Xavier Guerra, Carlos Tello Díaz y Paul Garner— y por el otro instrumento de represión interna, una de cuyas imágenes más tristes es tal vez la que dibujó Alfonso Reyes en su "Oración del 9 de Febrero".

Dos factores contradictorios fueron conformando y trabajando la moral de ese cuerpo armado, desde la República Restaurada hasta la Revolución de 1910. Por un lado, fue el heredero de la hazaña juarista, y por otro lado tuvo la ingrata tarea de guardar el orden interno durante la prolongada presidencia de Porfirio Díaz, misión policial impropia y destructiva como pocas para la moral y la historia de un ejército nacional.

Estas dos tradiciones se encarnaron durante el golpe de Estado contra Francisco I. Madero en dos figuras emblemáticas, cada una, de ambas escuelas: por un lado, el general Lauro Villar; por el otro, el general Victoriano Huerta y sus seguidores.

Así lo anota y explica el libro de Edgar Urbina Sebastián. Estos elementos entraron en contradicción violenta durante la revolución de 1910-1920.

Del ejército mexicano surgieron en el bando revolucionario figuras como Felipe Ángeles, Federico Cervantes, Vito Alessio Robles y otros; y en el ejército huertista ciertos militares destacados y honestos como la gran figura del general José Refugio Velasco en la Decena Trágica y en la batalla de Torreón, o la del general Antonio G. Olea, fiel cronista federal de la batalla de Zacatecas, donde el mando federal tocó al inepto general Luis Medina Barrón.

El texto de Edgar Urbina Sebastián describe con acierto la trayectoria y la conducta del general José Refugio Velasco, quien representó la tradición republicana tanto en 1913 como en la batalla de Torreón en 1914 y en la disolución del Ejército después de Teoloyucan, del mismo modo como las trayectorias de Victoriano Huerta, Luis Medina Barrón, Aureliano Blanquet y Félix Díaz encarnaron la herencia más oscura de ese ejército como represor de rebeliones indígenas y sostén de la traición de la Decena Trágica y del golpe militar y el asesinato de Francisco I. Madero y José María Pino Suárez.

El estudio de Edgar Urbina Sebastián sobre la moral y las dos tradiciones del Ejército Federal confirma el dicho de Carlos Monsiváis: la Revolución Mexicana y por ende la historia del Ejército Federal "es un proceso legible y entendible y no una cadena de aberraciones históricas", mientras "el juego de los héroes y los villanos pertenece a una visión rudimentaria" de la historia.

Este estudio culmina en la disolución ordenada del Ejército Federal a partir de los acuerdos de Teoloyucan, tarea que estuvo a cargo de su figura más destacada, el general José Refugio Velasco, aquel a quien los militares maderistas respetaban al igual que sus antiguos colegas y pares del Ejército Federal.

Este trabajo es un notable ejercicio que, a partir de la moral de un ejército y de sus contradicciones internas como cuerpo armado de una República, explica su trayectoria, su ascenso, su declive y su disolución como uno de los momentos fundadores de la nueva República sancionada en la Constitución del 5 de febrero de 1917. Su elaboración se sustenta en una nutrida bibliografía y un minucioso trabajo de archivos, en especial los de la Secretaría de la Defensa Nacional.

Agradecimientos y dedicatorias

Cuando alguien escribe un texto: un artículo, ensayo, tesis, cuento o libro, al inicio aparece el nombre del autor, no obstante, durante el proceso estuvieron presentes *N* cantidad de personas que acompañaron solidariamente todo el camino mediante los consejos, las correcciones, en las alegrías, las tristezas, en los desvelos, en los sueños, y el presente escrito no podría ser la excepción. Por ello, permítame el lector mencionar a algunas de ellas y perdóneseme la omisión, en caso de haberlas, no es falta de agradecimiento sino de memoria.

Hace algunos años tuve la oportunidad de conocer a la persona más extraordinaria de este mundo, Adolfo Gilly, quien además de excelente docente e investigador es, porque sigue presente, el mejor ser humano que he encontrado: su sabiduría, su apoyo, sus consejos y su guía han dejado en mí invaluables e innumerables enseñanzas y sentimientos.

Querido Adolfo, tienes lo que Rosa King vio en Felipe Ángeles: "los ojos más nobles que haya conocido en un hombre". Gracias por ser ese Lucero en el que sigo encontrando Luz.

De la misma forma quiero expresar mis infinitas gracias:

Al Dr. Felipe Arturo Ávila Espinosa, quien dio acompañamiento al presente trabajo, orientó el camino y de quien he aprendido bastante en las veredas de la Historia.

A la Dra. Josefina Mac Gregor Gárate, quien en el Palacio Nacional me enseñó la pasión por los archivos, en aquellos ya lejanos años cuando estaba por terminar la licenciatura, y que hasta hoy día ha dejado una enorme huella.

A la Dra. Martha Loyo, mirada crítica, certera, humana y objetiva del espíritu de los militares.

Al Dr. Bernardo Ibarrola, si hay alguien quien sabe sobre la dinámica de los ejércitos de la Revolución es él.

A Tessa Brisac, por su hospitalidad y brindar el calor de hogar en las ocasiones que he visitado su casa.

A Carmen Gutiérrez, a quien la vida me puso en el camino, mi compañera, mi princesa, mi conexión por siempre…

A mi Universo Entero, mi pequeña luna, mi hija Xtabay. Todo esfuerzo es por ti y para ti.

A mis padres, María Magdalena Sebastián y Arnulfo Urbina, los dadores de la vida, pero aún más de cariño y amor.

A mis hermanxs, Verónica, Eric y Víctor Javier, nos une algo mucho más grande que los apellidos y la sangre.

A mis sobrinxs Lizeth, Luis, Wendy, Erick y Tonatiuh, mundos distintos y distantes pero quienes llevan una gran parte de mí.

A los amigos y amigas de las interminables noches bohemias, los hermanos no de sangre pero sí de vida, compañeros y compañeras nahuales: Oscar, Mauricio, Santiago, Omar, Francisco, Iván, Ana, Carolina Cynthia, Grisel, Renata y Verónica.

A Don Oscar Espinosa, (Don KO), la palabra correcta en los momentos precisos.

A aquellxs a quien tuve la fortuna de encontrar dentro y fuera de la Universidad, que hoy siguen presentes y hacen mejor mi mundo: Charyt, Dulce, Elizabeth, María Luisa, Tatiana, Jorge y Oscar I y II.

A los cómplices en la búsqueda de Utopías: Fabiola, Israel, Josué, Nancy, Pepe, Sergio y Toño.

A Felipe Ávila, Veremundo Carrillo, Lourdes Martínez y al personal del INEHRM, quienes dieron cobijo a la presente publicación.

A todxs aquellxs que lucharon en la huelga del 99 y en los movimientos estudiantiles que le precedieron.

Al personal de cada una de las instituciones, bibliotecas y archivos consultados. Al Conahcyt, hoy Secihti, gracias a su sistema de becas pude estudiar el Doctorado. A Guillermina y Guadalupe Mata, siempre atentas, siempre amables en la Coordinación del Posgrado de Historia.

A la Universidad Nacional Autónoma de México, mi segunda casa. Sus aulas, sus docentes, sus estudiantes y todo ese maravilloso mundo que representa le debo todo lo bueno que hoy pueda existir en mí, de lo demás cúlpeseme de manera directa.

Introducción

La guerra es mucho más que hablar de los bandos contendientes. La guerra y las batallas involucran diversos factores que entran en juego para que la victoria se incline a uno o a otro lado.

La gran mayoría de los estudios militares de la Revolución Mexicana ponen más énfasis en la organización de los ejércitos, las técnicas y tácticas militares, el tipo de armamento, el avituallamiento, el número de efectivos, la distribución de sus mandos, la estructura, etcétera. Sin embargo, existe algo muy importante entre los aspectos de la guerra y que muy pocas veces es analizado: la moral de un ejército.

Pese a su importancia, rara vez es expuesto y esto tal vez se explique debido a su carácter inmaterial y a que es muy difícil cuantificarlo. No obstante, desde los relatos más antiguos, los altos mandos hablan de ese concepto y dicen que es fundamental conservarlo y alentarlo dentro de los ejércitos. La moral tiene que ver con los aspectos éticos, heroicos, sentimentales y psicológicos de los soldados. Pero los aspectos morales van de la mano también con los aspectos materiales.

Por ello, se pretende que a través del relato de la batalla el lector vaya comprendiendo e imaginando el proceso de descomposición del Ejército Federal. Se intenta mostrar cómo la falta de elementos materiales y humanos (armas, cartuchos, cañones, efectivos) y carencia de elementos morales (poco o nulo adiestramiento; mandos corruptos, cobardes o faltos de espíritu; carencia de una ideología) fueron los factores que, conjugados, llevaron a su disolución en agosto de 1914.

Por ello el trabajo está dividido de la siguiente forma: a manera de preludio se expone qué se entiende por moral y se explican algunos de los elementos relacionados con ese aspecto. En el primer capítulo se presenta un mapa general de la logística y los elementos materiales del Ejército Federal durante el huertismo. También se trata de contextualizar los hechos y por ello se exponen los aspectos generales de las relaciones de Victoriano Huerta con sus aliados y opositores.

En el capítulo siguiente se muestran los intentos de acercamiento de las fuerzas revolucionarias con los miembros del Ejército Federal para que los apoyaran en su lucha; se trata de explicar por qué fueron pocos los que acudieron al llamado y muestra qué tareas desempeñaron los federales en las fuerzas rebeldes.

A partir del capítulo tercero se relatan las batallas que sostuvo el Ejército Federal en contra de las principales fuerzas revolucionarias. Ello, como se ha dicho, con el afán de que a través del relato se muestren todas las fallas del ejército y su proceso de desintegración. Por esta razón esta parte es más descriptiva.

En el capítulo cuarto se expondrán los últimos esfuerzos de los miembros del Ejército Federal por detener el avance revolucionario y el caos que originó el avance de los insurgentes sobre la ciudad de México.

La parte final, a manera de epílogo, muestra de manera general a dónde fueron a parar algunos de los principales mandos federales después de firmados los Tratados de Teoloyucan.

Finalmente se encuentra el apartado de conclusiones.

Preludio

La moral en el Ejército. Bases para el análisis del comportamiento del Ejército Federal durante el huertismo

El análisis historiográfico militar

Los trabajos de historia militar comúnmente se basan en el estudio de los aspectos materiales de las batallas: dinero, armas y efectivos (que son los elementos necesarios para hacer la guerra) o bien en las cuestiones técnicas, tácticas y estratégicas (distribución de las fuerzas, órdenes dadas, formación de los cuerpos, etc.) y han dejado de lado el análisis de una de las propiedades fundamentales en todo cuerpo armado: la moral.[1]

Esto tal vez se deba a su difícil, casi imposible, cuantificación por su carácter inmaterial,[2] pero sabemos que está presente desde que el hombre ha hecho la guerra.

Definición de moral

"La moral es a lo físico como tres es a uno".

Napoleón

Tal vez deberíamos de empezar por explicar qué entendemos por moral. La mayoría de los teóricos militares lo entienden y definen como aquello

1 Nos dice Clausewitz: "Todos estos intentos por formular una teoría deben ser considerados como progresos en el dominio de la verdad, sólo en la medida que son analíticos; en la medida en que son sintéticos debe considerárselos completamente inútiles en sus preceptos y sus reglas. Se aferran a cantidades determinadas, mientras que en la guerra todo es indeterminado, y los cálculos deben ser hechos con cantidades totalmente variables. Dirigen su atención sólo a cantidades materiales, mientras que la acción militar está completamente impregnada de fuerzas y efectos inmateriales". Karl Von Clausewitz, *De la guerra*, p. 89.

2 En la actualidad se han hecho esfuerzos por establecer métodos de cuantificación de la moral, el cual debe ser realizado por equipos de profesionales: psicólogos o los dirigentes de las unidades militares. Esto quiere decir, por personas que sepan del comportamiento y/o que estén en constante contacto con sus hombres para que puedan emitir juicios correctos. La manera de llevarlo a cabo es mediante cuestionarios y test de pruebas de simulación, o bien llenar informes con datos previos o sin ellos. Esto último es de mayor carácter subjetivo, pues depende de la apreciación del analista. Gonzalo Adán Micó, "La moral en combate", [Conferencia] pp. 24-25.

que impulsa a los ejércitos a combatir. Es decir, es el estado de ánimo de los soldados, el espíritu de lucha.[3] Es por ello que muchos de los estudios militares lo fundamentan en aquellos aspectos psicológicos de los combatientes. Destacando, entre éstos, dos principalmente: los conceptos éticos y los heroicos. Tomemos como eje la definición de Ernesto "Che" Guevara:

> Disciplina y moral son las bases sobre las que se asienta la fuerza de un ejército, cualquiera que sea su composición. Examinemos ambos términos: la moral de un ejército tiene dos fases que se complementan mutuamente; hay una moral en cuanto al sentido ético de la palabra y otra en su sentido heroico; toda agrupación armada, para ser perfecta, tiene que reunir ambas.[4]

En cuanto al sentido ético, a su vez lo podemos dividir en dos aspectos: uno es el que se refiere a la diferenciación de lo bueno y lo malo según los lineamientos sociales de la época[5]; el otro se refiere a las normas (reglamentos, leyes, ordenanza, etc.) que rigieron a la institución castrense en su momento histórico.

Con respecto al primer punto, podemos decir, establecer qué es lo bueno y lo malo es sumamente complicado, sobre todo si se tiene en cuenta que cada uno de los combatientes se definirá como el que defiende una

3 Clausewitz dice que las fuerzas morales: "son el espíritu que impregna toda la esfera de la guerra. Se adhieren más tarde o más temprano, y con afinidad mayor, a la voluntad que pone en movimiento y que guía a toda la masa de fuerzas y por así decirlo, se confunden con ella en un todo, porque ella misma es una fuerza moral". Clausewitz, *op. cit*. p. 155; Jorge Vigón dice: "Por de pronto ocurre que cuando, refiriéndose a la milicia, se habla de moral, uno puede entender que se alude a un repertorio de normas de conducta, y otro creerá que se alude al estado de conciencia y a la disposición anímica de un hombre o de una tropa...Pero la verdadera moral es esencialmente religiosa, mientras que el estado de ánimo de una tropa, o de un hombre, es una actitud psicológica". Jorge Vigón Suero-Díaz, *El espíritu militar español*.

4 Ernesto "Che" Guevara, *Escritos y discursos*, p. 237.

5 La moral en términos éticos tiene que ver con lo que está considerado como bueno o malo en determinada época histórica. En el caso específico de finales del siglo XIX y principios del XX eran bien vistas, por la mayoría, las guerras de exterminio llevadas a cabo por el ejército federal en contra de los yaquis y mayos y los diversos grupos indígenas. Ello en gran parte influenciado por las corrientes de pensamiento en boga: el positivismo, el evolucionismo y el determinismo biológico, basadas en gran parte en las ideas de Charles Darwin, Herbert Spencer, entre otros. Moral, en este sentido, era que se tratara de acabar con los yaquis, amoral si se emprendía ese tipo de batalla contra cualquier otro grupo considerado civilizado.

causa justa y, por el contrario, a su adversario le adjudicará el papel del malvado. Al configurar al enemigo lo creará con características que sean mal vistas. Es decir, tiene la necesidad de justificar su propio comportamiento y su actuar.

Cabe mencionar que la categorización de lo bueno y lo malo es, fue y puede ser manipulable, y en este sentido cada ejército combatiente también estará disputando la legitimidad de su accionar. Casi en todo momento.

> Hay individuos y grupos, sin embargo, que usan la moral con un propósito muy distinto: no para mantener el orden social, sino para extraer una ventaja en una situación competitiva, como la guerra, la política o los negocios. En sus manos, la moral se convierte en un arma por empuñar para dirigir la atención a su causa mientras se le desvía de las repulsivas, menos nobles acciones inevitables en toda lucha de poder. Esas personas tienden a aprovechar la ambivalencia que todos poseemos ante el conflicto y el poder, explotando nuestros sentimientos de culpa para sus fines. Por ejemplo, pueden situarse como víctimas de injusticia, para que quienes se opongan a ella parezcan malos o insensibles.[6]

En el muy particular caso de la guerra, las razones son más poderosas:

> Habrá que analizar las razones legitimadoras a la conducta específica de los profesionales de la milicia tanto en paz, instruyéndose y adiestrándose, como en guerra, llevándola a cabo. Habrá que estudiar aquello que legitima la «conducta bélica», puesto que, si nada legitimara la guerra, en ninguna circunstancia, nada podría haber que legitimara a quiénes tienen como trabajo llevarla a cabo. En consecuencia, habría que intentar, también, plantear aquellas circunstancias precisas que permiten hablar de guerra legítima, además de legal, o sea de guerra justa. Cuando se exponen opiniones sobre lo que se debe y no se debe hacer, sobre lo que está bien y mal, uno tiene que dar su propia opinión. Por ello, como una primera hipótesis, se apunta que la justificación moral que tiene el militar profesional ante la guerra es lograr, a través de ella y mediante la derrota del enemigo, la paz, cuando, ante la imposibilidad absoluta de hacer valer la legítima causa propia por otras instancias

6 Robert Greene, *Las 33 estrategias de la guerra*, p. 382.

> legales, aquélla ha estallado. Se encontraría, así, la justificación ética de que determinadas personas elijan esta profesión en el convencimiento de que los ejércitos son un medio de evitar las guerras y preservar la paz.[7]

Respecto al segundo punto, el concepto de moral está ligado con el seguimiento o no del soldado a las reglas bajo las cuales está organizada la fuerza militar a la cual se integró:

> Cuando un individuo se incorpora como profesional a las Fuerzas Armadas, formado en la cultura moral de una sociedad, se encuentra con un código profesional elaborado y definido, con unos valores que tendrá que interiorizar y en relación con los cuales desarrollará sus actuaciones y comportamientos.[8]

Es decir, son normas que le dan una visión muy particular al soldado, dotándolo de una serie de valores que lo diferenciarán de la sociedad. Al seguirlas obtendrá el reconocimiento de sus pares militares y de la sociedad en su conjunto, de lo contrario será condenado moralmente.

Cabe mencionar que para llegar a SER soldado no basta con el seguimiento de los códigos. Es una formación que se adquiere en las academias, en las filas, en el trato con sus iguales y en la guerra:

> la formación recibida por los soldados profesionales en sus academias, promueve una especial cosmovisión, una singular "tabla de valores", que genera una "ética" diferente a la que es usual en otras parcelas estrictamente civiles. El militar suele tener una concepción "moral" de la vida más desarrollada que en otras esferas; quizás convenga tener presente que la existencia de la profesión militar supone, como apunta Samuel P. Huntington, intereses humanos en conflicto y el uso de la violencia para defender y mantener todos esos intereses.[9]

7 Antonio Moliner González, "Aproximación al concepto de moral militar", p. 8.
8 *Ibid*., p. 15.
9 J. Blanco Ande, "Rasgos del militar profesional", p. 155.

La moral de un soldado es diferente a la de cualquier otro grupo.

Dicho lo anterior, el concepto de moral en este trabajo se estudiará con base en tres ejes principales:[10]

Moral relacionada con los aspectos éticos, según los preceptos de la época. En cuanto se refiere a la distinción del bien y el mal, que rige el comportamiento de los soldados, al hacerles creer lo justo de la causa que defienden.

Moral entendida como las normas que rigen a la institución castrense, y que dan sentido al comportamiento de los militares. Es su patrón de conducta.

Pero sobre todo se enfocará en la *Moral* entendida como el ánimo de lucha de los soldados, aquello que los predispone a realizar alguna tarea, en el que intervienen tanto factores inmateriales como materiales y psicológicos, en la que se involucran los sentimientos y el ser de cada militar. En el campo de guerra, aquello que los impulsa a actuar o dejar de hacerlo en una situación extrema.

> Aquí la moral es sinónimo de "buena disposición de ánimo", tener fuerzas, coraje o arrestos suficientes para hacer frente –con altura humana– a los retos que nos plantea la vida" […]. La moral no es sólo un saber, ni un deber, sino sobre todo una actitud y un carácter, una disposición de la persona entera que abarca lo cognitivo y lo emotivo, las creencias y los sentimientos, la razón y la pasión, en definitiva, una disposición de ánimo (individual o comunitario) que surge del carácter que se ha forjado previamente.[11]

La moral también es ese lazo invisible que los une con sus compañeros y con los jefes. A los jefes con su tropa. E inclusive con los civiles a quienes sirve, protege o a quienes ataca. La moral es también un estado mental que puede hacer actuar o paralizar a los soldados, que los impulsa a hacer acciones heroicas o cobardes, es el estado mental que los lleva a adoptar una actitud de compromiso o de apatía. Sin embargo, vale la pena hacer la siguiente aclaración, en algunas ocasiones el comportamiento en el campo de guerra no tiene que ver con los aspectos éticos, muchas veces se refiere

[10] Para una reflexión sobre el concepto de la moral véase el estudio del coronel de Ejército del Aire, Antonio Moliner González, *op. cit*.

[11] Cortina, *Ética*, p. 14.

a una cuestión de vida o muerte, o de si se siente apto o no para desempeñar alguna tarea en específico.

Este estudio se enfocará en gran parte en el aspecto moral, porque:

> El soldado no es un elemento material más de los que intervienen en una guerra, es un individuo dotado de razón y emoción, y que como todo ser humano intenta encontrar unos sólidos fundamentos morales y éticos a su profesión.
>
> Al igual que otras profesiones, la militar tiene un código moral que, dada la especificidad del poder de destrucción y letalidad que tiene en sus manos el profesional de la milicia, exige una reflexión ética serena que culmine en una justificación muy exigente de su legitimidad y legalidad.[12]

Cabe mencionar que el concepto de moral no es ahistórico y universalista, tiene que ubicarse en un tiempo y en espacio definidos.

Moral y los aspectos materiales

Ahora bien, que hablemos de la moral no quiere decir que no se tenga en cuenta a las condiciones materiales. Por el contrario, tiene íntima relación con ellas. De nada sirve un soldado con un alto espíritu de lucha y dispuesto al sacrificio si no cuenta con los elementos necesarios para combatir. Pero también de nada sirve que un ejército cuente con los mejores elementos materiales si su moral está por los suelos y la del enemigo se encuentra en las nubes.

Moral y elementos materiales. Los recursos humanos

Es un error habitual en estudios historiográficos pensar que el efectivo del ejército durante el huertismo llegó a alcanzar cifras monumentales. Esto se debe principalmente a que los informes y decretos expedidos durante ese tiempo hablan de un aumento constante en la institución castrense. No obstante, todo parece indicar que las cifras son exageradas, que sólo

[12] Antonio Moliner González, *op. cit*., pp. 7-8.

son castillos en el aire y que los esfuerzos de Huerta para ampliar al Ejército fueron infructuosos.

El Ejército había decrecido considerablemente debido a la revolución de 1910, entre bajas por muerte o cumplimiento de tiempo de enganche, deserciones, respuesta afirmativa a peticiones de baja por haber sido enrolados injustamente, retiro, etcétera. Cabe mencionar que Madero intentó aumentar el ejército a 60 000 hombres,[13] sin embargo, para el 15 de febrero de 1913 sólo se contaba con 32 594 hombres pertenecientes a los cuerpos de línea, y 15 550 de las fuerzas irregulares.[14] Es importante señalar que el número de soldados al inicio de la revolución se calcula en alrededor de 30 000 hombres.[15] Es decir, durante el maderismo el número de efectivos

[13] *Diario Oficial*, 15 de mayo de 1912, p. 166.

[14] Informe de Huerta a la Nación el 1º de abril en: *Los presidentes de México ante la Nación: informes, manifiestos y documentos de 1821 a 1966*, t. III. Entre regulares e irregulares sumaban una fuerza de poco más de 48 000 efectivos.

[15] Gloria Fuentes, *El ejército mexicano*, p. 88. Esto sin contar a las fuerzas rurales. La situación de las fuerzas rurales puede consultarse en Paul Vanderwood, quien dice que sus condiciones a pesar de que no eran buenas eran mejor pagadas que los miembros del ejército regular. A fines del Porfiriato su presupuesto fue de $1 784 083; con Madero fue de casi tres y medio millones de pesos anuales; Huerta les destinó más de seis millones de pesos, durante 1914-1915. "Cuando en noviembre de 1910 Madero dio inicio a la revolución, había 2 704 policías rurales en toda la república, pero la mayoría de ellos estaba al servicio de los distritos industriales cercanos a la capital". En otra parte menciona: "Ninguna fuerza policial alcanzó más fama (para algunos, infamia) que los rurales mexicanos. Nos referimos a la corporación de policía federal que patrulló los extensos campos, las vías férreas y las áreas problemáticas del país en la segunda mitad del siglo XIX y principios del XX. Durante este periodo individuos, municipios, cantones y estados crearon sus propias versiones de fuerzas de seguridad pública a las que también llamaron "rurales", pero la fama internacional y en el país le correspondió a la agrupación nacional, que en sus mejores tiempos llegó a contar con cerca de 3 000 elementos, considerados dentro y fuera del país como símbolos de un México moderno, garantes de la paz, muy machos y muy mexicanos". […] "Quienes se enlistaron entre 1880 y 1910 —y más de 30 000 sirvieron aunque fuera de forma breve en los rurales durante aquellos años— eran mexicanos ordinarios, la mitad de ellos nacidos en el campo y el resto en pueblos de más de 5 000 habitantes y ciudades más grandes. La mayoría eran analfabetas, y dos tercios, solteros. No eran hombres precisamente jóvenes en busca de oportunidades de empleo: su edad promedio era de 25 a 29 años, y desde 1890 más de 40% de los reclutas pasaban de los 30 años, lo que significaba que cuando terminaran su servicio tendrían casi 40. Deben haber estado muy preocupados por su siguiente empleo". […] "Mientras que Díaz había limitado estas fuerzas a diez o 12 unidades de 300 hombres cada una, Madero le dijo al Congreso que el país necesitaba 67 agrupaciones de policía rural, un total de 18 000 hombres, seis veces el número de las fuerzas que sirvieron a Díaz y más que todo el ejército porfiriano". […] "El sucesor de Madero, Victoriano Huerta, intentó reformar

se mantuvo estático y todo hace pensar que durante el huertismo ocurrió cosa idéntica y que las cifras oficiales no reflejaban la realidad. La política de reclutamiento apenas fue suficiente para cubrir las bajas que sufría el ejército.

Aunque se ha hablado de cifras exorbitantes (el propósito de Huerta casi al finalizar el huertismo era de incrementar el ejército hasta 250 000 efectivos), la falta de recursos humanos fue una constante desde el inicio del régimen militar.[16]

En muchas ocasiones fue la carencia de efectivos lo que ocasionó la derrota del Ejército Federal. Muchas veces las guarniciones tuvieron que hacer frente a los revolucionarios en desventaja significativa y sin ninguna esperanza de que pudiesen ser auxiliados por las guarniciones cercanas, quienes también carecían de elementos. Así ocurrió en Parral el 6 de mayo de 1913 cuando 600 federales tuvieron que hacer frente a 3 000 revolucionarios.

En el caso del enfrentamiento contra los villistas, los ataques nocturnos también desmoralizaban a los federales, que ante la falta de efectivos para cubrir los puestos de vigilancia estaban en constante zozobra y descansaban muy poco por el temor de un posible ataque de los revolucionarios. Estudios recientes han demostrado que la falta de sueño se perfila como una de las causales más importantes del estrés, que a su vez es uno de los factores que minan el ánimo de los soldados.[17]

---

y reorganizar la fuerza. Primero puso a los guardias bajo supervisión militar, como "exploradores", lo que significaba que funcionaban como rurales, pero bajo el control del ejército. Sin embargo, los rurales demostraron ser tan poco confiables (más de 50 por ciento desertó) que en agosto de 1913 el desesperado Huerta los incorporó a todos al ejército regular y ordenó a su inspector general formar un cuerpo de policía completamente nuevo de acuerdo con el modelo porfirista. Los planes incluían 20 unidades de 450 hombres cada una, y en julio de 1914 el inspector reportó que había 6 000 hombres en servicio", Ver Paul J., Vanderwood, *Los rurales mexicanos*; Paul J. Vanderwood, "Los rurales. Una mirada a los orígenes de la policía mexicana", pp. 77, 82.

16 Para un análisis comparativo véase: Mario Ramírez Rancaño, "Una discusión sobre el tamaño del Ejército mexicano: 1876-1930", pp. 35-71.

17 Dice Katz: "Por añadidura, los ataques nocturnos tenían efectos desastrosos sobre la moral del ejército federal. A diferencia de los revolucionarios que podían retirarse temporalmente del campo de batalla para descansar, las tropas federales nunca podían hacerlo. De día, los golpeaba la artillería, de noche atacaba la infantería villista. Los combates eran extremadamente sangrientos, porque en los ataques nocturnos los revolucionarios llegaban muy cerca de las líneas federales y se producían feroces encuentros cuerpo a cuerpo. La oscuridad acrecentaba el terror propio de ese tipo de

Moral y armas

La falta de parque con el que dotar a cada uno de los soldados también fue una constante en el Ejército Federal. Aunque varias veces se contaba con el número necesario de efectivos para poder defender alguna plaza, la forma en que eran armados y municionados era deficiente. No correspondía siquiera a la dotación que correspondía a un hombre de guarnición,[18] o provocaba que los elementos humanos no fueran ocupados. En el mes de diciembre un jefe federal explicaba a la superioridad:

> en cuanto a municiones, como ya he dicho a Ud en mensajes anteriores, las del cañón 75 mm las tengo muy escasas; las de montaña agotadas, por consiguiente, esos cañones están inútiles y las de 30 por 30 para carabina Winchester agotadas también, por lo tanto, puedo decir a Ud que tengo unas mil ochocientas armas de esos sistemas inútiles, y en consecuencia esos hombres menos para combatir.[19]

Es decir, cómo pensar que un soldado pudiera confiar en el éxito en la guerra si no había armas, o si las había carecían de municiones lo que incidía en menos efectivos para combatir o que a la mitad de la batalla se quedara sin elementos. ¿Cómo entonces hacer que un soldado se sintiera seguro? Este tipo de situaciones muchas veces provocó la molestia, el temor y la deserción de los soldados.

Moral y dinero

Todo ejército requiere de aprovisionamiento. Una fuerza militar entre más grande es requiere de mayores recursos: hospedaje, comida y agua. En

---

lucha". Friedrich Katz, *Pancho Villa*, p. 354; Sobre el estrés se menciona: "La fatiga. Es el producto resultante de la carencia de descanso y adecuado reposo. Si bien el estado físico de la persona puede aguantar circunstancias extremas, la ausencia prolongada de sueño origina en el estado fisiológico y cognitivo conflictos neuróticos graves". Gonzalo Adán, *op. cit.*, p. 20.

18 Después de los primeros encuentros sostenidos contra los revolucionarios en el estado de Coahuila, los jefes federales hicieron constantes peticiones de armas y parque a la superioridad, el que llegó demasiado tarde o nunca lo hizo.

19 6 de diciembre de 1913. Salvador R. Mercado-Secretario de Relaciones. Archivo Histórico de la Defensa Nacional-Ramo Revolución. (En adelante AHDN-RR). XI/481.5/69. Fs.: 580-582.

la medida que puedan ser cubiertas esas necesidades será un ejército eficiente. De lo contrario, la falta de alguno de esos elementos va minando la moral y por tanto la capacidad de fuerza de los soldados. Así sucedió en el Ejército Federal, la mayoría de las ocasiones los jefes se vieron imposibilitados de dar a sus fuerzas los elementos básicos. Debido a que la guerra ya había durado bastante tiempo, los recursos naturales y económicos de las regiones se vieron agotados. De esta manera los alimentos se encarecieron, la vida se hizo más difícil y los mandos federales cada vez tuvieron mayores problemas para poder sostener a sus ejércitos.

De hecho, las condiciones de los soldados nunca fueron las idóneas, ya en agosto de 1912, Felipe Ángeles, vio las pésimas condiciones de aquellos que se encontraban en campaña:

> Avisadas las tropas de los destacamentos de que el nuevo jefe de la campaña iba en el tren, me esperaban formados a lo largo de la vía. Los soldados parecían, sin alimentos, amarillos los rostros, sucios y desgarrados los uniformes.
>
> -¿En dónde están los cuarteles? –pregunté- ¿Dónde duermen los soldados, dónde se protegen de las lluvias?
>
> ¡Pobres soldados, vivían a la intemperie en aquellas elevadas cimas de lluvias frecuentes, casi continuas todo el año! ¡No tenían siquiera un pedacito de tierra seca donde echarse a dormir.[20]

En algunos casos les faltaban los recursos necesarios para cubrir las necesidades de las fuerzas irregulares, lo que producía graves confusiones. En el combate por Arteaga, en el mes de julio de 1913, sucedió lo siguiente:

> Me permito hacer constar que debido a la falta de uniformes de que carecen las fuerzas irregulares, se producen errores lamentables, uno de ellos en el caso concreto, fue que una partida de rebeldes, como de cuarenta, que salía de la plaza casi en correcta formación, fue tomada como de las nuestras y se la dejó pasar casi en su mayoría, sin hacerle daño, habiéndosele incorporado dos individuos de los nuestros que regresaron al reconocerlos.[21]

[20] Felipe Ángeles, "Genovevo de la O", en Adolfo Gilly (comp.), *Felipe Ángeles en la Revolución*, p. 262.

[21] 22 de julio de 1913. Coronel E. Rodríguez al Jefe de la División del Bravo. AHDN-RR. XI/481.5/30. Fs.: 483-484.

La falta de fondos también provocaba el descontento de las fuerzas irregulares, en diciembre de 1913, se produjo uno de esos casos críticos. El general federal Salvador R. Mercado, jefe de la fuerza que resguardaba Chihuahua menciona que ante la negativa de la Cámara de Comercio de facilitarle dinero para pagar los sueldos a los soldados y aún de aceptar las libranzas que había expedido con el ánimo de aligerar la situación, ello provocó un conflicto:

> Cuando me encontraba en estos momentos críticos comenzaron a llegar fuerzas procedentes del Norte y al encontrar el comercio cerrado y que no se les pagaban sus haberes, entró el descontento y comenzaron las fuerzas irregulares a saquear no sólo las casas de comercio, sino las particulares; por lo pronto pude contener el desorden, pero entonces me manifestaron que si no se les pagaban sus haberes ya no seguirían sirviendo al Gobierno, y en efecto comenzaron a desertar en grupos.[22]

La situación empeoraba cuando los fondos eran robados. Durante la campaña en Coahuila el teniente coronel F. Aguilar le telegrafió de forma desesperada al general Guillermo Rubio Navarrete "Con fecha ayer salió del Hospital Militar un zapador y con este desertó otro llevándose 42,500 pesos haberes tropa".[23]

Con la prolongación de la guerra las circunstancias fueron empeorando, minando día a día el ánimo de los soldados.

Moral y ética

El régimen huertista nació imperfecto. Desde el inicio de su mandato, Victoriano Huerta sepultó uno de los pilares fundamentales del Ejército Federal: su fuerza moral en cuanto a sentido ético se refiere. Pese a que la mayoría de los mandos militares federales se sometieron al nuevo gobierno, no contó con el apoyo incondicional de cada uno de ellos. Si bien es cierto que la mayoría siguió a sus órdenes lo hizo por espíritu de subordinación. Como

[22] 6 de diciembre de 1913. Salvador R. Mercado-Secretario de Relaciones. AHDN-RR. XI/481.5/69. Fs.: 580-582.

[23] Teniente coronel. F. Aguilar-Guillermo Rubio Navarrete. Centro de Estudios de Historia de México. Carso-Archivo Guillermo Rubio Navarrete. (En adelante CEHMCARSO-AGRN). Carpeta: 1, Legajo: 30, Documento: 47-49.

lo dijo Juan Manuel Torrea, un federal que continuó prestando sus servicios en el huertismo: por tener un concepto equivocado de la disciplina y orden que se les había inculcado.[24] El mismo militar en otro momento menciona:

> El Ejército es la institución que con exclusividad debe consagrarse al servicio de la Patria y de la Sociedad; es la institución que tiene la más noble de las misiones, la de sostener al gobierno constituido; una de sus más grandes obligaciones es hacer que se respete la ley; mantener el orden público y apoyar a la autoridad.[25]

No obstante, moralmente, ese ejército federal, en cuanto a sentido ético se refiere, había ido en contra de su espíritu de formación. Su honra había quedado mancillada y ello era muy grave, pues "El honor es la principal divisa del militar; por consiguiente, procura conservarlo sin mancha, porque sabe que una vez perdido no se recobra jamás".[26]

Inclusive, Raúl Benítez Manaut, uno de los especialistas en temas militares en la actualidad, considera que el fin del ejército porfirista se dio en febrero de 1913 con la traición de Huerta a Madero, dice al respecto:

> Por ello, el ejército federal mexicano murió con una acción suicida, de la cual ninguna fuerza armada se puede sentir orgullosa: traicionar al comandante supremo. El golpe de Estado de febrero de 1913 contra el presidente Francisco I. Madero fue el hecho que marcó su historia como institución y determinó su licenciamiento o disolución, pues con el asesinato del presidente el 22 de febrero también se dio un golpe mortal a la vieja institución castrense. Sin embargo, y aquí si caben las diferencias con el resto de los países latinoamericanos, pues en México no se ha vuelto a repetir un golpe de Estado, con lo cual se acuñó un principio en todo militar que se ostente como tal en México: la lealtad. Cien años después se puede augurar que un hecho así no se repetirá en la historia del país.[27]

24 Juan Manuel Torrea, *La Decena Trágica. Apuntes para la historia del Ejército Mexicano. La asonada militar de 1913,* p. 217.

25 Juan Manuel Torrea, *Las virtudes del guerrero mexicano. Entre el pasado y entre los muertos*, p. 7.

26 *El Ejército, temas militares, credo democrático, historia patria*, p. 21.

27 Raúl Benítez Manaut, "Prólogo. Las fuerzas armadas mexicanas, historia y principales desafíos", p. 23.

Federico Gamboa, entonces representante de México en Bélgica y Holanda, de forma privada había escrito cuando se enteró de la caída del régimen maderista: "¿Por qué exaltarlo a la presidencia si lo que le corresponde es ir a presidio?... ¡Nada, nada me gusta este señor Huerta! ¡Y el asesinato de los altos funcionarios desposeídos es incalificable!".[28]

Inclusive, más tarde, el 27 de mayo de 1913, cuando en la Cámara de Senadores se discutió la promoción de Aureliano Blanquet al grado militar siguiente, Belisario Domínguez tomó la tribuna y dijo que para otorgar un ascenso era necesario que se acompañase de la hoja de servicios del militar en la que debían de establecerse los actos meritorios así como aquellos que estaban en contra; que en el caso del entonces secretario de Guerra no se asentaba su participación durante la Decena Trágica y que, por lo tanto, para cuidar el buen nombre del Senado no se debía ratificar dicho ascenso, por el papel que había desempeñado Blanquet en esos días: "El Ejército necesita en todos [los] casos y especialmente en la actualidad, ejemplos constantes de lealtad, de abnegación y de valor, y desgraciadamente el señor general Blanquet faltó a esas virtudes en los últimos días del Gobierno del Sr. Madero".[29]

Es decir, lo éticamente correcto era apoyar al mandatario en turno. Lo amoral era detenerlo, deponerlo y asesinarlo. Huerta y una parte de los mandos militares cometieron traición: palabra anatema en cualquier ejército.

Hoy en día se siguen utilizando los términos de subordinación, lealtad y disciplina como si fueran sinónimos, aunque es claro que estas virtudes militares implican cuestiones diferentes.

Moral y ética/el despojo

Un ejército se mueve por su estómago.

Napoleón

No cabe duda de que en la época de guerra la situación es crítica para todos aquellos involucrados en la misma: civiles o combatientes. Una forma de evitar la crisis y poder obtener ingresos y comida casi segura era enrolarse precisamente en los ejércitos: el revolucionario o el federal.

[28] Federico Gamboa, *Mi diario VI (1912-1919)*, p. 60.
[29] Josefina Mac Gregor, *Belisario Domínguez: El porvenir de una ética*, p. 122.

***

Una situación que causaba constantes disgustos y quejas entre los soldados federales era la falta puntual de sus salarios. Cuando los pagos se retrasaban, los jefes de las fuerzas tenían que enfrentar una situación de constante zozobra, pues temían la rebelión de sus fuerzas, la deserción, o en el menor de los casos, que los soldados se negaran a combatir. En Parral, el general Mercado abandonó la plaza, dijo, porque sus soldados se encontraban molestos por la falta de haberes.

Los jefes federales a cargo de las operaciones sabían que mantener constante y en orden la paga era también una manera de evitar los saqueos, que se traducirían comúnmente en un envilecimiento de sus tropas. El atraco se convirtió en una práctica común y aumentó en las zonas en que la paga fue retardada o nunca llegó. Esto orilló a los soldados federales a despojar a los pueblos de sus bienes y aún a obtener provisiones de los supuestos aliados del gobierno huertista: los hacendados. Ello provocó el enojo de los primeros y el desaliento de los segundos, lo que fue minando poco a poco al gobierno de Victoriano Huerta.

***

Cuando el Ejército Federal atacó a aquellos que debía defender, los pueblos, fue desgastando parte de la legitimidad con la que aún contaba y moralmente se fue corrompiendo.

Durante el periodo de 1913-1914, los culpables de ello no sólo fueron los soldados, oficiales y mandos sino también responsable fue el representante del ejecutivo, Victoriano Huerta, en su calidad de jefe de las fuerzas armadas. El problema no sólo fue que se actuó contra los civiles, sino que no existió castigo.

El caso del huertismo fue peor porque se asumió como una política de estado, particularmente en el estado de Morelos.[30] Es decir, la campaña militar en contra de los civiles no sólo fue solapada, inclusive fue alentada

[30] Se entiende por política de Estado aquella que es asumida como uno de los ejes rectores del comportamiento de un gobierno. En este caso la represión durante el huertismo fue cosa corriente. Aquí es entendida como aquella que se aplica de forma vertical, impuesta por el gobierno y no como lo entienden otros autores que la ven como un diálogo entre los actores con el objetivo de resolver, de manera conjunta, un determinado problema. Guillermo Toro Briones, "La política de Estado", pp. 15-19.

por el gobierno. Los ataques en contra de la población son condenables no sólo en tiempos de paz sino también en los de guerra. Cuando el ejército reprimió a los pueblos, a éstos les quedó como única salida hacerse fuertes entre sí, afianzar los lazos comunitarios. En el caso de Morelos, buscaron apoyo entre los grupos insurrectos zapatistas.

Como no hubo una penalización a las arbitrariedades cometidas por los soldados, aun cuando fueran acciones individuales, en los pueblos quedó la impresión de que habían sido cometidos por la institución. En este sentido, el Ejército Federal se granjeó el odio de los pacíficos.

***

La ruptura entre la población y el Ejército Federal también ocasionó la pérdida de algunas plazas. Fue muy común que la población civil, en los momentos de iniciarse los combates, ayudara desde sus casas a los revolucionarios, disparando desde sus ventanas en contra de los federales. Así pasó en el ataque a Parral en el mes de marzo de 1913.[31] El temor a que ocurriera lo mismo fue lo que hizo abandonar la población al general federal dos meses después. En el primer ataque a Durango en el mes de abril aconteció cosa semejante.

***

En varias ocasiones la ayuda de la población fue más allá. La gente salía a las calles gritando "mueras" contra el gobierno y dando "vivas" a los revolucionarios. Llegaban hasta los comercios y casas de la gente de dinero y se entregaban al saqueo, la destrucción y al incendio. En Parral saquearon y después quemaron el mercado y algunos comercios el 4 de marzo de 1913. Este tipo de actitudes distraía a gran parte de los efectivos federales, ya que una parte era utilizada para apagar los descontentos, aunque la mayoría de las ocasiones el Ejército Federal fue capaz de sofocar los desórdenes.

En el caso de la toma de Durango en el mes de junio de 1913 fue la primera vez que los ánimos se desbordaron, ni federales ni después los revolucionaros pudieron contener el ímpetu de la gente del pueblo. En esa

[31] De lo que sucedió en el ataque y los participantes se hablará más adelante. *Infra*, cap. III.

ocasión los saqueos fueron parte de cobrar la serie de agravios que había sufrido la población.

Moral y ética: la juerga

La Ordenanza general de la Armada, puesta en vigor en 1912, en su artículo 1 046 mencionaba:

> Las contravenciones a la moral, a la delicadeza y estimación de los citados Oficiales y Contramaestres, los vicios inveterados del juego y la embriaguez, la disolución escandalosa, la costumbre de contraer deudas sin necesidad o fraudulentamente, la asistencia frecuente a lugares de mala fama, las compañías o amistades íntimas con personas mal conceptuadas, la poca escrupulosidad en el manejo de caudales y todo lo que concierne a la dignidad del militar, serán objeto de la vigilancia y censura de la Junta de Honor.[32]

Como se puede observar la palabra "moral" está utilizada en normas de conducta de los oficiales en cuanto a términos éticos se refiere. Sin embargo, esas reglas tampoco eran seguidas por los miembros del Ejército Federal, el cual tenía poca disciplina. No es un secreto que en varios de los cuarteles tenían a mujeres de la vida galante. Este también era un mal presente desde el Porfiriato. Alfonso Reyes, hijo de un militar, dejará una instantánea de ello:

> En el patio cantan los presos, se estiran al sol y echan baraja. Aquello es como una llaga por donde se pudre el organismo militar. Un día a la semana, las soldaderas tienen acceso al patio, donde montan tiendas de lona para esconder su simulacro de amor. Después que el dueño se sacia, se pone a la

[32] *Ordenanza general de la Armada*, publicada en el *Diario Oficial de la Federación* del 1º al 8 de enero de 1912, p. 125. La *Ordenanza general del Ejército*, vigente desde el 5 de enero de 1912, se pronuncia en términos similares: "Las contravenciones a la moral, a la delicadeza y estimación de los Oficiales y Sargentos primeros, los vicios inveterados del juego, la embriaguez, la disolución escandalosa; de contraer deudas sin necesidad o fraudulentamente, la asistencia frecuente a lugares de mala fama y las compañías o amistades íntimas con personas mal conceptuadas, la poca delicadeza en el manejo de caudales y todo lo que concierne a la dignidad del militar, son objeto de la vigilancia y censura de la Junta de Honor".

> puerta de la tienda y cobra la entrada a los demás a tantos centavos. Tortura propiamente diabólica presenciar estas vergüenzas el mismo que fue como ninguno, organizador de ejércitos lucidos y dignificador de la clase guerrera a los ojos de la nación.[33]

En horas de servicio se emborrachan lo mismo jefes, como tropa y oficiales. No existía un compromiso con su oficio. Estas faltas ocasionaron que algunas veces fueran fácilmente sorprendidos por las tropas revolucionarias como sucedió el 15 de noviembre de 1913 en el ya famoso asalto de Francisco Villa a Ciudad Juárez.[34]

Aspectos de la moral. Cohesión

Uno de los aspectos fundamentales de cualquier ejército, y que tiene que ver con la moral, es el grado de cohesión que pueda alcanzar.

La cohesión entre las unidades castrenses es de suma importancia. Se ha demostrado que los lazos de unión que se dan son tan grandes que sólo son comparables a los de la familia.[35]

Sin embargo, el Ejército Federal nunca tuvo la cohesión deseada, porque nunca hubo una comunión posible entre el ejército de línea y los irregulares. Inclusive entre los miembros del Ejército Federal la desunión entre sus diversos mandos fue evidente. Es por ello que la cohesión, uno de los elementos claves de la moral, nunca se dio.[36]

La no colaboración entre dos fuerzas que por su formación eran distintas, fue un impedimento para lograr lo que en términos militares se conoce como espíritu de cuerpo:

> La fraternidad por carrera, que en lo militar debe existir como ley fundamental armónica, debe ser la resultante de la parte de virtud que cada oficial

[33] Alfonso Reyes, *Memorias. Alfonso Reyes*, p. 74.

[34] De lo que sucedió en el ataque y los participantes se hablará más adelante. *Infra*, cap. III.4.

[35] También se ha dicho que "el nivel de cohesión aumenta con la proximidad al frente y la densidad del combate". Gonzalo Adán, *op. cit.*, p. 13.

[36] En el caso de los revolucionarios la fuerza de la cohesión más que por pertenecer al cuerpo o división, regularmente se fundamentaba en la figura de los caudillos locales, en su regimiento. Es decir, un sentimiento apegado al líder carismático y más regional que de cuerpo, esto se traducía en un éxito como fuerza militar.

está obligado a aportar, para formar el espíritu de cuerpo; es lo que debe mantener a los soldados unidos con lazos estrechos, ya los que pertenecen al mismo Regimiento, ya a la misma Brigada o ya a la misma arma. El espíritu de cuerpo debe hacer que los que pertenecen a una misma arma, brigada o regimiento, practiquen todos los medios nobles para distinguirse; su afán debe converger a tener siempre una alta reputación militar y una grande aceptación entre el elemento civil.[37]

***

Los ejércitos híbridos que se formaron, soldados de línea con fuerzas irregulares, eran de lo más conflictivos. No había una buena relación entre unos y otros. Varias veces los mandos federales desconfiaron de los cuerpos irregulares al considerarlos muy proclives a cambiarse de bando. Algunas ocasiones la desconfianza estaba fundada, pero en muchas otras era injustificada. Esto complicó las tareas de mando pues los generales federales estaban en constante zozobra no sabiendo la actitud que tomarían sus subalternos.

Esta falta de cohesión fue fundamental y muchas veces trajo consigo las derrotas de los federales. Las rencillas personales y de cuerpo originaron el abandono de sus pares militares:

Si la armonía se ha perdido entre los cuerpos o entre las unidades superiores, entonces deja de llamarse espíritu de cuerpo y pasa a ser simplemente una fase muy perjudicial del semillero de la discordia, entre unas y otras unidades, que matan la fraternidad y forman escuela de oficiales perversos, quienes haciendo todos los males posibles e imaginables a su corporación, llegan hasta dejar que se sacrifiquen sus hermanos de armas, no dándoles el auxilio elemental a que aquellos tenían derecho y estos la obligación absoluta de prodigarlo. Cuanto de esto se ha visto especialmente en los países de origen hispano y cuanto recordarán algunos al leer estos apuntes, de hasta adonde ha llegado la criminalidad de malos generales, jefes y oficiales que estando a

37 Juan Manuel Torrea, *Las virtudes militares*, p. 81.

su mano auxiliar a un compañero que cerca ha estado combatiendo, con todo egoísmo y con toda perversidad lo han dejado que sucumba.[38]

***

Al sobrevenir la derrota los jefes federales buscaron la mejor manera de poder justificarse. Muchas veces cayeron en el lugar fácil de culpar a los jefes irregulares de sus desaciertos. Las acusaciones más comunes eran señalarlos de desorganizados, incompetentes, soberbios, insubordinados, borrachos y poco disciplinados. Muchas ocasiones también fueron vistos con desprecio. De esta manera, era imposible que pudiera hacerse una fuerza homogénea, ya que los irregulares nunca fueron integrados de manera cabal al Ejército Federal. Fueron pocos los militares de línea que reconocieron y manejaron adecuadamente a los cuerpos irregulares. Una de esas pocas ocasiones de éxito fue durante el maderismo, cuando Victoriano Huerta dirigió la campaña contra Pascual Orozco y tuvo bajo sus órdenes a jefes provenientes de las fuerzas populares como Pancho Villa. Huerta logró lo que no había conseguido meses antes otra fuerza federal encabezada por el entonces secretario de guerra, José González Salas:

> La obvia divergencia entre los resultados que obtuvo una respecto a la otra puede explicarse de distintas maneras: es posible, por ejemplo, que Huerta tuviera mayor capacidad organizativa y táctica que González Salas, o que el número de soldados a sus órdenes fuera más adecuado para enfrentar a Orozco. Sin embargo, la parte más interesante de la comparación —y acaso la más reveladora— tiene que ver con la procedencia del personal que integró ambas fuerzas: mientras la primera estaba integrada exclusivamente por soldados y oficiales del Ejército federal, la segunda contaba, además, con grandes contingentes de antiguos revolucionarios maderistas encuadrados en unidades de rurales federales "auxiliares" o "irregulares", dependientes de los estados y organizados por autoridades locales de las zonas en conflicto. Así, en las listas de esta segunda División del Norte se mezclan nombres de conocidos militares profesionales como Téllez, Rábago y Rubio Navarrete, además del propio Huerta, con los de recientes revolucionarios, como Emilio y Raúl Madero, Pancho Villa, Manuel Chao, Maclovio Herrera, Tomás

[38] *Ibid.,* pp. 81-82.

> Urbina y aun del futuro general cristero Enrique Gorostieta. Al parecer, la correcta combinación de mando -y elementos de tropa-, tanto profesionales como revolucionarios, podía producir estupendos resultados.[39]

Cabe mencionar que esa forma de cooperación durante el periodo que nos ocupa fue menos exitosa y estuvo llena de conflictos.

***

Pero las rupturas no solamente se daban entre federales y los cuerpos irregulares formados por exrevolucionarios. Hubo también relaciones muy tirantes entre los mandos federales. Los jefes de las Zonas Militares, después trasformadas en Divisiones y más tarde en Cuerpos, culpaban a sus subalternos de operar y actuar de forma incorrecta. Los jefes subalternos, por el contrario, culpaban a sus mandos de no otorgarles los elementos necesarios para la guerra. Así sucedió en Parral, Salvador Mercado acusó al jefe de la División de no facilitarle recursos. Lo mismo ocurrió en la región de La Laguna donde los conflictos existentes entre Joaquín Maass y Guillermo Rubio Navarrete impidieron el éxito de las campañas militares. Los problemas entre ambos jefes se dieron desde la llegada del coronel Maass a la zona. Rubio Navarrete informó a los pocos días:

> coronel Maass tuvo la bondad de anunciarme su entrada a Monclova […] pero después ha hecho mutis y ni siquiera sé de los mil 150 hombres que le prestó Casso López de Saltillo a cambio de 400 enfermos reclutas.[40]

Confianza en sí mismo

Uno de los factores importantes en la moral del combatiente es el estado de confianza que tiene en sí mismo. Este aspecto se refiere sobre todo a la seguridad que tiene el soldado para desempeñar alguna misión o tarea en específico. Esto depende comúnmente de si tiene la instrucción y conocimientos necesarios para llevarla a cabo. También se afirma que estas

39 Bernardo Ibarrola, "De Ciudad Juárez a la Ciudadela: Madero y el Ejército Federal mexicano", pp. 101-102.

40 Centro de Estudios de Historia de México. Carso-Archivo Guillermo Rubio Navarrete. DLXXIII, Carpeta; 1, Legajo; 28, Documento: 2-23.

cualidades deben ser reconocidas por sus compañeros para darles certidumbre y elevar su estado de ánimo. La confianza del soldado depende de dos factores principalmente: de las cualidades individuales y de si la enseñanza ha sido la adecuada.[41] En este aspecto, el Ejército Federal también carecía de ella, desde el soldado raso hasta los altos mandos.

La inexperiencia fue fundamental. En el caso del soldado común, al ser reclutado forzosamente, su falta de instrucción militar básica fue un factor determinante en la derrota del Ejército Federal.

El soldado federal al no saber cómo dominar el miedo, no recibir enseñanza de cómo comportarse en el campo de batalla, y no adquirir ningún espíritu de cuerpo y filosofía, e inclusive no saber manejar un arma, era únicamente carne de cañón y un elemento poco comprometido.[42] Esto convertía al Ejército Federal en una máquina volátil y poco eficiente.

Aunque algunas veces Huerta logró enviar refuerzos a los campos de batalla estos eran de una calidad que dejaba mucho que desear, aunque había sus excepciones.

Ello en lugar de ayudar provocaba el pánico. Por ello no fue raro que en muchos encuentros los soldados federales huyeran despavoridamente, tirasen las armas, cambiasen de bando o se entregaran como prisioneros al escuchar los primeros disparos.[43]

> [Huerta] pretendía alcanzar un contingente de 250 mil hombres. Este último propósito llevó a la decisión de aumentar la leva —el reclutamiento obligatorio—, pero la forma indiscriminada y despiadada en que se realizó resultó perjudicial, pues muchos de los hombres así asimilados al ejército prefirieron desertar, llevándose consigo uniformes, armas y hasta caballos y en muchas ocasiones se unieron a los rebeldes. Asimismo, fue contraproducente por el terror que desató en las poblaciones donde se llevó a cabo, entre ellas, la Ciudad de México.[44]

***

41 Gonzalo Adán, *op. cit.*, pp. 14-15.

42 A una gran parte de los efectivos federales solamente se les daba su fusil e inmediatamente eran enviados al campo de batalla.

43 Así sucedió en el ataque de los revolucionarios a Ojinaga en enero de 1914.

44 Josefina Mac Gregor, "Huerta en la presidencia. Las contradicciones de un gobierno autoritario", *Relatos e Historia*, p. 56.

Varios de los soldados federales que combatieron contra los revolucionarios no eran profesionales. Muchos de ellos eran individuos que no estaban acostumbrados a una vida en campaña y no estaban preparados físicamente para soportar las rudas jornadas de trabajo y militares, por lo tanto, era muy común que enfermaran. El general Salvador R. Mercado se había visto obligado a abandonar Parral, el 6 de mayo, debido, dijo, a la imposibilidad de que le mandaran refuerzos y de que los elementos con los que contaba no eran aptos o estaban enfermos.[45]

Una fuerza salió en el mes de noviembre de 1913 de la ciudad de México con rumbo hacia Monterrey, estaba compuesta de 800 hombres, muchos de ellos recién reclutados, junto con ellos iba una orden del Ministerio de la Guerra dirigida al jefe de la zona, general Téllez, previniéndolo de que fueran distribuidos entre los diversos cuerpos pero que no fueran sacados de los cuarteles "por su falta de instrucción militar y su manera de reclutamiento. El general Blanquet no quería que salieran de la ciudad de México, pero una orden directa del Presidente motivó su salida…".[46] Algo era prometer, pero que se ordenara su salida era un hecho de que más temprano que tarde serían enviados al campo de guerra.

Es por lo que difícilmente un nuevo recluta, forzado o no, tuviera las cualidades necesarias para ser eficaz en la guerra y que tuviera confianza en sí mismo o la proyectara a sus compañeros. Es decir, en este sentido, su moral y confianza individual estaba por los suelos. Esto a su vez se traducía en un sentimiento de desconfianza en los cuerpos y poca inclinación para la lucha.

Confianza en los mandos

Los soldados ganan batallas, pero los generales ganan las guerras.

Napoleón

La necesidad urgente de efectivos ocasionó que se dieran ascensos indiscriminadamente y, por tanto, estuvieran al mando de las operaciones

[45] Salvador R. Mercado-General Jefe de la División. Archivo Histórico de la Defensa Nacional-Ramo Revolución, XI.481.5-69. Fo: 238.

[46] CEHMCARSO-AGRN. DLXXIII, Carpeta: 2, Legajo: 54, Documento: 1-2.

hombres que carecían de la instrucción necesaria para llevar a cabo con éxito sus tareas.[47]

Las unidades regularmente dependen de la capacidad de los que están al frente de batalla: los generales o jefes de operaciones. El líder debe tener grandes cualidades, debe ser un ejemplo para sus subordinados mediante sus acciones y comportamiento, y debe preocuparse por el bienestar de sus soldados (que tengan una buena instrucción y una buena calidad moral y material).[48]

Sin embargo, el comportamiento de los jefes huertistas algunas veces dejó mucho qué desear en la conducción de sus soldados, no eran aptos para dirigir.

En otras ocasiones hubo jefes que pese a que sí se preocupaban por sus subordinados no tenían los recursos materiales necesarios para brindarles y solventar sus necesidades.

***

Algunos de los mandos federales se negaron a combatir al llegarles rumores de que se acercaban las partidas de revolucionarios. El caso más patético fue el del general Salvador R. Mercado, este jefe abandonó la ciudad de Parral en mayo de 1913 y la ciudad de Chihuahua a finales del mismo año. Otros dejaron abandonadas a sus tropas en medio del fragor de la batalla, como Antonio M. Escudero en Durango, en junio de 1913, y Eutiquio Munguía en Torreón.

Aunque la Ordenanza general del Ejército, en su artículo número 1326, señalaba que si un jefe abandonaba una plaza o su puesto se le abriría una averiguación para fincar su responsabilidad y en caso de comprobarse se le consignaría a los Tribunales Militares, fueron pocas las veces que la Secretaría de Guerra abrió una averiguación, y cuando lo hizo desistió a los pocos meses, por la necesidad de jefes que pudieran operar en las diversas zonas.

47 Josefina Mac Gregor señala que al llegar al poder Huerta se propuso consolidar su gobierno políticamente y establecer una alianza con el Ejército Federal. Para el segundo objetivo estableció un programa de premios y recompensas y dio ascensos indiscriminados, sin embargo, en algunos casos se encontró con la oposición del Senado. Josefina Mac Gregor, "Victoriano Huerta, un militar de carrera en la institución presidencial", en William Fowler (coord.), *Presidentes mexicanos*, pp. 35-54.

48 Gonzalo Adán, *op. cit.*, pp. 15-16.

La moral es fundamental en cada ejército, porque es esencial para la victoria y es un *plus* para sus propios jefes quienes aumentan su prestigio. Un buen jefe se encarga de alentarlas, estar al frente de sus tropas y no de huir cuando inician las complicaciones.

La moral de los soldados federales fue afectada al presenciar la actitud cobarde de sus dirigentes y las derrotas desastrosas que sufrían. Por ello la superioridad ponía especial énfasis en ocultar sus descalabros.

***

Una de las normas del Ejército es que debe procurar el bienestar de sus miembros para hacerlos sentir como una parte integrante. Debe procurar el apego del soldado a la institución para que cumpla sus tareas de una manera eficaz. Sin embargo, muchos de los efectivos del Ejército Federal, reclutados a la fuerza, difícilmente se sentían identificados con el cuerpo al que defendían. En suma, el soldado no estaba protegido por el ejército, no sentía la confianza de que su familia lo estuviera, no recibía con regularidad su salario, la paga era ínfima, no se le hacían llegar los recursos materiales necesarios para desempeñar su trabajo, no confiaba en sus compañeros ni sus compañeros en él, no tenía instrucción, filosofía, espíritu de cuerpo.

Los soldados huertistas muchas veces fueron a combatir con el ánimo por los suelos. No tenían fe por lo que luchaban, cuando se enfrentaron al enemigo sus jefes corrían; los enfermos y heridos no eran atendidos, eran olvidados y dejados a su suerte. De esta manera no podían ser un ejército triunfante. Todo esto ocasionó la disminución de la moral y provocó la derrota. Los soldados federales no podían tener fe en la causa que defendían, en los mandos que los dirigían y mucho menos en alcanzar la victoria. Carecían de la moral de lucha, esencial en cualquier cuerpo armado.

La unidad restablecida

¡Viva la República!

"¡Viva la República!", exclamó Aureliano Blanquet cuando tomó prisioneros a Francisco I. Madero y José María Pino Suárez, la mañana del 18 de febrero de 1913.

"¡Viva la República!", gritó Victoriano Huerta cuando se alejó del cuarto donde estaban encerrados el vicepresidente y Federico González Garza, al cual se había asomado para verificar que allí se encontraban.[1]

La República, símbolo casi sagrado para algunos soldados que habían luchado en su defensa años atrás contra los franceses, una guerra en la cual Blanquet, se dice, había participado, pero Victoriano Huerta no.

Sea como fuere, el hecho refleja que ellos se sentían los defensores de esa institución imaginaria[2] y que consideraban Madero había mancillado. Pero… ¿era en realidad una república lo que anhelaban?

El Pacto de la Embajada

Félix Díaz, en compañía de Rodolfo Reyes y Fidencio Hernández, llegó a la Embajada de Estados Unidos ese 18 de febrero por la noche. Ahí se encontró con Victoriano Huerta, a quien escoltaban el teniente coronel Joaquín Maass Jr. y el ingeniero Enrique Cepeda.

A pesar de que tanto Díaz como Huerta habían dicho que nada querían como recompensa después del cuartelazo, era claro que ambos anhelaban el poder. Hubo un intercambio de impresiones sobre la persona que se designaría como presidente interino. Rodolfo Reyes pensó en Alberto García Granados y Luis Méndez; el grupo huertista pensó en su jefe, pro-

1 Federico González Garza, *La Revolución Mexicana. Mi contribución político literaria*, pp. 408, 469.

2 No es que la República no exista, el término lo utilizo aquí apoyándome en Benedict Anderson, quien señala que las naciones son una construcción social imaginada por los hombres que se sienten partícipes de ella. Benedict Anderson, *Comunidades imaginadas*.

puesta al parecer respaldada por el embajador de Estados Unidos, Henry Lane Wilson. Después de un breve estira y afloja dejaron solos a Díaz y a Huerta para ponerse de acuerdo. El resultado fue el llamado Pacto de la Embajada, que al parecer dejaba contentas a ambas partes:[3] a Díaz porque él había designado a todos los miembros del gabinete; a Huerta, porque se le reservó la Presidencia. Huerta sabía que el poder era el poder y que sobre el presidente nadie. Díaz tal vez confió en que el mando de este último sería transitorio y podía ser limitado por sus ministros. Se equivocó rotundamente.

En el primer punto del Pacto se apuntaba que se desconocía al Poder Ejecutivo en funciones y, en una especie de premonición de lo que sucedería, que se impediría por todos los medios cualquier intento de restablecimiento. El siguiente apartado señalaba que "a la mayor brevedad posible se procurará solucionar en los mejores términos legales posibles la situación existente"; señalaba como plazo setenta y dos horas para que Huerta asumiera el poder; y designaba a los miembros del nuevo gabinete. El tercero estipulaba que entretanto se resolvía la situación legal Díaz y Huerta darían garantías. En el cuarto punto, Félix Díaz se negaba a ocupar algún puesto en el gabinete para poder emprender trabajos electorales con rumbo a los próximos comicios.[4]

Consecuencia directa también del Pacto de la Embajada, aunque no estipulado en el mismo, fue la reunificación del Ejército bajo la figura de Huerta y supuestamente la de Manuel Mondragón, designado secretario de Guerra. Aquél sabía que éste sólo podría ser una figura decorativa y podía pasar sobre su mando fácilmente como lo había hecho en 1911 con González Salas y, en dado caso, culparlo de los fracasos militares y el aumento en las acciones de las fuerzas revolucionarias, y así sucedió.[5]

Con esa fecha, pero publicado al día siguiente en el *Diario Oficial*, apareció el primer Manifiesto de los golpistas. El documento es interesante porque en él Huerta y Díaz se autoatribuían la representación del Ejército, y

[3] Rodolfo Reyes, *De mi vida. Memorias políticas*, t. II, pp. 32-36.

[4] El texto puede consultarse completo en: Jesús Silva Herzog, *Breve historia de la Revolución Mexicana. Los antecedentes y la etapa maderista*, pp. 355-358.

[5] Durante el Interinato de Francisco León de la Barra, como es sabido, Huerta fue designado el jefe de las fuerzas para combatir a los zapatistas. Por entonces el secretario de guerra era el general José González Salas. Victoriano Huerta en ese momento se comunicaba directamente con el presidente, saltando el mando del secretario de Guerra.

prometían que en setenta y dos horas salvarían la situación legal (es decir, arrancar las renuncias a Madero y Pino Suárez). Finalmente exponían que era el Ejército quien había tomado el mando e invitaban al pueblo y a los revolucionarios a unírseles en su tarea para consolidar la paz nacional.[6]

Ese mismo 19 de febrero por la mañana se llamó a la Cámara de Diputados para sesionar, pero no se logró el quórum suficiente, por lo que se convocó a una reunión por la tarde, la cual dio inicio a las 4:40 p.m. En su intervención Querido Moheno,[7] quien actuó como emisario de los golpistas, en forma directa declaró que no había que aferrarse a los principios sino salir al frente de los "gravísimos hechos que motivaron nuestra reunión".[8] En otras palabras: reconocer al gobierno militar, dando así legalidad al cuartelazo.

En la sesión se nombraron dos comisiones con el ánimo de que se dirigieran tanto a Félix Díaz como a Victoriano Huerta para hacerles saber que la Cámara estaba tomando algunas decisiones sobre la situación reinante. De esta forma, conscientemente o no, ya se habían supeditado a los militares dándoles poder de decisión pues sabían que de ellos dependía

6 *Diario Oficial*, 19 de febrero de 1913. Un día después en la misma publicación se dio a conocer el decreto que informaba de las renuncias de Madero y Pino Suárez y la presidencia interina de Pedro Lascuráin y, por lo tanto, de la asunción del mando de Victoriano Huerta. Los rebeldes prometieron 72 horas y en 72 horas la situación legal quedó resuelta.

7 Nacido en el año de 1873. Su padre, de igual nombre, combatió contra los franceses, su madre de nombre Rita, era originaria de Portugal. Moheno realizó estudios de medicina, que dejó muy pronto para tomar la abogacía. Fue electo diputado durante el porfirismo. Al triunfo de la revolución, aunque no participó activamente en ella, fue nombrado director de *Nueva Era*, y ello parecía un acercamiento con el maderismo. Elegido diputado en la XXVI Legislatura, en un principio se mantuvo como maderista pero rompió definitivamente y de manera abierta con este sector el 20 de septiembre de 1912, convirtiéndose en un serio adversario, pues era uno de los diputados que constantemente tomaban la tribuna. Miembro del llamado "Cuadrilátero", que conformaba junto a Nemesio García Naranjo, José María Lozano y Francisco de Olaguibel. Félix F. Palavicini dejará un retrato de él: "Como orador tiene, según las viejas reglas, dos defectos: llamarse QUERIDO y ser feo… chaparro, barrigón, de mejillas infladas, ojos undidos [sic] y pequeña nariz, alguien le lanzó este mote: 'Cuasimodo' y debió sentirse satisfecho, porque ningún corazón pintado por Hugo, tuvo más nobles impulsos, ni más generosos sentimientos", Josefina Mac Gregor, "*Querido Moheno* Tabares", p. 81.

8 *De cómo vino Huerta y cómo se fue…Apuntes para la historia de un régimen militar*, p. 141. La noche anterior un grupo de diputados, entre ellos Querido Moheno, fueron a La Ciudadela y se encontraron con Rodolfo Reyes, a quien le habrían solicitado tomar en cuenta a la Cámara en la decisión que se acordara. Rodolfo Reyes, *op. cit.*, pp. 40-41.

la continuación del conflicto o un aparente tránsito a la paz. Fue el propio Moheno, que había formado parte de la comisión que se dirigió a Huerta, quien dijo:

> [el] gobierno militar, establecido en la capital, desea, en lo posible, ponerse de acuerdo con la Representación Nacional y dar una investidura legal a un Gobierno que saque a puerto de salvación el país; pero, puesto ya en la situación indeclinable a que se ha llegado, si esto no fuera posible, el ejército, el Cuartel general, ante la imperiosa necesidad de afrontar los acontecimientos, aún cuando se hundan los principios, está dispuesto a ir adelante.[9]

Lo anterior era una clara amenaza hacia los diputados: o reconocer al gobierno u oponerse a él y sufrir el ataque del ejército y el Cuartel general. Para nadie quedada duda de hasta dónde era capaz de llegar ese "gobierno militar", pues el asesinato de Gustavo A. Madero y la prisión que sufrían algunos otros diputados demostraba que no se tentaría el corazón.[10]

Moheno expuso la situación prevaleciente. En su discurso declaró sin rubor que la legalidad se les estaba "quedando en las manos por falta de vida", y señaló que, ante la ausencia de poderes, ellos, los diputados, eran los facultados para salvar la situación y darle el carácter legal al nuevo gobierno, y en estos términos hizo el llamado a aceptarlo. Utilizó como argumento la llegada de barcos americanos con 6000 hombres listos a desembarcar si la anarquía prevalecía. En otras palabras, lo que hizo fue

[9] *De cómo vino Huerta y cómo se fue…*, p. 142. Según Diego Arenas Guzmán, Huerta habría dicho: "Señor diputado Moheno y señores de la Comisión: el Cuartel general y yo hemos dado este paso por creerlo de absoluto patriotismo para evitar sangre de hermanos. Yo deseo que el poder Legislativo esté de acuerdo con este paso, pero si esto pasa de mañana, el Cuartel general está dispuesto a obrar como hasta aquí, por medio de la fuerza". Tomado de Josefina Mac Gregor, "La XXVI Legislatura y el autoritarismo huertista", p. 176.

[10] En el recinto parlamentario se enteraron que sus compañeros Juan Sánchez Azcona, Jesús Urueta, Pedro Antonio de los Santos y De la Peña, cercanos colaboradores del presidente, se encontraban encerrados, "lo que condujo a Francisco de Olaguíbel —uno de los antimaderistas públicamente reconocidos— a proponer que se nombrara una comisión para hablar con los jefes militares a fin de que se respetara la vida de sus colegas. Al mismo tiempo que se tomó esta medida se solicitó que se llamara a los suplentes a completar el quórum, a fin de que de esta manera la Cámara pudiera seguir trabajando". *Idem*.

hacer responsables a los diputados de una posible intervención si no daban el reconocimiento al régimen militar. Y propuso, sin más, la salida a la situación legal paso a paso:

> Conforme a las disposiciones vigentes, en caso de falta del Presidente de la República, debe entrar a suplirlo el Vicepresidente; faltando el Vicepresidente, el secretario de Relaciones Exteriores; a falta de éste el de Gobernación, y así siguiendo el orden de la secretaría de Estado, hasta acabar con el Ministerio de la Guerra.[11]

Protestas hubo pocas, inclusive aquellos considerados maderistas no dijeron mucho.[12] Las Cámaras únicamente sirvieron como comparsa e inclusive aplaudieron el discurso, y se dio paso a la solución expuesta por Moheno. Sin embargo, su decisión sería determinante en los eventos posteriores.

En sesión extraordinaria de ese 19 por la noche Pedro Lascuráin, entonces secretario de Relaciones Exteriores, asumió la Presidencia sólo para nombrar a Victoriano Huerta secretario de Estado encargado del Despacho de Gobernación e inmediatamente después presentó su renuncia. Entretanto, a las puertas del salón de la Cámara de Diputados esperaba pacientemente el militar, quien poco después fue introducido al salón de la Cámara por una comisión. Ahí tomó la palabra:

> Protesto sin reserva alguna guardar y hacer guardar la Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos con sus adiciones y reformas, las Leyes de Reforma, las demás que de aquella emanen, y desempeñar leal y patriótica-

[11] *De cómo vino Huerta y cómo se fue…*, pp. 143, 145.

[12] Uno de los que se opuso a la solución que se presentaba fue el diputado Francisco Escudero. Durante su intervención el diputado Escudero señaló: "Uno de los jefes militares que regentea el Poder Ejecutivo, ha dicho […] que, o se hace lo que él desea o está dispuesto a que se haga. Bajo esta base ¿qué deliberación podemos tener? ¿Hemos de obedecer, por patriotismo, lo que los jefes militares quieran? Entonces sale sobrando la deliberación. ¿Nos dejan facultad para deliberar? Entonces sale sobrando la amenaza", agregó que por dignidad entonces había que disolver el Congreso. Josefina Mac Gregor, "La XXVI Legislatura...", pp. 175-176. Hubo otros como Jesús M. Aguilar, diputado y primo de Madero, quien señaló estar de acuerdo con Moheno y su llamado a la concordia. Tiempo más tarde tanto Escudero como Aguilar irían a sumarse a las fuerzas constitucionalistas.

mente el cargo de presidente interino de la República que por ministerio de la ley me corresponde desempeñar, mirando en todo por el bien y prosperidad de la Unión.[13]

Con este acto se daba legalidad al cuartelazo de apenas unas horas antes.

[13] *Ibid.*, p. 167.

El Ejército Federal durante el huertismo. Una breve mirada

Habían sido dos...

Habían sido dos los levantamientos que se suscitaron en contra del gobierno de Francisco Madero en el mes de febrero de 1913, por más que la prensa de ese entonces quiso presentarlo como uno solo con Félix Díaz como su caudillo. Habían sido dos y contaron con actores distintos. No obstante, ambos fueron orquestados por militares y, como tal, entre soldados se repartieron el poder. En la presidencia quedó Victoriano Huerta, Manuel Mondragón fue designado secretario de Guerra y el general Manuel M. Velásquez subsecretario del ramo. Estos últimos habían sido los artífices del primer golpe militar, el del 9 de febrero; y Victoriano Huerta del segundo, realizado el 18 de febrero.[1] Por su parte, al principal aliado de Huerta, el general Aureliano Blanquet a los pocos días se le nombró jefe de la División del Distrito Federal.[2] Félix Díaz quedó relegado de toda influencia. Ahí firmó su destino.

La tarea de Huerta durante la presidencia interina se reducía, en principio, a convocar a elecciones y pacificar el país. Trataron de utilizarlo sólo como un instrumento que permitiese en la medida de lo posible la llegada al poder de Félix Díaz de una manera pacífica. Pero Huerta con las cartas

1 Un estudio detallado sobre los dos levantamientos que acabaron con el régimen maderista en: Adolfo Gilly, *Cada quien morirá por su lado. Una historia militar de la Decena Trágica*. Véase también: Edgar Urbina Sebastián, *La "guerra interior" en el Ejército Federal. Una larga crisis madurada entre mayo de 1911 y febrero de 1913*. En la hoja de servicios de Manuel M. Velásquez se anotó: "prestó importantes servicios en la preparación y ejecución del movimiento armado que tuvo por objeto hacer desaparecer un régimen que acarreaba la perdición de la patria. Fue el segundo jefe militar del movimiento, y al iniciarlo por medio de las armas, recibió cuatro heridas". Archivo Histórico de la Defensa Nacional-Ramo Cancelados. (En adelante AHDN-RC, seguido del número de expediente y folio) Expediente del general de división. Manuel M. Velásquez: XI/III/1-206, Fo: 87.

2 El nombramiento se dio el 23 de marzo, aunque fue presentado oficialmente hasta el 9 de mayo. Héctor Díaz Zermeño, *Aureliano Blanquet (1848-1919). ¿Cancerbero del traidor Victoriano Huerta o militar leal?*, p. 74.

en la mano decidió jugar en su propio beneficio. Sabía que la negociación en situación de crisis se decidía a través del monopolio de las armas y ahí dirigió todos sus esfuerzos: tener un aparato militar lo más eficiente.

El presidente

Victoriano Huerta llegó al poder tras el golpe del 18 de febrero de 1913 y de los asesinatos de Francisco I. Madero y José María Pino Suárez. Así, de ser uno de los principales generales del ejército federal se convirtió en su jefe supremo, al tomar la presidencia.

A Huerta, la mayoría lo consideraba un militar capaz, pero al que menospreciaban políticamente. Fue considerado en un primer momento por Wilson, Díaz y Mondragón como un elemento al cual podían manipular fácilmente, se equivocaron.

Huerta cumpliría 63 años el 23 de marzo,[3] y aunque él había sido el alma y mente de la preparación del segundo golpe que derrocó al gobierno maderista, los periódicos y la opinión pública lo veían como un jefe de segundo orden, por debajo de Félix Díaz e inclusive de Manuel Mondragón. Sin embargo, su trayectoria militar, las campañas contra yaquis y mayas, su persecución a Manuel Lozada "El Tigre de Alica", su actuar en Guerrero a finales del siglo XIX y principios del XX durante el porfiriato, su incursión contra los zapatistas durante el interinato, la reducción del orozquismo durante el gobierno de Madero, y el aura que le había dado el escoltar al presidente Díaz de la ciudad de México a Veracruz con rumbo a su exilio, le habían ganado el respeto y admiración de sus compañeros de armas y de otros.

Aureliano Urrutia, quien a la postre sería su compadre, la primera vez que lo vio comportarse en campaña quedó impresionado:

> Repentinamente se escuchó un grito que parecía multiplicarse y que retumbaba con el eco de las montañas: "¡Viva la libertad! y ¡muera el Gobierno!".

[3] Había nacido en 1850 en Colotlán, Jalisco. Se incorporó a las fuerzas del general Donato Guerra. Empezó muy tarde sus estudios en el Colegio Militar en el año de 1871, sin embargo, se destacó ampliamente. Al graduarse se incorporó a la Plana Mayor Facultativa de Ingenieros. Aunque había obtenido una beca para estudiar en Alemania no pudo viajar porque debido a problemas familiares tuvo que encargarse del sostén de toda ella. Arturo Langle Ramírez, *El expediente personal del general Victoriano Huerta*; William L. Sherman y Richard E. Greenleaf, *Victoriano Huerta: A Reappraisal*.

La primera compañía del tercer batallón, que tanto estimaba el coronel Huerta y que en su totalidad estaba formada por negros y mulatos, se había sublevado y había dejado un reguero de sangre sin dar tiempo hacer [a ser] atacado y sin que nadie pudiera defenderse.

El coronel Victoriano Huerta olvidó, por un momento, que era soldado y sólo pensó en ser hombre. Desenvainó su espada y se enfrentó al enemigo creyendo poder dominarlo con sólo su presencia. Las balas le pasaron por todas partes dejando huellas en el kepí y en las mangas del uniforme. Se salvó de una manera providencial.[4]

[4] Stanley Ross, "Victoriano Huerta visto por su compadre", *Historia Mexicana*, p. 302. Aureliano Urrutia conoció a Huerta, entonces coronel, en 1896 cuando este fue enviado como jefe de la columna mandada a Guerrero a combatir a Canuto Neri. Huerta había pedido a la superioridad un buen cirujano pero que además fuera "hombre". Al presentarse Urrutia, el militar le dijo: "El subsecretario de Guerra me comunicó que inmediatamente manda al cirujano como yo lo deseo, pero, pero respecto a que sea hombre, no debo olvidar que "el saber y los calzones se hicieron para las ocasiones". Tiempo después en una de esas noches en campaña Huerta le habría confiado: "Doctor, cuando yo sea presidente de la República usted será mi ministro de Gobernación". Urrutia permaneció con él hasta 1900, y fue hasta mucho tiempo después que lo volvió a encontrar en situaciones extraordinarias: "Una tarde al llegar a mi consultorio, que había establecido en la calle de San Felipe Neri, me dijo mi secretario Francisco Ondovilla: "Están llamando con urgencia un médico para que vaya a la cantina de la India, aquí en la esquina, a resolver si está muerto o si le puede dar algún servicio a un hombre que tiene una hora de estar tirado en la puerta de la cantina". Le ordené al doctor Casas [que] acudiera al llamado y al regresar me dijo: "Es el general Huerta que creo que está muerto porque no tiene pulso". "Tráigalo usted inmediatamente", le dije, y me contestó: "Aquí lo traen dos cargadores". [Le dije:] "Póngalo inmediatamente en la mesa de operaciones en posición de Trendlenburg", y con todas las fuerzas de mi alma, le hice la respiración artificial. Transcurrió mucho tiempo que se me figuraba un año. Mis fuerzas se estaban agotando, cuando repentinamente vi un borbotón de pus y sangre por la boca. Me volvieron las fuerzas y me llené de entusiasmo. Con todo mi corazón y con toda mi ciencia seguí trabajando hasta que tuvimos la fortuna de oír la primera inspiración. El corazón empezó a palpitar, la sala de operaciones se iluminó por completo, y me vino a la imaginación el diagnóstico: un absceso de hígado se abrió paso por los bronquios y asfixió al general. Sobre la marcha y sin perder un minuto, abrí el tórax, removí tres costillas, seccioné el diafragma, saqué el hígado y lo fijé a la pared costal, traje el pulmón hacia fuera y hacia bajo, lo fijé al borde superior de la herida, y cerré todas las partes blandas dejando en el punto de más declive una buena canalización. Quince días después, el general Huerta dejaba el sanatorio llevando consigo todas las características de un hombre que había resucitado". *Ibid.*, pp. 302-304.

Además, Huerta para 1913 era un general invicto, se había negado a que se firmara la paz con los revolucionarios durante 1911, se había enfrentado a Madero abiertamente, era un hombre cercano a Limantour, pero sobre todo a Bernardo Reyes, y había pretendido fusilar a Villa.

Conocido por su mano dura, ya en 1901 había fusilado a rebeldes prisioneros, "castigar" decía él en sus partes al entonces secretario de Guerra. De esta manera se mostraba como el candidato idóneo para asegurar la transición de un gobierno a otro, ¿y por qué no?, asignarle después la Secretaría de Guerra.

Llamado desde sus tiempos de campaña como el general *Rompope*, por estar hecho de alcohol y huevos, quedaba poca duda que de esa manera gobernaría. Características que se consideraban necesarias para ejercer el mando sobre soldados, pero poco aceptables para la política.

Pocos lo creían con dotes para gobernar, Ramón Prida menciona: *"El general Huerta es completamente incapaz de ser jefe de un pueblo culto: Es sanguinario, pero no es enérgico; es inteligente pero no es juicioso; es egoísta, disipado e inconstante para el trabajo"*.[5] Pero demostró ser mucho más que eso:

> Victoriano Huerta no era el militar inepto y el borracho consuetudinario que presentan las historias oficiales, que han convertido a su figura en el villano de un cuento donde todos los demás jefes burgueses aparecen como héroes sin miedo y sin mancha. Si bien su afición a la bebida es un dato seguro, no era ése el rasgo que definía su carácter […]. Era un militar que había mostrado condiciones en el campo de batalla y un político enérgico, capaz y despiadado, que debía ser tomado seriamente como en efecto lo hicieron sus enemigos de entonces. Esto lo demostró tanto al organizar la represión contrarrevolucionaria como al enfrentar las presiones del gobierno de Wilson, que se fueron haciendo más fuertes y amenazantes en la medida en que Huerta buscaba apoyo en las potencias europeas, y en especial en Gran Bretaña.[6]

El secretario de guerra

Manuel Mondragón nacido en Ixtlahuaca, Estado de México, en 1859, era un militar formado durante el Porfiriato, pues ingresó al Colegio Militar en 1876. Perteneció al arma de Artillería. Conocido principalmente por

5 Ramón Prida, *De la Dictadura a la anarquía*, p. 639.
6 Adolfo Gilly, *La revolución interrumpida*, p. 11.

la serie de inventos que realizó, entre los que se encuentran el cañón de 70 mm y el mortero de 80 mm que llevan su nombre, y por los cuales fue distinguido por los gobiernos de Persia y Francia. Alcanzó el grado de general de división. De 1885 a 1889 fue director de la Fábrica Nacional de Armas y de 1899 a 1901 director de la Fundición Nacional de Artillería.[7] Desempeñó diversas comisiones en el extranjero para inspeccionar la fabricación de armamento y la compra de material de guerra, de los que se dice sacaba provecho para su beneficio personal. Fue el principal jefe del movimiento del 9 de febrero que intentó derrocar al gobierno de Francisco I. Madero. José Juan Tablada dejó una instantánea de sus años de estudiante:

> De antigüedad mucho mayor que la mía, Mondragón era capitán y Félix Díaz sargento, cuando yo ingresé como alumno a Chapultepec, más por persuasión de mi familia que por propia vocación.
>
> Vienen a mi memoria las dos figuras y a la verdad que no me es posible discernir en manera alguna, en ninguna de ellas, las condiciones y requisitos del jefe de Estado o del gobernante idóneo.
>
> De buena estatura, nervioso, delgado y vivo en sus movimientos, con rostro cuya extrema palidez agrandaba los negros ojos ojerosos y un tanto soñadores, Mondragón, quizá ayudado por semejanzas de uniforme y por el poblado bigote, recordaba a los oficiales franceses del Segundo Imperio y parecía un oficial de zuavos o capitán de Cazadores de Crimea o Sebastopol.
>
> Vistiendo la "pelliza" de gala del artillero y calzando las botas Chantilly de breves acicates, era Mondragón, cuando soltero, el Lyon de las niñas casaderas de Tacubaya, desde la Ermita y el Árbol Bendito, hasta la plaza de Cartagena y las alturas de San Diego, llenas de cuarteles, y del remoto y viejo Observatorio Astronómico.[8]

Ya durante el huertismo su desempeño como secretario de guerra fue muy limitado. Se dice que se dedicó a continuar haciendo negocios y la reputación de corrupto que traía consigo no le dejó bien parado.

7 Mario Ramírez Rancaño, *El Ejército Federal. 1914. Semblanzas biográficas,* pp. 463-465.

8 Adolfo Gilly, *Cada quien morirá por su lado. Una historia militar de la Decena Trágica*, pp. 53-55.

Aunque los militares se habían hecho del poder y ante la opinión pública mostraban unidad, y se comportaban como los representantes del ejército y garantes de la seguridad, pronto esa unión entre Díaz y Huerta se vio resquebrajada. Huerta tomó medidas para deshacerse de Díaz y Mondragón y sus seguidores tanto en las cámaras como en los demás ministerios. El nuevo presidente:

> Al hacerse cargo de la situación trató de formar una corriente a su favor a través de los opositores a Félix Díaz y aun de algunos exmaderistas, particularmente entre los integrantes de la Cámara de Diputados. Esto le permitió posponer las elecciones algunos meses, hasta octubre, y le dio tiempo para ir deshaciéndose de los miembros del gabinete que el pacto con Díaz le había impuesto. Entre estos se encontraban personajes prestigiados e influyentes, como Francisco León de la Barra, Alberto García Granados, Rodolfo Reyes, Toribio Esquivel Obregón, Jorge Vera Estañol y Manuel Mondragón.[9]

Por su parte, el presidente nunca tomó en serio a su secretario de guerra. En su primer informe a la nación, el 1 de abril dijo sobre su ministro:

> El Ministerio de la Guerra está en manos de un hombre joven, de un hombre juicioso, de un hombre de empuje, y esto es lo que tengo el placer de informar a ustedes, señores. Yo soy viejo, y es muy difícil que un hombre joven pueda entender a un viejo; sin embargo, me entiende, y esto es una garantía para el país, porque labora y trabaja, según mis ideas, por la pacificación del país.[10]

Joven pero juicioso y que trabajaba con base en sus ideas. Es decir, en una posición de subordinación: ¿se necesita decir más?

Huerta inclusive muchas veces pasó por alto la autoridad de su secretario de guerra. Así lo hizo con la columna de Guillermo Rubio Navarrete que salió rumbo al norte, fue él quien dispuso la trayectoria de dicha fuerza, que muchas veces se oponía a lo dictado por el ministro Mondragón. Es decir, era sólo un ministro de papel.

9 Josefina Mac Gregor, "Huerta en la presidencia. Las contradicciones de un gobierno autoritario", *op. cit.*, p. 54.

10 Informe de Huerta a la Nación el 1o. de abril en: *Los presidentes de México..., op. cit*.

El 14 de junio Manuel Mondragón fue sustituido por Aureliano Blanquet como secretario de guerra; como subsecretario se nombró al general Felipe Mier y como oficial mayor al general brigadier Miguel Ruelas. En el Departamento de Estado Mayor quedó el general brigadier Eduardo Camargo.[11]

A su salida, Manuel Mondragón reprochó tanto a Félix Díaz como a Rodolfo Reyes su debilidad para enfrentarse a Huerta; lo cierto es que él, desde la posición más poderosa, después del presidente, tampoco hizo mucho.[12]

Los generales de división

Un mes antes de que Madero llegara a la presidencia de la República sólo había seis generales de División en activo: Porfirio Díaz, Jerónimo Treviño, Francisco A. Vélez, Alejandro Pezo, Ignacio A. Bravo y Eugenio Rascón; y dos retirados: Bernardo Reyes y Manuel González Cosío.[13]

La situación de cada uno de ellos en el momento en que Victoriano Huerta llegó al poder era la siguiente:

Porfirio Díaz desde su destierro se encontraba en el exilio en Europa. Ahí se dio tiempo de visitar la tumba de Napoleón e inclusive pudo tomar en sus manos la espada que utilizó éste en Austerlitz, y exclamó: "Soy indigno de ella", a lo que el general francés Niox, comandante en jefe de la guarnición de "Los inválidos", contestó: "Nunca ha estado en mejores manos". En el mes de febrero de 1913 Díaz se encontraba de viaje en Egipto visitando las pirámides. A fines de mes, en Roma, hizo sus primeras declaraciones sobre el golpe, al que condenó diciendo que esperaba que pronto se restableciera la paz en nuestro país.[14]

Ignacio A. Bravo, jalisciense nacido en Guadalajara en 1835, fue jefe político del territorio de Quintana Roo, de 1903 a 1911, donde adquirió fama de sanguinario y de tratar mal a los indios. En el mes de agosto de

11 Luis Garfias Magaña, *Historia militar de la Revolución Mexicana*, p. 180. Héctor Díaz Zermeño, *op. cit.*, p. 77.

12 De su actuación y su relación con Huerta se hablará de forma detallada más adelante.

13 *Escalafón general del Ejército. Cerrado hasta el 30 de septiembre de 1911*.

14 Porfirio Díaz, a raíz de su caída, tomó el barco *Ypiranga* en Veracruz que lo llevaría al Viejo Continente. Lo acompañaron su esposa Carmelita, su hijo Porfirio, el general Fernando González, entre otros. Enrique Krauze y Fausto Zerón-Medina, *Porfirio. El Destierro (1911-1915)*, pp. 30, 37, 50-51.

1911 dejó el cargo, quedó en disponibilidad y regresó a su ciudad natal.[15] Más tarde ante la urgencia de mandos volvió a la actividad.

Jerónimo Treviño, era el único de los generales de División que todavía tenía mando de tropas en febrero de 1913 y que aún conservaba una influencia política importante en Nuevo León. Al momento del cuartelazo era jefe de la Tercera Zona Militar que comprendía los territorios de Coahuila, Tamaulipas y Nuevo León. Fue nombrado sustituto del gobernador de Nuevo León, Viviano L. Villarreal, suegro de Gustavo A. Madero, tomando el cargo a partir del 22 de febrero. El 5 de marzo de 1913, al enterarse Treviño de la rebelión de Carranza y al recibir invitación de éste a sumarse a la revolución le contestó en forma negativa y le dijo que si fuerzas rebeldes penetraban a su estado las combatiría. El 24 de marzo de 1913, por motivos de salud el general Treviño presentó su renuncia siendo sustituido por el licenciado Salomé Botello.[16]

Francisco A. Vélez había pedido su retiro el 21 de julio de 1912, cuando cumplió ochenta y dos años. Prestó sus servicios al ejército por más de sesenta años.[17]

15 Martín Ramos Díaz y Gabriela Vázquez Barke, "Cartas de un general porfirista. Correspondencia familiar de Ignacio Bravo 1889-1918", *Secuencia*.

16 Jerónimo Treviño Leal nació en La Escondida, jurisdicción de Cadereyta en 1836. Ingresó al ejército durante la guerra de reforma. Participó en la lucha contra la intervención francesa asistiendo al sitio de Puebla, bajo las órdenes de Mariano Escobedo y Porfirio Díaz. Combatió a los franceses en el Istmo de Tehuantepec y en Nuevo Laredo en 1865. Fue gobernador de Nuevo León de 1867 a 1871. Secundó las rebeliones encabezadas por Porfirio Díaz, la de La Noria y la de Tuxtepec. En esta última ya con el grado de general de división asumió el mando de la División del Norte. En 1880 fue nombrado secretario de guerra. Relegado por Porfirio Díaz, se retiró del Ejército en 1884. Murió en 1914. *Diccionario histórico y biográfico de la Revolución mexicana*, t. V, pp. 268-269; Ricardo Covarrubias, *Gobernantes de Nuevo León 1582-1961*, pp. 116-117; Saúl Balderas Peña, *Cronologías nuevoleonesas*, p. 42; Mario Cerutti, "Militares, terratenientes y empresarios en el noreste. Los generales Treviño y Naranjo (1880-1910)", pp. 91-150; Eugenia Meyer, *Reseña biográfica de Gerónimo Treviño (1836-1914)*.

17 Nació el 21 de julio de 1830. En 1846 ingresó al Ejército. De él se contaba que, durante la guerra contra Estados Unidos, encontrándose de guarnición en el Puerto de Veracruz: "Una bandera nacional que se encontraba en el fortín de Santiago fue tirada varias veces por la granada enemiga y vuelta a colocar por los defensores. [Vélez al ver lo que pasaba] con un valor a toda prueba, tuvo un gesto verdaderamente heroico. Tomó entre sus manos el pendón nacional y se colocó en el lugar donde estaba el asta, firme, resuelto, estoico, haciendo que ondulara nuevamente ante barcos enemigos la bandera sagrada.

Entonces sucedió una cosa inaudita: los buques enemigos en vez de seguir disparando tocaron una diana triunfal en homenaje a la grandeza del alma de aquel

Alejandro Pezo, presidente del Supremo Tribunal, dejó el cargo en el mes de diciembre de 1911 para ocupar su lugar como senador propietario; cabe mencionar que su suplente era Miguel Bolaños Cacho. Participó en el Tribunal que formó proceso a Bernardo Reyes. Murió el 15 de diciembre de 1913.[18]

Eugenio Rascón fue secretario de Guerra durante el interinato de Francisco León de la Barra, tomó la presidencia del Supremo Tribunal en el mes de diciembre de 1912. El 13 de marzo de 1913 anunció que había tomado posesión del gobierno militar del estado de Coahuila.[19] Más tarde se le nombró gobernador interino de Yucatán, pero dejó el puesto pocos meses más tarde y salió a El Salvador.

Mandos

Además de los militares citados arriba, componían la cúpula militar los generales de Brigada y brigadieres. Estos puestos los ocupaban hombres de diversas edades y de formación disímbola. Militares de la época de Díaz, aquellos contemporáneos a Huerta, militares cuarteleros y, pronto, el mando también estaría compuesto por los militares más jóvenes. Meses más tarde se daría un ascenso indiscriminado en donde inclusive los civiles tuvieron cabida. Ello provocaría una descomposición al interior de la institución militar.[20]

Aunque se ha mencionado que el alto mando lo componían hombres viejos, veteranos que habían participado en la guerra contra Francia y en las revueltas intestinas como los generales José M. Mier, Ignacio A. Bravo, Emiliano Lojero, Lauro Villar, Francisco de P. Troncoso, Aureliano Blanquet, en realidad, los puestos que desempeñaron durante el huertismo fueron más de carácter administrativo y sólo en contadas ocasiones salieron a campaña o tuvieron mando de tropas.[21]

---

valiente mexicano que sabía defender el símbolo de su patria". *El Imparcial*, 30 de julio de 1912.

18 Entró al Colegio Militar en 1854. *El Imparcial*, 6 de diciembre de 1911; *El País*, 7 de diciembre de 1911.

19 *El País*, 13 de marzo de 1913.

20 De este proceso también hablaré más adelante.

21 En este rubro está considerado Blanquet por su participación en la guerra contra Francia en la que tomó parte siendo muy joven. Aunque por su edad y formación también podría ser considerado en el grupo de los cuarteleros.

Los militares en quienes cayó la mayor responsabilidad para hacer frente a los rebeldes fueron los generales llamados "cuarteleros", denominados así por su formación en las filas, en los cuerpos de tropas. Aunque también habían participado en las revueltas intestinas, su principal experiencia se contaba en sus combates contra los yaquis, mayos y mayas. Entre éstos encontramos a José Refugio Velasco, Pedro Ojeda, Luis Medina Barrón y Juan Hernández.[22]

Como los militares antes mencionados tendrán un papel destacado en la historia que aquí se contará, creemos oportuno presentar una breve semblanza:

José Refugio Velasco, originario de Aguascalientes, nació en 1851. A los quince años ingresó a la Guardia Nacional de Chihuahua. Perteneció al cuerpo de infantería. Desde 1866 hasta 1885 sirvió en el Batallón de los Supremos Poderes. Bajo las órdenes del general Mariano Escobedo, participó en el Sitio de Querétaro. Operó en las campañas de pacificación en los Estados de Hidalgo, de México, de Oaxaca y Veracruz. Combatió la sublevación de T. García de la Cadena y más tarde a Heraclio Bernal. En 1901 se le destinó a la campaña contra los yaquis, en la que resultó muerto Tetabiate. Permaneció en esa campaña hasta 1909. La legislatura de Sonora le otorgó la condecoración de primera clase por su participación en la guerra contra los yaquis. En 1909 asumió el cargo de mayor de órdenes de la Plaza de México. Fue Jefe de la 1ª Zona Militar de julio de 1911 hasta enero de 1912, y más tarde Comandante Militar Interino de Veracruz (del 15 de enero al 30 de junio de 1913).[23]

Pedro Ojeda, originario de Oaxaca, y quien también perteneció al arma de infantería, alcanzaría el grado de general de división, que le fue conferido el 13 de diciembre de 1913. Nacido en 1857. Ingresó a la Guardia Nacional en 1876, después de haber apoyado la rebelión tuxtepecana. Durante la revolución le tocó operar en el estado de Sonora. De marzo a julio de 1911 fue nombrado jefe accidental de la 1ª Zona Militar. Al inicio del

[22] Para una mayor referencia acerca de las diversas generaciones. Edgar Urbina Sebastián, *op. cit.*, pp. 41-43. Luis Garfias Magaña, *op. cit.*, p. 97.

[23] De julio a octubre de 1913 fue gobernador y Jefe de Armas del Estado de México. Más tarde se le nombra jefe de la División del Nazas, y como tal recuperaría la ciudad de Torreón que estaba en manos de los revolucionarios. Alcanzaría el grado de general de cuerpo de ejército. Murió en la ciudad de México en 1919. Mario Ramírez Rancaño, *El Ejército Federal. 1914*…, pp. 114-116; José Antonio Velasco Lomelí, *Velasco: el último general del Ejército Federal*; Miguel S. Ramos, *Un soldado. José Refugio Velasco*.

maderismo permaneció en Sonora y en el mes de mayo de 1912 fue Jefe de Armas en el territorio de Tepic, puesto que ocupó hasta el 31 de marzo de 1913.[24]

Luis Medina Barrón había nacido en Zacatecas en el año de 1873, e ingresó en el ejército a finales de 1890 con el grado de subteniente de infantería de auxiliares, pues había estudiado previamente en El Colegio Militar. Fue condecorado por el gobierno de Sonora por su participación en la guerra del Yaqui, campaña que desarrolló entre los años de 1899-1904. Fue jefe del 11avo Cuerpo Rural. Al estallido de la Revolución tuvo varios encuentros en el territorio que le era familiar, Sonora. Más tarde fue trasladado al Estado de México para combatir a los zapatistas, pues fue nombrado jefe de la Línea Militar de Chalco. Después tuvo que regresar a Sonora y Sinaloa, ya en el huertismo, en mayo de 1913 fue jefe interino de la División del Yaqui, como tal combatió al Ejército del Noroeste. Por su participación en la batalla de Santa Rosa fue condecorado.[25]

Juan A. Hernández, nacido en fecha desconocida. Originario de Tepic, Nayarit, ingresó al ejército en 1859 como soldado de infantería. No obstante lo anterior, alcanzó el grado de general de división el 6 de mayo de 1914 y ocupó cargos importantes. A finales de los cincuenta y durante los sesenta combatió a Lozada en Tepic. También combatió a los franceses, tomando parte en el sitio a Querétaro. En los regímenes siguientes combatió en Sinaloa, Jalisco, Tamaulipas, San Luis Potosí, Zacatecas, Durango, Chihuahua y Sinaloa. Durante los periodos 1885-1886 y 1889-1890 combatió a los yaquis, por lo que fue condecorado por el gobierno de Sonora. Fue jefe de la 2ª Zona Militar desde junio de 1893. Para 1903 fue nombrado jefe de la 5ª Zona Militar y dos años después, de la 8ª Zona. El 30 de mayo de 1910

[24] Ya en el huertismo le tocaría defender la plaza de Naco en el mes de abril de 1913 y más tarde defendió el puerto de Guaymas entre el 26 de junio y el 13 de julio. Había sido nombrado jefe de la División del Yaqui el 28 de abril. Casi al finalizar el huertismo, sería nombrado gobernador del Estado de Morelos, el 27 de junio de 1914. Mario Ramírez Rancaño, *El Ejército Federal. 1914...*, pp. 104-105.

[25] El 20 de febrero fue nombrado gobernador del estado de Zacatecas. Por tal motivo, fue encargado de la defensa de la ciudad en el mes de junio del mismo año. Más tarde, fue de los pocos generales exfederales que permanecieron en territorio nacional combatiendo, del lado del felicismo, a Venustiano Carranza. Apoyó el Plan de Agua Prieta, que le reconoció sus grados militares, y pudo incorporarse a la nueva administración, pues sirvió varios años en el servicio consular. Murió en la ciudad de México en 1937. Mario Ramírez Rancaño, *El Ejército Federal. 1914...*, pp. 152-153; Francisco R. Almada, *Diccionario de Historia, Geografía y Biografía Sonorenses*, p. 407; Francisco Naranjo, *Diccionario biográfico revolucionario*; *Diccionario de generales...*, t. II.

fue jefe de la 7ª, a partir del 6 de octubre, nuevamente, de la 5ª, y el 2 de diciembre, de la 2ª. El 17 de marzo de 1913 fue nombrado jefe de la División del Sur, pero para el 10 de abril tomó el mando de la División del Yaqui.[26]

Este grupo compartiría el mando con militares más jóvenes pero que gracias a su formación en el Colegio Militar tuvieron un ascenso más rápido que el de los cuarteleros. Entre estos podemos mencionar a Manuel Mondragón, Arnaldo Casso López, Miguel Ruelas, Guillermo Rubio Navarrete, Joaquín Maass Jr., Gustavo A. Salas, entre otros.[27]

Arnoldo Casso López, duranguense, nacido en 1859, ingresó al Colegio Militar en 1876. Realizó algunos trabajos en la Comisión Geográfica Exploradora en San Luis Potosí y Tamaulipas. En 1887 trabajó en las obras que se realizaron en la Penitenciaría de la ciudad de México. En 1893 participó en la campaña contra Canuto Neri, en el Estado de Guerrero. En 1900 formó parte de una comisión que fue a Belice a inspeccionar la flotilla naval. De 1904 a 1909 sirvió en la Plana mayor Facultativa de ingenieros. En agosto de 1911 se le nombró presidente de una comisión para estudiar una reforma al fusil Máuser. Durante el interinato se le destinó a Morelos para sustituir a Victoriano Huerta al frente de las operaciones en contra de los zapatistas (4 de octubre de 1911-febrero de 1912). En el gobierno de Madero, el 30 de marzo de 1912, asumió la jefatura de Armas de Michoacán, cargo que desempeñó hasta marzo de 1913.[28]

[26] En octubre de 1913 fue designado gobernador y jefe de armas de Colima. Ya en el año de 1914, en el mes de enero, asumiría la gubernatura de Puebla. Mario Ramírez Rancaño, *El Ejército Federal. 1914…*, pp. 178-180; Eugenio Gutiérrez, *Rasgos biográficos del general de Brigada Juan A. Hernández, jefe de la 8a. Zona Militar*; Juan Hernández y Germán Hernández, *Memorias del Gral. de División Juan A. Hernández sobre la Guerra de Intervención en el occidente y el centro de la República*.

[27] Dentro de este grupo también estaría Felipe Ángeles, pero no es considerado aquí por haberse sumado a los revolucionarios.

[28] Durante la Decena Trágica sus fuerzas fueron llamadas a la ciudad de México, al parecer se puso en contacto con las fuerzas que traicionaron a Madero. En el mes de abril (21-23), fue parte de las fuerzas que defendieron Saltillo, Coahuila, del ataque de los revolucionarios encabezados por Venustiano Carranza. El 19 de julio de ese año se le nombró jefe de la División del Bravo. En el mes de septiembre asumió la Jefatura de Armas de Monterrey, Nuevo León. Al firmarse los Tratados de Teoloyucan solicitó licencia por enfermedad. Más tarde se unió a las fuerzas de Francisco Villa, y se le comisionó a Estados Unidos para comprar armamento. Participó en la rebelión de Agua Prieta y en la Delahuertista. En julio de 1923 se le dio de baja del ejército al no reconocérsele ningún grado militar. Murió el 9 de marzo de 1925. Mario Ramírez Rancaño, *El Ejército Federal. 1914...*, pp. 447-448: *Diccionario de generales de la Revolución. A-L*, t. I, pp. 214-215.

Miguel Ruelas nació en Zacatecas en 1869. En 1883 ingresó al Colegio Militar. De 1891 a 1893 sirvió en la Comisión Geográfica Exploradora. De 1893 a 1895 participó en la campaña de pacificación en el estado de Guerrero. Fue profesor en la Escuela de Tiro y en el Colegio Militar. De 1905 a 1911 dirigió la recién creada Escuela Militar de Aspirantes de Tlalpan. Se le nombró secretario de Inspección general de Cuerpos Rurales de la Federación (12 de diciembre de 1912 al 9 de febrero de 1913), cargo que volvió a desempeñar del 10 al 28 de febrero del mismo año.[29]

Guillermo Rubio Navarrete, queretano, nacido en 1877. Ingresó al Colegio Militar en 1893. Es un caso que sale de lo común: aunque joven si se compara con los generales cuarteleros y con los militares de las primeras generaciones egresadas del Colegio Militar, conseguirá gran reconocimiento. Tal vez se deba a que fue de los pocos militares de carrera que participaron en la campaña contra los mayas en 1901, por la que fue reconocido por el gobierno de Yucatán en 1903. De 1905 a 1906 fue profesor de artillería en el Colegio Militar. En 1909 fue enviado a Francia para tomar un curso de tiro de artillería. Regresó a México el 31 de enero de 1912. De febrero a marzo de 1912 se le destinó a Morelos a combatir a los zapatistas. Después partió al norte a combatir a los orozquistas, se encargó de la artillería de la columna que comandaba Victoriano Huerta. En la Decena Trágica comandó una de las baterías que bombardeaban La Ciudadela. Desde el mes de febrero ocupó la jefatura del Departamento de Artillería.[30]

Joaquín Maass Jr. (Águila), hijo del militar del mismo nombre, Joaquín Maass Flores. Era sobrino de Victoriano Huerta, quien se había casado con Emilia Águila, hermana de Mercedes Águila, madre de nuestro personaje. Su hermano fue el general Gustavo Maass Águila, quien defendió el puerto de Veracruz en 1914. Nació en 1879, aunque hay dudas sobre su lugar de nacimiento, algunos lo ubican en la ciudad de México y otros en Puebla. Ingresó como alumno al Colegio Militar en 1894. Alcanzó el grado

[29] El 14 de junio se le nombró oficial mayor de la Secretaría de Guerra y Marina. El 18 de enero de 1914 fue nombrado gobernador de Aguascalientes, cargo que dejó hasta el mes de julio. Mario Ramírez Rancaño, *El Ejército Federal. 1914…*, pp. 431-432; *Diccionario de generales de la Revolución. M-Z*, t. II, p. 913.

[30] En junio de 1913 se le dio el mando de una columna que marcharía a Coahuila. Entre el 2 y el 8 de julio combatiría a los rebeldes en Candela. En el mes de octubre pelearía en Salinas Victoria, Nuevo León. El 14 de enero de 1914 fue nombrado jefe de la División del Ajusco. El 4 asumió la dirección de la Brigada Supremos Poderes. A la renuncia de Huerta, se dedicó a la vida privada. Mario Ramírez Rancaño, *El Ejército Federal. 1914…*, pp. 472-474; *Diccionario de generales de la Revolución*, t. II, *op. cit*., pp. 912-913.

de general de división el 19 de mayo de 1914, debido a que durante la presidencia de su tío ascendió meteóricamente. Hasta antes del 9 de febrero de 1913 era mayor, y sus méritos se centraban en haber ayudado a someter a la familia Serdán en 1910, y marchar al lado de su pariente en la campaña contra los orozquistas en 1912, combatiendo en las batallas de Conejos, Rellano y Bachimba. Ya en el mes de agosto, de ese año, ocupó Ciudad Juárez siendo parte de las fuerzas del general Joaquín Téllez.[31]

Gustavo A. Salas nació en la ciudad de México en 1874. Inició sus estudios en el Colegio Militar en 1888. Nunca participó en una campaña armada. Fue profesor de diversas disciplinas en el Colegio Militar y en la Escuela Militar de Aspirantes de Tlalpan. En 1903 fue enviado a Alemania para estudiar maniobras del ejército. 1908 fue un año sumamente movido, fue agregado militar de la Legación de México en Francia y más tarde realizó algunos viajes a Argelia, España e Italia con el objetivo de estudiar lo relacionado a los caballos. Al año siguiente fue agregado militar de las legaciones de México en España y nuevamente en Francia. El 27 de octubre se le ordenó que asistiera al general Bernardo Reyes, quien recién había llegado al viejo continente. Ya de regreso al país, asumió la dirección de la Escuela general de Equitación el 24 de febrero de 1911, pero apenas un mes después fue nombrado subdirector del Colegio Militar. Del 11 de marzo al 2 de julio de 1913 asumió la dirección de la Escuela Militar de Aspirantes.[32]

La totalidad de estos mandos había ingresado al ejército por iniciativa propia y no por el conocido sistema de leva. Este origen era usual en el caso de la tropa. Aunque algunos autores dicen que al ejército porfirista ingresaban preferentemente los sectores modestos que veían en el ejército una posibilidad de ascenso social, esa opinión también debería circuns-

31 Ya en el huertismo, en el mes de junio de 1913, se le dio el mando de una columna militar que marcharía rumbo a Coahuila. En el mes de julio combatió contra los rebeldes encabezados por Venustiano Carranza que se encontraban en Monclova. Mario Ramírez Rancaño, *El Ejército Federal. 1914…*, pp. 459-460; Francisco Naranjo, *Diccionario biográfico revolucionario*; Sara Sefchovich, *La suerte de la consorte: Las esposas de los gobernantes de México. Historia de un olvido y relato de un fracaso*, pp. 203-206; Alicia Aguilar Castro, *Primeras damas, las ausentes presentes: historia de mujeres mexicanas*, pp. 85-86.

32 De julio de 1913 a abril de 1914 fue designado director de la Escuela Militar Preparatoria. Mario Ramírez Rancaño, *El Ejército Federal. 1914…*, pp. 435-436.

cribirse al caso de la tropa y no así al de los mandos.[33] En realidad, habría que hacer ciertas precisiones. Los veteranos y comúnmente los cuarteleros podrían tener este origen, pero no así los provenientes del Colegio Militar. El origen de éstos podría catalogarse en lo que se puede considerar una clase media y media-alta, aunque como en todo, siempre existe una excepción a la regla.[34]

Logística

El efectivo de las fuerzas federales lo componían hombres de las tres armas (infantería, caballería y artillería), además del Batallón de Zapadores y algunos otros servicios. Estas fuerzas eran destinadas a las diversas zonas militares en que se había dividido el país para su operación. Hasta la toma de poder de Huerta eran diez zonas militares y nueve jefaturas de armas, que pocos días después fueron reemplazadas por diez divisiones, porque a criterio del presidente:

> La división militar del territorio nacional en zonas, en su forma actual, no permite el ejercicio del mando con la eficacia que es necesaria y, por lo tanto, en uso de las facultades que tuvo a bien conceder al Ejecutivo el Congreso de la Unión, se han organizado divisiones, asignándoles la región territorial correspondiente y el mando de las tropas situadas en ellas.[35]

De esta manera se crearon la División del Yaqui, la División del Norte, la División del Bravo, la División del Nazas, la División del Occidente, la División del Centro, la División Distrito Federal, la División del Sur, la División Oriente y la División Península. Se crearon además tres comandancias: la de México, la de Veracruz y la de Acapulco.[36]

[33] En esta idea está la autora Odile Guilpain, "Felipe Ángeles. Humanismo y educación militar", *Historias*, p. 68.

[34] En el caso de los formados en el Colegio Militar la excepción sería el propio presidente de la República, Victoriano Huerta, que era de orígenes modestísimos, pero su caso era muy singular. Los demás mandos no compartían este origen y tenían lo que hoy tal vez se podría denominar cierta posición económica o social.

[35] Informe de Huerta a la Nación el 1o. de abril en: *Los presidentes de México..., op. cit*. Se redistribuyó al Ejército basado en este nuevo sistema de organización de divisiones.

[36] *Diario Oficial*, 3 de mayo de 1913, pp. 34-35.

Como podrá observarse, Huerta con las Comandancias hacía un corte dividiendo al país a la mitad. Sabía de la peligrosidad de Emiliano Zapata y de las complicaciones que podría traer una rebelión en el norte. El establecimiento de estas tres comandancias le aseguraba a la ciudad una salida y una línea de comunicaciones con el mar en ambos océanos. La ciudad de México, Veracruz y Acapulco eran puntos esenciales en la política, en el abasto y en el comercio y, por tanto, en la entrada y salida de mercancías.

En las operaciones militares futuras tendrían la responsabilidad principal la División del Nazas y la División del Bravo, encargadas de resguardar la importantísima zona lagunera y la conexión ferrocarrilera del norte con el centro.

Las otras divisiones que valdría la pena mencionar son:

La División del Norte tendría jurisdicción principalmente en Chihuahua, que se le asignase un solo estado para operar se debía no sólo a la extensión del mismo, sino a la amenaza que representaba, ya el mismo Huerta anteriormente había experimentado la peligrosidad que constituían los rebeldes de ese estado y la dificultad que suponía combatirlos.

Otra de las zonas que habían presentado un problema para el porfirismo, el maderismo y, ahora, para el huertismo, y de las que el propio presidente también sabía de la dificultad para combatir la rebelión, era la región en la que operaban los zapatistas. Por ello, a esta zona se le designó la División del Sur, que abarcaba los estados de Morelos y Guerrero, principales áreas de operación de las fuerzas de Emiliano Zapata.

Por último, las principales dificultades en los primeros días del gobierno huertista se dieron en el estado de Sonora. A éste y al estado colindante de Sinaloa y el Territorio de Baja California se le asignó la División del Yaqui.

Sobre las anteriores divisiones recaerían en los primeros meses del gobierno huertista las operaciones militares. De su fortuna y desventura se hablará más adelante.[37]

***

[37] Para un análisis detallado de la nueva organización véase: Mario Ramírez Rancaño, "La logística del Ejército Federal Mexicano", *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, pp. 207-209.

Con el objetivo de hacer más efectivas las operaciones militares en contra de los insurgentes, Victoriano Huerta presentó un proyecto para la creación de una milicia especial regular integrada por exrevolucionarios con el objetivo de ayudar a las tropas federales que se encontraban en campaña.[38] Días más tarde, con el decreto del 30 de mayo de 1913 Huerta pudo fundar el Regimiento de Gendarmes del Ejército y un nuevo batallón de zapadores.[39]

Los esfuerzos realizados por Huerta para aumentar el número de efectivos y la forma en que planteó hacer frente a los revolucionarios, conforme avanzó el tiempo, resultaron insuficientes. Por ello, el 23 de junio se expidió un decreto de seguridad rural por el cual se autorizó a los hacendados e industriales a formar grupos armados encargados de defender sus propiedades. Estos grupos serían denominados auxiliares de la Policía Rural de la Federación y estarían bajo el cuidado de la Secretaría de Gobernación, la que se comprometía a dotar a las corporaciones creadas (que debían ser menores de 50 hombres), de instructores y pertrechos militares, pero se guardaba para sí el derecho a recoger estos últimos cuando quisiese.

Pese al acuerdo tomado, los propietarios no estuvieron conformes y el último día del mes se reunieron en la ciudad de México en el Congreso Nacional de Agricultores. Ahí, el tema principal de la discusión fue cómo cuidar sus propiedades. Finalmente crearon la Federación Nacional de Agricultores que sería la encargada de coordinar las Ligas de Agricultores de cada estado, constituidas en ese mismo Congreso, con el objetivo de tomar las decisiones que creyesen convenientes para hacer frente a los rebeldes. Se nombró también una comisión que se entrevistó con el secretario de Gobernación, Aureliano Urrutia, para pedirle los pertrechos que habían ofrecido darles mediante el decreto de seguridad rural. El secretario, después de un breve estudio, finalmente dotó de armas y parque a los agricultores e industriales, pero advirtiéndoles que la compra de armas y municiones por su parte estaba estrictamente prohibida. Con esto se trataba de evitar que ese armamento fuese a parar a manos de los revolucionarios.[40]

38 Rosendo Bolívar Meza, *La presidencia interina de Victoriano Huerta*, p. 57.

39 Luis Garfias Magaña, *op. cit*., p. 180.

40 El decreto apareció en el *Diario Oficial* el 24 de junio de 1913 y fue modificado el 7 de julio. En él se establecía que, previo permiso de Gobernación, los hacendados podían formar grupos irregulares de más de 25 hombres. Los oficiales enviados por la Secretaría debían acordar con los propietarios el horario de instrucción. El documento además contraía una obligación por parte de la jefatura de los cuerpos rurales, la cual se comprometía a establecer en cada cabecera de distrito o cantón un grupo de fuerzas rurales para el auxilio de las propiedades. Mario Ramírez Rancaño, "La república cas-

No solamente era necesario el aumento de efectivos, la creación de nuevas corporaciones, una nueva distribución geográfica de los mandos militares y una nueva administración política. Era también indispensable coordinar los trabajos en los frentes de guerra y los trabajos de las fuerzas armadas que operaban para hacer frente a los insurgentes. Es por ello que Huerta, el 31 de julio, expidió el decreto para regular las actividades de los cuerpos rurales y, pese a que se decía que debían conservar su carácter de voluntarios, se establecía que:

> Art. 1º Los Cuerpos Rurales que dependen de la Secretaría de Gobernación cesarán de prestar servicio de Policía Rural a que ahora se les destina, pasando a formar parte del ejército y a depender por lo tanto de la Secretaría de Guerra y Marina.
>
> Art 2º Los mencionados Cuerpos tomarán la denominación de "Cuerpos Exploradores", se numerarán del uno en adelante y se compondrán de 500 individuos de tropa cada uno.
>
> Art. 3º Los Cuerpos Rurales pasarán su revista de "cese" como policía de la Federación y de "entrada" como "Cuerpos de Exploradores" el día 15 del próximo agosto.
>
> Art. 4º Las Secretarías de Gobernación y de Guerra dictarán, en la parte que a cada una corresponde, las órdenes necesarias para el cumplimiento de este Decreto.[41]

Lo anterior, si bien es cierto que dotaba de unidad en el mando y evitaba la duplicidad de órdenes, traía un craso error consigo. Si los cuerpos irregulares eran bastante efectivos era debido a su autonomía y a su fácil ductilidad debido a que no deberían esperar órdenes para poder movilizarse. Además, el que se les denominara "Cuerpos Exploradores" era con el fin de aprovechar sus capacidades como conocedores de terreno. Serían la vanguardia que precedería al grueso de las fuerzas federales. Aunque esto ha sido visto por algunos estudiosos como un síntoma de que Huerta quería deshacerse de ellos al mandarlos al "matadero" por delante, en

---

trense de Victoriano Huerta", *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, pp. 175-176. Rosendo Bolívar Meza, *op. cit.,* p. 57.

41 Luis Garfias Magaña, *op. cit.*, pp. 180-181.

realidad es ilógico pensar que Huerta planease deshacerse de hombres cuando estaba urgido de efectivos para combatir a los revolucionarios.

Otro de los aspectos negativos que trajo consigo la incorporación de los rurales al ejército formal fue que se podrían trasladar a varios de ellos a combatir a zonas lejanas de su lugar de origen, y con ello se le quitaban las ventajas ya señaladas de los cuerpos irregulares (su movilidad, conocimiento del terreno y autonomía e inclusive la aceptación por parte de la población civil).

Además, los jefes de los Cuerpos Rurales mostraron poca inclinación a subordinarse a los mandos federales, lo que causó constantes enfrentamientos y complicó el desarrollo de las operaciones.

Efectivos

Victoriano Huerta desde el inicio de su mandato se empeñó en aumentar el número de sus fuerzas. Ya el primero de abril su intención era hacerlas crecer en más de 150 por ciento, pues señalaba que la Secretaría de Guerra estaba ya realizando los trabajos necesarios para alcanzar el número de 80 000 hombres, necesarios "para mantener el orden inalterable en el interior del país y su respetabilidad en el exterior".[42] En este sentido, apenas dos meses después, el 30 de mayo, promulgó el decreto correspondiente, el cual además autorizaba al Ejecutivo a expedir las leyes y reglamentos que considerase necesarios para la reorganización del ejército y para la formación de las milicias irregulares. También se le facultaba "para aplicar a las unidades que se formen la nueva organización, a sus gastos de reclutamiento y cuarteles generales, el importe de las Partidas que asigna el Presupuesto de Egresos del año fiscal en curso y el del año fiscal 1913-1914".[43]

Ya en su informe presidencial del 16 de septiembre, Victoriano Huerta aceptó que los estados de Coahuila, Durango, Sonora y parte de Morelos se encontraban fuera del dominio del gobierno, pero indicó que se habían tomado las disposiciones necesarias para volverlos a tener bajo control. Señaló que existían "10 000 policías rurales, 4 000 gendarmes o policías

[42] Informe de Huerta a la Nación el 1o. de abril de 1913 en: *Los presidentes de México...*, *op. cit*.

[43] *Diario Oficial*, 30 de mayo de 1913; Luis Garfias Magaña, *op. cit*., pp. 179-180.

urbanos, más 16 200 hombres de las fuerzas regionales de los estados, que en conjunto arrojaban un total de 30 200 hombres".[44]

Al finalizar el huertismo se llegó a presentar un proyecto para aumentar al Ejército hasta la cantidad de 250 000 efectivos.[45] Ni siquiera los revolucionarios en su conjunto llegaron a alcanzar tan enorme cifra. De haber sido verdaderos estos números no habría existido fuerza capaz de hacer frente al Ejército Federal.

Una de las tesis que pretende mostrar el presente trabajo es que el Ejército Federal fue derrotado en 1914 no sólo porque se mantenía en pie mediante la coerción y por la falta de jefes capaces y aguerridos, de los que comúnmente se ha dicho que había pocos en el Ejército Federal, sino porque careció del número suficiente de elementos humanos y materiales para hacer frente a la revolución. Es decir, la falta de efectivos, así como de pertrechos militares: armas, cartuchos, etcétera.

Victoriano Huerta a lo largo de su gobierno hizo constantes esfuerzos por aumentar el número de efectivos, empeño que casi se volvió una fijación. Ello entrañó otro problema, encontrar un sistema idóneo de reclutamiento para alcanzar las anheladas cifras.

Reclutamiento

Para nadie es un misterio que la forma en que se engrosó el ejército porfirista fue mediante el sistema de la leva. Durante el maderismo se siguió practicando y se ha dicho que durante el huertismo aumentó considerablemente. Se ha mencionado:

> […] la técnica de reclutamiento militar conocido como la leva era un sistema forzoso de integración de gente pobre e ignorante al Ejército Federal. Nunca se utilizó tanto este sistema como en la presidencia interina de Victoriano Huerta, donde tan sólo en mayo de 1913 se reclutaron por día de manera forzada al ejército un promedio de ochocientas personas que simplemente deambulaban por las calles o vivían en zonas marginadas, de las cuales la

[44] Informe de Huerta a la Nación el 1º de abril de 1914 en: *Los presidentes de México...*, ; Mario Ramírez Rancaño, "La república castrense...", p. 183.

[45] En el *Diario Oficial* del 16 de marzo de 1914 apareció el decreto de fecha 13 del mismo en que se señalaba que por necesidades de la guerra era necesario aumentar el efectivo a 250 000 hombres.

> gran mayoría fueron alistadas y enviados a combate sin habérseles permitido siquiera despedirse de sus familias antes de partir.[46]

Las cifras parecen exageradas. Si bien es cierto que la leva aumentó no fue en los números antes mencionados. Lo que sí fue un hecho es que ese tipo de acciones provocó el mayor descontento entre la gente y parte de ella se unió a los revolucionarios.

Además de la leva, el huertismo hizo uso de otros métodos de reclutamiento. En este sentido, el 2 de junio intentó establecer el servicio militar obligatorio al que estarían obligados los hombres de más de 18 años y menos de 45.[47]

Pero no pararon ahí los intentos de Huerta para aumentar los efectivos. En el mes de agosto empezó la militarización de la Escuela Preparatoria. Y ya para el 21 de septiembre tuvieron que salir a campaña, lo que provocó el cierre no sólo de la ENP sino también de varias escuelas más que se habían militarizado.[48] También se militarizaron las oficinas gubernamentales y casi todos los ramos productivos. Michael C. Meyer nos da una instantánea:

> En el verano y otoño de 1913, el México bajo dominio federal empezó gradualmente a convertirse en una inmensa base militar. Las fábricas y las tiendas no relacionadas con actividades militares tenían prohibido por ley permanecer abiertas los domingos; naturalmente el propósito era que se les pudiera dar instrucción militar a los empleados civiles. Los ferrocarriles, si es que estaban en funcionamiento, transportaban sólo personal militar y pertrechos de guerra, casi con la total exclusión de tráfico y carga civil. Piezas de artillería, suministros militares, uniformes, soldados y caballos, eran cosas que tenían prioridad en lo que tocaba a los servicios ferroviarios. A tal grado llegó la cosa que los víveres y productos de primera necesidad tenían que transportarse a la ciudad por otros medios; al efecto, generalmente, se empleaban cientos de cargadores. Las estaciones de ferrocarril, sobre todo

46 Rosendo Bolívar Meza, *op. cit*., p. 57. La leva era un sistema de reclutamiento aplicado en gran parte del siglo XIX.

47 Arturo Langle Ramírez, *El militarismo de Victoriano Huerta*, p. 50.

48 *Idem*.

en la ciudad de México, estaban repletas de puestos de embarque militar y prácticamente de nada más.[49]

Meses más tarde en 1914, ante la invasión de Estados Unidos, Huerta apeló al "enlistamiento patriótico" con el objetivo de sumar hombres a sus fuerzas, engañando a los ciudadanos diciéndoles que sólo era para rechazar a los gringos cuando en realidad muchos de ellos fueron enviados a combatir a los revolucionarios.[50] En algunas zonas el resultado fue mejor que en otras.

Un librero de la ciudad de México de aquel entonces dejó sus impresiones:

> […] si honda consternación produjo la noticia del desembarco de tropas yanquis en Veracruz, más grande fue la indignación que sentimos todos al saber que Huerta, atendiendo más a su conveniencia y egoísmo personal que a los sagrados intereses de la Patria, enviaba a los voluntarios, no a luchar contra los invasores sino a atacar a sus hermanos, quienes combatían por la causa de la justicia y reparación de la dignidad y del derecho tan vilmente ultrajados por él y sus cómplices. Al darse, pues, cuenta los capitalinos del engaño de que habían sido víctimas los ciudadanos que con todo entusiasmo y buena fe presentáranse a ofrecer sus servicios en defensa de la patria, decidieron abstenerse prudentemente de seguir, tan meritorio, pero asimismo tan mal estimado ejemplo […].[51]

No obstante, el sistema de reclutamiento se recrudeció:

> la leva continuara, recrudeciéndose ésta a tal grado, que muy pocos eran los hombres que se atrevían a transitar por la calle después del obscurecer, siendo los desheredados los que desde luego empezaron a desaparecer, pues de los mesones y hasta de sus casas comenzaron a ser extraídos por los sicarios

49 Michael C. Meyer, *Huerta. Un retrato político*, p. 106. Parte de este proceso de militarización puede verse en Maribel Castillo Marcelo, *Militarización escolar durante el gobierno de Victoriano Huerta*, pp. 23-26. Ver también *infra*, "Los estudiantes en pro y en contra de la militarización", "La movilización estudiantil en contra del militarismo" y "Los grupos paramilitares. Cuerpos de voluntarios".

50 Para una explicación de cómo afectaba el sistema de leva a la moral del ejército, ver *supra*, pp. 12-13.

51 Francisco Ramírez Plancarte, *La Ciudad de México durante la Revolución Constitucionalista,* pp. 85-86.

de la gendarmería montada, quienes dedicábanse ufanamente a cumplir tan reprobable como odiosa tarea. Todo aquel individuo que por necesidad pasaba frente a un cuartel, inmediatamente era atrapado por una jauría de sabuesos que merodeaba en sus cercanías aguardando el paso de los transeúntes.[52]

En San Luis Potosí, a decir de un federal, la gente al enterarse de la invasión acudió a su llamado:

Individuos de todas las clases sociales diariamente acudían a los cuarteles para recibir instrucción militar, que gustosos les impartíamos. Hombres de buena posición y hasta mujeres, desfilaban por la Alameda de San Luis Potosí diariamente, entre las seis y las ocho de la mañana, ensayando evoluciones y movimientos con el rifle, deseosos de ofrendar sus vidas en defensa de la Patria, para contener el avance del invasor.

Para ellos no había Victoriano Huerta ni Venustiano Carranza. Ellos respondían solamente al angustioso llamado de la Patria.[53]

Sin embargo, reconoce:

Por desgracia, debo confesar que sí se desvirtuó aquel desbordamiento de patriotismo. El gobierno dispuso que numerosos elementos ingresaran al Ejército para formar columnas que marcharan a combatir a los invasores. Lo penoso fue que esas columnas se utilizaron para batir a los revolucionarios. La angustiosa situación militar y el decoro nacional lo reclamaban.[54]

Parte de esos hombres y mujeres así reclutados fueron enviados a combatir a Zacatecas en junio de 1914.

Armamento

Los esfuerzos de Díaz por modernizar el armamento habían sido limitados y el material de guerra utilizado por los federales era de lo más disímbolo. Las armas más comunes eran las carabinas Winchester modelo 1894;

52 *Idem.*
53 Ignacio Muñoz, *Verdad y mito de la Revolución Mexicana*, t. I, p. 182.
54 *Ibid.*, p. 183.

los rifles y carabinas Remington de diversos modelos (1871-1888); los rifles máuser (modelos 1895, 1902, 1907, 1910 y 1912); las carabinas Pieper Nagant (1893); y los rifles de repetición Mondragón (1893, 1894), creación de uno de los golpistas. También se utilizaron revólveres como el Colt 45 y los Colt modelos 1878 y 1902, este último automático; así como el Pieper (1893) y Remington (1875, 1891). Los fusiles de infantería comúnmente contaban con una bayoneta, y la caballería usaba sable.

El material más poderoso eran las ametralladoras. Las más comunes durante el combate contra los revolucionarios durante el huertismo fueron la Hotchkiss (1896), y las ametralladoras ligeras Rexer, las más avanzadas eran la ametralladora danesa Madsen (1911) y la Maxim, pero también se utilizó la Gatling y Colt (1885).[55]

En cuanto a la artillería, se utilizó material Schneider-Canet, Saint Chaumond Mondragón y Mondragón de 70, 75 y 80 mm.[56]

Las necesidades de la guerra obligaron a Huerta a conseguir rápidamente material para poder abastecer a sus tropas. Para el primero de abril, el presidente informó:

> Se ha recibido una parte de los fusiles de 7 mm contratados con el Gobierno español y se gestiona con el mismo Gobierno la adquisición de 10 000 carabinas del mismo sistema y calibre y 10 000 000 de cartuchos. También llegaron ya las ametralladoras Hotchkiss de 7 milímetros contratadas en el año anterior, las carabinas Winchester 30-30 con sus cartuchos y los sables que se tenían pedidos.
>
> Se contrataron dos automóviles blindados armados con ametralladoras Maxim y se adquirieron dos carruajes de ambulancia, medicinas, material de curación, botiquines, etc., estando pedidas cajas de autopsia y otros varios artículos. Los establecimientos fabriles de artillería continúan los trabajos relativos a reparación y construcción de material de guerra, y especialmente la Fábrica Nacional de Armas se ocupa en la reparación violenta de las armas portátiles que se tienen en uso en el Ejército y cuerpos auxiliares.[57]

55 En los años siguientes se utilizó la Vickers (1915) y la Browning (1917).

56 Luis Garfias Magaña, *op. cit*., p. 99; Gloria Fuentes, *op. cit*., p. 89.

57 Informe de Huerta a la Nación el 1o. de abril de 1913 en: *Los presidentes de México..., op. cit*.

En el mes de julio se compraron 80 000 granadas. La adquisición de armamento en el extranjero fue aumentando conforme pasaban los meses, pero para evitar que este material fuera a parar al bando revolucionario se estableció la prohibición de importación de armamento por parte de los particulares.[58]

Huerta desde el inicio de su mandato tuvo serias complicaciones para poder abastecerse de armamento. La negativa del presidente estadunidense Wilson de reconocer su gobierno y el embargo de armas que decretó el Congreso estadunidense en marzo de 1913 obligaron a Victoriano Huerta a conseguir armas y cartuchos en Oriente, pero principalmente en Europa en países como España y Alemania.[59]

Con la compañía japonesa "Mitsui and Co" se firmaron tres contratos: uno el 31 de marzo de 1913, y dos más con fecha 21 de junio del mismo año. El primero era para obtener cincuenta mil fusiles de 7 mm, tipo 38, que tenían un valor de 15.90 dólares cada uno; el segundo era por la cantidad de diez millones de cartuchos para los fusiles antes citados, cada millar de cartuchos tenía un valor de 25.00 dólares; y el tercero para comprar veinticinco mil carabinas del mismo modelo que el fusil, y tenían un costo de 14.10 dólares, cada una. Todo ello hacía un total de 1 397 500 dólares, de los que se dio un anticipo de 690 125.00 dólares. Del arsenal comprado únicamente se recibieron diez mil fusiles. Por tanto, la operación del gobierno huertista resultó hasta cierto punto infructuosa.[60]

Comunicaciones

En toda lógica de guerra es necesario tener un buen sistema de comunicaciones y Huerta como experto militar sabía de la importancia de tener

58 Rosendo Bolívar Meza, *op. cit.*, p. 57.

59 Posteriormente, Huerta intentó adquirir armamento de Estados Unidos por medio de contrabandistas, pero con poco éxito. Al inicio de su mandato ordenó confiscar todo el armamento existente en las casas de empeño. Maribel Castillo Marcelo, *op. cit.*, p. 11; Josefina Mac Gregor, "Huerta en la presidencia. Las contradicciones de un gobierno autoritario", *op. cit.*, p. 57.

60 Los contratos entre el gobierno de Huerta y la compañía japonesa "Mitsui y Co". Centro de Estudios de Historia de México. Carso-Archivo Primer Jefe del Ejército Constitucionalista. (En adelante: CEHMCARSO-APJEC). Carpeta: 79, Legajo: 8769, Documento: 1-2; 24 de mayo de 1916. Alfredo Breceda al coronel jefe del Estado Mayor de Venustiano Carranza. Para un desglose de los contratos. Carpeta: 79, Legajo: 8769, Documento: 2-2; 7 de junio de 1916. Alfredo Breceda a Venustiano Carranza. Le informa que los contratos que había celebrado la compañía japonesa con el gobierno de Huerta ya han sido liquidados. Carpeta: 82, Legajo: 9122, Documento 1.

expeditos los caminos para poder trasladar a sus soldados. Para él en un primer momento, el problema principal, aún antes que el reclutamiento o la necesidad de dinero, era:

> […] la dificultad de no poder transportar en el tiempo que conviene nuestras tropas; tenemos grandes recursos, grandes elementos, tenemos dinero, aun cuando parezcamos pobres, y, sin embargo, estamos en la imposibilidad de poder transportar al Ejército para que vigile nuestros intereses. Por eso el Ministerio de Comunicaciones, próximamente, se dirigirá a ustedes proponiéndoles que aprueben el gasto relativo para que podamos tener comunicación con el Estado de Sonora, que está enteramente aislado de la República.[61]

Más adelante señalaba:

> La indicada organización del Ejército en divisiones es solamente uno de los factores indispensables para la eficaz acción de las tropas, ya sea en casos de disturbios o de conflictos de otra naturaleza; pero no es por sí sola suficiente, sino que debe atenderse a la facilidad y rapidez de las comunicaciones en todo el territorio nacional. A este respecto debe procurarse ligar el Estado de Sonora con el resto de la República, tanto por ferrocarril como por mar, y ya se hacen para lo primero las gestiones del caso y se contratarán por lo pronto dos embarcaciones expresamente adecuadas para el servicio de transportes de tropas en el Pacífico y en el Golfo.[62]

Cuando se hable de las operaciones militares se podrá observar que la respuesta dada por el gobierno de Huerta, en este sentido, fue muy limitada.

Y la empresa no era fácil, para entonces el territorio que comprendía nuestro país era de 1 987 201 kilómetros cuadrados en los que vivía una población de 15 160 377 habitantes. El principal medio para desplazarse era el ferrocarril, que pese a la expansión que había tenido durante el porfiriato era insuficiente. Para 1910 el total de las vías ferrocarrileras era de 19 280 kilómetros. Las principales líneas ferrocarrileras eran: Ferrocarril Central, Ferrocarril de Sonora, Ferrocarril Nacional, Ferrocarril Interoceánico, Ferrocarril Mexicano del Sur, Ferrocarril de Occidente, Ferrocarril Kansas City, México y Oriente, Ferrocarril Nacional de Tehuantepec del puerto de Salina Cruz en el Océano Pacífico a Puerto México (Coatzacoal-

61 Informe de Huerta a la Nación el 1º de abril de 1913 en: *Los presidentes de México...*
62 *Idem.*

cos) en el Golfo de México; Ferrocarril Mexicano del Pacífico, Ferrocarril Sud-Pacífico, Ferrocarriles Unidos de Yucatán, Ferrocarril Panamericano y Ferrocarril Noroeste de México. Todos ellos conectaban a las principales ciudades y los centros económicos más importantes. Por ellas pasó la Revolución Mexicana, pues los trenes fueron otro actor del proceso armado.[63]

Financiamiento

Para hacer más efectivo al Ejército, el régimen huertista necesitaba no sólo de hombres, armamento y buenas comunicaciones, sino también de dinero para poder conseguir esos recursos (el pago de los haberes, compra de material de guerra y gastos para la construcción y/o reparación de caminos). Por ello, una constante preocupación fue hacer lo necesario para conseguir más efectivo.

El 1o. de marzo se envió a la Cámara de Senadores una iniciativa de ley solicitando un empréstito de cien millones de pesos. A finales del mes se dio a conocer un proyecto de empréstito de treinta millones de pesos amortizables en veinte años, expidiéndose bonos por diez, cincuenta y cien pesos que al final redituarían 49 millones de pesos.

Al mes siguiente, el 19 abril, se anunció que se pediría un préstamo de cien millones de pesos. Apenas seis días después, el ministro de Hacienda, Toribio Esquivel Obregón, pidió un préstamo de 150 millones de pesos, el cual tendría un interés del 7 por ciento anual.

El 20 de mayo se contrató otro empréstito por 15 millones de libras esterlinas a un interés del 6 por ciento anual y a pagar en diez años. Al mes siguiente, el 8 de junio, se hizo lo propio con el Banco de París por 160 millones de pesos. En los meses siguientes los préstamos no pararon y el 1o. de septiembre se firmó con banqueros franceses, ingleses y canadienses otro empréstito por doce millones de pesos. Como los préstamos resultaban insuficientes para hacer frente a los gastos de la guerra, Huerta, durante la segunda quincena del mes de septiembre, impuso gravamen al

63 *Estadísticas sociales del Porfiriato 1877-1910*; Álvaro Gianfranco Capasso Gamboa, *Situación actual del ferrocarril en México*, pp. 3-7; Teresa Márquez Martínez, "Los archivos de Ferrocarriles Nacionales de México", *América Latina en la Historia Económica*, señala: "La lucha revolucionaria que dio inicio en 1910 dejó serios estragos en la red ferroviaria En el punto álgido de la lucha revolucionaria, los carrancistas incautaron las líneas que se encontraban en las áreas que tenían bajo su control militar para formar los Ferrocarriles Constitucionalistas".

alcohol de un 100 por ciento, al tabaco 50 por ciento y al petróleo con poco más del 50 por ciento. Asimismo, expidió un decreto contra los especuladores de la moneda.[64]

Sin embargo, no todos los préstamos se concretaron, la creciente animadversión de Estados Unidos impidió el cierre de algunos de ellos.[65] Aunque se puede pensar que el crédito estadunidense siempre estuvo cerrado para Huerta, no fue así. Hubo un momento en que el gobierno estadunidense estuvo dispuesto a prestar dinero al gobierno a cambio de ciertos compromisos políticos:

> En el mes de agosto [de 1913] hubo presión por parte de Estados Unidos para que las elecciones se realizaran en octubre, con el compromiso de que Huerta no participara en ellas. Se hizo una propuesta a Federico Gamboa, entonces secretario de Relaciones Exteriores, por medio de John Lind, agente de los Estados Unidos, quien inclusive hizo "un ofrecimiento novedoso; de aceptarse lo anterior, el gobierno estadounidense intercedería para que México recibiera un préstamo que resolvería las necesidades más urgentes. […] Contra lo que las autoridades oficiales estadounidenses esperaban, Gamboa respondió de inmediato, rechazando de manera drástica y categórica las proposiciones, incluido el soborno. Hizo notar que, cuando la dignidad nacional iba de por medio, no había empréstitos suficientes para menoscabar la ley. Asimismo, que, de admitirse los consejos de Estados Unidos en materia de elecciones se vulneraria gravemente la soberanía nacional "y todas las futuras elecciones de presidente quedarían sometidas al voto de cualquiera de los presidentes de los Estados Unidos de América". Sin embargo, Gamboa también en el mensaje hacía la observación de que constitucionalmente Huerta estaba impedido para participar en las elecciones.[66]

Pero no ocurrió ni lo uno ni lo otro, ni hubo préstamo, y Huerta ganó las elecciones a pesar de que "estaba impedido para participar".

Prensa

Como anteriormente lo había hecho el porfiriato a través del periódico *El Imparcial*, y el maderismo a través de *Nueva Era*, ahora el gobierno de

64 *El Imparcial,* 2 de marzo de 1913. Héctor Díaz Zermeño, *op. cit*., p. 74; Arturo Langle Ramírez, *op. cit*., p. 49; Rosendo Bolívar Meza, *op. cit*., pp. 62-64.
65 Josefina Mac Gregor, "Huerta en la presidencia…", *op. cit.*, p. 56.
66 Josefina Mac Gregor, "*Federico Gamboa Iglesias*", p. 63.

Victoriano Huerta vio la necesidad de contar con un diario que divulgara, apoyara y diera las versiones oficiales del gobierno. De esta forma apareció *El Independiente*. Otros de los periódicos que se destacaron por su oficialismo fueron *El Diario* y *La Voz del Pueblo,* este último tomó un carácter netamente antifelicista.[67]

Aunque la llegada de Victoriano Huerta fue vista con buenos ojos por la prensa capitalina casi en su totalidad, con el paso del tiempo ésta se fue apartando poco a poco del militar en la medida que éste afectó los intereses de sus representados. Por ejemplo, *El País*, diario católico y por lo tanto identificado con el Partido Católico, sufrió esta transformación.[68]

Un repaso de cómo la prensa siguió los primeros días el mandato de Victoriano Huerta resulta sumamente curioso. Primero porque, aunque todos en un principio vieron en la figura de Félix Díaz al representante de la "Revolución" (así, con esas palabras denominaban al golpe que acabó con Madero), más tarde tuvieron que rendir pleitesía al presidente. Segundo, porque a pesar de que a Huerta como militar lo acompañaban sus glorias guerreras, en realidad se le quería dar a su régimen una apariencia civilista. Fueron pocas las veces que Huerta fue representado rodeado de un ambiente castrense (vestido con uniforme militar, rodeado de soldados, etcétera). Lo irónico es que una de esas pocas imágenes ha sido utilizada para mostrar el grado de militarización que alcanzaría su régimen durante los meses siguientes.

El 3 de abril de 1913, en el lujoso Salón de Embajadores del Palacio Nacional, se reunió lo más granado del Ejército Federal con el fin de condecorar a Aureliano Blanquet, Manuel Mondragón, Samuel García Cuéllar y Jerónimo Treviño, a quienes se les impondrían las condecoraciones del Mérito Militar y la Cruz de Constancia de primera clase. *El Independiente,* a los dos días, hizo caso omiso de los festejados, exaltó la figura del presidente y publicó una fotografía de Huerta escoltado de su Estado Mayor, acompañada con unas líneas que entre otras cosas decían:

[67] Para una mayor referencia sobre el comportamiento de la prensa véase: Rosendo Bolívar Meza, "La prensa durante la presidencia interina de Victoriano Huerta (febrero-octubre 1913)", *Estudios Políticos*, pp. 113-114, 122-123. Uno de los pocos medios escritos que se mostró crítico al gobierno de Huerta fue la *Revista Positiva.*

[68] Dirigido por José Elguero, a la muerte de Trinidad Sánchez Santos, acusó a algunos diputados de estar relacionados con la revolución, o de cobrar todavía sus sueldos a pesar de ya estar en el campo rebelde. Josefina Mac Gregor, "La XXVI Legislatura y el autoritarismo huertista", p. 176.

El conjunto de jefes y oficiales que se encuentran rodeando al Señor Presidente está formado por aquellos que más se distinguieron en la campaña del norte, cuando el señor general don Victoriano Huerta era jefe de la división que derrotó a los rebeldes y más que eso, que vino a colocar al ejército en el lugar que se merecía después del desastre del primer Rellano.

Hombres fieles y dotados en su totalidad de inteligencia y valor, los miembros del actual Estado Mayor del Señor Presidente hacen un brillante grupo de militares al lado de su jefe, el ex-jefe de la División del norte.[69]

A Huerta aún lo acompañaban las glorias de las batallas libradas en contra de quienes ayer eran enemigos y ahora, ¡oh paradoja!, se convertían en aliados: Pascual Orozco y sus colorados.

Victoriano Huerta y su Estado Mayor en un salón de Palacio Nacional, retrato de grupo, 1913. © (38789). SECRETARÍA DE CULTURA.INAH.FN.MX.

[69] *El Independiente*, 5 de abril de 1913. La escena descrita arriba es una icónica imagen que es utilizada para mostrar el militarismo y solemnidad del régimen huertista. Para un breve pero sustancioso estudio véase: Daniel Escorza, "Imagen y apariencia de Victoriano Huerta después de la Decena Trágica", *Historias*, pp. 65-74; John Mraz, "Historia y mito del Archivo Casasola", en *La Jornada Semanal*, 31 de diciembre de 2000; Sobre la imagen civilista que se le quería dar al régimen de Victoriano Huerta en los primeros días consúltese: Marion Gautreau, "Militar o político: la imagen del presidente durante la Revolución", en *Historias*, pp. 71-80.

El gobierno huertista frente a la rebelión

"La política es el juego de la viborita,
si la ensartas pierdes,
y si no la ensartas pierdes".

V. Huerta

Huerta y sus opositores. Díaz *versus* Huerta. Una frágil alianza

Pronto se vería la fragilidad de la alianza entre los dos grupos golpistas. Félix Díaz, a raíz del Pacto de la Embajada, al negarse a asumir un puesto en el nuevo gobierno perdió toda oportunidad de poder intervenir en cualquier decisión importante que se tomara. Los hombres que dejó en el gabinete, si bien es cierto que tenían ligas con el felicismo, carecían de los suficientes arrestos para oponerse a Huerta. El secretario de Guerra estaba totalmente desprestigiado y se dedicó a hacer negocios. Los demás ministros no tenían una base política sólida, ni una fuerte representación para poder oponerse a las decisiones de Huerta.

Félix Díaz sumamente confiado emprendió sus trabajos electorales. De esta forma el 2 de marzo anunció su candidatura a presidente. Lo acompañaba en la fórmula el eterno Francisco León de la Barra, como candidato a vicepresidente. El día 8 se hicieron oficiales sus candidaturas.[1]

No obstante, Huerta muy pronto empezó a actuar en su contra. Pocos días después, la Comisión Permanente del Congreso de la Unión rechazó la convocatoria a elecciones extraordinarias para presidente y vicepresidente alegando que no era de su competencia y que no podía convocarse

[1] El Partido Liberal Democrático, del cual era presidente el licenciado José Luis Requena, fue quien postuló la fórmula Díaz-De la Barra. A los pocos días de oficializadas sus candidaturas desde Tamaulipas se lanzó un manifiesto que acordó sostenerlas. Luis Liceaga, *Félix Díaz*, pp. 270-272.

a sesiones extraordinarias de la Cámara de Diputados pues ya se había sesionado el tiempo máximo que estipulaba la ley.[2]

Desde el principio se empezaron a conformar dos bloques al interior de los diputados, ante la disyuntiva Díaz o Huerta:

> Moheno y sus colegas se inclinaron por este último y buscaron en la Cámara el apoyo de los renovadores, es decir, de los diputados maderistas, para evitar el arribo de Díaz a la presidencia. Al parecer, el sobrino del ex dictador representaba para ellos la restauración del porfiriato sin don Porfirio; situación que les parecía inadmisible, pues ¿Cómo pensar en la restauración del sistema porfiriano sin contar con un hombre que reuniera siquiera algunas de las dotes y cualidades personales del viejo dictador? Huerta, por su parte, era la posibilidad de un cambio sin recurrir a la vía revolucionaria. Esta elección los marcó para siempre.[3]

Pero no todo era miel sobre hojuelas para Huerta, el sector felicista en la cámara al darse cuenta de los ataques de que era objeto su caudillo decidió poner trabas a todo proyecto de ley impulsado por el mandatario. De esta manera en cada votación hacía mancuerna con el Bloque Renovador que se había formado desde el mes de abril, integrado en su mayoría por diputados elegidos en junio de 1912 y, por tanto, considerados como maderistas. A mediados de abril en la prensa empezaron a aparecer noticias sobre las divisiones existentes al interior del gabinete y los desacuerdos entre éstos y el presidente.[4]

El 16 de abril el subsecretario de guerra Manuel M. Velásquez transmitió la decisión de ascender a Félix Díaz a general de brigada porque: "tomó parte activa en la defensa de la Ciudadela, contribuyendo para el restablecimiento de la tranquilidad del país".[5] Aunque los términos en que se redactó la petición no parecen tener segunda intención, es muy posible que se haya hecho en esa forma para dejar en claro que Díaz únicamente había "contribuido" y no había sido el caudillo y ni siquiera uno

2 Josefina Mac Gregor, "La XXVI Legislatura frente a Victoriano Huerta. ¿Un caso de parlamentarismo?", *Secuencia*, pp. 10-23.
3 Josefina Mac Gregor, "*Querido Moheno Tabares*", *op. cit.*, p. 82.
4 Rosendo Bolívar Meza, *op. cit*., pp. 65, 68.
5 Mario Ramírez Rancaño, "La república castrense...", p. 172.

de los organizadores que acabaron con el régimen de Madero, y eso se le echaba en cara. Era una forma de menospreciarlo.

Al día siguiente, el 17 de abril de 1913, Gobernación ingresó una nueva iniciativa que propuso el 27 de julio para celebrar elecciones. "Sin embargo, el mismo día, la mayoría de las comisiones que conocieron el asunto recomendaron que se pospusiera la emisión de tal convocatoria para cuando se dictaminara la ley electoral respectiva, aunque también se dio a conocer, días más tarde, el voto particular de una minoría de dichas comisiones que sugería que las elecciones se celebraran en la fecha planteada por Gobernación".[6] La prensa dio a conocer que la Cámara de Senadores se estaba ocupando del mismo punto, lo que causó el enojo de los diputados. Por tal motivo los senadores tuvieron que suspender sus discusiones al respecto.

Pero todos los movimientos que se daban en las Cámaras no preocupaban mucho a Victoriano Huerta, quien apoyado en las bayonetas hacía movimientos más efectivos y que golpeaban seriamente a sus opositores. De esta manera el 25 de abril el "sobrino de su tío" se vio obligado a posponer su candidatura y Francisco León de la Barra, más prudente, se retiró de la contienda. En poco más de dos meses Huerta había logrado anular a sus dos principales posibles opositores políticos. Seguramente consideraba a Díaz un inepto y a De la Barra indeciso y no tan férreo, ya había tenido oportunidad de tratar a este último en la campaña morelense en 1911.

Tanto Díaz como De la Barra habían menospreciado a Huerta y seguramente confiaban en subordinarlo. De la Barra tal vez pensó en que trataba aún con el Huerta de 1911 al que había logrado atraer a su política, sólo que para 1913 los papeles habían cambiado. Ahora el militar era el presidente y el político el subordinado. Huerta ya no estaba dispuesto a plegarse a los dictados de De la Barra.

El distanciamiento entre Huerta y Díaz-De la Barra originó que empezaran a correr rumores de que la vida de éstos corría peligro y, por ello, algunos de sus partidarios trataron de darles protección. Inclusive, empezaron a circular noticias de que Díaz planeaba un movimiento contra el jefe del Ejecutivo.[7] Lo primero parece verosímil, pues Huerta no era una

[6] Josefina Mac Gregor ha señalado este episodio como uno de los momentos clave que permitió delimitar las atribuciones de cada una de las Cámaras. Josefina Mac Gregor, *op. cit.*, pp. 14-15.

[7] De la Barra manifestó en carta a José Luis Requena con fecha 24 de abril que abandonaba su candidatura en virtud de que la Cámara de Diputados había diferido la

persona que se tentara el corazón para quitar de enmedio a aquellos que lo estorbaban. De cualquier modo, los partidarios de Díaz y De la Barra resultaban una nulidad comparados con el poder que había logrado obtener Huerta en su breve estancia en el gobierno.

De la Barra, aunque había intentado un acercamiento con el ejército durante su breve gobierno en 1911, no había conseguido afianzar redes fuertes con el sector militar. Además, no dejaba de ser un civil. Díaz, por otra parte, a pesar de tener una formación marcial, tampoco había logrado crear un círculo a su alrededor de prestigiados soldados, y ya había quedado demostrado en su intentona de octubre de 1912 que contaba con poca influencia sobre el gremio castrense. Por lo tanto, los partidarios de ambos se encontraban en los civiles, que poca oposición podían ofrecer a las fuerzas armadas.

Ambos eran una nulidad frente al prestigio y fuerza de Victoriano Huerta. En cuanto a los rumores de un posible levantamiento de Díaz, solamente eran castillos en el aire, pues además de contar con grupos partidarios integrados en su mayoría por civiles, provenían de la clase acomodada, la que pocas veces pone en riesgo su vida y su dinero y casi nunca toma las armas. Esta vez no fue la excepción. Buscar apoyo en el sector popular era imposible, pues Félix Díaz no tenía el aval del pueblo. Díaz se encontró solo… completamente solo, era un caudillo de papel del que Huerta podría deshacerse fácilmente, como en efecto ocurrió.

El 26 de abril Rodolfo Reyes, tratando de forzar a Huerta, anunció que, si no se cumplía con convocar a elecciones, él renunciaría. Parecería que las presiones en este sentido funcionaron pues a principios de mayo se anunció que las elecciones se realizarían el 24 de octubre, y luego se estableció finalmente el día 26 como fecha definitiva. Pero del dicho al hecho… Las elecciones se llevaron a cabo, pero hubo fraude y Rodolfo Reyes fue sustituido, asumió el cargo como diputado por un breve tiem-

---

convocatoria de las elecciones. Félix Liceaga, uno de los partidarios de Díaz, indica que en una junta celebrada en la Academia Metropolitana y a la cual asistieron los generales Manuel Mondragón, Guillermo Rubio Navarrete, el mayor Agustín del Río, Cecilio Ocón, el arquitecto Fernando Castelló y otros, se acordó dar muerte a Victoriano Huerta. El encargado de realizar tal acto sería el secretario de guerra, pero le faltó resolución y entonces Rubio Navarrete intentó llevarlo a cabo, pero fracasó "en virtud de que las circunstancias no le favorecieron". El texto, aunque está lleno de imprecisiones, muestra la animadversión creciente que se iba dando al interior del grupo felicista con respecto a Huerta. Luis Liceaga, *op. cit*., pp. 297-298.

po, fue encarcelado y después dejado en libertad para posteriormente salir al exilio.[8]

Los ataques contra Huerta continuaron. El 15 de mayo, en el Congreso se conocieron las acusaciones de Heriberto Barrón, pero fueron desechadas porque se consideraba al diputado fuera de la ley de amnistía promulgada por el gobierno.[9]

Los conflictos de Huerta con sus antiguos aliados fueron incrementándose. Su relación con la Cámara de Diputados se hizo más crítica en el mes de julio pues éstos empezaron a exigir garantías al gobierno ante la desaparición de uno de sus miembros.[10] Al mes siguiente, el diputado maderista Serapio Rendón fue asesinado, en Tlalnepantla, lo mismo que el diputado Adolfo Gurrión, en Oaxaca.[11] El 1o. de septiembre se abrió el

8 Fue Manuel Garza Aldape quien llevó a Rodolfo Reyes el ultimátum para que dejara el puesto y el país. "Y salí del ministerio, redactando una nota, dejando bajo sobre un ejemplar para mi esposa para entregarlo, si yo desaparecía, a la Cámara de Diputados y di otro sellado y lacrado a un personaje extranjero, pidiéndole la hiciera pública en igual evento; tomé fuerte seguro, y ya no dormí en mi casa, pasándome dos días en un auto con dos hombres bien armados, hasta que un generoso caballero español me alojó en su casa, de la que salí para ir a la sesión del Congreso en que éste fue disuelto y cuya disolución me salvó probablemente de un atentado personal". Rodolfo Reyes, *op. cit*.

9 Barrón reunió una extensa documentación que acompañó con un elaborado texto en el que acusaba a Huerta de ser el responsable de los asesinatos de Madero y Pino Suárez, y pedía al Congreso se erigiera en Gran Jurado. El texto completo de Heriberto Barrón puede consultarse en *De cómo vino Huerta y cómo se fue…*, pp. 180-188.

10 Edmundo Pastelín, diputado suplente, había sido hecho prisionero el 11 de junio, acusado de conspirar contra el gobierno, y llevado a la penitenciaría de la ciudad de México y ejecutado dos días después. Cuando una comisión fue a ver a Aureliano Urrutia, secretario de gobernación, este dijo que ya había sido puesto en libertad, que seguramente se había escondido. El diputado nunca apareció... Manuel Servín Massieu, *Tras las huellas de Urrutia: ¿médico eminente o político represor?*, p. 88. El 9 de julio se dio a conocer la desaparición. Rosendo Bolívar Meza, *op. cit*., p. 70. El 13 de julio se hicieron varios cateos en algunas casas de la ciudad de México, en una de ellas se encontraron armas y material para explosivos, la prensa dijo que eran para hacer volar a Huerta, Díaz y Blanquet. Entre los detenidos también se encontraba Néstor Monroy, diputado suplente. Los detenidos fueron llevados a Morelos donde fueron ejecutados el día 14. Francisco Pineda Gómez, *La revolución del sur. 1912-1914*, pp. 298-300.

11 Josefina Mac Gregor señala: "Si bien hubo un acercamiento inicial entre el Ejecutivo golpista y la Cámara, paulatinamente los exmaderistas empezaron a poner objeciones a las pretensiones de Huerta. Algunos de los legisladores abandonaron incluso sus curules para unirse a la rebelión (como Luis Cabrera e Isidro Fabela); otros se quedaron e hicieron una tibia labor de obstrucción. Durante el receso de julio y agosto, algunos diputados desaparecieron, y tiempo después se supo que habían sido asesinados:

nuevo periodo de sesiones del Congreso, pero la relación entre los legisladores y el ejecutivo estaba fracturada.

Para entonces los partidarios de Félix Díaz en el Congreso ya no contaban para nada. Huerta, para quitarles toda esperanza que pudieran cifrar en las próximas elecciones, ordenó a Díaz que desempeñara una comisión en Japón para agradecer al Imperio por la representación que había enviado a nuestro país con motivo de las fiestas del Centenario. Esto era otra humillación para el ahora general de brigada, pues esa comisión durante el maderismo debía desempeñarla Gustavo A. Madero, asesinado durante la Decena Trágica, y los rumores señalaban a Díaz como el autor intelectual del crimen.[12]

Habían sido varios los ataques que los diputados para entonces habían sufrido, y dispuestos a no ceder más aprovecharon un hecho insignificante para tratar de imponer sus condiciones al Ejecutivo. Lo acusaron de violar la Constitución por el hecho de nombrar como miembro de su gabinete al diputado del Partido Católico Nacional, Eduardo Tamariz, sin la debida licencia del Congreso. Felicistas e independientes votaron, logrando reunir 108 votos en contra de 20 votos sufragados por los miembros del Partido Católico y aliados de Huerta, que habían sido los que, además, habían tratado de evitar la crisis.[13] Tamariz tuvo que dimitir a la Secretaría de Instrucción Pública.[14]

---

fue el caso de Serapio Rendón y Adolfo Gurrión", Josefina Mac Gregor, "Huerta en la presidencia...", *op. cit*., p. 57. Para los pormenores de las aprehensiones y los asesinatos de los diputados véase: *De cómo vino Huerta y cómo se fue*…, pp. 293-321. Aunque la muerte de Rendón fue conocida tiempo después, su desaparición causó incertidumbre entre los diputados.

12 En las *Memorias* de Victoriano Huerta, atribuidas al periodista Joaquín Piña, sobre este hecho se dice: "Yo soy cruel para herir, señores, porque mis heridas han sido siempre crueles. Me han enseñado a hacer mal, sacrificándome; por eso no se me juzgue […]. Esta forma, un poco brusca, la empleé para demostrar a los imbéciles que Félix Díaz no sería Presidente ¡Y ni aún así lo creyeron". Victoriano Huerta, *Yo, Victoriano Huerta*.

13 La solicitud enviada a la Cámara para que Eduardo Tamariz tomara el puesto como secretario de Instrucción Pública fue enviada el día 17. Como Tamariz protestó al día siguiente como miembro del gabinete antes de la aprobación de su licencia, ello dio pie a los opositores a Huerta para enfilar su ataque. Mario Ramírez Rancaño, "La república castrense...", p. 187.

14 Josefina Mac Gregor anota: "Ya sea que se tratara de una decisión del propio Tamariz o de una salida de Huerta para atajar el problema, el hecho es incuestionable: los diputados habían generado tal presión que lograron imponer su criterio". Josefina Mac Gregor, "La XXVI Legislatura...", p. 21.

Los diputados y senadores confiados en su pequeña victoria fueron cada vez más allá en los ataques a Victoriano Huerta. El 23 de septiembre el senador Belisario Domínguez hizo circular su discurso por entre la cámara ante la imposibilidad de hacerlo en la tribuna. En él atacó duramente a Huerta y utilizó algunos de los argumentos que se habían esgrimido meses atrás en contra de Madero: primero, que la situación reinante podría dar pie a una intervención yanqui; segundo, que la situación actual con Huerta era peor que en los tiempos de Madero; y tercero, que Huerta había violado la soberanía de la mayor parte de los Estados "quitando a los gobernadores constitucionales e imponiendo gobernadores militares que se encargarán de burlar a los pueblos por medio de farsas ridículas y criminales".[15] Es decir, era una acusación directa a los militares al mencionar que sólo servían de comparsa de los actos ilegítimos de Huerta y que ellos también serían el puntal para llevar a cabo un fraude en las próximas elecciones. No se equivocaba.

A finales de mes un grupo de 37 diputados del Bloque Renovador presentó una propuesta para anular el llamado a las elecciones. Sus argumentos eran que había imperfecciones en la aplicación de la ley electoral y que la situación reinante en el país no era garantía. La iniciativa fue rechazada en dictamen porque argumentaba que podría dar pie a que se considerara que el gobierno no quería dar el paso legal y también que la "Representación Nacional" no era sincera al estar colaborando con un gobierno que había aceptado. Es decir, era un recordatorio del "pacto" que habían asumido con Huerta al legalizar el cuartelazo. Las consecuencias de este vendrían pocos días después.

Desde que Belisario Domínguez había hecho circular su discurso para nadie era un secreto que su vida pendía de un hilo. Finalmente, el 8 de octubre fue asesinado.[16] Nadie se había enterado de su muerte, pero ante su desaparición se empezaron a formular infinidad de hipótesis sobre su situación.

15 Gildardo Magaña, *Emiliano Zapata y el agrarismo en México*, t. III, p. 305. El día anterior al discurso de Domínguez, Huerta había prometido que se llevarían a cabo elecciones limpias y que no habría candidato oficial. Es sabido que el texto nunca se leyó en las Cámaras, pero es poco sabido que existen dos discursos. Para una mayor referencia y análisis de estos véase: Josefina Mac Gregor, *Belisario Domínguez. Moral y ética, impronta de vida*, pp. 126-133.

16 Para los hechos y mitos en torno al asesinato del senador: Josefina Mac Gregor, *Belisario Domínguez...*, pp. 135-156.

El 9 de octubre en la Cámara de Diputados la incertidumbre acerca del paradero de Belisario Domínguez hizo que se nombrara una comisión que se dirigiera al secretario de Gobernación, Manuel Garza Aldape, para cuestionarlo sobre la desaparición del senador y decidió declararse en sesión permanente hasta recibir respuesta. El diputado Jáuregui fue más allá: pidió que se le dijera a Huerta que se ponían bajo su resguardo la vida de los legisladores y que, en caso de no recibir respuesta satisfactoria, se le hiciera saber que deliberarían en otra parte.

Por la noche Huerta llamó a su gabinete. Discutió la situación reinante en las Cámaras. Ante la posibilidad de que el Ejecutivo fuera depuesto, tanto Blanquet como Garza Aldape sugirieron dar el golpe primero y disolver las Cámaras. Inexplicablemente, Moheno, quien hasta entonces había actuado siguiendo la opinión de Huerta, se opuso a tal decisión al igual que el secretario de Justicia, Enrique Gorostieta.

Tomada la decisión, al día siguiente fueron enviadas fuerzas armadas a la Cámara de Diputados. Al interior del recinto ingresó un batallón policiaco. Afuera quedaron apostados elementos del Ejército Federal... las palabras de Belisario Domínguez habían sido de profeta.

Manuel Garza Aldape al tomar la palabra dijo que no comprendía por qué los diputados querían tomarse atribuciones tanto del Poder Ejecutivo como del Judicial y los conminó a que rectificaran su actitud. Como los diputados se negaron, abandonó el recinto en medio del silencio.

Fue entonces que la policía detuvo a los ciento diez legisladores. Fue entonces cuando seguramente sintieron lo que Madero meses atrás, y fue entonces seguramente cuando muchos de ellos se arrepintieron de haber dado legalidad al cuartelazo y haber celebrado el fin del maderismo. La ironía era simple pero cruel.

El golpe de Estado se había consumado.[17]

Más tarde, al llevarse a cabo las elecciones el 26 de octubre de 1913, ya Díaz contaba con poca presencia en el país. Sus partidarios por temor o al no considerarlo un hombre fuerte lo abandonaron. De esta manera:

> Los comicios se llevaron a cabo con escasa participación ciudadana, sin que hubiera claridad de quiénes eran los candidatos. Félix Díaz participó, pero se mantuvo en Veracruz ante el temor de alguna represalia por parte de

[17] Sobre los pormenores de la disolución del Congreso en: *De cómo vino Huerta y cómo se fue…*, pp. 379-395.

Huerta, y después abandonó el país. Aunque por ley Huerta no podía ser candidato, la mayoría de los pocos votos que se emitieron fueron a su favor como presidente y de Blanquet como vicepresidente. No obstante, la nueva legislatura que se eligió con tal premura alcanzó a declararse establecida y anuló las elecciones. Con este resultado Huerta pudo permanecer unos meses más en el poder.[18]

***

El Cuartelazo, el Pacto de la Embajada y la llegada a la Presidencia de Huerta trajeron consigo la aceptación del nuevo régimen por la mayor parte del Ejército, del sector medio y alto de la población y el reconocimiento de la mayoría de los países extranjeros, con excepción de Estados Unidos.

Huerta y Estados Unidos

El intervencionismo de Estados Unidos durante la Decena Trágica fue más que claro. Se esperaba que el gobierno de Huerta fuera sólo un gobierno títere, al menos así lo esperaba Henry Lane Wilson. Los términos en que estaba concebido el mensaje de Huerta al presidente de Estados Unidos, en el cual daba cuenta de los apresamientos del presidente y vicepresidente y en el que se declaraba "su servidor", así como que los acontecimientos posteriores hubieran seguido a "la letra" el plan delineado en la Embajada de Estados Unidos, parecían confirmarlo. El embajador escribió al Departamento de Estado:

> El Presidente y el Vicepresidente han renunciado y sus renuncias han sido presentadas al Congreso el que naturalmente las aceptará. Conforme a la Ley el poder recae en el señor Lascuráin, quien aún no puede renunciar, pero quien retendrá unos minutos el poder y en seguida Huerta será proclamado Presidente provisional e inmediatamente anunciará que su gabinete lo conforman las siguientes personas: Guerra, general Mondragón; Fomento, Ro-

[18] Josefina Mac Gregor, "Huerta en la presidencia. Las contradicciones de un gobierno autoritario", p. 58.

bles Gil; Gobernación, García Granados; Justicia, Rodolfo Reyes; Instrucción Pública, Vera Estañol; Comunicaciones, De la Fuente.[19]

Henry Lane Wilson suponía que el gobierno mexicano sería transitorio y el que saliera triunfante durante las elecciones (que a su modo de ver sería Félix Díaz) sería un gobierno manipulable y en el cual la nación estadunidense y sus intereses saldrían altamente beneficiados. En sus planes no estuvo contemplada la resistencia de los revolucionarios y la oposición de la nueva administración estadunidense a hacerse cómplice del cuartelazo y el crimen.

El 4 de marzo de 1913 Woodrow Wilson asumió el gobierno de Estados Unidos. Tan pronto lo hizo se negó a reconocer al gobierno de Huerta pese a la insistencia de su embajador. La ideología del nuevo gobernante yanqui ya no estaba fundamentada en el expansionismo estadunidense, teniendo como garantía a su marina. Wilson no se quiso hacer cómplice del asesinato, y de esta manera utilizó toda su influencia para derrocar al gobierno huertista, puesto que los regímenes anteriores le habían servido para asegurar la expansión de sus intereses. Esto no quiere decir que Wilson trabajara en favor de los revolucionarios o por un espíritu de filantropía, sino que más bien buscaba establecer un régimen fuerte, fuera éste carrancista, villista o zapatista y que fuese legal, sin mancha, pero obviamente que beneficiara y favoreciera los intereses estadunidenses.

Si en los meses siguientes el gobierno de Estados Unidos persistió en su ataque a Huerta, como bien señala Pablo Yankelevich, fue también por las concesiones que hizo a los intereses europeos, entre ellos al inglés de la Weetman Pearson, a la cabeza.[20]

En el mes de agosto de 1913 se anunció la llegada de John Lind a México con el objetivo de procurar el arreglo entre las dos naciones. Estados Unidos confiaba en una posible salida pues se avecinaban las elecciones en nuestro país, pero era claro que no se llegaría a buen puerto.[21]

19 Henry Lane Wilson-Departamento de Estado en Pablo Yankelevich, "La Revolución y Estados Unidos", p. 79.

20 *Ibid*., p. 81.

21 El ministro de Gobernación, Aureliano Urrutia, dice que antes de la llegada de Lind se recibió un mensaje que decía: "A quien corresponda. El gobernador Lind de Minnesota va a México [a] arreglar los asuntos del gobierno". Como yo tardé en encontrar al general Huerta, formulé un telegrama para tenerlo listo [para] presentár[se]lo: "Si el gobernador de Minnesota no trae sus papeles en debida forma, será considerado

Victoriano Huerta, en su informe del 16 de septiembre, dijo que su gobierno era reconocido por Alemania, Austria, Hungría, Bélgica, Colombia, Costa Rica, China, Dinamarca, Ecuador, España, Francia, Guatemala, Haití, Holanda, Honduras, Inglaterra, Italia, Japón, Mónaco, Montenegro, Noruega, Portugal, Rusia, El Salvador, Serbia, Suiza, Turquía y Uruguay.[22] Para entonces era claro que nunca obtendría la aprobación del gobierno de Estados Unidos y, tal vez para presionarlo, fue que a finales de mes presentó su proyecto de nacionalización de la industria petrolera. En él había una cláusula importante: la nacionalización no podría afectar los intereses británicos, pero sí los yanquis.[23] La guerra estaba declarada.

A los dos días Huerta nombró secretario de Relaciones Exteriores a Querido Moheno, pero no tuvo mayor éxito en arreglar las relaciones con el vecino del norte. Meses más tarde, el gobierno estadunidense, al evitar el atraque del barco *Ipiranga* y desembarcar tropas en Veracruz en 1914, lo hizo con el afán de proteger sus intereses y no con el de favorecer a los revolucionarios.

---

como extranjero pernicioso". Me dijo violentamente el general Huerta: "Llévelo usted al telégrafo personalmente, dirigido al presidente Wilson"; y así lo hice.

Dos días después se recibió una comunicación llena de consideraciones procedente de Washington. La recibió el ministro de Relaciones, don Federico Gamboa, que acababa de ser nombrado. La respuesta la oímos en una lectura pormenorizada que nos hizo el mismo ministro en una junta extraordinaria que tuvimos dos días después. Al terminar la lectura, creí pertinente hacer algunas observaciones, pero el general Huerta se puso de pie violentamente y me dijo: "No se debe quitar ni un punto ni una coma a éste del señor ministro de Relaciones. Debemos mandarla en el acto; y punto final".

Me llevó a comer a su casa y a la hora del café nos dijo: "Mi compadre y yo vamos a tomar el café en la sala, y ustedes sigan aquí saboreando su conversación". Ahí solos los dos me dijo el presidente: "No quise que hablara usted porque perdíamos el tiempo. Tengo la idea de que la respuesta de Gamboa es literatura barata, y quiero que la haga usted aquí sobre la marcha de una manera sencilla, clara, y contundente". Así lo hice; la leyó dos veces, la firmó, y la mandó a Washington en la misma cubierta de la Secretaría de Relaciones. A los días siguientes la prensa americana se refería encomiásticamente al general Huerta y a su ministro de Relaciones; y todos elogiaban la energía y la arrogancia con que [la respuesta] había sido hecha. Nosotros al encontrar al señor [presidente] oímos este comentario: "Hoy sí, tengo ministro de Relaciones". Stanley Ross, "Victoriano Huerta visto por su compadre", *Historia Mexicana,* p. 313.

22 Informe de Victoriano Huerta a la Nación el 16 de septiembre en: *Los presidentes de México..., op. cit*.

23 Mario Ramírez Rancaño, "La república castrense...", p. 184.

Pero pese a los diversos movimientos del gobierno, el cambio de Huerta en la Presidencia por otro personaje afín a sus intereses dependía de la lucha armada, y ahí se definió y no en la Casa Blanca.[24]

La política de conciliación. Política del "Pan y el Palo"

Huerta desde el momento de tomar el poder hizo un llamado a los revolucionarios para consolidar la paz, los invitó a deponer las armas. El llamado lo hizo en su decreto del 19 de febrero y lo volvió a hacer el 23 del mismo mes, pero ahí advirtió: "Pero si por desgracia malos mexicanos se empeñan en continuar la contienda, no vacilaré en aplicar las medidas de rigor necesarias para la paz pública".[25]

Para lograr la rendición envió emisarios al norte y al sur. Las respuestas fueron de la más diversa índole.

En el sur se rindió Jesús *El Tuerto* Morales, quien el 4 de marzo llegó a la ciudad de México. Una semana después, llegaron los Miranda, el general Alfonso junto con sus dos hijos: Adolfo y Joaquín, además de los jefes Andrés Rosales y Encarnación Díaz. El día 13 lo hizo Juan Andrew Almazán quien se decía llevaba la representación de jefes como Jesús Salgado, Emilio Benítez, Cipriano Jaimes, Silvestre Mariscal, entre otros, que operaban en los Estados de Michoacán y Guerrero.[26] En este último estado también se rindió Ambrosio Figueroa.[27]

Un exfederal que operaba principalmente en la zona de Veracruz y que se había rebelado contra Madero, hijo de un héroe de la guerra de Reforma pero que personalmente no gozaba de buena fama, Gaudencio de la

[24] Pablo Yankelevich, *op. cit*., p. 81.

[25] *El Diario*, 24 de febrero de 1913.

[26] A *El Tuerto* Morales lo acompañaban su hijo Alfonso, que fungía de secretario particular; José Morales, Rosendo Morales, Jesús Hernández, el clarín de órdenes Salvador Sánchez, coronel Javier Rojas, mayor Alberto Guevara, don Enrique Jiménez y el licenciado Arreola". El jefe suriano platicó con Huerta las condiciones para que se rindieran los 2 500 hombres que comandaba. Ignacio Muñoz, *Verdad y mito de la Revolución Mexicana*, t. I, pp. 282-283.

[27] En Guerrero también se rindieron temporalmente Julián Blanco, Gertrudis G. Sánchez y Genaro Basabe quienes más tarde se levantaron en armas al igual que Rómulo Figueroa, hermano de Ambrosio Figueroa, quien trató de convencer a su hermano de que dejara las armas, pero no lo consiguió. Ambrosio fue fusilado junto a su Estado Mayor el 23 de junio, Ian Jacobs, *La Revolución Mexicana en Guerrero. Una revuelta de los rancheros*, pp. 124-125.

Llave, se rindió también junto con sus hijos Gaudencio, Clicerio y Porfirio y el teniente coronel Loyo.[28]

En el norte fue donde tuvo más éxito la política de conciliación de Huerta pues ahí pudo obtener la rendición de un grupo importante de revolucionarios. Pascual Orozco envió un telegrama de felicitación a Huerta al siguiente día del cuartelazo y el 27 de febrero anunció que apoyaba al nuevo gobierno constituido. Llegó a la capital el día 12 de marzo acompañado de Benjamín Argumedo, Cheché Campos, Marcelo Caraveo, Pascual Orozco padre y demás.[29]

Tratando de obtener la subordinación de un mayor número de revolucionarios Victoriano Huerta promulgó el proyecto de ley de amnistía en el *Diario Oficial* el 19 de marzo.[30] A los dos días llegó a la ciudad de México el general Francisco del Toro, quien operaba en los estados de Durango, Jalisco y Zacatecas.[31]

La política al parecer había dado magníficos resultados, pues el 1 de abril el presidente anunció:

> La pacificación del país puede considerarse como un hecho, pues se han sometido al Gobierno interino 84 cabecillas, los cuales tienen a sus órdenes aproximadamente 6,000 hombres. Como la sumisión continúa, es de esperarse que antes de un mes pueda quedar limitada la agitación a pequeños focos fácilmente dominables. […]
>
> Por la reseña anterior os habréis dado cuenta de nuestra situación, y vuestra sabiduría encontrará, sin duda, los medios de llegar al fin que nos proponemos todos los mexicanos de buena voluntad: la pacificación del país. Esta obra comprende tres problemas: el militar, el político y el social. El primero es de resolución inmediata y a él se consagrará toda la energía y toda la actividad del Gobierno. El problema de la pacificación política se resuelve llevando a los espíritus la convicción de que la ley, y muy especialmente la ley suprema, será en todo obedecida y acatada, así en las relaciones entre el Gobierno federal y los gobiernos de los Estados, como en las relaciones entre el Poder público y los ciudadanos. Para la pacificación social, el Ejecutivo se propone estudiar todos los medios que tiendan al desarrollo económico del

28 Ignacio Muñoz, *op. cit*., pp. 283-284.
29 Michael C. Meyer, *El rebelde del norte. Pascual Orozco y la revolución*, pp. 120-123.
30 *Diario Oficial*, 19 de marzo de 1913.
31 Ignacio Muñoz, *op. cit*., t. I, p. 184.

país, y especialmente al de la agricultura, sobre bases que, excluyendo el privilegio, abran perspectivas de mejoramiento real a las clases desheredadas. A ese fin obedece la creación de la nueva Secretaría de Agricultura, conforme a la iniciativa que tendré la honra de someter a la sabiduría del Congreso.

Antes de terminar este informe, debo señalar como factores inmediatos de la pacificación del país, en primer lugar, la cooperación del pueblo, que, con su labor, repara ya los daños de la guerra; y después, la noble y desinteresada actitud de los jefes del Ejército, así como la de los caudillos revolucionarios, pues todos ellos, en consorcio patriótico, han procurado declinar los honores que pudieran corresponderles con los más justos títulos, para no ser rivales sino en la emulación de las renuncias y sacrificios, poniendo todos con la mejor buena voluntad y una laudable videncia el esfuerzo más firme para la consolidación de una obra que será de supremo patriotismo.

Como Jefe Interino de la Nación, dirigiéndome a vosotros, que sois sus representantes, y a ella, que es la soberana, declaro que no habrá para mí soldado del pueblo y servidor de la patria, día más glorioso que aquel en que entregue la suprema investidura al elegido de la Nación, para empuñar de nuevo la espada, que, con las de todos los miembros del Ejército Federal y de los individuos que componen los cuerpos de antiguos revolucionarios, formarán un muro de acero en torno del santuario de la ley.[32]

Orozco se subordinó al igual que el *Tuerto* Morales, no así Emiliano Zapata ni Venustiano Carranza, ni mucho menos aquél a quien en 1912 Victoriano Huerta pretendió fusilar: Francisco Villa.

El presidente no sólo buscó la política de conciliación con los revolucionarios sino también con el sector civil. En este sentido llevó a cabo algunas reformas en favor de los obreros. Entre ellas, el 20 de julio de 1913 estableció el descanso semanal obligatorio en el comercio capitalino, fábricas, transporte y otros. El efecto de esa medida fue inmediato: ese día el presidente en compañía de su secretario de Gobernación y el general Samuel García Cuéllar, gobernador del D.F. fue testigo de una manifestación en su honor.[33]

[32] Informe de Victoriano Huerta a la Nación el 1 de abril de 1913 en: *Los presidentes de México...*

[33] Mario Ramírez Rancaño, "La república castrense...", p. 183. La medida tal vez fue como respuesta al descontento innegable que existía por esos días en contra del gobierno de Huerta. Un grupo de obreros, relacionados con grupos urbanos zapatistas, habían fijado el 13 de julio la fecha para asesinar al "pelón mayor". Detalles de la

La búsqueda de acuerdos la intentó Huerta con todos los sectores: el militar, el político, el religioso y el civil. Con casi todos tuvo éxito.

Los gobernadores

La mayoría, en cuanto recibió noticia del ascenso de Huerta al poder, reconoció al nuevo gobernante. Únicamente fueron seis los gobernadores que entraron en conflicto con el nuevo gobierno: Alberto Fuentes, de Aguascalientes; Venustiano Carranza, de Coahuila; Abraham González, de Chihuahua; Rafael Cepeda, de San Luis Potosí; José María Maytorena, de Sonora, y Antonio Hidalgo, de Tlaxcala.

Alberto Fuentes con un grupo de ferrocarrileros resistió por un breve periodo, pero fue derrotado y obligado a abandonar el gobierno, dejando el poder en manos del general Carlos García Hidalgo, el 1o. de mayo de 1913.[34]

En Coahuila, el gobernador Venustiano Carranza por esos días mantenía un conflicto con el presidente Madero, debido a que el primero había dado órdenes a un contingente de fuerzas que permanecían en Chihuahua bajo el mando de Pablo González pidiéndole que regresaran al estado lagunero, lo cual el presidente consideraba no estaba dentro de sus facultades. Dos días antes de que estallara el movimiento en contra de su gobierno, Madero había escrito a Carranza:

> A Pablo González y sus tropas no les puedo permitir que vengan a Coahuila por ningún motivo, hasta que termine la campaña de Chihuahua y si usted les ordena que regresen, no hará sino provocar un conflicto peligroso, pues el general Rábago les hará respetar la orden que yo dicté.[35]

Al parecer, el conflicto Madero-Carranza continuó, pues se menciona que desde el día 11 de febrero ya Pablo González se encontraba combatiendo contra las fuerzas de Rábago. Es decir, era una franca insubordinación, pues

---

preparación del atentado en: Francisco Pineda Gómez, *La revolución del sur. 1912-1914*, pp. 296-297.

34 Beatriz Rojas, Jesús Gómez Serrano, André Reyes Rodríguez, *et al.*, *Breve historia de Aguascalientes*.

35 Ignacio Muñoz, *op. cit.*, p. 267.

mientras el presidente combatía a los rebeldes en la ciudad de México, Pablo González en connivencia con Carranza desobedecía al presidente.[36]

Ya consumado el cuartelazo, Carranza reunió a un grupo de diputados locales en su casa, dándoles a conocer el telegrama que le había enviado Huerta donde le informaba de la prisión del presidente, por tal motivo, les dijo que debían desconocerlo antes de que se reuniera el Congreso local. Más tarde, el gobernador coahuilense ante el pleno del Congreso les pidió una resolución que estuviera "de acuerdo con los principios legales y con los intereses de la Patria", y tomar una posición firme ante Victoriano Huerta, el general "que por error o deslealtad" pretendía usurpar la Primera Magistratura.

En este sentido iba a contracorriente del pensamiento de Huerta, pues mientras que éste se sentía el representante del ejército, Carranza no lo veía así sino como un gesto individual o de un pequeño grupo de militares. No veía al golpe como dado por el ejército en su conjunto. Con el decreto dado a conocer por la legislatura a raíz del llamado de Carranza en donde se desconocía a Victoriano Huerta como jefe del poder Ejecutivo y se concedían facultades extraordinarias a Carranza, también se hacía un llamamiento a los demás gobiernos de los estados y aun a los jefes de las fuerzas federales, rurales y auxiliares para que secundaran la actitud del gobierno de Coahuila. En este sentido el desconocimiento de Carranza y sus ataques a Huerta eran concebidos contra los golpistas y no contra el ejército. De hecho, su acusación contra Huerta estaba fundamentada en un pilar fundamental de los soldados: la lealtad.[37]

Los días siguientes al cuartelazo están cubiertos de una serie de interrogantes y han dado pie para que tanto los detractores de Carranza como sus partidarios entablen una polémica acerca de las verdaderas intenciones del Varón de Cuatro Ciénegas. Sus detractores mencionan que su oposición a Huerta en realidad fue ficticia, para ello se fundamentan en los informes que envió Mr. Holland, cónsul americano en Saltillo, a Mr. Knox, secretario de Estado, quien el día 21 informó:

> El Gobernador Carranza acaba de notificarme oficialmente que se someterá a la nueva Administración en la ciudad de México.

[36] Ignacio Muñoz, *op. cit.*, t. I, p. 267; *El Universal*, 27 de marzo de 1918.

[37] El Decreto de la Legislatura de Coahuila desconociendo a Huerta en: *Documentos Históricos Constitucionales de las Fuerzas Armadas Mexicanas*, t. III.

> Se ha abandonado aquí toda oposición. Inmediatamente se restablecerá el tráfico ferrocarrilero. Hay completa tranquilidad. La Embajada ha sido informada.[38]

También se fundan en ciertos rumores de que seis días después entregó a la imprenta un decreto por medio del cual reconocía al nuevo gobierno.[39]

Por su parte, los partidarios de Carranza se empeñan en decir que su actitud fue lineal, y como prueba ofrecen el citado decreto de la Legislatura coahuilense que desconoce a Huerta y da el mando de las operaciones al gobernador. Se dice que lo que hizo fue ganar tiempo evitando que Huerta enviara fuerzas para deponerlo, mientras él tomaba medidas para concentrar a las fuerzas irregulares del estado con las que contaba y se hacía de recursos económicos. Lo cierto es que no reconoció al gobierno de Huerta y los mensajes que le envió no le otorgaban ninguna autoridad sobre las decisiones que estaba tomando.

Sea como fuere, el 1o. de marzo, Huerta envió a Carranza un telegrama en el que le pedía rendir informes sobre 150 000 pesos que había sacado de los bancos. Tres días después, Carranza rompió abiertamente con el gobierno huertista, lanzándose a la rebelión.[40]

En Chihuahua, donde el gobernador era conocido como un acérrimo maderista, desde que se tuvo noticia del levantamiento encabezado por Díaz y Reyes el 9 de febrero, Abraham González se reunió diariamente con algunos diputados y Enrique Llorente, cónsul general de México en El Paso. Al enterarse de la prisión de Madero y Pino Suárez se sugirió que el gobernador se ocultara por el peligro que corría. No obstante, al parecer lo que orilló a González a no abandonar su puesto fue que el general Antonio Rábago le aseguró que no correría ningún peligro. A Llorente le habría dicho: "Dígale a Don Abraham que le doy mi palabra de soldado de que su vida no corre ningún peligro y que no lo mandaré aprehender".[41]

Pese a lo anterior, el 28 de febrero el propio Rábago sustituyó a González como gobernador, y a los pocos días llegó al Estado el general Benjamín Camarena, jefe de Estado Mayor de Victoriano Huerta, con la comisión de

38 Ignacio Muñoz, *op. cit*., t. I, p. 270.
39 *Ibid*., p. 271.
40 *Idem*. El caso de Coahuila vendrá narrado después por la importancia de ese estado en la configuración de los hechos posteriores.
41 Isidro Fabela, *Mis memorias de la revolución*, pp. 62-64.

llevar a la ciudad de México a Abraham González, entonces encerrado en el Palacio Federal pese a la promesa de Rábago. Se le entregó al prisionero y, al parecer, se le aplicó la ley fuga cerca de Bachimba el 7 de marzo, sus restos fueron tirados en los llanos de Mapula.[42]

En San Luis Potosí gobernaba Rafael Cepeda, quien había sido de los primeros en sumarse al movimiento maderista y por algún tiempo uno de sus más cercanos partidarios. Pero en los últimos meses había tenido ciertas fricciones con Madero. Al saber del golpe de Huerta había respondido en términos ambiguos, pero finalmente reconoció el nuevo estado de cosas.[43] Seguramente por su pasado maderista despertó sospechas en el nuevo gobierno y fue relevado. Juan Barragán dejó nota del momento:

> El día 6 de marzo [de 1913] estaba cenando el doctor [Cepeda] con algunas personas de su amistad en el Casino de Ajedrecistas, del que era presidente y yo secretario, cuando se presentó el coronel federal Enrique Pérez, jefe del treceavo regimiento, y llamó a una pieza contigua al gobernador. Seguramente hablaron ahí los dos sobre las instrucciones que el coronel había recibido de sus superiores; pero el caso es que al poco rato volvió a nosotros don Rafael para decirnos que iba con el coronel al cuartel general de la zona al arreglo de un asunto urgente. Al salir del Casino pudimos ver que en todas las bocacalles del centro de la ciudad estaban apostadas fuerzas de caballería y que numerosas patrullas recorrían la plaza. El Palacio de Gobierno del estado fue ocupado militarmente y el gobernador Cepeda quedó prisionero en el cuartel general. Al siguiente día se hizo cargo del gobierno, por designación de la Legislatura, bajo consigna, el jefe de la zona, general Agustín García Hernández. Pocos días después, el doctor Cepeda era conducido a México.[44]

42 Luis Aboites, *Breve historia de Chihuahua*. Se dice que quien lo asesinó fue José Comandura por orden del teniente coronel Benjamín Camarena. Alberto Calzadíaz Barrera, *Hechos reales de la revolución*, t. I, p. 102. Para los pormenores véase: Francisco R. Almada, *Vida, proceso y muerte de Abraham González*.

43 Al telegrama habría respondido: "Yo sacrificaré todo mi patriotismo por el restablecimiento de la paz y el orden". Para entonces la legislatura local se había apresurado a reconocer al nuevo gobernante. El gobierno huertista lo acusó de intento de rebelión, abuso de autoridad y haber dilapidado el erario público. Luciano Ramírez Hurtado, *Aguascalientes en la encrucijada de la Revolución Mexicana. David G. Berlanga y la Soberana Convención*, pp. 42-43.

44 María Isabel Monroy Castillo y Tomás Calvillo Unna, *Breve historia de San Luis Potosí*, p. 234.

En Sonora, el gobernador era José María Maytorena, hacendado identificado con el maderismo, quien el día 9 de febrero enterado de la sublevación militar envió un mensaje al presidente en los siguientes términos: "Informado sucesos que lamento, me es grato asegurar que estado y pueblo Sonora apoyarán al gobierno constituido…". En este sentido el día 15 hizo un llamado a sus conciudadanos para que defendieran sus libertades "a fin de que no vuelvan a ahogarse en los brazos de la dictadura que pretende arrebatarlos".[45]

Ya consumada la caída de Madero, Sonora fue el segundo estado en donde el gobernador, en conjunto con la Legislatura local, desconoció al nuevo régimen. El 25 de febrero la Legislatura confirió al Gobernador facultades extraordinarias en los ramos de Hacienda y Guerra y lo autorizó para trasladar la residencia de los poderes al lugar que considerase más adecuado. Inexplicablemente, al día siguiente, Maytorena tomó una actitud dubitativa, pidió una licencia por seis meses por motivos de salud, y se le concedió. Su sustituto fue Ignacio Pesqueira, quien tomó las riendas del gobierno y fue en ese estado en donde tomó impulso inicialmente la revolución. Pesqueira mandó una iniciativa de ley a la Legislatura de Sonora y como resultado de ella, el día 5 de marzo se expidió el decreto por medio del cual se desconoció a Victoriano Huerta como presidente de México. Esto fue clave en los hechos posteriores pues el mismo día que la legislatura de Coahuila desconocía a Huerta, Maytorena pedía licencia y huía a Tucson.[46]

En Tlaxcala el gobernador Antonio Hidalgo Sandoval se negó a reconocer al nuevo gobierno y fue hecho prisionero y conducido a Apizaco. Más tarde fue llevado a la ciudad de México ante el general Alberto Yarza, pariente de Victoriano Huerta, donde nuevamente se rehusó a aceptar la situación. El mismo general Yarza fue nombrado sustituto de Hidalgo como gobernador del estado.[47]

45 Luis Garfias Magaña, *op. cit.*, pp. 108-109.

46 Para los sucesos de esos días en Sonora véase: Héctor Aguilar Camín, *La frontera nómada: Sonora y la Revolución Mexicana,* pp. 268-281; Ignacio Almada Bay, "José María Maytorena: Trayectoria y Gobierno", *Boletín del Fideicomiso Archivos Plutarco Elías Calles y Fernando Torreblanca*.

47 Lía García Verástegui y María Esther Pérez Salas (comp.), *Tlaxcala. Textos de su historia. Siglo XIX*, vol. 12, t. 2, p. 353. Véase preferentemente el apartado "Se implanta un gobierno huertista".

Asimismo la llamada gente de bien se mostró satisfecha con el nuevo estado de cosas. Los empresarios, los hacendados, el clero y los intelectuales recibieron con los brazos abiertos al nuevo régimen.[48] Con los militares sucedió algo parecido.

La lealtad y el espíritu de subordinación de los militares federales

La lealtad es uno de los pilares que sostienen el espíritu del ejército. La lealtad a las instituciones es considerada la virtud más alta que debe guiar a los militares. No obstante, algunas veces ha sido mal interpretada y ha sido utilizada como sinónimo de obediencia al mando.

Esta última virtud también es importante y es uno de los ejes de conducta del soldado. Sin embargo, no son lo mismo. Mucho se ha hablado de que el seguimiento a esta última premisa, que tiene como consecuencia la subordinación vertical en el ejército fue un factor importante para la falta de acción para salvar a Madero, aún de los militares más cercanos a él, como era el caso del general Felipe Ángeles, y se les ha criticado por ello. Pero se olvida que precisamente esa "virtud", es a la vez lo que le da fuerza y homogeneidad a cualquier ejército en el mundo. Madero trató de cambiar esa idea en el ejército y lo que logró fue politizarlo y crear un factor constante de inestabilidad, lo que a la postre fue una de las razones que originó su caída.

Es decir, el soldado raso debe seguir a pie juntillas las órdenes de su superior en el escalafón militar, y así sucesivamente hasta llegar a los altos mandos y culminar en el secretario de Guerra. Estos últimos, en el caso de México, deben supeditarse a los dictados del jefe del Ejecutivo y en ausencia de éste a las Cámaras de Senadores y Diputados por ser los representantes de las instituciones. Aquí tendríamos que detenernos un poco y enfrentarnos al grave problema que no ha sido resuelto en muchos de

[48] La mayoría de la jerarquía religiosa recibió con beneplácito al nuevo gobierno. Para mayor referencia véase el capítulo: "Actitud de los católicos frente al régimen de Victoriano Huerta", en Laura O'Dogherty, *De urnas y sotanas. El Partido Católico Nacional en Jalisco*, pp. 209-220. Javier Garciadiego asimismo señala que la actitud de la Universidad Nacional también fue favorable al cuartelazo. La Universidad de entonces distaba mucho de la de hoy en día. A ella asistían principalmente la clase alta y el sector conservador de ese entonces. Javier Garciadiego, *Rudos contra Científicos. La Universidad Nacional durante la Revolución mexicana*.

los ejércitos del mundo. ¿Están los soldados obligados a cumplimentar las órdenes de sus superiores aun cuando éstas vayan en contra de las instituciones? Se ha debatido muchas veces a favor y en contra y no se ha llegado a una respuesta concreta. La mayoría de los estudiosos coinciden en que un militar debe tener un carácter apolítico y de subordinación. Como bien lo señala Bernardo Ibarrola, los militares: "Cuando ingresan al instituto armado, ellos contraen una responsabilidad que compromete incluso su vida; una responsabilidad que los sujeta, más que a ningún otro grupo de individuos, a la obediencia a sus superiores".[49]

Tal vez el caso que ejemplifica de manera más clara el pensamiento y el actuar de los militares federales durante la Revolución Mexicana sea el de José Refugio Velasco. Como es sabido, Velasco al recibir el telegrama de Huerta, dándole cuenta de las aprehensiones de Madero y su gabinete y de que había asumido el poder, escribió al Senado:

> […] suplicándole se sirva garantizarme la autenticidad de esa noticia, e informarme si el acuerdo de que se trata está dentro de las prescripciones constitucionales, de la Ley, bajo el concepto de que al desaparecer el Poder Ejecutivo legalmente constituido, la Comandancia Militar de mi cargo no será hostil a las medidas de orden y se considerará relevada de responsabilidades futuras, desde el momento que se trata de cumplimentar un acuerdo tomado por el Poder Legislativo.

A la vez que al propio Huerta le comunicaba que había pedido informes al Senado y le decía:

> Hónrome dirigirme a usted en lo privado, y en su carácter de alta jerarquía militar, apelando a sus sentimientos de honor, suplicándole me defina claramente la situación creada en esa capital, pues mi honor de soldado impídeme reconocer un orden de cosas que no emane de la Ley; en concepto de que mientras se establece un régimen legal, esta Comandancia dicta toda clase de disposiciones encaminadas a mantener el orden a fin de evitar complicaciones internacionales y dificultades de otro género perjudiciales para llegar a la deseada paz de la República.

[49] Bernardo Ibarrola Zamora, *Juan Manuel Torrea: biógrafo de banderas. Una aproximación a la historiografía militar*, p. 34.

En otro telegrama, al día siguiente, ante la noticia de que Madero pasaría por esa Comandancia en camino al exilio, Refugio Velasco escribió:

> Hónrome comunicar a usted que en público se asegura que hoy a las 10 am salió de esa capital un tren especial conduciendo al señor Madero, custodiado por fuerzas al mando del general Blanquet, para ser embarcado en este puerto con destino a la Habana, en el crucero "Cuba". Si esa noticia es exacta, ruego a usted tome en consideración mi telegrama de anoche que define mi actitud, pues si el señor Madero no ha renunciado, sigue representando la legalidad.[50]

Es decir, Velasco tuvo el atino de separar los conceptos de lealtad y subordinación y entenderlos de manera diferente. Aunque Huerta en orden jerárquico era superior a Velasco, este último no se sujetó a sus dictados hasta saber la actitud que tomaría la Cámara de Senadores, única representante entonces de las instituciones y la legalidad. Al aceptarse las renuncias de Madero, la sustitución de éste como presidente de la República por Pedro Lascuráin, la delegación del mando que hizo éste en Victoriano Huerta y la aceptación del trámite por las Cámaras tuvo como resultado que militares como Lauro Villar, Juan Manuel Torrea, y el propio Refugio Velasco, que habían defendido al gobierno maderista durante los sucesos de la Decena Trágica, ahora tuvieran que servir al gobierno golpista. Los conceptos de lealtad y disciplina tan fuertemente arraigados entre los hijos del ejército hicieron que:

> […] todos los resquemores para quienes no fuimos ni somos políticos, se desvanecier[an] ante la decisión de las Cámaras, del Poder Judicial, de veinticinco legislaturas de Estado y el reconocimiento oficial de los gobiernos extranjeros que tenían relación con México.[51]

El reconocimiento de las Cámaras al nuevo gobierno no hizo más que legalizar, mas no legitimar, la situación y abrió la puerta para que aquellos

[50] En el telegrama de Huerta a Velasco decía que el propio Senado era quien lo había autorizado a recibir el poder. Los telegramas arriba citados pueden consultarse en: *De cómo vino Huerta y cómo se fue…*, pp. 172-173; Juan Manuel Torrea, *op. cit*., p. 217.

[51] Juan Manuel Torrea, *op. cit*., p. 217.

militares que se encontraban indecisos o renuentes a aceptar las circunstancias terminaran por subordinarse. A decir de Torrea:

> […] Todos los Oficiales generales con mando de zona unánimemente aceptaron como legal el nuevo orden de cosas, sólo dentro del criterio político, pasional e injusto, no del estrictamente militar puede concebirse que se haya llevado la responsabilidad de esos hechos hasta los oficiales superiores y subalternos, disciplinariamente subordinados a los mandos…[52]

Todos fueron culpables, aceptaron la nueva situación ya sea por la aparente "salvación" del país ante el temor de una invasión extranjera o por su formación castrense. Los que se apegaron al reglamento y a su formación de militares compartieron con el nuevo gobierno alegrías y penurias. Se vieron obligados a consentir y seguir la actitud de felonía de sus mandos , aceptarla y, en algunos casos, se sacrificaron por ella. Pero cabe aclarar que si los militares defendieron al gobierno huertista no fue por un sentimiento de caudillismo en favor de Huerta, aunque lo admirasen, fue más bien su espíritu militar el que los orilló a jugársela aún en contra de sus propias afinidades. Fue su formación militar, en la mayoría de los casos, lo que los llevó a la tragedia.

Pero como en todo, hubo sus excepciones y éstas fueron a engrosar las filas revolucionarias.

52 *Idem*.

De la lealtad a la rebelión, de la disciplina a la insubordinación

Los federales frente a la revolución

Del espíritu militar: El presidente o las instituciones

Comúnmente se considera que el Ejército es una fuerza creada para defender la soberanía de un país y sus instituciones, de carácter apolítico y que debe estar subordinada al presidente en funciones.

Francisco I. Madero reformó la Ordenanza general del Ejército a los pocos días de su ascenso al poder. En su artículo primero, el documento señalaba: "La fuerza pública de diversas milicias y armas, que sirve a la nación para hacer la guerra en defensa de su independencia, integridad y decoro, para asegurar el orden constitucional y la paz en el interior, constituye el Ejército y la Armada Nacionales y depende directamente del Presidente de la República".[1]

En esencia, el documento tiene los fundamentos que mencionamos al inicio. En este sentido, los militares debían responder a las órdenes del Primer Magistrado, siempre y cuando éste detentara el cargo. No obstante, no cabe duda que los militares en algunas ocasiones no pudieron quitarse sus filiaciones políticas y personales y respondieron primero a éstas que a los principios castrenses.

Al momento en que Porfirio Díaz dejó la presidencia de la República, como secretario de Guerra fungía el general Manuel González Cosío, su subsecretario de Guerra era el general Ignacio Salamanca y su jefe de Estado Mayor, el general Samuel García Cuéllar. Todos ellos renunciaron a sus cargos apenas Díaz abandonó el poder.

Cuando Madero fue derrocado, su secretario de Guerra era el general Ángel García Peña, su subsecretario era el general Manuel M. Plata y su Jefe de Estado Mayor, el marino Hilario Rodríguez Malpica Segovia. Veamos cuál fue su actuación.

[1] El decreto tiene fecha 11 de diciembre de 1911 pero entró en vigor el 5 de enero de 1912. *Ordenanza general del Ejército*.

Durante el gobierno de Madero sólo dos militares ocuparon la Secretaría de Guerra. El primero fue su amigo y pariente, el general José González Salas, quien se suicidó en 1912 después de haber perdido un combate contra los orozquistas y abrumado por la campaña de desprestigio que había desatado en su contra parte de la prensa de la capital.[2] Fue entonces cuando Madero llamó a desempeñar el cargo al general Ángel García Peña.[3]

Hasta el momento no hemos encontrado indicios que liguen a Madero con García de la Peña antes de que éste se encargara de la Secretaría de Guerra. Su designación se hizo, probablemente, considerando su alta graduación y porque reunía los requisitos para desempeñar dicha cartera.

García Peña fue uno de los primeros alumnos que se graduaron cuando se reabrió el Colegio Militar. Ingresó en 1872, de su generación muchos militares destacarían durante el maderismo como Victoriano Huerta. En la hoja de servicios de García Peña se pueden leer las campañas que emprendió contra los yaquis en los periodos de 1887-1889 y de 1891 a 1897. Fue director de la Comisión Geográfico Exploradora de 1902 hasta 1912. Al final de ese lapso fue llamado para asumir el cargo de ministro de la Guerra.

Durante la Decena Trágica su actuación dejó mucho que desear pues fue sometido y herido por un grupo de jóvenes estudiantes de la Escuela Militar de Aspirantes, y los relatos de protagonistas y testigos de esos momentos cruciales lo muestran como un militar indeciso.

La mañana del 18 de febrero García Peña fue hecho prisionero casi al mismo momento que Madero y José María Pino Suárez. Al asumir Huerta el poder pidió su retiro del ejército.[4]

***

El subsecretario de Guerra de Madero, como se ha dicho, fue el general Manuel M. Plata, quien tenía la misma antigüedad que García Peña, pues ingresó al Colegio Militar en 1872.[5] Había ocupado el cargo de forma transitoria del 30 de octubre al 5 de noviembre de 1911 en los últimos días de la

2 María Teresa Franco y González Salas, *José González Salas. Ministro de la Guerra*.

3 Nacido en la ciudad de Chihuahua en 1856.

4 Meses más tarde volverá al servicio activo durante la invasión yanqui en 1914. Pero de ello se hablará más adelante. Enrique Florescano (coord. general), *Así fue la revolución mexicana. Los protagonistas*, vol. 8, p. 1598.

5 Nació el 24 de diciembre de 1855 en Toluca, Estado de México. *Ibid*., p. 1676.

presidencia interina de Francisco León de la Barra. Cuando Madero llegó al poder lo ratificó en el puesto.[6] Durante el golpe militar de 1913 también fue encarcelado.[7] A la caída del gobierno de Madero pidió su patente de retiro que le fue concedida por más de 40 años de servicio.[8]

Francisco I. Madero carecía de redes familiares que lo acercaran con el gremio castrense. Por ello intentó crearse su propio grupo de apoyo y tuvo que llamar a su lado a militares que no habían tenido una posición destacada durante el porfiriato. Ese fue el caso de quien sería su Jefe de Estado Mayor, el marino Hilario Rodríguez Malpica a quien Madero ascendió a capitán de Fragata apenas había tomado el poder.[9] Más tarde se buscó impulsar la candidatura de Rodríguez Malpica en las elecciones para gobernador en el estado de Veracruz en 1912, pero perdió.[10] Por ese motivo el marino dejó por un breve tiempo su puesto al lado del presidente y se encargó interinamente de la Jefatura del Estado Mayor el entonces Teniente coronel Luis G. Garfias. Al regreso de Rodríguez Malpica, Garfias ocupó el puesto como segundo jefe de Estado Mayor, cargo que se creó en ese momento.[11]

Rodríguez Malpica se encontraba al lado del presidente cuando éste fue detenido en 1913 pero nada pudo hacer. A un mes del asesinato de Madero acudió al Panteón Francés a su tumba.[12] Sin embargo, continuó prestando sus servicios dentro del Ejército huertista y el 22 de septiembre de 1913 fue enviado a Brasil a realizar estudios sobre la marina.[13] Es decir, del círculo más cercano de militares a Madero dos se retiraron a la vida privada y uno continuó ejerciendo su oficio de militar dentro de las filas huertistas.

6 Mario Ramírez Rancaño, *El Ejército Federal. 1914. Semblanzas biográficas,* pp. 468-469.

7 Edgar Urbina Sebastián, *La "guerra" interior...*, p. 247.

8 Su patente de retiro y por los mismos motivos fue concedida a Ángel García Peña y al general Adolfo Iberri, este último, jefe del Departamento de Artillería. *La Patria*, 5 de marzo de 1913. El general Plata nunca más volvió al servicio activo. Murió el 14 de diciembre de 1926. Enrique Florescano (coord. general), *op. cit*., p. 1676.

9 *El Tiempo,* 10 de noviembre de 1911.

10 Su candidatura fue vista con malos ojos por un sector de la prensa: "Respecto al señor Hilario Rodríguez Malpica, sólo puédese decir que si no fuera Jefe del Estado Mayor del Presidente de la República, permanecería completamente ignorado como candidato. Pero esa misma causa que ha hecho que suene su nombre como aspirante a la gubernatura del Estado, es la que inhabilita para que pueda prosperar en sus pretensiones.

Efectivamente, el puesto que ocupa cerca del primer magistrado de la nación, hace aparecer su candidatura como una imposición". *La Patria*, 31 de mayo de 1912, p. 3.

11 *El Imparcial*, 9 de agosto de 1912, p. 7.

12 *El Imparcial,* 23 de marzo de 1913, p. 6.

13 Mario Ramírez Rancaño, *El Ejército Federal...*, pp. 506-507.

***

Además de los militares mencionados también existieron otros federales que estuvieron cerca del presidente en los momentos cruciales de 1913.

Cuando Madero salió del Castillo de Chapultepec fue escoltado por los alumnos del Colegio Militar. Para entonces el Director titular, el general Felipe Ángeles, se encontraba en Morelos combatiendo a los zapatistas. Por lo tanto, al teniente coronel Víctor Hernández Covarrubias,[14] subdirector del plantel, le tocó acompañar al presidente en su marcha rumbo a Palacio Nacional la mañana del 9 de febrero de 1913.

En los días posteriores Hernández Covarrubias preguntó al alto mando sobre la actitud que debían tomar los militares que laboraban en el recinto educativo con relación a los sucesos. Y se le contestó:

> Con respecto a su consulta sobre la instancia de Jefes y Oficiales del Colegio Militar para tomar colocación en el campo del combate: que siendo ese plantel un centro de instrucción educativo que no debe colectivamente tomar participio en las luchas intestinas, debe conservarse neutral, mantener sus energías y estar preparado por si el curso de los acontecimientos nos orilla a un conflicto internacional y en el que como Mexicanos y soldados de cuna, tendrán que mantener la integridad y decoro de la Patria.[15]

Por tal motivo en días sucesivos tanto los jefes, la oficialidad como los alumnos no se involucraron en el conflicto.[16] A la caída de Madero, Victoriano Huerta desconfiando de la actitud de Hernández Covarrubias lo envió en un exilio como agregado militar a la Legación de México en Francia. Pero no por ello el nuevo presidente dejó pasar la oportunidad para hacer escarnio de su persona: lo puso al frente de un grupo de 31 aspirantes que también fueron enviados a Europa el 27 de febrero a tomar un curso de piloto aviador. ¡Precisamente a cargo de aquellos jóvenes con

[14] Nacido en Querétaro, Querétaro.

[15] Ángel García Peña-Víctor Hernández Covarrubias. 13 de febrero de 1913, en Adrián Cravioto Leyzaloa, *Historia documental del Heroico Colegio Militar a través de la historia de México*, vol. II, p. 90.

[16] Para saber la trayectoria de la institución y de los alumnos durante esos días, véase: Edgar Urbina Sebastián, "La gesta del Colegio Militar durante la Decena Trágica", pp. 161-174.

los que los alumnos del Colegio Militar habían estado continuamente en conflicto y a los que habían combatido durante la Decena Trágica![17]

***

Un militar rehabilitado en el Ejército Federal durante el maderismo fue el general José Delgado. Este hombre contaba con 61 años para 1913. Había ingresado al Colegio Militar en 1869 y ascendió por riguroso escalafón sin tener una carrera sobresaliente. Alcanzó el grado de general de brigada permanente en 1892.[18] Acusado de abuso de autoridad y corrupción fue dado de baja en 1897.[19] Al volver a figurar en activo en 1911 se le designó jefe de la Novena Zona Militar y Jefe de las Armas en Chiapas durante el periodo de 4 de diciembre de 1911 a marzo de 1912.

El general Delgado fue uno de los militares encargados de las operaciones militares contra la Ciudadela en 1913. Al ser derrocado el gobierno maderista, Huerta, tal vez considerando que guardaba cierta gratitud hacia el presidente y que podría causar problemas, lo hizo detener junto a Gustavo A. Madero.[20] Al obtener su libertad reconoció al gobierno de Victoriano Huerta, donde desempeñó diversos cargos.

***

Otro hombre que también fue reincorporado al servicio durante el gobierno maderista fue el vicealmirante Ángel Ortiz de Monasterio. Este marino nació el 15 de enero de 1849 en la ciudad de México. Ingresó al Colegio Naval Militar de San Fernando en España en 1865, porque su familia había ido a radicar a ese país cuando Ángel Ortiz contaba con apenas siete años. En

17 Miguel Ángel Ibarra Bucio, "El Ejército Federal durante el gobierno del general Victoriano Huerta", en *Historia de los ejércitos mexicanos*, pp. 316-317. Al parecer no volvió a pisar territorio nacional hasta el fin del huertismo.

18 Nació en 1851 en Tepic, Nayarit. Formó parte de la Comisión Topográfica de Puntos Estratégicos para la formación de la Carta general de la República. Impartió clases de Esgrima en el Colegio Militar. Formó parte en 1883 de la Comisión de Reconocimiento de Límites entre México y Estados Unidos. Mario Ramírez Rancaño, *El Ejército Federal...*, pp. 458-459; Francisco Naranjo, *Diccionario biográfico revolucionario*.

19 Miguel Sánchez Lamego, *Generales de Ingenieros del Ejército Mexicano 1821-1914*, p. 30.

20 Federico González Garza, *op. cit.*, pp. 408-409. Tiempo después se le concedió la condecoración del Mérito Militar de Tercera Clase por su comportamiento durante la Decena Trágica. Mario Ramírez Rancaño, *El Ejército Federal. 1914...*, pp. 458-459.

1877 Ángel solicitó entrar a la Armada mexicana, pero no fue sino hasta el 2 de abril de 1878 que se le dio respuesta afirmativa a su petición. Un año después fue comisionado a combatir la rebelión del comandante de Artillería Francisco A. Navarro quien se había sublevado en Veracruz a bordo del cañonero *Libertad*. Movimiento que se hizo famoso por el castigo que les impuso el presidente Díaz a los rebeldes: "Mátalos en caliente", habría dicho al gobernador de ese estado. En los años siguientes, Ortiz Monasterio ocupó los principales cargos dentro de la Marina. A inicios de siglo pidió ser relevado del servicio debido a que su salud se había deteriorado. Volvió a servicio en febrero de 1912. A inicios de 1913 al entonces Contraalmirante Ángel Ortiz Monasterio, se le llamó para asumir el puesto como Magistrado Propietario del Supremo Tribunal Militar. Durante la Decena Trágica se presentó junto con el general José María de la Vega a ofrecer sus servicios al gobierno maderista. La mañana del 19 de febrero fue arraigado en su domicilio por sostener una postura a favor del presidente derrocado. Por seguir esa línea fue destituido del Supremo Tribunal y dado de baja de la Armada Nacional y a pesar de que había sido elegido senador no se le dio la credencial correspondiente. Fue hasta el 30 de mayo de 1914 que reingresó a servicio, seguramente a raíz del desembarco estadunidense.[21]

***

Por su parte, el general José María de la Vega ingresó al Colegio Militar en 1871, obteniendo el grado de subteniente-alumno apenas un año después. En 1875, año de su egreso, fue enviado al vapor *Libertad*, y después al *Independencia*. Combatió la rebelión tuxtepecana de Porfirio Díaz. A lo largo de la presidencia de éste siguió desempeñando tareas relacionadas con las cuestiones navales y educativas. En 1886 fue designado Jefe del Departamento de Marina. En 1890 presentó un proyecto para establecer la Escuela Naval Militar, pero fue rechazado. Siete años después presentó una iniciativa similar que fue aprobada, pues además de establecerse la Escuela Naval también se decretó que la corbeta *Zaragoza* funcionara como buque-escuela.

[21] La orden de arraigo fue dada para que todos los jefes y oficiales de la Secretaría de Guerra y Marina quedaran en esa situación. Entre ellos Manuel M. Plata, Emiliano Lojero y Rodrigo Valdés. Marciano Valdez Martínez y Raymundo Bautista Contreras, *Militares y marinos destacados. Héroes y próceres del Ejército, Fuerza Aérea y armada de México*, pp. 249-257; Pedro Raúl Castro Álvarez (Alm. I.M.DEM Ret) y Mario Oscar Flores López, "Participación de los marinos en la Revolución Mexicana".

A finales del siglo XIX y principios del XX prestó sus servicios en Yucatán y el territorio de Quintana Roo, en este último tuvo bajo sus órdenes a Victoriano Huerta. Durante la revolución de 1910 se negó a combatir a los revolucionarios. Ya durante el maderismo recibió el nombramiento de general de división. Al darse el golpe militar en 1913 se presentó en Palacio Nacional para combatir a los sublevados. Cuando finalmente el presidente fue hecho prisionero también se ordenó su detención. Se dice inclusive que Huerta lo amenazó de muerte al negarse De la Vega a dirigir las fuerzas militares del huertismo. Finalmente, De la Vega al no estar de acuerdo con el nuevo estado de cosas pidió su retiro del Ejército, que le fue dado. Nunca más volvió a figurar en activo. Murió en 1917.[22]

Otro marino cercano al maderismo, que no debemos olvidar, fue el ex capitán de Corbeta Adolfo Bassó. Él ocupaba el puesto de Intendente de Palacio y fue hecho prisionero y más tarde asesinado junto a Gustavo A. Madero en la Ciudadela.

***

El seguimiento de los militares anteriores muestra que aun cuando Huerta sabía que las directrices del ejército eran la obediencia al nuevo gobierno, no por ello dejó de tomar algunas precauciones. A los jefes más identificados con el maderismo los mantuvo bajo estrecha vigilancia o los mandó encerrar. De la misma manera, a los cuerpos que habían mostrado lealtad a Madero en los días críticos de la Decena Trágica los disolvió o fueron diseminados en diversos agrupamientos.[23] Estos militares, cercanos al maderismo, que hasta aquí hemos mencionado, o continuaron prestando sus servicios en el Ejército Federal durante el huertismo o simplemente pidieron su baja al no estar conformes con el nuevo estado de cosas y no aprobar al nuevo régimen.

No obstante, existió un grupo de militares que no sólo no continuaron en el ejército, sino que combatieron a Victoriano Huerta con las armas.

Los primeros federales rebeldes

El militar más destacado, identificado con Francisco I. Madero, era el general Felipe Ángeles. Los últimos años del porfiriato y los primeros meses

22 Marciano Valdez Martínez y Raymundo Bautista Contreras, *op. cit*., pp. 258-267.
23 Juan Manuel Torrea, *op. cit*., pp. 32, 230.

del maderismo los había pasado en Europa. Fue llamado a México para asignarle la Dirección del Colegio Militar. Desde ahí inició una reforma estructural del recinto educativo y apoyó a Madero en la organización de su política militar al adiestrar a milicias ciudadanas que tendrían como función cuidar las diversas poblaciones de donde eran originarios estos cuerpos de civiles armados.[24]

A mediados de 1912 Ángeles fue enviado a Morelos a combatir a los zapatistas. En febrero de 1913 se encontraba precisamente en territorio morelense, adonde el Primer Magistrado fue a buscarlo para que colaborara en las operaciones militares en contra de los rebeldes que se habían atrincherado en la Ciudadela. Esos días los pasó al mando de unas de las baterías que estaban apostadas en Paseo de la Reforma. El 18 de febrero fue llamado por Victoriano Huerta y encerrado en Palacio Nacional junto al presidente de la República.[25]

Ángeles continuó en prisión aun después de los asesinatos de Madero y Pino Suárez, pero fue dejado en libertad casi inmediatamente. Sin embargo, se le quitó el mando de la 7ª Zona Militar y la Dirección del Colegio Militar. En un primer momento se dijo que viajaría a Bélgica en calidad de Agregado Militar pero la orden fue revocada y permaneció en la capital. A los pocos días, a principios de abril, fue acusado del "delito de violencia contra las personas". Después de cuatro meses de encierro, por intermediación de su defensor Manuel Calero, Ángeles salió libre el 29 de julio y dos días después se embarcó a Europa en el vapor *Antonina*. En el mes de octubre regresó de manera incógnita y se incorporó a la revolución.[26]

El ser testigo de la traición de Victoriano Huerta lo dejó marcado. Del impacto que le ocasionó diría: "Vine del pueblo y era yo exclusivamente un soldado. La ignominia de febrero de 1913 me hizo un ciudadano y me arrojé a la Revolución en calidad de devoto de nuestras instituciones democráticas".[27]

[24] Sobre las milicias ciudadanas véase: Ariel Rodríguez Kuri, *La revolución en la ciudad de México 1911-1922*, pp. 87-89.

[25] Un seguimiento puntual de la actuación de Felipe Ángeles y sus peripecias durante la Decena Trágica puede encontrarse en el libro de Adolfo Gilly, *Cada quien morirá por su lado...*; también véase: Friedrich Katz, "Felipe Ángeles y la Decena Trágica", pp. 17-36.

[26] Los pormenores del proceso instruido a Ángeles pueden verse en Adolfo Gilly, "¿Y de mis caballos, qué? Un incidente en la vida del general Felipe Ángeles", pp. 37-67.

[27] Felipe Ángeles, "Manifiesto al Pueblo Mexicano", en *La Patria*, El Paso, Texas, 5 de febrero de 1919, en Adolfo Gilly (comp.), *Felipe Ángeles en la Revolución*, pp. 289-294.

Es decir, dejaba de ser soldado para convertirse en un ciudadano armado.[28]

¿Qué es y cómo se debe comportar un militar? Existen múltiples virtudes militares: la abnegación, la lealtad, el espíritu de sacrificio. Pero de todas ellas se inculcan en los militares principalmente la lealtad y la defensa de las instituciones.

A partir de esos criterios la lucha interior de cada militar se vive entre sus propias creencias y su deber de subordinación al mando superior. La mayoría opta por lo segundo. Un mundo de contradicciones en que tendrá que encontrar su camino. Unos nunca dejan de ser soldados; en el caso de Ángeles tiene que dejar de serlo para convertirse en un ciudadano armado: pierde la categoría de soldado aunque siga pensando como militar. En él se imponen los deberes morales antes que los profesionales. El impacto de la celada de la que él fue testigo lo llevó a un "shock". De esta manera, a partir de entonces Ángeles lo llevará "tatuado" en la piel y será como un flagelo, y buscará una especie de redención en su incorporación con los revolucionarios.[29] De la forma en que tratará de resolver esta lucha hablaremos más adelante.

***

Otros militares cercanos a Madero, aunque con menor grado militar, fueron sus ayudantes: Federico Montes y Gustavo Garmendia.

Federico Montes fue estudiante de la primera generación de alumnos de la Escuela Militar de Aspirantes de la que egresó en 1906 para incorporarse al Regimiento de Artillería Ligera, que después se convertiría en el Tercer Regimiento de Artillería, en donde prestó sus servicios hasta el 10 de noviembre de 1911. En esa fecha fue mandado llamar para formar parte del Estado Mayor de Francisco I. Madero. Esta designación se hizo seguramente porque la esposa del presidente, Sara Pérez de Madero, era amiga de Juan Silva, quien era a su vez pariente de la familia Montes y quien le había enseñado a Federico el oficio de sastre durante su juventud.

Ya durante el maderismo, Montes se encargó de organizar un batallón de infantería de voluntarios llamado 46º Batallón Irregular, que participó

[28] El trabajo más completo sobre el general es el de Adolfo Gilly, *Felipe Ángeles. El estratega.*
[29] Lo mismo le pasó en sus andanzas en Morelos. Serán sucesos que lo dejarán marcado.

en las campañas en el norte contra los orozquistas en 1912, y que estuvo bajo el mando de Victoriano Huerta.[30]

Sirvió como ayudante de Madero y lo acompañó el 9 de febrero en su viaje a Morelos en busca del general Felipe Ángeles. En los días siguientes desempeñó varias comisiones. El 18 de febrero en el primer intento de los golpistas de hacer prisionero al presidente dio muerte al mayor Rafael Izquierdo.

De lo sucedido después Urquizo narró:

> En estos momentos se acercan soldados y oficiales; uno de ellos toma bruscamente al Presidente de un brazo y lo conduce a la guardia de prevención de la Puerta de Honor; cogen después a varios de sus acompañantes que están guarnecidos en los pilares de mampostería.
>
> Mientras ocurría el breve diálogo narrado el capitán Montes, oculto también detrás de una de las columnas, intentó disparar su pistola sobre Blanquet, que fijo sólo en el Presidente no le había visto; pero su jefe y compañero de refugio en aquel momento, coronel Rodríguez Malpica, le detuvo el brazo diciéndole, quedamente:
>
> — ¿Qué va usted a hacer?
>
> Aquel tiro, que no llegó a dispararse en ese histórico momento, hubiera evitado la catástrofe o quizá desencadenándola más pronto aún.
>
> Los prisioneros están en el inmundo albergue de los soldados de la guardia, sentados estrechamente uno junto a otro, sobre la sucia madera del entarimado del camastro común de la tropa; junto al señor Madero, está Montes.
>
> Un Oficial del 29º, llega, se para en la puerta, examina a los cautivos, paseando su mirada sobre ellos, como reconociéndolos; con extrañeza se encuentra a Montes y furioso le grita:

[30] Montes nació el 2 de octubre de 1884 en San Miguel de Allende, Guanajuato. En la Escuela Militar de Aspirantes alcanzó los grados de: aspirante, aspirante de primera, cabo y sargento segundo y, finalmente, subteniente táctico de artillería. Ya en servicio alcanza el grado de teniente el 18 de marzo de 1909, de capitán segundo el 12 de septiembre de 1911. Recordemos que Sara Pérez era hija de una de las familias más prominentes de Querétaro. En este Estado Montes pasó la mayor parte de su infancia y su juventud. De ahí vino seguramente la recomendación para que pasara a formar parte del Estado Mayor presidencial de Madero. Francisco L. Urquizo, *Un pedazo de historia de la Revolución: el Gral. Federico Montes*, pp. 12, 21. Montes había sido uno de los pocos militares de carrera y en activo a los que se dirigió Madero en 1910 cuando preparaba la revolución. Edgar Urbina Sebastián, *La "guerra" interior en el Ejército Federal...*, p. 50.

— ¿Usted que hace aquí?

Nada responde.

— ¡No tiene usted vela en el entierro!

El Ayudante toma un gesto digno para contestar al carcelero a tiempo que el Presidente, en voz baja, le dice:

— Váyase y vaya a ver a Sarita.[31]

Montes salió del lugar y se dirigió al Castillo de Chapultepec a relatarle a Sara Pérez lo ocurrido.

En los días subsiguientes Montes permaneció en la capital y, por lo tanto, prestando servicio dentro del Ejército. El gobierno huertista, sin embargo, desconfiaba de él y en un principio se le asignó al Depósito de Jefes y Oficiales, pero días después, el 1º de marzo de 1913, fue destinado al 3er Regimiento de Artillería. Posteriormente pasó a los Almacenes generales de Artillería y el 25 de abril fue destinado al Regimiento de Ametralladoras.

Meses más tarde, el regimiento de Ametralladoras fue enviado al norte a reforzar la columna del general Guillermo Rubio Navarrete. De esta forma Montes participó en algunos combates contra los revolucionarios. En el combate de Candela su desempeño en batalla originó que fuera ascendido a capitán Primero.

Por esos días, un antiguo amigo suyo, Gustavo Garmendia, le escribió:

> El nombre de usted es pronunciado con respeto y cariño por todos los constitucionalistas, que ven en él un ejemplo. Su conducta es conocida hasta en sus menores detalles, no sólo por nuestro ilustre Jefe, sino por todas las personas conscientes que luchan con nosotros. Su aparición en nuestras filas sería acogida con júbilo, porque sería promesas de nuevas audacias y triunfos para nuestra causa.

Además, como sugerencia y pedimento le decía:

> Si como estoy seguro, Usted se decide a venir a nuestro lado se le presenta la brillantísima oportunidad de llevar a cabo una heroica empresa: Sabemos que la artillería de Laredo, está a sus órdenes, y aun cuando no dudo que

[31] Francisco L. Urquizo, *Un pedazo de historia...*, p. 45.

> Usted meditará la mejor y más eficaz forma de debilitar al enemigo, por medio de un golpe de mano audaz, sólo a título de observación me permitiré indicarle la conveniencia de arrancarle las bocas de fuego que posee en dicha plaza, para lo cual nosotros haríamos una demostración de ataque que facilitara la operación. Si por circunstancias que desconozco, esto fuera imposible, su destrucción en un momento dado sería de enorme importancia y si nada de esto es practicable, es bastante amigo mío con su presencia entre nosotros, que será hondamente estimada.[32]

Haya sido esa nota o no lo que orilló a Montes a abandonar el huertismo, lo cierto es que finalmente, en el mes de diciembre, aprovechando un descuido de sus jefes inmediatos en Sabinas Hidalgo se incorporó a la revolución superando las expectativas de Garmendia. Llevaba consigo una batería federal de ametralladoras, 80 individuos de tropa y 14 ametralladoras Colt y Rever y sus respectivas dotaciones de cartuchos procedentes de las fuerzas de Monterrey.[33]

Sobre su incorporación dejó relato una ciudadana nuevoleonense:

> El 21 de diciembre, llegó un capitán de caballería a la plaza de Salinas.
>
> Los soldados compraron maíz y se lo dieron a la caballada; ellos comieron sardinas con galletas en las bancas de la plaza y volvieron a ensillar rápidamente sus cabalgaduras.
>
> El capitán se negó a hablar con los federales que estaban de guarnición y con el Alcalde. Subió a la torre de la iglesia y enfocó su catalejo hacia el camino de Monterrey, como si de allá esperara al enemigo. Su actitud se hizo muy sospechosa, pero no dio lugar a más comentarios, puesto que marchó de inmediato al frente de su gente.
>
> Siguió el camino de la Hacienda de Mamulique, en donde habló a sus soldados diciéndoles que él había defeccionado e iba a prestar sus servicios a la Revolución. Por lo tanto, que podrían regresar a Monterrey los que gustaran y seguir con él los que lo desearan así.

[32] Gustavo Garmendia-Federico Montes. 15 de octubre de 1913. Instituto de Investigaciones Sobre la Universidad y la Educación/Archivo Histórico de la UNAM. Archivo Juan Barragán. (En adelante IISUE/AHUNAM-AJB, seguido del número de Caja, Expediente y Folio), Caja: XVII, Exp: 24, Fs.: 30-31.

[33] Francisco L. Urquizo, *Un pedazo de historia...*, pp. 51, 57-58; Daniel Gutiérrez Santos, *Historia militar de México. 1876-1914*, p. 269.

Un teniente, un subteniente y un soldado llegaron a Salinas. Cinco de ellos se escondieron en la Sierra. Los demás siguieron a su jefe.

Era él, el capitán Federico Montes, que desde aquel día abrazó la causa de la Revolución.[34]

***

Gustavo Garmendia Villafaña, quien había escrito a Montes, había estudiado en el Colegio Militar del que egresó como Ingeniero. Al igual que éste fue llamado a formar parte del Estado Mayor del presidente.

Su padre en agradecimiento escribió a Madero: "No dude usted señor presidente que mi referido hijo sabrá corresponder dignamente a esa confianza captándose día a día con sus humildes servicios la honrosa distinción de usted". [35]

Las palabras fueron proféticas: tiempo más tarde Garmendia confirmaría que la confianza puesta en él había sido la correcta.

En el mes de octubre de 1912 tuvo que dejar su puesto como Oficial de órdenes del Estado Mayor para cubrir la ausencia del Diputado Urquidi, pues él había sido elegido diputado suplente por el distrito de Texcoco, Estado de México, pasando a formar parte así, brevemente, de la XXVI Legislatura.[36]

Al regreso de Urquidi volvió a ocupar su lugar como Oficial en el Estado Mayor de Madero. En ese cargo y con el grado de capitán lo sorprendieron los sucesos de febrero de 1913. También fue parte de la comitiva que acompañó a Madero en su viaje a Morelos. A su regreso fue nombrado Inspector general de Policía del Distrito Federal.

Defendió al presidente el 18 de febrero, matando al teniente coronel Teodoro Jiménez Riveroll. Al ser aprehendido Madero, él logró escapar "trepando con los codos entre los muros de la colindancia, corriendo por las azoteas hacia la calle de Corregidora".[37]

34 Consuelo Peña de Villarreal, *La Revolución en el norte*, p. 200.

35 Garmendia a Francisco I. Madero, 27 de noviembre de 1911, en Isidro Fabela, *Documentos históricos de la Revolución Mexicana. Revolución y Régimen Maderista*, vol. VI, t. II, p. 349.

36 *Nueva Era*, 12 de octubre de 1912.

37 Garmendia nació en Oaxaca en el mes de agosto de 1881. Al momento de su muerte tenía el grado de teniente coronel. En 1916 sus restos fueron trasladados a la ciudad de México, y depositados en el Panteón Francés. "Gustavo Garmendia el hombre que

Garmendia fue en busca del general Felipe Ángeles, pero éste ya había sido llamado por Victoriano Huerta, a decir del coronel Miguel Bernard. Lo que ambos no sabían era que ya en esos momentos había sido encerrado.

Se escondió por algunos días y, después, disfrazado huyó al norte. Se quemó el rostro con permanganato para evitar ser reconocido. Para entonces el secretario de Guerra, Manuel Mondragón, había ordenado su aprehensión por desertor. Se unió a las fuerzas de Álvaro Obregón.[38] Desde ahí, como hemos visto, hizo un llamado a Federico Montes a que se uniera a la causa constitucionalista:

> Si todas las heridas, si todos los dolores sufridos durante aquellos trágicos días de febrero, de espantosa recordación, no fueran bastantes para arrancarnos en grito de protesta y una actitud digna, bastaría una sola palabra con la sinceridad a que nos acostumbró el ilustre desaparecido Don Francisco I. Madero, para remover hasta lo más profundo de nuestro ser e impulsarnos a acometer todas las empresas y llevar a cabo todos los sacrificios -¡Patria!- Oh mágica palabra cuya grandeza fue revelada por ejemplo de aquel inmaculado apóstol […]. En nombre de esa patria a quien juntos aprendimos a amar y que sin vacilaciones ni cobardías, pretendimos salvar con nuestros propios pechos, salvando a nuestro augusto representante, yo le ruego, amigo mío, que venga a nuestro lado a unir su esfuerzo pujante y vigoroso para salvarla definitivamente.

La invitación agregaba:

> Como un aliento, debo advertirle que no estamos solos. Ya es falange de amigos la que se agrupa en torno de nuestro dignísimo Jefe, contándose entre ellos el general Ángeles y Jacinto Treviño, quien empeñosamente me ruega una sus deseos a los míos para ofrecerle nuestra unión y nuestro afecto.[39]

---

defendió a Francisco I. Madero", *El Universal*, 18 de febrero de 2013; Consuelo Peña de Villarreal, *op. cit.*, pp. 199-200.

38 "Gustavo Garmendia el hombre que defendió a Francisco I. Madero", *El Universal*, 18 de febrero de 2013; Consuelo Peña de Villareal, *op. cit*., pp. 199-200.

39 15 de octubre de 1913. Gustavo Garmendia-Federico Montes. IISUE/AHUNAM-AJB, Caja: XVII, Exp: 24, Fs.: 30-31.

Lamentablemente Gustavo Garmendia prestó poco tiempo sus servicios a la revolución pues murió en el asalto a Culiacán, atacando la posición de "El Fortín" el 12 de noviembre de 1913, el destino fue cruel con él, había señalado esa fecha para casarse, pero contrajo nupcias con la muerte.[40]

***

Otro militar que estuvo cerca de Madero fue Luis G. Garfias Espinosa de los Monteros. Él era un soldado proveniente del Colegio Militar al cual ingresó en 1894. Egresado como teniente fue a dar al Cuerpo Especial del Estado Mayor. A la llegada de Madero a la Presidencia fue designado por éste como su ayudante de campo.[41] No obstante, la necesidad del presidente de contar con hombres de su confianza y que estuvieran involucrados en las campañas militares hizo que se le ordenara organizar un Regimiento que llevaría por nombre "Mariano Escobedo", con el cual Garfias combatiría en 1912 contra las fuerzas orozquistas en las importantes batallas de Rellano (2ª) y Bachimba dirigidas por Victoriano Huerta.[42] Regresó victorioso y por ausencia del Jefe del Estado Mayor de Madero ocupó la jefatura brevemente.

Con el carácter de sub jefe del Estado Mayor fue enviado a Coahuila para reorganizar el Regimiento Mariano Escobedo. Esas fuerzas estarían destinadas ahora a combatir a los zapatistas. Así lo escribía, a finales de 1912, Madero al general Manuel Blázquez, al cual le informó que Garfias: "Está igualmente autorizado para adquirir la caballada, equipo y vestuario que necesite y tiene órdenes mías para obrar en todo de acuerdo con el señor Gobernador don Venustiano Carranza, que será quien intervenga en lo relativo a la expresada reorganización y reclutamiento".[43]

El Regimiento lo estaba integrando con mineros de la Unión Minera Mexicana. La configuración de los hechos dispuso cosas muy diferentes. El 9 y el 18 de febrero lo sorprendieron en esas tareas de organización.

40 "Gustavo Garmendia el hombre que defendió a Francisco I. Madero", *El Universal*, 18 de febrero de 2013; Consuelo Peña de Villarreal, *op. cit.*, pp. 199-200.

41 Nacido el 21 de julio de 1880 en la ciudad de México. Enrique Florescano (coord. general), *op. cit.*, pp. 1598-1599.

42 Francisco L. Urquizo, *Un pedazo de historia...*, p. 24.

43 Francisco I. Madero-general Manuel M. Blázquez, 24 de diciembre de 1912, Isidro Fabela, *Documentos históricos de la Revolución...*, pp. 253-254. La respuesta de Blázquez en pp. 290-291 en la que da de recibido la entrega de la carta.

En Coahuila, cuando se enteraron de los sucesos en la capital, el gobernador Venustiano Carranza convocó a una junta a la que acudió Garfias y allí decidió adoptar la causa de la revolución.[44] De hecho, fue el único agrupamiento de origen federal que tomó tal determinación.

Al abrazar la bandera revolucionaria fue ascendido a coronel y nombrado Jefe del Estado Mayor de Carranza.

El 22 de febrero, día de los asesinatos de los mandatarios mexicanos, el 25º Regimiento prestó juramento a la bandera que les entregó Carranza frente al Palacio de Gobierno.[45]

Garfias también asistió a la junta militar del 26 de marzo donde se firmó el Plan de Guadalupe.

***

Otro militar que se incorporó a la revolución constitucionalista fue Jacinto B. Treviño. Egresado del Colegio Militar en 1908 como teniente técnico de artillería, prestó sus servicios en la Fábrica Nacional de Cartuchos y en la Fábrica Nacional de Pólvora. Al igual que los anteriores, fue llamado a formar parte del Estado Mayor de Francisco I. Madero cuando llegó a la presidencia. A partir de ahí tuvo una trayectoria parecida a la de Luis Garfias: colabora en la organización del Regimiento Mariano Escobedo, lucha contra los orozquistas en 1912 y también es enviado a las labores de reorganización del citado regimiento. También en esas estaba cuando la Decena Trágica. Fue en ese momento cuando se unió a los constitucionalistas. Fue ascendido a mayor.[46] El 22 de febrero a las tres de la tarde, hora en que salió Carranza de Saltillo: "El capitán Jacinto B. Treviño montado en magnífico caballo daba muestras de actividad inusitada revistando a las tropas, dando órdenes aquí y acullá y levantando los ánimos con palabras de aliento y patriotismo".[47]

Más tarde sería uno de los favoritos de Carranza. Él fue el primer firmante del Plan de Guadalupe.

44 Luis Garfias Magaña, *Historia Militar...*, p. 92.

45 Alfredo Breceda, *México revolucionario*, vol. I, p. 203.

46 Nacido el 11 de septiembre de 1883 en Villa Guerrero, Coahuila. Ingresó al Colegio Militar en 1900. Enrique Florescano (coord. general), *op. cit.*, pp. 1714-1715.

47 Mateo de León Ochoa, *La lucha Intensa, actuación política y militar del general de División Pablo González*, p. 61.

***

Existe un personaje muy importante, que si bien es cierto no contaba con una carrera militar forjada durante el porfiriato, fue tal vez el único revolucionario que se logró incorporar con éxito al aparato militar federal de entonces.[48] Estamos hablando de Francisco L. Urquizo. Se había sumado a la revolución de 1910 solamente como soldado raso. Al triunfo de la revolución maderista fue enviado al escuadrón de Guardias Presidenciales, y aunque alcanzó el grado de capitán durante la lucha revolucionaria, como su grado podía despertar ciertos rencores, aceptó el grado de subteniente.[49] Ahí pasó todo el periodo de gobierno de Francisco I. Madero, tiempo en el cual se dedicó a estudiar arduamente lo relacionado a la organización militar.

Se encontraba en la ciudad de México durante los sucesos de febrero de 1913 prestando múltiples servicios. Estuvo a punto de morir en uno de los ataques a La Ciudadela, ordenado por el comandante militar de la plaza Victoriano Huerta.[50]

Fue hecho prisionero y al ser liberado se incorporó a las fuerzas constitucionalistas. A su llegada fue designado por Carranza capitán primero de caballería de su Estado Mayor.[51]

Intentos de acercamiento de los revolucionarios a las fuerzas federales

La noche del 18 de febrero la casa del Gobernador de Coahuila mostraba gran actividad. La razón: Venustiano Carranza había convocado a una reunión urgente para dar a conocer el telegrama que había recibido de Victoriano Huerta donde le daba cuenta de la aprehensión del presidente y del vicepresidente.

48 Si bien es cierto que hombres como Pascual Orozco fueron incorporados a las fuerzas del maderismo, éstas lo hicieron con su carácter de irregulares y cuerpos un tanto ajenos a la organización militar federal y en cambio Urquizo estuvo en un lugar rodeado sólo de elementos federales y en los que seguramente adquirió grandes conocimientos acerca de la organización y adiestramiento de las fuerzas.

49 Prestó sus servicios en el 1er. Regimiento de la 2ª División del Norte del Ejército Libertador Maderista. Instituto de Investigaciones Sobre la Universidad y la Educación/Archivo Histórico de la UNAM. Archivo Francisco L. Urquizo. (En adelante IISUE/AHUNAM-AFLU, seguido del número de Caja, Expediente y Folio) Caja: 1, Exp: 3, Fs.: 39.

50 De sus impresiones en esos días dejó constancia en varios libros. Francisco L. Urquizo, *Recuerdo que...*; *¡Viva Madero!,* entre otros.

51 IISUE/AHUNAM-AFLU, Caja: 1, Exp: 3, Fs.: 14.

A la junta asistieron algunos diputados, el secretario particular del gobernador, el ayudante de la secretaría particular y otros personajes cercanos a Carranza. Además de los militares federales coronel Luis Alberto Guajardo, teniente coronel Luis Garfias, capitán Jacinto B. Treviño, capitán Antonio Delgadillo y el capitán segundo Aldo Baroni.[52] Se trataba de saber qué determinación tomar con respecto a los sucesos de la capital de la república.

Que Carranza los haya convocado en su casa y no en el Palacio de Gobierno, en la Cámara de Diputados o Senadores sugiere que para entonces no quería dar un paso legalmente sin antes haber evaluado los ánimos de sus principales colaboradores y de aquellos que detentaban las fuerzas de la región.

En su despacho les hizo saber que no teniendo el Senado ni los diputados la facultad para designar otro presidente, era necesario que la Legislatura Local desconociera tales arbitrariedades. Les pidió a los diputados presentes que le dieran facultades extraordinarias en los ramos de Hacienda y de Guerra. Estando la mayoría presente de acuerdo con tal determinación decidieron, ahora sí, dirigirse a la Cámara de Diputados.

Fue entonces cuando el coronel Luis Alberto Guajardo, de "figura regordeta y ojos vivaces", pedirá por medio de Alfredo Breceda, también presente en la reunión, que se le arregle una máquina y un carro especial para salir a Piedras Negras porque: "Pues el Sr. Carranza, […] dice que es la primera plaza que debemos tomar en nuestro poder, y tiene razón. Allí hay unos cuantos federales, que si no se unen a nosotros yo los desarmaré por la fuerza".[53]

En la Cámara de Diputados se promulgó el famoso decreto de la Legislatura de Coahuila que anunciaba el inicio de la Revolución constitucionalista. Este documento se toma como fecha del nacimiento del ejército que está presente hasta nuestros días.

En ese decreto se desconocía a Victoriano Huerta como presidente al igual que todos los actos y disposiciones que tomara con tal carácter y se concedían facultades extraordinarias a Carranza en todos los ramos de la administración. Finalmente se hacía un llamado a los demás estados para que secundaran la actitud del gobernador coahuilense. Este último punto es importante porque en él se hace un llamado no sólo a los jefes de las

[52] Luis Garfias Magaña, *Historia Militar...*, p. 92.
[53] Alfredo Breceda, *op. cit.*, p. 144.

fuerzas rurales y auxiliares para que secunden al gobernador, sino también a las fuerzas federales. Lo cual indica dos cosas: 1) Carranza veía en los actos de Huerta los de un pequeño grupo, y no al Ejército Federal en su totalidad. 2) confiaba en que los federales colaborarían con él en su lucha contra el huertismo. Parte de este optimismo estaba basado, seguramente, en la actitud que habían mostrado Guajardo, Garfias, Treviño, Delgadillo y Baroni.

En una circular fechada igualmente el 19 de febrero, Carranza decía que "[…] el Senado se ha puesto en connivencia y complicidad con los malos soldados, enemigos de nuestra Patria y de nuestras libertades, haciendo que éstos vuelvan contra ella la espada con que la Nación armara su brazo, en apoyo de la legalidad y el orden". Por ello justificaba su desconocimiento y terminaba haciendo un llamado "a los Gobiernos y a todos los Jefes Militares, de todos los Estados de la República, a ponerse al frente del sentimiento nacional, justamente indignado y desplegar la bandera de la legalidad […]".[54]

Es decir, no hubo una condena hacia el Ejército Federal como institución. De hecho Carranza tuvo un intercambio telegráfico con el general Fernando Trucy Aubert, quien se encontraba en Torreón. El militar al saber la postura de Carranza contestó:[55]

> Quedo enterado de todo, y sinceramente me permito manifestar a usted, con todo respeto, que como militar estoy sujeto por mi honor, a la disciplina militar, y como patriota y amigo, y siempre estaré a su lado. Pasando a otra cosa, le suplico a usted se sirva informarme si las fuerzas dependientes del Gobierno de su cargo han recibido órdenes de concentración a esa ciudad; pues sin excepción han quedado desguarnecidos todos los puntos de la zona de mi mando y esas fuerzas están concentradas en Avilés.[56]

Carranza en respuesta dijo que no sabía quién había dado la orden de concentración y aun le pidió al general Trucy que le contestara con "sin-

54 *Ibid.*, p. 149.

55 De hecho, se acusará al general Trucy de permitir la salida de Carranza y no batirlos en forma. Amparo Rubio, *La Revolución Triunfante. Memorias del general de división Guillermo Rubio Navarrete*, pp. 41-42.

56 El intercambio telegráfico puede consultarse en Alfonso Taracena, *Venustiano Carranza*, p. 95. También citado en Gildardo Magaña, *op. cit*., t. III, p. 71.

ceridad" qué garantías podría dar a su hermano Jesús Carranza para que tratara "asuntos muy importantes". Aunque el militar federal prometió dar garantías, al parecer la entrevista no se llevó a cabo. Aun así, esta correspondencia es otro claro indicio de que el Varón de Cuatro Ciénegas sí quería sumar federales a su movimiento.

Un mes después, el 22 de marzo, cuando las fuerzas carrancistas fueron rechazadas en Saltillo, Carranza tuvo una conferencia telefónica con el general Arnoldo Casso López al que, a decir del militar federal, le hizo: "la proposición absurda de que desconociera al Gobierno que preside el C. general de división Victoriano Huerta, lo que rechazé [sic] con toda energía proponiéndole a mi vez que se rindiera incondicionalmente con toda su gente y ofreciéndole garantías a reserva de lo que dispusiera la Superioridad".[57]

Cuatro días después, Carranza lanzó el Plan de Guadalupe. En su parte introductoria el breve documento señala:

> Considerando que los poderes Legislativo y Judicial han reconocido y amparado en contra de las leyes y preceptos constitucionales al general Victoriano Huerta y sus ilegales y antipatrióticos procedimientos, y considerando, por último, que algunos gobiernos de los estados de la Unión han reconocido al gobierno ilegítimo impuesto por la parte del ejército que consumó la traición, mandado por el mismo general Huerta, a pesar de haber violado la soberanía de esos estados, cuyos gobernadores debieron ser los primeros en desconocerlo…[58]

Sólo en esa parte Carranza hace referencia al Ejército Federal, pero no presenta una acusación sino sólo a aquella "parte del Ejército que consumó la traición" mandada "por el mismo general Huerta": es decir, Blanquet, Mondragón, Velázquez y sus respectivos cuerpos que participaron en el cuartelazo. A estos militares se les podían hacer dos cargos concretos: traición al mandatario y ascenso ilegítimo al poder.

Otra acción que resulta bastante significativa es el hecho de que el primer signatario de ese documento fuera Jacinto B. Treviño, un federal

[57] AHDN-RR. XI.481.5-30. Fs.: 87-92.

[58] El *Plan de Guadalupe* ha sido reproducido infinidad de veces. Una de las fuentes en donde se puede encontrar es: *La Revolución Mexicana. Textos de su historia. Acción revolucionaria*, t. III, pp. 325-328.

y no un revolucionario. Ello indica que Carranza pretendía, al igual que Madero anteriormente, supeditar a los jefes revolucionarios a un mando regular. Da soporte a esta hipótesis el que nombrara jefe de su Estado Mayor también a un federal como Luis G. Garfias. Este puesto más tarde sería desempeñado por el propio Treviño. Si bien es cierto que los nombramientos se daban teniendo en cuenta un sentido organizativo también era con el ánimo de no darle tanto poder a los grupos irregulares.[59]

Pese a los desaires que había sufrido y a la poca inclinación de los federales a participar en su movimiento, Carranza volvió a insistir. El 20 de abril, ya con el reconocimiento de su jefatura por la facción sonorense, no se quedó con los brazos cruzados y expidió el llamamiento a las fuerzas armadas, revolucionarias y federales para sumarse a los constitucionalistas. El documento tenía el objetivo de engrosar su ejército, pero también de afirmar su jefatura. Si bien, hasta el momento, en términos militares su movimiento era un fracaso, en términos políticos estaba dando grandes avances. El documento decía:

> Artículo 1º A todos los generales, jefes y oficiales que prestaron sus servicios en las filas del Ejército Libertador en la Revolución de 1910 y que se presenten en las filas del Ejército Constitucionalista, se les reconocerán sus mismos empleos y ratificarán al triunfo de la causa, en el Ejército Permanente, concediéndoles treinta días, a partir de la fecha de la publicación de este Decreto, para que se incorporen a las filas los que no lo hubieren hecho ya.
>
> Artículo 2º A todos los generales, jefes y oficiales del Ejército Federal que en el término de 30 días, a que hace referencia el artículo anterior, se presentaren a engrosar las filas de nuestro Ejército, se les reconocerán y ratificarán sus empleos en el Ejército Permanente, al triunfo de la causa constitucionalista, cualquiera que fuera la milicia a que pertenecieren; exceptuándose a los generales, jefes y oficiales que sublevaron en Veracruz en octubre último y a

[59] Se ha dicho comúnmente que Carranza sabía de la importancia de los grupos exrevolucionarios frente a los federales, y que prefería a los primeros sobre los segundos, pero se toma poco en cuenta que no fue sino hasta muy tarde en que Carranza les otorgó a los revolucionarios puestos importantes dentro de la estructura militar y orillado por el poco impacto que tuvo entre los federales. También se olvida que a lo largo de su gestión Carranza tuvo desavenencias con sus principales jefes revolucionarios y sus actos muestran desconfianza hacia ellos, de lo cual hablaré más adelante.

los que tomaron parte en la asonada militar contra el Gobierno Constitucional en el mes de febrero próximo pasado.[60]

Los federales no acudieron al llamado.

Aunque en los meses siguientes Carranza ya no dio a conocer ningún documento tratando de ganarse a los federales, en el mes de octubre recibió con los brazos abiertos al general Felipe Ángeles y le dio el cargo militar más importante: el nombramiento como secretario de guerra. El conflicto que se desataría entre estos personajes vendrá relatado después.

Labores desempeñadas por los federales en las fuerzas revolucionarias

Los trabajos historiográficos se han empeñado en borrar la participación que tuvieron militares federales dentro de las fuerzas revolucionarias. En algunos casos la niegan, la minimizan o simplemente la omiten. No obstante, la incorporación de éstos entre los insurgentes estuvo presente desde el inicio de la lucha contra Victoriano Huerta.

Su participación era necesaria. Si bien es cierto que la mayoría de los ejércitos rebeldes se componían de clase popular, había puestos claves que necesariamente debían ser cubiertos por hombres con ciertos conocimientos castrenses.

Por ejemplo, se podrían crear cuerpos de infantería y de caballería por medio del adiestramiento de estos, pero en el cuerpo de artillería y en el manejo y la buena dirección de ese cuerpo y su armamento, necesitaban de hombres con conocimientos en el arma. Ahí fueron a prestar sus servicios Felipe Ángeles, y parte de sus discípulos, dentro de la División del Norte, en el año de 1914.

Algunos otros federales colaboraron en la organización y en la elaboración de los lineamientos de los cuerpos revolucionarios.

Todos ellos participaron en el adiestramiento de los reclutas que iban a engrosar las fuerzas revolucionarias. Veamos algunos ejemplos.

60 Luis Garfias Magaña, *Historia Militar...*, p. 102.

Carranza dejó las tareas de organización del incipiente Ejército Constitucionalista a algunos exfederales como Luis G. Garfias, Jacinto B. Treviño y Francisco L. Urquizo, quienes eran miembros de su Estado Mayor.

Urquizo fue comisionado para organizar, en el mes de mayo de 1913, el Batallón de Zapadores de Piedras Negras, Coahuila, cuerpo al cual comandaría en el periodo que va del 6 de julio al 20 de diciembre de 1913.[61] El mismo Urquizo publicó en Saltillo un folleto sobre la Organización de la Caballería Constitucionalista que sirvió de base para la organización de los regimientos de la Armada.[62] También participó en la creación e instrucción de cuerpo de las tres Armas y función de Detalls de los mismos, que formaron el pie veterano del nuevo ejército. En ese mismo año hizo un Escalafón general del Ejército constitucionalista.

El Estado Mayor del Primer Jefe hizo también la edición de una pequeña Ordenanza general del Ejército.[63]

Pero los federales no sólo participaron en la organización y reglamentación de los cuerpos revolucionarios sino también en el adiestramiento de las fuerzas. Urquizo recuerda que a principios de 1914:

> […] el general Ángeles, acompañado de sus ayudantes Bazán, Cervantes y Gonzalitos, con frecuencia acude a presenciar la instrucción que imparto a la escolta del Primer Jefe; sus sabios consejos y cuidadosas observaciones las estimamos grandemente; son la ciencia y la bondad personificadas en él, que están con nosotros" [...]. El general Ángeles tenía grandes proyectos para organizar nuestras fuerzas rebeldes; muy amena e instructiva era su conversación y largas horas pasábamos a su lado escuchándolo embebidos.[64]

Villistas

Cuando Francisco Villa atravesó la frontera con el fin de participar en la lucha contra Huerta lo hizo acompañado de un pequeño grupo de hombres. Muy pronto tendría sus primeros triunfos militares contra el huer-

61 IISUE/AHUNAM-AFLU, Caja: 1, Exp: 4, Fs.: 7, 9.
62 IISUE/AHUNAM-AFLU, Caja: 1, Exp: 9, Fs.: 12; Caja: 1, Exp: 10, Fs.: 12.
63 Piedras Negras, Coah. IISUE/AHUNAM-AFLU, Caja: 1, Exp: 10, Fs.: 21.
64 Francisco L. Urquizo, *Recuerdo que*…, p. 151.

tismo. En cada poblado por el que iba pasando se le sumaban más elementos. Uno de ellos, un exfederal, se le incorporó en La Ascensión, se trataba de Juan N. Medina Mora.[65]

Medina había ingresado al Colegio Militar y se graduó como subteniente en el arma de caballería en 1899. Duró poco tiempo en servicio, pues apenas cuatro años después pidió su baja, inconforme con la forma en que se llevaba a cabo la campaña contra los yaquis. Se retiró a su estado natal y ahí se sumó a la revolución de 1910 donde prestó sus conocimientos sirviendo al que era también un federal ya retirado, José Perfecto Lomelí, quien el mes de marzo le firmó su despacho como teniente coronel. Al triunfar la revolución desempeñó algunos cargos políticos como presidente municipal de Ciudad Juárez y jefe político del Distrito de Bravos.[66]

Cuando se incorporó con Villa, éste lo nombró Jefe de su Estado Mayor. El historiador Pedro Salmerón menciona algunas de las tareas que desempeñaba Medina:

> En La Ascensión, Pancho Villa se dedicó a organizar a su gente, auxiliado por un militar de origen federal que por esos días se puso a sus órdenes: el coronel Juan N. Medina Mora. Por consejo de Medina y con su asesoría, Villa dividió su Brigada (como empezó a llamar a su gente durante la estancia en La Ascensión) en distintos regimientos, agilizando los mecanismos de mando y dando a las tropas los rudimentos de la formación militar. Al mismo tiempo, mejoró sensiblemente el armamento gracias a un cargamento remitido desde la frontera de Sonora por el coronel Plutarco Elías Calles. Como parte de la escolta de ese cargamento, que mandaban Julio Acosta y Andrés Rivera, llegaron varios sonorenses que habían tenido conflictos con el general Álvaro Obregón y venían a ponerse a las órdenes de Pancho Villa. El jefe de esta gente era Pedro Bracamontes, a quien Pancho Villa daría el mando

65 Nació en 1880. Pedro Salmerón, *La División del Norte. La tierra, los hombres y la historia de un ejército del pueblo,* p. 340. Medina llegó a territorio chihuahuense, proveniente del Estado de Sonora. En el combate que sostuvieron los revolucionarios en contra de los federales el 26 de agosto de 1913, las fuerzas comandadas por Medina lograron capturar dos piezas de artillería. Certificado que extiende el general Salvador R. Mercado a favor de Juan N. Medina. AHDN-RC. Expediente de Juan N. Medina.

66 *Ibid*., pp. 319, 320, 340.

de los contingentes revolucionarios del distrito Galeana, que formarían un regimiento de la Brigada Villa.[67]

Medina también firmaría junto a Pancho Villa un mensaje dirigido al general Salvador R. Mercado, pidiéndole la rendición de la plaza de Chihuahua en noviembre de 1913. En el combate por la ciudad, las fuerzas que dirigió lograron ocupar la cumbre de Cerro Grande. Según testimonio de Salvador R. Mercado, el golpe dado a Ciudad Juárez fue de su autoría:

> este golpe estratégico y audaz, fue ideado por el coronel J. N. Medina, que al ejecutarlo supo también obrar con la dignidad de un caballero, ya que terminado el combate otorgó toda clase de garantías tanto a los habitantes no combatientes, cuanto a las fuerzas capturadas.[68]

Más tarde quedó como jefe de la Plaza y aunque no participó en la Batalla de Tierra Blanca se ocupó de cubrir la retaguardia y de proveer de los elementos necesarios a las fuerzas que se encontraban en combate.

Lo anterior no quiere decir que en los inicios de la revolución villista los federales fueron numerosos o siquiera un pequeño grupo pues, como comenta Friedrich Katz, antes de la incorporación de Ángeles:

> Pocos oficiales federales se alistaron voluntariamente en la División del Norte […]. La gran mayoría de los antiguos oficiales o soldados federales que sirvieron en la División del Norte se integraron en los primeros meses después de su formación y habían sido prisioneros a los que se les ofreció la alternativa de incorporarse o ser fusilados. Aunque la mayoría, por obvias razones, eligió la primera opción, su lealtad no estaba en absoluto garantizada.[69]

67 Pedro Salmerón, *La División del Norte*..., pp. 319, 320, 340. De él dirá Katz: Villa "que necesitaba con urgencia a un hombre de experiencia en el trato con un ejército profesional, lo nombró jefe de Estado Mayor, y Medina se dedicó principalmente a la compleja tarea de transformar el heterogéneo conjunto de grupos de guerrilleros en un ejército regular". Friedrich Katz, *Pancho Villa*..., VI, p. 309.

68 Certificado que extiende el general Salvador R. Mercado a favor de Juan N. Medina. AHDN-RC. Expediente de Juan N. Medina.

69 Friedrich Katz, *Pancho Villa*..., VI, p. 345.

Katz menciona, además, que la necesidad de Villa de soldados con conocimientos militares era fundamental y que sólo podía tomarlo de dos lados: o bien del Ejército Federal o bien de mercenarios extranjeros. La captura de cañones al enemigo le planteó a Villa el problema de contar con un hombre competente para manejarlos y puso al extranjero y soldado a sueldo Ivor Thord Gray, antes de la batalla de Tierra Blanca, como el jefe de su artillería, quien no tenía experiencia en el arma, pero había descubierto que la razón por la que no funcionaban dos cañones capturados en Torreón era que le faltaban las agujas de percusión y las miras. Thord Gray hizo construir unas nuevas agujas de percusión en la frontera, y recibió así el afecto de Villa y el nombramiento de jefe de la artillería. Esa arma villista entonces contaba apenas con dos cañones de 75 milímetros, sin oficiales ni suboficiales y con artilleros que con trabajo hablaban el español.[70]

Más tarde, la incorporación de Ángeles y sus oficiales vendría a resolver este problema. Sus conocimientos serán decisivos en las posteriores batallas, sobre todo en la Toma de Torreón y en la Batalla de Zacatecas, lugares rodeados por cerros en los cuales la infantería y la poderosa caballería de la División del Norte poco podían hacer sin la colaboración de los cañones.

Otro de los hombres que se sumó a los revolucionarios fue Vito Alessio Robles, quien había estudiado durante el porfiriato en el Colegio Militar, graduándose en 1902. Combatió a los revolucionarios de 1910 y, no obstante, durante el maderismo fue nombrado Inspector de Policía y más tarde agregado militar en la Legación Mexicana en Roma. Al caer Madero, se sumó a la División del Norte, dejando testimonio de sus convivencias con los revolucionarios en su diario y más tarde en sus memorias.[71]

70 *Ibid*., p. 346.

71 Vito Alessio nació en 1879 en Saltillo, Coahuila. Aunque estudió inicialmente en el Ateneo Fuente, dejó sus estudios para formarse militarmente. Tiempo después fue nombrado delegado a la Convención de Aguascalientes en el mes de octubre de 1914. Más tarde, se unió al carrancismo y apoyó la candidatura de Obregón a la presidencia, pero se opuso a este cuando se quiso reelegir en 1927. Apoyó a José Vasconcelos en 1929. En sus últimos años se dedicó a la academia y a la historia. Dejó muchas obras, las más conocidas relacionadas al proceso revolucionario son *Mis andanzas con nuestro Ulises* y *La Convención revolucionaria de Aguascalientes*. Murió en 1957. Vito Alessio Robles, *La Convención Revolucionaria de Aguascalientes*; *Memorias y Diario*, 3 tomos; Vito Alessio Robles, *Desfiles sangriento, Mis andanzas con nuestro Ulises, Los Tratados de Bucareli*.

Aunque los zapatistas fueron la facción revolucionaria que más se empeñó en no aceptar entre sus filas a los federales, su incorporación también fue esencial en la organización de un Estado Mayor y en la elaboración de algunos planes militares. Tal fue la función que desempeñaría más tarde Higinio Aguilar.

Higinio Aguilar, nacido en Orizaba, Veracruz, en 1839, causó alta en el ejército el 15 de enero de 1861. Entre las historias que rodeaban al viejo general se contaba que salvó la vida de Porfirio Díaz tres veces, y esa era la razón que explicaba por qué seguía estando en activo pese a un negro historial. A lo largo de su carrera se le impusieron múltiples castigos por delitos variados que iban desde escándalo en estado de ebriedad, agresión y ultrajes a unos agentes, peculado, entorpecer la acción de la policía, hasta delito por rebelión y deserción.[72]

En diciembre de 1911 se acusó a Higinio Aguilar de planear, junto al general Melitón Hurtado, un levantamiento contra Madero, el cual fue frustrado por el entonces coronel Vito Alessio Robles. Fue por lo tanto ubicado en la categoría de "Sueltos".[73] Un año después, en octubre de 1912, hizo válida la tentativa de rebelión lanzando un plan, acompañado ahora por otro viejo militar, el general Gaudencio de la Llave.[74] Fue un movimiento con poco éxito pero que sin embargo permaneció activo hasta el fin del maderismo.

Con la caída de Madero, Higinio Aguilar rindió inmediatamente sus armas al huertismo y se le envió a combatir al zapatismo. Su incorporación dio pie al sobreseimiento del proceso que se le había instruido durante el gobierno de Madero por el delito de deserción y rebelión.[75] Salió de la ciudad de México y se dirigió a Morelos.

Fue destinado a Jonacatepec, plaza capturada por los zapatistas el 22 de abril. A la ciudad de México llegaron rumores de que había muerto. A

72 AHDN-RR. XI/481.3/409. En las Fs.: 50-55 se encuentra su hoja de servicios.

73 *El Imparcial*, 18 de diciembre de 1911.

74 Entre la escasa literatura sobre los militares federales se encuentra el libro de Javier Garciadiego, *Porfiristas eminentes*, quien hace un retrato de los dos militares arriba mencionados. María Teresa Franco y González Salas, *op. cit.*, p. 154; Enrique Florescano (coord. general), *op. cit.*, t. 8, p. 1533.

75 AHDN-RR. XI/481.3/369. Sobreseimiento de la causa instruida contra el Gral. Higinio Aguilar, por los delitos de deserción y rebelión. Su hoja de servicios dice que estaba al mando de una fuerza irregular del 28 de febrero de 1912 al 14 de agosto de 1914.

los pocos días se desmintió la versión y se supo que se encontraba prisionero de los zapatistas, quienes pedían rescate por él. No obstante, también empezaron a llegar noticias a la Secretaría de Guerra de que se encontraba colaborando con los surianos. Intempestivamente, el 23 de mayo, Aguilar se presentó en la ciudad de México, diciendo que había escapado. Como nadie le creyó fue encarcelado, pero fue liberado dos días después por intermediación del cura de Jonacatepec quien aseguró que el militar sí había caído prisionero.

De esta primera estancia aún no hay datos concluyentes. Pero parece ser que los días que estuvo "prisionero" instruyó a algunas fuerzas zapatistas y estableció una red de compra de armamento entre los surianos y federales corruptos.[76]

El resto del gobierno huertista lo pasó, primero, inactivo, y después fue enviado a combatir a los revolucionarios en el noreste de la República.

Poco después de la caída de Victoriano Huerta volvió a las filas zapatistas. De su incorporación y su contribución a las filas surianas en esta segunda etapa se hablará más adelante. Aquí solamente vale la pena citar los testimonios de los combatientes zapatistas Agustín Ortiz, Francisco Mercado y Cristóbal Domínguez, firmantes del Plan de Ayala, respecto a la organización, disciplina y adiestramiento de las fuerzas que comandó el viejo militar durante su periodo como rebelde del sur:

> CD: Aquí el único que nos enseñó mucho, que fue muy valiente de veras, fue don Higinio Aguilar. Además, como fue volteado del gobierno, tenía pura gente civilizada […]
>
> AO: Higinio Aguilar tenía mucha gente y tenía su artillería. Tenía hasta las mujeres que decíamos las huacas. Íbamos a pasar cerca de Atencingo cuando le dan parte al general Higinio Aguilar que ya había pasado Agustín Quiroz. Era carrancista, que pasó para Chiautla.
>
> "Regresamos -dice el general Higinio Aguilar-. Vamos a ver a Agustín Quiroz. Vamos a pasar entre medio de Ahuehuetzingo y Atencingo." Pero no podíamos pasar, nos atacaron. Como allí estaba el destacamento en la hacienda, y la familia estaba, tenía su destacamento. Queríamos pasar y no nos dejaron. El general Aguilar dice: "No les tiren, no les tiren. Hemos de pasar pero no les tiren". Pero la gente: "No, general, si no les tiramos se nos vienen. No, general, empezamos a tirarles y darles juego."

[76] Javier Garciadiego, *Porfiristas eminentes*..., p. 49.

Durante el tiroteo, las señoras que les decíamos las huacas, se metieron a Atencingo donde estaban trabajando los gañanes con las yuntas. Fueron a sacar las yuntas uncidas las señoras y las mataron para comer.

CD: También tuvieron valor. Pero eso digo, en cada vez que movimiento o combate tuviera aquel Aguilar no era en vano. Porque tenía unas disposiciones muy buenas, muy buenas. Tenía gente. Conocían milicia, disciplina y todo eso. Estaban muy bien civilizados.

FM: Estaba más organizado, por eso se veía que peleaba más. La organización. Y aquí, los otros peleaban los que querían. Los que no, pues...[77]

Obregonistas

Se ha mencionado que la fuerza militar más importante de la primera etapa de lucha contra el huertismo fue la que encabezó Álvaro Obregón, y si bien es cierto que no encontramos nombres de militares federales importantes entre sus hombres, es innegable que las fuerzas revolucionarias de Sonora también necesitaban cierta organización. La diferencia y la ventaja que tuvo el caudillo de Sonora, con respecto a sus pares militares, fue que él heredó una fuerza ya completamente organizada, disciplinada y adiestrada. Por ello es que acertadamente Héctor Aguilar Camín la designa como una revolución administrada.[78]

Recapitulando: Lo que aquí se dice no es que los federales hicieron la revolución, sino que le dieron mayor organización a los cuerpos y los hicieron más efectivos. Por ejemplo, Ángeles no hubiera hecho nada sin Villa y la División del Norte habría existido aún sin la presencia de Ángeles, pero es innegable que en algunas batallas la participación de los exfederales fue decisiva. Sobre todo, en conocimientos de organización y técnicos: detall, administración, reglamentación y artillería. No cabe duda de que los cuerpos organizados por federales se diferenciaban de sus pares revolucionarios y comúnmente estaban mejor preparados.

77 Rosalind Rosoff y Anita Aguilar, *Así firmaron el Plan de Ayala*.
78 Héctor Aguilar Camín, *op. cit*.

Los primeros rebeldes

No fue Venustiano Carranza el primero en tener un encuentro militar contra las fuerzas de Victoriano Huerta, pues no fue sino hasta el día 6 de marzo cuando sostuvo su primer enfrentamiento. Anteriormente se encuentran datos que muestran una actitud ambivalente del gobernador de Coahuila, bien haya sido con el ánimo de llegar a un acuerdo, como señalan sus detractores, o bien para ganar tiempo, como señalan sus partidarios.

No fue Álvaro Obregón tampoco. En Sonora, aunque el desconocimiento de Huerta también se dio en forma temprana los días siguientes al cuartelazo se ocuparon en organizar las fuerzas y fue hasta el día 13 de marzo en que sostuvieron su primer combate.

No fue Emiliano Zapata. Aunque el general sureño se enteró rápidamente de los acontecimientos de la capital y ordenó a sus jefes no entrar en tratos con el nuevo gobierno sino activar sus operaciones militares, la primera batalla la dio a inicios del mes de marzo.[79]

Ni fue tampoco Francisco Villa. Como es sabido, para el momento de la Decena Trágica se encontraba refugiado en los Estados Unidos y no fue sino hasta un mes después cuando volvió a ingresar al país.

Los primeros en desconocer el orden de cosas fueron aquellos que no tenían ningún cargo gubernamental de importancia y tampoco eran de los llamados grandes caudillos. Los primeros en rebelarse fueron aquellos jefes que habían sido obligados a fundirse en los cuerpos militares regulares con el carácter de jefes "honorarios" y como fuerzas irregulares. A ellos se deben los primeros cartuchos quemados contra el huertismo.

[79] Emiliano Zapata-Jefes del Ejército Libertador. 23 de febrero de 1913. Archivo General de la Nación. Archivo Genovevo de la O. (En adelante AGN-AGO, seguido del número de caja y expediente). Caja: 17, Exp: 2, fo: 3. También en Felipe Arturo Ávila Espinosa, "Guerra y política contra el cuartelazo. La revolución zapatista durante el régimen de Huerta", en *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, pp. 109-138. El Profesor Carlos Pérez Guerrero, continuador de la obra de Magaña, dice que los primeros disparos contra la usurpación vinieron de los zapatistas y para ello se funda en un ataque de las fuerzas surianas a la Villa de Tlalpan el 20 de febrero. Pero para entonces Madero todavía no había sido asesinado y el Cuartel general aún no había tomado una posición con respecto al huertismo. El ataque antes citado en realidad correspondería a las acciones en contra del maderismo. Gildardo Magaña, *op. cit*., pp. 16-17.

***

Cuando los jefes maderistas se enteraron del magnicidio cometido por Victoriano Huerta, inmediatamente tomaron provisiones y se lanzaron a la revuelta. Los primeros en hacerlo fueron los hombres de Chihuahua y Durango. Lo hicieron por separado y no teniendo conocimiento de lo que pasaba en el estado contiguo y sin siquiera esperar que alguien los encabezara, puesto que no lo necesitaban. Tuvieron su primer encuentro contra los federales apenas dos días después del asesinato de Madero.

El 24 de febrero se dio un enfrentamiento entre revolucionarios y federales en Santa Bárbara, Chihuahua. En esa población se encontraban de destacamento las fuerzas del Batallón federal número 6, con apenas 37 efectivos, del cual era jefe el capitán Ricardo Mancilla. Ellos hicieron frente a las fuerzas revolucionarias de Manuel Chao. En ese ataque participó la población y parte de la policía local apoyando a los revolucionarios. Los rebeldes hicieron prisioneros a varios federales, entre ellos al capitán Mancilla. Los huertistas tuvieron, además, las siguientes bajas: dos oficiales y tres de tropa muertos; heridos: tres de tropa; prisioneros: 26 de tropa, y cinco dispersos.[80]

Ese mismo día, a varios kilómetros de distancia, el coronel Toribio Ortega logró capturar Ojinaga. En los días siguientes Rosalío Hernández, jefe del Regimiento de Voluntarios de Camargo, quien se había levantado en armas desde el 23 de febrero, intentó tomar Camargo, pero fracasó.[81]

Desde el día 24 de febrero en Guerrero, Chihuahua, el capitán José Rodríguez se levantó en armas con toda la guarnición. Así se lo hizo saber al capitán de voluntarios José Ma. Caraveo, invitándolo además a que lo secundara.[82]

80 En ese combate el sargento 2º Néstor Rayas, jefe de un puesto de avanzada federal, entregó a los rebeldes su posición pues ya se había puesto de acuerdo con ellos. El subteniente Moisés Martínez logró escapar y dar el parte de guerra. Se dice que los revolucionarios eran alrededor de 200. AHDN-RR. XI.481.5-69, Fs.: 144-154.

81 Pedro Salmerón, *La División del Norte...*, p. 304.

82 Rodríguez puso preso al coronel Zárate y al pagador Mirazo. Caraveo muy preocupado también informaba a sus superiores: "He pulsado el ánimo de la gente a mi mando y todos se niegan a seguir en el servicio manifestando que no están dispuestos a combatir a los maderistas y me exigen que les dé de baja porque en concepto de ellos ha cesado su obligación de servir al gobierno". José Ma. Caraveo-Secretario de Guerra y Marina. 1 de marzo de 1913. AHDN. XI.481.5-69, Fs.: 141.

Ya para el 4 de marzo Parral, Chihuahua, se encontraba incomunicada por todas partes y asediada por partidas rebeldes.[83] La falta de un enlace directo entre el estado de Chihuahua y la ciudad de México fue esencial para que en aquellos momentos la revolución fuera avanzando poco a poco en el estado. La única comunicación era a través del estado de Coahuila, y ello originó desconcierto y poca capacidad de respuesta, pues el gobierno no sabía qué ocurría en esos territorios sino hasta horas después.

Hasta el día 8 de marzo el general Eutiquio Munguía informó al secretario de Guerra, Manuel Mondragón, que los únicos informes que había podido adquirir respecto a la situación de Parral eran que la noche del 6 había salido de Jiménez por ferrocarril una fuerza de auxilio que llegó hasta Vaca en donde por estar un puente quemado tuvo que seguir por tierra, y que estimaba que la fuerza ya había llegado, por haber de Vaca a Parral una distancia de 50 a 60 kilómetros.[84] Pero para entonces ya todo había terminado.

Las fuerzas revolucionarias de Manuel Chao, en combinación con las de Tomás Urbina, habían amagado esa población desde el 4 de marzo. El general Salvador R. Mercado, jefe de la guarnición, tuvo que hacer frente a los revolucionarios y también a la población civil, estos últimos saquearon los comercios e incendiaron el mercado. El oportuno arribo, el 7 de marzo, del coronel Francisco Castro, quien llegó de Chihuahua, evitó la caída de la población utilizando su artillería.[85]

Si en Coahuila no sabían qué pasaba en el vecino estado, es de esperarse que en la ciudad de México estuvieran menos enterados con respecto a los sucesos de Chihuahua. Los informes sobre la situación prevaleciente eran de suma necesidad en esos primeros días de lucha para poder tomar las disposiciones acertadas. Ya lo había dicho Sun Tzu desde miles de años atrás: "La información no puede obtenerse de fantasmas ni espíritus,

83 Eutiquio Munguía, transcribió un parte del capitán 1º Eugenio F. del Castillo, comandante del Destacamento en Jiménez, Chih., que a su vez transcribía uno del jefe de las armas en Parral. 5 de marzo de 1913. AHDN-RR. XI.481.5-30, Fs.: 25-26.

84 Eutiquio Munguía-Manuel Mondragón, Secretario de Guerra. 8 de marzo de 1913. AHDN-RR. XI.481.5-30, Fs.: 64-65.

85 Tomás Urbina se había levantado en armas con el Regimiento Morelos y tomaron Indé, Durango a fines de febrero. Pedro Salmerón, *La División del Norte...*, p. 305. Las fuerzas revolucionarias entonces se dividieron: Urbina fue a Indé y Chao al Valle de Zaragoza. De este combate se hablará a detalle más adelante.

ni se puede tener por analogía, ni descubrir mediante cálculos. Debe obtenerse de personas; personas que conozcan la situación del adversario".[86]

Desde el cuartelazo hasta el golpe de estado

El frente de batalla contra el constitucionalismo

Coahuila

Anhelo

Cuando finalmente Carranza decidió romper abiertamente con el gobierno huertista inmediatamente se enviaron fuerzas federales a batirlo.

El día 7 de marzo de 1913, en Anhelo, los carrancistas tuvieron su bautizo de fuego. El jefe de la columna federal era el general Fernando Trucy Aubert, quien estaba al mando de 800 efectivos de las tres armas; como jefe de las avanzadas estaba el Teniente coronel Gustavo Guardiola Aguirre.[87]

Las fuerzas de Trucy Aubert salieron de Torreón el 5 de marzo. Al día siguiente arribaron a la Estación Sauceda, adonde les llegaron informes que los revolucionarios se encontraban en la Estación Paredón. Por esta razón, el jefe federal ordenó reparar tres puentes que habían sido destruidos y además envió al teniente coronel Gustavo Guardiola y Aguirre a tomar contacto con el enemigo.

Al llegar la avanzada a Estación Paredón se pudo observar que una fuerza revolucionaria como de 50 hombres también se acercaba, seguramente para hacer un reconocimiento. Entonces Guardiola envió a Modesto Mendoza, capitán 2º del 1er. Batallón, para que con 34 hombres persiguiera al enemigo, lo que realizaron por tres kilómetros, sin darles alcance. Más tarde, las fuerzas de Trucy Aubert se unieron con la avanzada de Guardiola. Al observar que desde la Hacienda de Anhelo se elevaba una

[86] Sun Tzu, *El arte de la guerra*, p. 66. Aunque Sun Tzu hace referencia a la importancia de los espías en la guerra, aquí aplica la frase citada.

[87] La orden superior dada a Trucy Aubert en AHDN-RR. XI.481.5-30, Fs.: 34. Un día anterior, el 6 de marzo, el teniente coronel Roberto Rivas, maderista, había ocupado San Pedro de las Colonias por un breve instante para después ser desalojado por los federales. Poco después Rivas se adhirió a las fuerzas carrancistas. Para mayor información sobre este combate véase: AHDN-RR. XI.481.5-30, Fs.: 28-29. Ildefonso Villarelo Vélez, *Historia de la Revolución mexicana en Coahuila*, pp. 244, 262.

columna de humo nuevamente se envió a Guardiola a realizar un movimiento de exploración.

Las fuerzas federales al llegar a Estación Anhelo pudieron observar que en la Hacienda se encontraba una fuerza como de 900 hombres que estaban bajo las órdenes de Carranza e iniciaron el ataque, no sin antes haber dejado una sección de infantería como sostén de una pieza de artillería. Los revolucionarios fueron sorprendidos y huyeron a unos cerros cercanos donde se reorganizaron para recuperar la Hacienda de Anhelo. Los federales tuvieron que abandonar el lugar por estar en posición desventajosa y se replegaron a Estación Anhelo donde se unieron nuevamente con el grueso de la columna federal. Hasta ahí los siguieron los revolucionarios. El general Trucy Aubert para repeler el ataque ordenó el dispositivo siguiente:

> Las fracciones del 1er y 9º batallones atacaron por el centro, la del 5º Regimiento lo hizo por la izquierda, las del 13º y 32º Regimiento lo hicieron por la derecha, sostenidos eficazmente por la Artillería de los Capitanes Reyes Macías y Velázquez emplazada en la Estación con sus respectivos sostenes.[88]

El enfrentamiento duró alrededor de dos horas, hasta que finalmente los revolucionarios fueron rechazados y perseguidos.[89]

El saldo del combate fue, por parte de los federales: un soldado muerto y dos heridos. En cambio, las fuerzas revolucionarias tuvieron 15 muertos. Se les recogió además el siguiente botín: cinco carabinas de varios sistemas, tres sables antiguos, una espada vieja con funda de cuero, 60 cartuchos de dinamita, 50 cartuchos de escopeta y 20 caballos, los cuales fueron incorporados a las fuerzas federales y otros entregados a sus dueños, previa comprobación de su propiedad.

En la habitación en que se encontraba Carranza se encontró un telescopio, sus armas particulares y varios documentos importantes en los que figuraba un telegrama del presidente Taft, un libro copiador, libretas de cuentas, sellos del Gobierno del Estado, un paquete de telegramas, un

88 AHDN-RR. XI.481.5-30, Fs.: 34.

89 Por noticias posteriores que logró recabar el jefe federal, Trucy Aubert, se enteró de que, al iniciarse el tiroteo de las avanzadas enemigas con la fuerza destacada del tren explorador, Carranza y su Estado Mayor huyeron en una máquina que tenían preparada en la Estación, para evitar la persecución. AHDN-RR. XI.481.5-30, Fs.: 34.

paquete de manifiestos, un paquete de papel timbrado y un paquete de tarjetas personales. Se logró recoger, además, la espada de Jacinto B. Treviño, el uniforme de Luis G. Garfias, y dos 30x30 que eran propiedad de Carranza. Uno fue enviado por Trucy Aubert a Huerta y otro a Mondragón "para su museo de armas como un recuerdo de su adicto".[90]

Las fuerzas federales que participaron en Anhelo fueron en total: 5 jefes, 36 oficiales y 776 de tropa.[91] Ahí los rebeldes tuvieron su primera derrota, la que trató inmediatamente de justificar Carranza en un manifiesto fechado cinco días después, y en el cual también hizo un llamado al ejército federal a unirse a su lucha:

> Los periódicos de la capital han publicado que en el combate de Anhelo mis tropas han sido derrotadas y dispersas. Esto es enteramente falso.
>
> En Anhelo, fueron parte de las fuerzas del Estado, las que atacaron, en muy corto número, a los traidores huertistas, obligándolos a retirarse hasta sus trenes. No quise que el combate siguiera, por no tener la hacienda importancia, bajo ningún punto de vista.
>
> Con esta escaramuza, hemos entrado de lleno en un período de guerra que mucho se asemeja a la de tres años.
>
> En efecto, el Ejército Restaurador del Orden Constitucional que está bajo mi mando, defiende los principios de Justicia y Libertad en contra del Militarismo, de los Plutócratas y de los Reaccionarios, que quieren establecer otra vez en la República el régimen oligárquico del general Porfirio Díaz.
>
> He dicho militarismo y no Ejército Federal, porque creo y espero que muchos de los jefes que han reconocido al Gobierno de la usurpación, no seguirán en su error cuando consideren que ellos no son mercenarios sino libres ciudadanos de la República.
>
> El ser militar no obliga a los hijos de México a ser máquinas destinadas exclusivamente a servir a quien les pague; si así fuera, como hoy reconocieron a Huerta, mañana los jefes federales, deberían reconocer a Blanquet, si éste con otro cuartelazo se apoderara de la Presidencia, y así al infinito hasta que hubiera ambiciones que quisieran escalar el poder y pretorianos que los ayudarán antes y los ayudarán después.

90 AHDN-RR. XI.481.5-30, Fs.: 31, 32, 34, 58, 76. Entre las fuerzas federales desertó un soldado.

91 AHDN-RR. XI.481.5-30, Fs.: 59.

> Yo espero que la reflexión hará que muchos jefes militares se agreguen a los que ya han acudido a mi llamado, para defender a la Ley y a la Constitución, en contra de los usurpadores.[92]

El documento fue firmado en Monclova, lugar en el cual Carranza estableció su cuartel general, pese a la cercanía de los soldados huertistas. Ahí planeó el asalto a la ciudad de Saltillo.

Saltillo

Al momento del cuartelazo en la ciudad se encontraba como jefe de la guarnición el general brigadier Manuel F. Blázquez, quien tan pronto se enteró de la actitud rebelde de Carranza salió de la capital y se presentó al Cuartel general de la 3ª Zona Militar, de la que era jefe el general de División José María Mier.[93] Victoriano Huerta dándose cuenta de la importancia de la plaza ordenó que fuerzas federales la reforzaran.

El 20 de marzo llegaron a Saltillo refuerzos federales provenientes del 12º y el 50º regimiento de caballería. Un día después lo hicieron las fuerzas al mando del general Arnoldo Casso López, quien llevaba 430 hombres del 47º Batallón e iba en dirección a Monterrey. Al ser informado por el Jefe de Armas de la plaza que estaban destruidas las comunicaciones dio parte a la superioridad y recibió órdenes de la Secretaría de Guerra de permanecer en ese lugar hasta nuevo aviso, y con ello se aumentó el efectivo a más de 1 000 hombres. El total de las fuerzas federales que participaron en la batalla por Saltillo fueron: un general brigadier, ocho jefes, 60 oficiales y 975 de tropa.[94]

92 *El Liberal*, 12 de septiembre de 1914.

93 Ildefonso Villarelo Vélez, *op. cit.*, p. 241.

94 Garfias dice que los federales llegaron a 800. Los partes oficiales hablan de las cifras arriba indicadas. Luis Garfias Magaña, *op. cit.*, pp. 92-93. AHDN-RR. XI.481.5-30, Fs.: 112. Saltillo, antes de la llegada de los refuerzos, tenía una guarnición de 4 jefes, 31 oficiales y 340 de tropa. El parte oficial dirá: "la Guarnición se componía de 150 infantes del 1er Batallón, Piquetes del 20º y 23º Batallones y del 31º Regimiento Irregular, en número de 75 hombres, una Sección de Artillería compuesta de dos cañones, uno de 80 mm con 31 granadas y 100 torpedos y un Piquete de Fuerzas Auxiliares de Caballería, mal armadas al mando del comandante Recio, encontrándose como jefe de las Armas, el C. coronel del 1er Batallón, Manuel Rojas". Parte de Casso López sobre el combate de Saltillo. AHDN-RR. XI.481.5-30, Fs.: 87-92.

Las fuerzas revolucionarias con un efectivo muy superior a los defensores (1 500 hombres)[95] iniciaron el ataque el 22 de marzo. Realizaron varios intentos en los que sufrieron una cantidad enorme de pérdidas. Los mandos revolucionarios eran sumamente ineficaces pues no pudieron impedir que por la noche ingresaran a la ciudad el 6º y 8º regimiento de caballería federales.[96]

El día 23 de marzo, por la mañana, el general Casso López ordenó realizar un contraataque que dirigió el coronel Ricardo Peña, quien al mando de una columna de caballería, considerada la mejor del ejército federal, logró desalojar a los revolucionarios de puntos importantes como Chapultepec y después logró hacer huir a los revolucionarios que se encontraban en Belém, La Goleta y estación del Ferrocarril Central, arrollando prácticamente al enemigo. La persecución terminó alrededor de las tres de la tarde. La victoria fue contundente para las fuerzas federales. La operación llevada a cabo por el coronel Ricardo Peña fue tan precisa y decisiva que Casso López en su parte consideró que había sido él quien había completado el triunfo de la serie de combates tan reñidos que se habían sostenido contra los revolucionarios.[97]

Por otra parte, el general Casso López no dejó pasar un acontecimiento que estaría presente en la mayoría de los combates que sostendrían en adelante las fuerzas federales contra las fuerzas revolucionarias: era el hecho de la ayuda que habían recibido los revolucionarios por parte de la población civil:

> Muy respetuosamente me permito hacer notar a esa Superioridad que tanto por el enemigo como de algunas casas particulares, la torre de catedral a donde permanecía por periodos de tiempo más o menos grandes el Cuartel

95 *Ibid*., p. 94. Casso López la estima en unos 1 800. AHDN-RR. XI.481.5-30, Fs.: 135.

96 En el parte se anotaba que: "Arribó a la Plaza después de haber forzado su entrada y de haber sido tiroteado el Convoy militar en que venían los cincuenta infantes a las órdenes del capitán 2º Antonio Aguilar Rodríguez, los cuales se emplearon en reforzar el sostén de la Artillería y puestos que se encontraban en las trincheras de la Plaza Principal". Parte del general brigadier Arnoldo Casso López sobre el combate de Saltillo. AHDN-RR. XI.481.5-30, Fs.: 87-92.

97 Luis Garfias Magaña, *Historia militar...*, p. 94. Las cifras de los muertos también eran provenientes de la Cruz Blanca. Parte del general brigadier Arnoldo Casso López sobre el combate de Saltillo. AHDN-RR. XI.481.5-30, Fs.: 87-92.

general con sus Ayudantes, fue objeto de un tiroteo persistente en los días de combate.[98]

Las bajas federales fueron 18 muertos: un capitán 2º de la Fuerzas Auxiliares, un subteniente del 47º Batallón y 16 individuos de tropa de los diversos cuerpos; heridos: tres oficiales y 31 individuos de tropa; dispersos: 12 de tropa.

El resultado fue de 180 revolucionarios muertos e igual o mayor número de heridos. Se les quitaron además 200 caballos, 25 acémilas, 70 monturas y como 6 000 cartuchos de diversas clases y calibres, así como armas, en su mayoría Winchester y máuser, haciéndoseles 83 prisioneros entre rebeldes y sospechosos.[99]

El mando huertista al enterarse de los sucesos otorgó su ascenso a general de brigada a Arnoldo Casso López.

Conflictos entre mandos federales

El Ejército Federal en esta acción corrió con suerte: además de las coincidencias, la mala dirección de los revolucionarios hizo que las tropas al mando de Carranza tuvieran su segunda derrota, lo que les impidió tomar una plaza de suma importancia. De las acciones de guerra el general Casso López dio cuenta en el parte respectivo, del cual resulta interesante rescatar el siguiente párrafo:

> Ha llegado a conocimiento de este Cuartel general que el coronel Luis Medina Barrón se encontraba en la Estación del Salado, con su columna compuesta por más de 500 hombres de las tres armas, y al tener conocimiento desde el primer día del ataque a esta Plaza, no obstante de haber comunicación ferroviaria y telegráfica, optó por marchar personalmente a la Estación de Vanegas con objeto de ir a tomar órdenes de la Superioridad correspondiente, habiendo llegado a Saltillo dos días después de terminado el combate. Por lo que muy respetuosamente solicito de esa Superioridad, se le ordene que justifique su proceder.[100]

98 Parte del general brigadier Arnoldo Casso López sobre el combate de Saltillo. AHDN-RR. XI.481.5-30, Fs.: 87-92.

99 *Idem*.

100 *Idem*.

Fue hasta meses después que a Medina Barrón se le pidió dar cuenta de los hechos, el cual contestó que los datos proporcionados por Casso López eran falsos y "finalmente, que le extrañaba la ligereza de éste para acusarlo sin fundamento, y que la causa de su animosidad eran las diferencias que habían tenido cuando el repetido general era Jefe de las Armas en Michoacán y Medina Barrón Jefe de las operaciones en el mismo Estado".[101]

Otra posible explicación, además de lo dicho por Medina Barrón, pueda ser que la animadversión entre ambos se debía a que eran militares de diversa formación: Casso López era egresado del Colegio Militar y Medina Barrón de los llamados cuarteleros. Uno desde el principio había formado parte del ejército regular y Medina Barrón lo había hecho desde el cuerpo de auxiliares, y no fue sino hasta el huertismo que pasó al ejército permanente. (El despacho con fecha 21 de abril de 1913). Otra posible razón es la diferencia de edades: Casso López para 1913 contaba con 54 años y Medina Barrón con 41.[102]

Además, Casso López eran un militar un tanto independiente, tomaba algunas disposiciones sin consultar a sus superiores, tal vez ello haya sido otro de los motivos. En el mes de agosto el general Joaquín Téllez se quejaba de que éste había tomado tropa sin notificárselo. En mensaje cifrado escribió al general Guillermo Rubio Navarrete:

> Gral. Casso López sin consultar retiro tropa desde Stevenson hasta Salinas descubierto. Es urgente que doscientos cincuenta hombres salgan a situarse al mando de un jefe competente a Salinas vigilando los puntos indicados. Como ya mando que regrese Domínguez pronto le devolveré esta fuerza. Sírvame contestarme.[103]

Ese tipo de actitudes perjudicaba las operaciones militares, cuando cayó Durango en el mes de junio en la prensa apareció el siguiente artículo, "Estamos como en la época de Santa Anna".

101 AHDN-RR. XI.481.5-30, Fs.: 97. Casso López desempeñó la jefatura de Armas de Michoacán, del 30 de marzo de 1912 hasta marzo de 1913.

102 Mario Ramírez Rancaño, *El Ejército Federal. 1914*…, pp. 152-153.

103 12 de agosto de 1913. General Joaquín Téllez a Guillermo Rubio Navarrete. CEHMCARSO-AGRN. Carpeta: 1, Legajo: 30, Documento: 29-49.

> Los señores generales tienen celos unos de los otros. Nos contaban nuestros informantes que, cuando el general Anaya llegó a Durango, después de sufrir un desastre con los hombres que llevaba, el general Escudero no ocultaba su satisfacción; y que cuando llegó el día de la hecatombe, Anaya permaneció como espectador y entonces el señor general Anaya no ocultó la suya por la derrota de su camarada, estamos como en la época de Santa Anna.[104]

Meses más adelante se desató otra pugna entre dos jefes federales: Joaquín Maass Jr., y Guillermo Rubio Navarrete. Ambos eran casi de la misma antigüedad: Rubio Navarrete entraría al Colegio en 1893 y Maass Jr., en 1894. Ambos serían enviados al mismo tiempo al norte a combatir a los revolucionarios, pero bajo el mando de columnas diferentes, esto desató la competencia entre los más jóvenes militares pero que también tenían experiencia en el campo de batalla, eran de los pocos mandos de su generación que contaban con tales experiencias. Cuando ambas fuerzas estaban operando por el norte, Guillermo Rubio Navarrete informó que la concentración de los rebeldes en Guadalupe se debía a que la columna de Joaquín Maass se había alejado de la zona.[105]

Pero de su camino y destino hablaremos en páginas más adelante.

Lo anterior era sólo una muestra de las rivalidades y la prematura descomposición que estaba sufriendo el ejército federal en su interior. No serían los únicos conflictos que se desarrollarían entre los mandos militares.

Breve suspiro. Interrupción del ritmo de la guerra

El gobierno huertista pese a los halagüeños resultados obtenidos no pudo emprender la persecución a fondo del núcleo rebelde por falta de pertrechos y efectivos. Esto permitió a Carranza tomar dos decisiones que a la postre le serían fundamentales en su ánimo de consolidarse como dirigente. Una sería de carácter político y la otra militar. Primero, pese a cargar con dos derrotas a cuestas y con el ánimo decaído los revolucionarios se dirigieron a la Hacienda de Guadalupe a donde acamparon el 25 de marzo. Al día siguiente se promulgó el ya conocido *Plan de Guadalupe*. Esto le va a posibilitar a Carranza dar legitimidad a su movimiento y arrogarse

104 *El País,* 30 de junio de 1913, p. 3.

105 CEHMCARSO-AGRN. Carpeta: 1, Legajo: 30, Documento: 6-49. Otra rivalidad de hombres destacados del Ejército Federal era la que existió en algún momento entre Felipe Ángeles y Rafael Eguía Lis.

a sí mismo la dirección nacional del movimiento armado. Por el otro lado, frente a las constantes presiones de sus jefes militares para dejarlos que se retiraran de su lado, Carranza en lugar de ponerse intransigente cedió a sus peticiones y ordenó que su fuerza se dispersara en diversas zonas con el fin de propagar la revolución.[106]

Uno de los motivos que les dieron este breve y fundamental respiro a los revolucionarios fue el que los mandos federales decidieron ocupar los efectivos en proteger las estratégicas vías de comunicación que iban de Monterrey a Torreón y de Monterrey hacia Laredo. Y no podía ser de otra manera pues en todo el territorio estaban surgiendo grupos rebeldes que, aunque no estaban cohesionados ni eran una fuerza considerable o de peligro sí distraían a los pocos elementos federales que se encontraban en el estado.[107]

A finales de abril, el gobernador huertista de Coahuila, Ignacio Alcocer, informó al secretario de Gobernación que una partida rebelde, de aproximadamente 100 hombres bajo el mando de Matías Ramos y Juan Muñiz, había robado un tren de pasajeros en Santa Elena y lo mismo habían hecho con un tren de carga que provenía de Sur, sacando gran cantidad de ropa, y que, por lo tanto, se había enviado en auxilio un tren militar. Dos días después informó que grupos rebeldes habían quemado los puentes de la vía Sur, que otra partida había quemado un puente en el Álamo y que las líneas telegráficas seguían rotas, reanudándose la comunicación solamente en cortos periodos de tiempo.[108] Un día más tarde avisó:

> Sabe este Gobierno que Ciudad Parras es frecuentemente visitada por partidas revolucionarias que imponen préstamos forzosos y se hacen de recursos. Atentamente me permito recomendar que tan luego como sea posible se gestione el envío de fuerzas que guarnezcan la población, pues de aquí no hay elementos suficientes para ello.
>
> Parece que en Torreón hay fuerzas bastantes para ello. Parras es un importante centro y hay en ella mucho elemento maderista que secunda el mo-

106 Felipe Arturo Ávila Espinosa, *Las corrientes revolucionarias y la Convención de Aguascalientes*, pp. 61-67.

107 Además, en esos momentos el ejército estaba sufriendo una reestructuración y para la zona se estaba creando la División del Nazas. Ildefonso Villarelo Velez, *op. cit*., p. 244.

108 AHDN-RR. XI.481.5-30, Fs.: 177, 179.

vimiento revolucionario. Fuerzas Gral. Casso López, han reparado vía Nacional y ya podrán correr los trenes.[109]

Pese a lo anterior, algunos estudiosos han acusado a los jefes federales de faltos de iniciativa e inclusive los han tachado de cobardes por no querer enfrentar a los revolucionarios o no emprender una persecución a fondo. La verdad es que en la zona se dieron muchos enfrentamientos, pero en contra de pequeñas partidas que fueron mermando la fuerza de las columnas federales.

Otro factor que hizo imposible el avance y el exterminio de las fuerzas revolucionarias fue la falta de municiones. En el mes de abril la columna del coronel Ricardo Peña se enfrentó a un grupo de revolucionarios en el Espinazo y Perla, en el estado de Coahuila, a los que derrotó. De ello dio cuenta Casso López a Victoriano Huerta, pero sin dejar de mencionarle que:

> Hónrome contestar su superior mensaje cifrado de ésta fecha manifestándole, hoy se batió columna coronel Peña durante tres horas en Espinazo, teniéndose que retirar a Retana por presentarse en tres máquinas la columna enemiga, les hizo muchos muertos; pide con urgencia municiones por haberlas agotado; no hay en ésta plaza desde combate librados el mes pasado y suplico respetuosamente se remitan con urgencia trescientos mil cartuchos para fusil máuser, cincuenta mil de treinta ametralladoras; granadas para cañones de ochenta y setenta y cinco milímetros St. Chamond Mondragón. Hace falta caballería por haber numerosas gavillas inmediaciones que se reunieron debido a tratados de paz, inició Dr. Cepeda.[110]

Como respuesta, al margen del documento, el Departamento de Artillería ordenó se le enviaran granadas y las municiones que pedía. Sin embargo, solamente fueron promesas. El 7 de mayo el gobernador del estado, Ignacio Alcocer, seguía insistiendo en la necesidad de recursos:

[109] AHDN-RR. XI.481.5-30, Fo: 185.

[110] Arnoldo Casso López-Victoriano Huerta, presidente de la República. 22 de abril de 1913. AHDN-RR. XI.481.5-30, Fo: 168. El parte con fecha 22 de abril de 1913 que rinde el coronel Ricardo Peña de los combates librados contra los carrancistas en "Perla" en: AHDN-RR. XI.481.5-30, Fo: 169.

> Atentamente suplícole se me proporcionen esos elementos de urgencia, pues hasta la fecha no se han recibido ni un arma ni un cartucho, y estamos imposibilitados para perseguir hasta las más pequeñas gavillas. Me permito insistir en que es de urgente necesidad que haya destacamentos permanentes en las principales villas, pues la falta de ellos ocasiona alarmas fundadas y graves perjuicios. Respetuosamente suplico a usted interponga su influencia para conseguir todos esos elementos.[111]

Tuvieron que pasar casi tres largos meses y medio para que el gobierno huertista pudiera emprender un ataque nuevamente contra los rebeldes. Si bien es cierto que, para entonces el principal problema, militarmente hablando, era el Ejército del Noroeste que ya se había apoderado de parte de Sonora y Sinaloa, no por ello la zona lagunera dejaba de significar un peligro para el gobierno, sobre todo por la importancia económica que representaba.

El objetivo de Huerta: Acabar con el núcleo carrancista

Victoriano Huerta en ese momento pensaba que terminar con el movimiento revolucionario de Coahuila era terminar con la Revolución. Para ello ordenó la salida de la ciudad de México de dos columnas con rumbo al norte: la primera iba al mando del general Guillermo Rubio Navarrete, compuesta por mil hombres y con el objetivo de reparar la vía del ferrocarril Monterrey-Laredo y la de Saltillo-Piedras Negras; la segunda, iría dirigida por el coronel Joaquín Maass Jr., compuesta por el doble de efectivos y que debería atacar el cuartel revolucionario en Monclova.[112]

La brigada de Navarrete siguió el camino de Tampico y la de Maass el de Saltillo. La vía estaba destruida y la gente de Rubio Navarrete tuvo que repararla para seguir hasta Lampazos.[113]

111 Ignacio Alcocer-Subsecretario de Gobernación. 7 de mayo de 1913. AHDN-RR. XI.481.5-30, Fo: 220.

112 Estudios poco documentados tienden a exagerar las cifras. Betini dice que el 16 de junio de 1913 salieron de la ciudad de México 180 vagones con 5 millones de cartuchos y 30 mil granadas. Además de 20 000 hombres bajo las órdenes de los generales Rubio Navarrete y coronel Joaquín Maass. Emanuele Betini, *La Revolución: Viaje por la Revolución Mexicana*, p. 87. Como vemos, la columna de Maass tenía mucho más efectivos que la de Rubio Navarrete ¿Era con la intención de que el sobrino del presidente adquiriera prestigio?

113 Amparo Rubio, *La Revolución Triunfante. Memorias del general de división Guillermo Rubio Navarrete*.

El 21 de junio de 1913, el secretario de Guerra, Aureliano Blanquet le dio órdenes a Rubio Navarrete de marchar a Monterrey, donde el general González le entregaría guías que lo conducirían en su marcha sobre la vía férrea que iría reparando hasta llegar a Laredo, y ahí encontrarse con el general Joaquín Téllez.

Rubio Navarrete llegó a Monterrey ese mismo día e informó que había dos núcleos importantes de fuerzas federales en Monclova y Matamoros. En la primera ciudad, dijo, era fuerte y la segunda se veía amenazada por fuerzas de Lucio Blanco. Agregó que la situación en la zona era la siguiente: Téllez se encontraba en Laredo, Casso López y Peña en Saltillo, y en Espinazo se encontraban 400 hombres, además de unos cuerpos de voluntarios al mando de Quiroga, pero señalaba: "Les falta vestuario y equipo. Le ruego a usted se envíen lo más pronto posible para dotarlos. Son hombres conocedores de la región y me pueden prestar importantes servicios".[114]

En esa misma fecha se dio orden al coronel Maass de batir a los revolucionarios entre las líneas del ferrocarril comprendida entre San Luis y Saltillo, y restablecer el tráfico entre ambas ciudades lo más pronto posible. A Rubio Navarrete, quien ya tenía instrucciones de ir a Matamoros, se le dio contraorden y se le dispuso que restableciera el tráfico entre Monterrey y Nuevo Laredo.

Cabe mencionar que ambas columnas eran independientes de la División del Bravo, pero tenían la orden de acatar lo ordenado por su jefe en caso de que redundaran en beneficio general.

En telegrama del 22 de junio el propio presidente escribió a Rubio Navarrete, terminando con la siguiente nota: "Le recuerdo que el gobierno está esperando una oportunidad de premiar a quien lo merece".[115] Sin embargo, pronto se le volvieron a cambiar las órdenes, se le pidió que esperara tres días para saber la situación de Saltillo.[116] Cuando esta ciudad se vio amenazada se le pidió retroceder para contrarrestar el ataque de los rebeldes en combinación con Arnoldo Casso López. Sin embargo, ya no se le utilizó y nuevamente se le dio orden de seguir en su comisión independiente. Ante esta situación Rubio Navarrete preguntaba si debía ir a

[114] 22 de junio de 1913. Guillermo Rubio Navarrete a la Secretaría de Guerra. CEHMCARSO-AGRN. Carpeta: 2, Legajo: 54, Documento: 1-2.

[115] 22 de junio de 1913. Victoriano Huerta-Guillermo Rubio Navarrete. CEHMCARSO-AGRN. Carpeta: 2, Legajo: 54, Documento: 1-2.

[116] El que había pedido la suspensión de su viaje era el general Bravo, pues temía un ataque a Saltillo, por ello se le pidió quedarse otros tres días.

Saltillo, Candela o Monclova, aunque su deseo era ir a esta última plaza y acabar con los rebeldes:

> El Cuartel general revolucionario se encontraba en Monclova con fuerzas superiores a las mías [dejó testimonio Rubio Navarrete] pero que podían ser batidas por mi superioridad en armamento con toda la Brigada Reunida pero no con la dispersión de fuerzas obligada por mi misión de reparar la vía. Era evidente que una concentración de los revolucionarios seguida de una marcha para atacar a mi Brigada dispersa pondría a ésta en condiciones difíciles ya que la Columna de Maass que según supe después estaba destinada a atacar Monclova no iniciaba aun su marcha en esa dirección. Los informes que tenía el Cuartel general de Monterrey la situaban aún en Saltillo preparándose para emprender las operaciones y mientras no se efectuaran la situación de mi Brigada era comprometida.[117]

Aquí podemos observar una serie de dificultades en el mando: el jefe de la zona solicitaba la cooperación de Rubio Navarrete para apoyar el rechazo a los rebeldes en algunas ciudades, los deseos del jefe federal eran atacar Monclova, y para terminar de complicar la situación, el presidente le pidió reanudar el tráfico entre Monterrey y Laredo. Esto generó un conflicto pues las intenciones desde un principio eran que tanto la columna de Maas como la de Rubio Navarrete fueran independientes y se comunicaran directamente con la Secretaría de Guerra.

Entre los intercambios de mensajes, en las órdenes y contraórdenes se perdieron horas importantísimas. Para evitar tales dificultades y tratar de conseguir su objetivo, Rubio Navarrete se comunicó con la Secretaría de Guerra, y ante la negativa de ésta de apoyar su petición sobre la orden del presidente, acudió al secretario de Gobernación para que se le dejase ir a combatir al enemigo a Monclova o a Romero Rubio, a donde se encontraban, según él, el grueso de las fuerzas revolucionarias puesto que, señalaba, las fuerzas de Saltillo eran más que suficientes en caso de un ataque.

Para el día 26 de junio, Rubio Navarrete escribió desesperadamente: "En los telegramas presidente y suyos me hablan de reforzar mi brigada y solamente se me han dado 20 guardas fiscales. Necesito que a mi paso

[117] Apuntes de Guillermo Rubio Navarrete. CEHMCARSO-AGRN. Carpeta: 2, Legajo: 54, Documento: 1-2.

por Espinazo se me incorpore el 42º Batallón. No le perdonaré me prive de tomar Monclova". Como para entonces se creía que el punto clave del problema era el grupo encabezado por Carranza, ahí estaban puestas las esperanzas de terminar de una vez por todas con los rebeldes. Rubio Navarrete siguió insistiendo en su petición: "El punto objetivo [Monclova] a que ud se refiere en su telegrama puede ser tomado por mi columna en menos de seis días si así se me ordena. Suplico me diga con qué elementos ordenó el sr. Presidente se reforzara mi columna".[118] Para realizar tal "proeza" solicitaba se le incorporara el 42 Batallón, que guarnecía Espinazo, lo mismo que la sección de Artillería. Terminaba el documento:

> Todo lo anterior es confidencial, sírvase Ud ver carta y estudie con el Sr. Presidente la conveniencia de dicho movimiento. Pues juzgo necesario dar prueba de fuerza en esta región porque temo se dude fuerza gobierno. En resumen solicito que como si fuera idea de usted se ordene se incorporen a mi brigada el 42 batallón y sección S. Ch. Mondragón y mi marcha sobre Monclova y que al coronel Maass se le ordene activar marcha para llegar a Saltillo.[119]

Guillermo Rubio Navarrete tendría la posibilidad que tanto anhelaba, pero no en Monclova sino en Candela. Así las cosas, antes del combate en esa ciudad.

El primer combate por Candela. 2 de julio de 1913. Triunfo federal

De esta manera, el 2 de julio de 1913 se dio el combate de Candela. Por el lado de los federales peleó el general brigadier Guillermo Rubio Navarrete y el teniente coronel José Alessio Robles. Del bando revolucionario estaban el coronel Jesús Carranza, el teniente coronel Francisco Murguía, los mayores Fortunato Maycotte, José V. Elizondo y José E. Santos, los capitanes primeros Lázaro Martínez, Simón Díaz y capitán segundo Jesús María Aguilar y Ricaut.

Los rebeldes posicionaron sus avanzadas en Valladares y Bustamante, Nuevo León. El siguiente es el testimonio del revolucionario Teodoro Elizondo González:

[118] 26 de junio de 1913. Guillermo Rubio Navarrete-Ministro de Gobernación. CEHMCARSO-AGRN. Carpeta: 2, Legajo: 54, Documento: 1-2.

[119] *Idem.*

> […] El 2 de julio de 1913, encontrándome con mis fuerzas en la villa de Candela, Coah., con 350 hombres, y para esta fecha ya había venido Cándido Aguilar, llevándose su gente; y como a las 8:00 A. M., me atacó el enemigo en número de 600 hombres más o menos de las tres armas mandados por Rubio Navarrete, durando esta acción como media hora, habiéndoseme desalojado de la plaza, lamentando la muerte del teniente Ventura Soto y la de algunos individuos de tropa; retirándome al Puerto de San Antonio, Coah. La topografía de la plaza es plana. Su temperatura fue cálida por el momento.[120]

Su testimonio choca con el de Manuel S. Facundo, también constitucionalista y protagonista de los hechos, quien estima el número de efectivos de los revolucionarios en 400, aunque eso sí, bien armados y equipados. El número de los federales lo calcula en 1 000 efectivos de las tres armas. Dice además que los revolucionarios tuvieron la baja del Teniente Ventura Soto y 40 hombres de tropa, del número de bajas federales no da la cifra aunque menciona que "sobrepasaron en forma desproporcionada".[121]

El resultado fue un triunfo federal. Rubio Navarrete informó a la superioridad. "H.C. A Ud haber tomado esta plaza, derrotando al enemigo, y haciéndoles 60 muertos, terminando de levantar el campo comunicaré a Ud el número exacto, por nuestra parte, ninguna pérdida".[122] En otro mensaje dirigido al secretario de Gobernación, de forma bastante optimista agregaba.

> Esta operación destruye el núcleo más importante de carrancistas y pone al estado de Nuevo León a salvo de una nueva invasión. Mi misión es la de reparar la vía, y creo que la manera más eficaz de protegerla es castigar duramente a los núcleos que se hayan cerca de ella y que son los que constantemente la destruyen. Por esta razón emprendí ayer, operación, cuyo resultado comunico. Ahora espero que el C. Presidente, designe esta brigada para Tomar Monclova.[123]

120 Informe rendido a la Secretaría de Guerra y Marina por el C. Gral. de brigada Teodoro Elizondo González, México, D. F. 12 de febrero de 1927, pp. 4-5, citado en: Lucas Martínez Sánchez, *Monclova en la revolución. Hechos y personajes. 1910-1920,* p. 74.

121 Manuel S. Facundo, "Apuntes sobre la Revolución", citado en *Ibid*., p. 74.

122 2 de julio de 1913. Guillermo Rubio Navarrete-Presidente y al Secretario de Guerra. CEHMCARSO-AGRN. Carpeta: 2, Legajo: 54, Documento: 1-2.

123 3 de julio de 1913. Guillermo Rubio Navarrete-Secretario de Gobernación. CEHMCARSO-AGRN. Carpeta: 2, Legajo: 54, Documento: 1-2.

Todavía era temprano para cantar victoria…

Segundo combate por Candela. 8 de julio de 1913
¿La primera gran victoria revolucionaria en Coahuila?

En los días siguientes las fuerzas huertistas tuvieron otro encuentro con los revolucionarios en un punto situado entre La Palma y Salomé Botello, favorable también a los federales.

Las fuerzas de Jesús Carranza se replegaron a Monclova, donde su jefe tuvo una conferencia con el coronel Pablo González, ambos se comunicaron a Piedras Negras, Coahuila, donde se encontraba Venustiano Carranza, quien les ordenó recuperar la plaza de Candela "que era la llave de nuestras operaciones en el oriente de Coahuila y desde donde amagábamos constantemente a la línea del Ferrocarril de México a Laredo".[124]

Para el día 7 de julio las fuerzas revolucionarias ya estaban estacionadas en el Campamento del Puerto de San Antonio, Coah., a inmediaciones de Candela. Ese día llegó al Campamento Venustiano Carranza, acompañado de José María Maytorena y Julio Madero. Ahí estaban las fuerzas de los coroneles Jesús Carranza y Pablo González, con 500 hombres de caballería, grupos mandados por los tenientes coroneles Francisco Sánchez Herrera y Ramírez Quintanilla. El Primer Jefe pasó revista a sus tropas y ordenó el avance. Siguieron el camino del Puerto de San Jerónimo para posteriormente llegar a la vía del Ferrocarril Nacional, en la Estación Golondrinas, donde se encontraba una fuerza federal compuesta por 30 hombres que fue diezmada. Los constitucionalistas continuaron y llegaron a Salomé Botello. En el camino, según el testimonio de uno de los combatientes, encontraron:

> Varios desertores de la columna de Guillermo Rubio Navarrete, [quienes] regresaban sobre la marcha, y por ellos fuimos informados, que los oficiales huertistas eran incapaces de contener las deserciones que estaban diezmando al ejército federal. Que desde el combate del día 2, la desmoralización

[124] Manuel W. González, *Con Carranza. Episodios de la Revolución Constitucionalista 1913-1914*, pp. 20-21. "Candela, Coahuila se vislumbraba en el horizonte de la Revolución como un punto importante de dominar por su situación estratégica en referencia al Ferrocarril Mexicano, con su vía Laredo-México, de vital importancia".

estaba cundiendo y muchos soldados tomados de leva en los Estados del sur, esperaban sólo la oportunidad para cambiarse al constitucionalismo.[125]

Cuando los revolucionarios llegaron a Candela, defendida por 300 hombres a cargo del teniente coronel José Alessio Robles, abrieron fuego. Los constitucionalistas, a pesar de contar entre su gente a jóvenes inexpertos, pronto llegaron a tomar cada una de las posiciones federales. El combate cesó a las 11 horas.

Las bajas fueron, por parte de los revolucionarios: 62 muertos y 90 heridos, éstos últimos fueron enviados a Piedras Negras a los hospitales de sangre. Por el lado de los federales: 271 muertos; 67 prisioneros, entre ellos 14 oficiales, quienes fueron fusilados después de un juicio; se les quitó además 300 fusiles y carabinas máuser, dos ametralladoras, 70 000 cartuchos, 120 caballos ensillados y 18 acémilas de carga. Este ha sido considerado el primer gran triunfo para Carranza y para Pablo González. Tendría que pasar mucho tiempo nuevamente para que gozaran de las mieles de la victoria.[126]

A decir del propio Venustiano Carranza, quien presenció la batalla desde un lomerío, el resultado fue:

> Campamento en las inmediaciones de Candela
> Julio 8 de 1913
> Sr. Teniente coronel Emilio Salinas
> Monclova
>
> Después de cuatro horas de combate, fue derrotada completamente la retaguardia de Rubio Navarrete, compuesta de 500 hombres. Se le quitaron 2 ametralladores y 70 000 cartuchos, se le hicieron muchas bajas y muchos prisioneros. Entre los prisioneros se encuentran varios oficiales, habiendo huido los principales jefes, con tropa en desbandada. Por tan importante triunfo, fueron ascendidos a brigadieres los coroneles Jesús Carranza y Pablo González.
>
> Lo que comunico a Usted para su conocimiento.

[125] Manuel S. Facundo, "Apuntes sobre la Revolución", citado en Lucas Martínez Sánchez, *op. cit*., p. 79.

[126] Lucas Martínez Sánchez, *op. cit.,* pp. 79-80. Las cifras que da Elizondo son de 800 hombres de las fuerzas revolucionarias entre las fuerzas del propio Elizondo (400), y 400 más de las fuerzas de Pablo González y Jesús Carranza. Dice que los federales eran 500.

El Primer Jefe del Ejército Constitucionalista.
V. Carranza.[127]

Habría que poner en tela de juicio las cifras dadas por los revolucionarios y este "primer gran triunfo", pues según el informe dado por los federales las bajas entre sus filas, en los combates del día 2 y 8, fueron en total: muertos, el capitán 2º Rafael Gómez y 27 de tropa; heridos: el teniente coronel José Alessio Robles y 76 de tropa.[128] Además, cabe mencionar que las fuerzas federales inmediatamente recapturaron Candela. Cuando Rubio Navarrete se enteró de lo sucedido dio orden a Joaquín de la Peña, Federico Montes y a la batería mandada por el capitán de Mañón, en la cual iba también Rodríguez Malpica, de dirigirse a esa plaza que pudieron retomar sin problemas.[129]

Así como del lado federal siempre trataron de magnificar su victoria y minimizar su derrota, lo mismo ocurría del lado revolucionario.

Pese a la victoria a Carranza pronto le llegaron noticias nada halagadoras: el teniente coronel Emilio Salinas, desde Monclova, le informó el avance de las fuerzas federales, unos 2 000 o 2 500 hombres a cargo del coronel Joaquín Maass Jr, hacia la población.

El fin de la columna de Rubio Navarrete

Esa columna que según los planes iniciales sería la que daría la puntilla a los revolucionarios y que terminaría con la revolución, ante el fracaso en Candela, fue puesta bajo las órdenes del general Téllez, después de que había sido disminuida en la mitad de su número, pues 300 hombres de infantería fueron enviados a Ciudad Victoria y 200 más y una sección de artillería fueron incorporados a la columna de Joaquín Maass. Rubio Navarrete permaneció al frente de su diezmada fuerza hasta finales del mes de septiembre en que fue llamado a la ciudad de México.[130]

127 Mateo de León Ochoa, *op. cit.*, p. 73.

128 Por ambas acciones el general Rubio Navarrete pidió que algunos de sus hombres fueran ascendidos, lo que se le concedió. AHDN-RR. XI.481.5-30, Fo: 336.

129 Apuntes de Guillermo Rubio Navarrete. CEHMCARSO-AGRN. Carpeta: 2, Legajo: 54, Documento: 1-2.

130 Apuntes de Guillermo Rubio Navarrete. CEHMCARSO-AGRN. Carpeta: 2, Legajo: 54, Documento: 1-2. Fue hasta mediados de noviembre que el general Rubio Navarrete fue sacado de la ciudad de México y enviado a Monterrey a incorporarse a la División del Bravo. Salió junto con un convoy de 800 hombres.

El día 7 de julio el coronel Joaquín Maass Jr. salió con su fuerza de Espinazo, Coah., lugar en el que dejó 250 hombres del Batallón de Seguridad, 40 hombres del Parque de Ingenieros y una Sección de Artillería de 80 mm como escolta del convoy de trenes. Se vio obligado a salir por la tarde y descansar por la noche, debido a que el clima era extremadamente caluroso. Al día siguiente prosiguió su camino y llegó a Baján. El día 9 de julio, alrededor del mediodía, llegó a San José de Gloria. Mass ordenó un movimiento de reconocimiento, el que tuvo por resultado un encuentro con una avanzada revolucionaria. Entretanto las fuerzas del ahora general brigadier Pablo González llegaron a Monclova.

El día 10 a las 4:40 am de la mañana las fuerzas federales continuaron su marcha. Mass ordenó el avance de una columna de caballería de exploración que tuvo un encuentro con los revolucionarios. Poco después esta fuerza se replegó hacia el ala izquierda, pues sólo tenía la intención de descubrir los puestos de los revolucionarios. Al ser reconocidos, el general federal ordenó el despliegue de sus fuerzas.

Poco a poco las fuerzas federales lograron ocupar las diversas posiciones: se apoderaron del pueblo, la estación y el cañón de Castaño, y ocuparon el puente de Bocatache. Entonces inició el avance general sobre Monclova. En ese adelanto los revolucionarios se defendieron valientemente en la loma "La ladrillera" y estación de "Fierro". Lo que sucedió a continuación lo relató el general en jefe federal:

> Eran las 12. Siete horas de combate habían transcurrido sin que las tropas federales ni por un momento perdieran su ímpetu y entusiasmo, no obstante lo fatigoso de la jornada y el cansancio originado por las etapas de los días anteriores. En tal concepto, aprovechando tan buenas condiciones de ánimo que garantizaban el éxito final, dispuse se hiciera otro avance general para posesionarnos de las alturas que dominaban la ciudad de Monclova y estación del mismo nombre. Después de una eficaz preparación de la Artillería que cubrió con sus fuegos dichos objetivos, la Infantería se posesionó por completo de las crestas rechazando a sus defensores. La Artillería tomó nueva posición sobre dichas alturas y la batería de 75 mm rompió el fuego sobre los linderos de Monclova que, bordeados por espesa arboleda, ocultaban a los rebeldes. Después de un ligero bombardeo, ordené que la Artillería toda, tomara una nueva posición sobre el camino de Monclova. 1,500 metros

> al norte de la anterior, así como que el ala derecha atacara la mencionada ciudad siguiendo el lomerío que se extiende al oriente del camino a fin de entrar a la población por el sureste amenazando así el flanco izquierdo del enemigo. El Regimiento de Gendarmes y las dos Compañías del Batallón de Seguridad coronaron con éxito dicha maniobra y a las 2:15 p.m. la Infantería tomaba la iglesia de Monclova y atacaba la loma que, por el oriente, cubre la ciudad. Dicha loma, después de una breve y violenta lucha cayó en poder del Regimiento de la Montada.[131]

El centro de la fuerza federal continuó su avance con dirección a la estación del ferrocarril. La infantería del 42º Batallón amenazó la retaguardia de los revolucionarios. Maass ordenó entonces un nuevo movimiento de exploración, que fue realizado por una fracción del Regimiento de Gendarmería. Fueron recibidos por una lluvia de balas que provenía de una de las lomas que separaban la estación ferrocarrilera del centro de la ciudad. Maass entonces, dice en su parte, comprendió que habían llegado refuerzos a los defensores de la plaza, y no estaba equivocado.

Para entonces a los revolucionarios sólo les quedaba la estación del ferrocarril y el cerro de la "Bartola", donde se hicieron fuertes. Este último punto hubo de ceder con la utilización efectiva de la artillería y el avance de una fracción del Regimiento de Gendarmería, el 13º Regimiento y 42º Batallón. La caballería avanzó hacia la estación del ferrocarril frente a una "tenaz" resistencia de los revolucionarios, a decir del jefe federal.

Francisco L. Urquizo, partícipe en la batalla por el lado de los revolucionarios, vio otra cosa muy diferente. Dice que cuando llegaron a auxiliar a las fuerzas de Monclova fueron enviados a combatir y en el camino encontraron a un grupo de revolucionarios que iban en sentido contrario, huyendo de los federales. Señala que muy pronto quedaron desprotegidos al frente y en la retaguardia, pues el tren que los había conducido al lugar del combate dio marcha atrás y con él su comandante el general brigadier Pablo González. Cuando el grupo revolucionario combatiente logró llegar a Monclova se encontraron con la sorpresa de que Venustiano Carranza, quien había llegado momentos antes, acompañado de las fuerzas de su hermano Jesús ordenaba la retirada hacia Cuatro Ciénegas. En la plaza

131 AHDN-RR. XI.481.5-30, Fs.: 344-351.

sólo quedaba un tren de patio, en el que lograron escapar los últimos revolucionarios.[132]

Carranza marchó al poniente, pese a que había dado la orden a Pablo González de reconcentrarse en Hermanas. En este lugar el general brigadier ordenó a Francisco L. Urquizo marchara a Sabinas con el batallón de Zapadores y funcionar como retaguardia del grupo revolucionario.[133]

Eran las 6 de la tarde cuando Monclova finalmente quedó en poder de las fuerzas federales. Según el parte de guerra federal tuvieron las siguientes bajas. Muertos: un teniente y 12 de tropa; heridos: un mayor 2º, un capitán y 22 de tropa. Además de 15 dispersos. Calcula que las bajas de los enemigos fueron: 130 muertos y más de 200 heridos. Se les hicieron, además, dos prisioneros. Como botín obtuvieron: 10 banderas, tres cañones, 4 000 cartuchos, 75 fusiles de diversos sistemas, dos cajas de guerra, bombas, cartuchos de dinamita, 268 caballos y útiles varios.

En forma un tanto irónica, Maass no dejó de anotar en su parte: "Se rescató así mismo una ametralladora inutilizada con sus cofres y bastos pertenecientes a la Brigada Rubio Navarrete".[134] Para entonces se rumoraba que entre los dos generales existían ciertas rencillas.

Los federales alcanzaron en Nadadores a una columna de revolucionarios al mando del capitán Francisco Desténave, miembro de la escolta de Carranza, quien fue herido y más tarde murió. Fuera de esta persecución los federales no continuaron tras los revolucionarios y con ello perdieron la

132 Francisco L. Urquizo, *Obras Escogidas. Páginas de la Revolución II*, pp. 398-400. Manuel W. González, quien entró con Carranza a Monclova, dejó testimonio del momento: "Como a las 10 de la mañana, comenzamos a llegar los que veníamos de Candela, con el Primer Jefe y recuerdo que al pasar por lo que se llama 'Barrio España' en las afueras de la ciudad, ya los federales de Maass estaban repicando las campanas de la parroquia de Monclova y una lluvia de metralla y balas de ametralladora caía sobre nosotros". *Con Carranza...*, p. 38.

133 Para un relato presencial de los hechos véase: Manuel W. González, *Ibid.,* pp. 40-41. Un breve estudio contemporáneo sobre los mismos, véase: Pedro Salmerón, *Los carrancistas. La historia nunca contada del victorioso Ejército del Noreste,* pp. 134-135.

134 En el mismo parte cuando hace mención de las fuerzas revolucionarias que habían llegado de refuerzo anotó: "Numerosas tropas de refresco habían llegado procedentes del norte, Cuatro Ciénegas y Candela; estos últimos con dos ametralladoras, caballos y prisioneros que fueron hechos al destacamento federal que guarnecía dicha población y que pertenecen a la Brigada del general Rubio Navarrete". AHDN-RR. XI.481.5-30, Fs.: 344-351.

oportunidad de dar un mayor golpe al grupo constitucionalista, que se encontraba en total descoordinación.[135]

Por su parte la población civil quedó a la espera de los acontecimientos. Una visión de lo que esperaban de los federales nos la puede dar el testimonio de Francisco Rodríguez García, quien por entonces contaba con apenas 13 años.

> Al poco tiempo los federales ocuparon la loma de La Bartola, que está entre Monclova y villa Frontera; los que avanzaron por la falda del cerro de La Gloria, entraron a la ciudad por el oriente; los que combatieron en las lomas de Juan Sánchez y de Los Piloncillos, por el sur y suroeste; los carrancistas se habían batido en una honrosa retirada, pero los trenes que salían hacia Piedras Negras, continuaban siendo amenazados por la artillería de Osorno, sin lograr hacer blanco. Repentinamente quedamos en un silencio sepulcral, la batalla había terminado y nosotros, dentro del hogar, estábamos anonadados, sintiendo terror, pánico y esperando que llegaran los triunfadores para que nos mataran; no queríamos ni respirar y nos mirábamos unos a otros con caras de funeral ¿Qué pasaría después?
>
> Así estábamos, sería como la una y media de la tarde; no habíamos tomado alimento alguno, cuando llamaron fuertemente a nuestra puerta; salieron las mujeres, porque los hombres..., no éramos hombres aquellos instantes; salieron mi madre, mi hermana y otras mujeres que se habían refugiado en la casa y los soldados federales, cansados, exhaustos de la bélica jornada, pidieron azúcar y después un poco de agua; y hubieron de darles lo que pedían, para evitar mayores males […].[136]

La importancia que significó la pérdida de Monclova para los revolucionarios la resumió muy bien el jefe federal Joaquín Maass:

> Con la toma de Monclova (su llamada Capital) base de operaciones y centro de aprovisionamientos, pierde el enemigo la línea troncal del ferrocarril internacional y los ramales de Pánuco y Cuatro Ciénegas, cuya explotación le producía cerca de mil pesos diarios.

135 Pedro Salmerón, *Los carrancistas...*, pp. 134-135.
136 *Revista Coahuilense de Historia*, mayo-junio de 1997, número 64, pp. 146-153.

> Moralmente, los rebeldes sufrieron la derrota de sus principales jefes, pues se ha comprobado que a su cabeza estaban Venustiano y Jesús Carranza, Julio Madero, José María Maytorena, Pablo González, Emilio Salinas y otros cabecillas de importancia.[137]

Victoriano Huerta lo sabía, y por este triunfo el coronel Joaquín Mass hijo fue ascendido a general brigadier.

Por el lado revolucionario darán poca importancia a la caída de la plaza, pues dijeron que si habían permanecido ahí durante mucho tiempo había sido porque las fuerzas federales no se habían movido durante tres meses. Empezaban ahí los primeros enfrentamientos y ya se mostraban unos de los primeros indicios de las fallas del ejército federal. Si bien es cierto que el combate sostenido previamente en Castaño por las fuerzas de Maass Jr., le impidieron hacer una persecución del enemigo porque sus fuerzas estaban cansadas y que sólo, anota en su parte el jefe federal, fueran "perseguidas eficazmente por el fuego de la artillería", le impidieron que el triunfo fuera mayor. Enfrente también tenía un ejército agotado, que había sostenido un combate contra las fuerzas de Guillermo Rubio Navarrete. La falta de coordinación de ambos jefes y la no persecución a fondo impidieron dar un golpe categórico a uno de los dos principales núcleos revolucionarios de ese entonces y capturar a su jefe, Venustiano Carranza.

Propaganda y el ejército

Se les daba una gran publicidad, que duraba varios días, a las batallas cuando eran ganadas por los federales. Se transcribían los partes de guerra, se reproducían mapas de los encuentros y se exaltaba el valor de los soldados. En cambio, sus derrotas eran ocultadas en la medida de lo posible a la opinión pública.

En el caso de la toma de Monclova en los periódicos, durante los meses de julio y agosto, aparecieron una serie de reportajes, fotografías, croquis y varios relatos sobre la batalla.[138] Se le dio un trato de verdaderas hazañas guerreras para dar confianza a la sociedad sobre los soldados que defendían al país.

137 AHDN-RR. XI.481.5-30, Fs.: 344-351.

138 Alfredo Breceda, *op. cit*., t. I, p. 487. Algunos de los periódicos que se distinguían en este proceso estaban *El Independiente* y *El País*. También véase: Rosendo Bolívar Meza, *op. cit*., pp. 59-62.

El 12 de julio *El Imparcial* publicó: "Monclova fue recuperado por las fuerzas del coronel Maass". El día 13, "La recuperación de Monclova fue sangrienta", en la que se transcribió el mensaje que el coronel envió a la Secretaría de Gobernación:

> Tengo el honor de participar a usted, que las tropas que forman la columna, tomamos hoy a fuego y sangre esta importante plaza, Cuartel general del carrancismo […]. Al atardecer fue derrotado por completo el enemigo. A quien se le quitaron cañones, una ametralladora, estandartes, provisiones, parque, caballos, y se hicieron varios prisioneros.[139]

Por su parte, *El País* ese mismo día tituló a un artículo "El combate librado con el núcleo carrancista", y al siguiente encabezó otro de la manera siguiente "Todo el núcleo de los carrancistas ha sido dispersado y batido entre Candela y Monclova mediante un vasto plan estratégico" y al que le puso como subtítulo "Las operaciones de los federales han sido un triunfo", en el que señalaba:

> El curso de los sucesos se precipita por momentos en el Norte de nuestro territorio. Mientras por una parte el general Rubio Navarrete logra apoderarse de Candela, y marchar hacia el Norte reparando la vía, por la otra el coronel J. Maass se apodera de Monclova y, don Venustiano Carranza, jefe supremo de la rebelión pierde la cabeza en vanas tentativas de contra ataques y vueltas ofensivas, teniendo al fin que huir desorganizadamente y deshecho su ejército, disuelto en las cañonadas furiosas de los bravos federales [...]. El Ejército, para honra y gloria de los buenos mejicanos, está en magníficas condiciones y así lo han probado dos bizarros jefes, llenos de juventud y aliento, como lo son ciertamente el general Rubio y el coronel Maass.[140]

A pesar de que se mostraba a ambos jefes persiguiendo un mismo objetivo, la realidad en el campo de batalla era otra.

Repliegue carrancista

139 *El Imparcial*, 12 y 13 de julio de 1913.
140 *El País*, 13 y 14 de julio de 1913.

Carranza fue obligado a replegarse a Cuatro Ciénegas. Ahí tomó la decisión de salir del estado y dirigirse a Sonora, único sitio en donde entonces se estaba consolidando la revolución. ¿Habría sido la visita de José María Maytorena lo que había decidido al Primer Jefe marchar a ese estado? Para entender por qué Carranza decidió emprender la marcha, el 12 de julio, hacia ese lugar tendremos que dar una mirada a la situación en territorio sonorense.

El frente de batalla contra el Ejército del Noroeste

Sonora

Habíamos dejado la situación reinante en el estado de Sonora en el momento en que la Legislatura local acordó desconocer a Victoriano Huerta, el 5 de marzo de 1913. Fue entonces cuando el gobernador interino, Ignacio Pesqueira, decidió nombrar a Álvaro Obregón como jefe de la sección de guerra del estado.

Obregón, nacido en Sisiquiva, Sonora, el 19 de febrero de 1880, provenía de un entorno social conservador y moderado de la clase media. Tenía estudios de primaria y había desempeñado variados oficios, como tornero y jefe de taller de un ingenio azucarero para después convertirse en profesor. Dejó este último empleo para convertirse en pequeño productor agrícola, y con empeño logró adquirir la finca "La Quinta Chilla". Al sobrevenir el movimiento armado maderista no participó en él, situación de la que después, según su propio testimonio, dijo arrepentirse. En 1912 triunfó en las elecciones de Huatabampo para presidente Municipal, y en ese mismo año combatió al orozquismo al mando del 4º Batallón para después regresar a ocupar el cargo que había dejado. En esas estaba cuando el cuartelazo de Huerta.

Además de Obregón las operaciones militares revolucionarias recayeron en otros jefes de suma importancia como Salvador Alvarado, originario de Culiacán, farmacéutico y comerciante; Manuel M. Diéguez, originario de Jalisco, líder en la huelga de Cananea en 1906 y que durante el maderismo fue elegido presidente municipal; Benjamín Hill, agricultor a gran escala y prefecto de Hermosillo; y Plutarco Elías Calles, quien desempeñó el empleo de comisario en Agua Prieta haciéndose cargo sobre todo de las responsabilidades aduanales. Todos ellos tenían poco tiempo de haber ingresado en la política y provenían de la clase media. Sin embargo, pese a que los mandos sonorenses, tanto altos como medios,

compartían ciertas características muy pronto surgieron rencillas entre ellos que obstaculizaron y determinaron en algunos casos el curso de las operaciones militares. Fue de esta manera que se formaron tres bloques entre los jefes sonorenses: los partidarios de Maytorena, los partidarios de Pesqueira y aquellos jefes un tanto independientes.[141]

Por lo tanto, Victoriano Huerta tendría que echar mano de un gran número de fuerzas si quería contrarrestar el movimiento insurgente. Para ello contaba con las siguientes fuerzas en el estado.

Naco: El general Pedro Ojeda con 700 hombres, 2 morteros de 80 mm y 8 ametralladoras.

Cananea. El coronel José R. Moreno, con 600 hombres y 4 ametralladoras.

Nogales: coronel Manuel Reyes, apoyado por el coronel Emilio Kosterlisky con cerca de 400 hombres.

Hermosillo: El general Miguel Gil, jefe de la 1ª Zona Militar al momento del cuartelazo y que después se convirtió en la División del Yaqui, con cuartel general en Torín. Con 2 000 hombres distribuidos desde Guaymas casi hasta Cocorit.

Además de estas fuerzas regulares contaba con los voluntarios del Río Mayo, bajo el mando del coronel José Tiburcio Otero con 200 hombres que comprendían el sur del río yaqui. También estaban los 200 hombres del prefecto político Adrián Marcor en Álamos.[142]

Las necesidades militares posteriormente hicieron que las fuerzas federales se dividieran en dos grandes zonas: por un lado, recayeron las operaciones militares en las fuerzas del general Miguel Gil, que correspondían sobre todo al sur del estado; y la segunda, que comprendía el centro y norte, con sede en Naco, recaería en el mando del general Pedro Ojeda.

141 Héctor Aguilar Camín, *op. cit*.; Felipe Arturo, *op. cit.,* pp. 70-71.; Javier Garciadiego, *1913-1914. De Guadalupe a los Tratados de Teoloyucan*, p. 68. Las características de los jefes sonorenses eran diferentes a los mandos coahuilenses.

142 Obregón dice que al estar perfectamente comunicadas por ferrocarril las plazas de Nogales, Naco y Cananea el camino más largo entre una y otra era de tres horas. Señala, además: "Con la colocación que tenían las fuerzas federales quedaban cortadas completamente nuestras comunicaciones con el resto de la República y con la frontera de los Estados Unidos, siéndonos, por lo tanto, imposible conocer los acontecimientos que se desarrollaban fuera de nuestro Estado". Álvaro Obregón, *Ocho mil kilómetros en campaña,* pp. 35-36.

Los federales contaban además en Guaymas con los cañoneros "Morelos", "Guerrero" y "Tampico".[143]

Pese a existir líneas ferrocarrileras en el estado, el tramo entre Agua Prieta y Naco estaba completamente aislado del resto de la red. Por tanto, no había comunicación con el centro. La vía del Ferrocarril Central de Naco y las del Ferrocarril de Nogales a Cananea confluían en la estación Del Río.[144]

Nogales

Al ser nombrado Álvaro Obregón nuevo jefe militar del estado, el teniente coronel federal Heriberto Rivera, quien anteriormente poseía el mando del 48º Cuerpo Rural y en el cual Pesqueira no tenía ninguna confianza, fue hecho prisionero cuando regresó del desempeño de una comisión a la Frontera; lo mismo ocurrió con el mayor José Jiménez Riveroll, quien mandaba el 3er. Batallón Irregular, quien volvió de conferenciar con el general Miguel Gil; igual le sucedió al cabo 1o. Francisco Cota del 48º Cuerpo Rural. Pocos días después fueron dejados en libertad pues habían pedido que se les permitiera ir a Nogales para hablar con Maytorena. Sin embargo, marcharon a Hermosillo donde se unieron con el grueso del ejército huertista.[145]

El día 6 de marzo Álvaro Obregón al frente del 4º batallón irregular de Sonora y fracciones de los 47o. y 48o. cuerpos regulares salió de Hermosillo rumbo a Nogales, no sin antes mandar quemar algunos puentes de ferrocarril entre Guaymas y la estación Ortiz para evitar que las fuerzas federales del sur pudieran llegar al norte antes de su ataque. Los revolucionarios llegaron ese mismo día a Magdalena, donde encontraron varios puentes quemados y repararon la vía del ferrocarril. Ahí se les unió el 5º batallón irregular, que constaba de 200 hombres y que estaba bajo las órdenes de Juan Cabral y otros pequeños grupos de hombres armados. Retomaron su marcha hasta el día 10.[146] Fue hasta el día 12 cuando los revolucionarios llegaron frente a Nogales.

El jefe federal de la plaza era el teniente coronel Manuel Reyes. Entre los defensores huertistas estaba también el coronel Emilio Kosterlitzky,

143 Francisco Javier Gorostiza, *Los ferrocarriles en la Revolución Mexicana*, p. 171.

144 *Idem*.

145 AHDN-RR. XI/481.5/270, Fs.: 218-219.

146 Luis Garfias Magaña, *Historia militar...*, p. 118; Francisco Javier Gorostiza, *op. cit.*, p. 171.

éste era un militar de origen ruso que contaba para entonces con 59 años. En su país natal había sido parte de la guardamarina, de la que desertó en 1871 cuando un buque ruso ancló en Venezuela. Llegó a México y se incorporó al ejército mexicano. Participó en guerras contra los apaches en la década de los ochenta tanto del lado mexicano como del estadunidense. A mediados de la década se integró a la Gendarmería Fiscal con residencia en Villa Magdalena, en donde permaneció durante varios años. Durante el maderismo fue jefe de la guarnición de Nogales. Al enterarse del movimiento de rebelión en el mes de febrero de 1913, le confió al cónsul estadunidense que las: "fuerzas federales de Sonora apoyarían inmediatamente la nueva cabeza del gobierno en la ciudad de México".[147] Años después, su esposa le confió a una amiga:

> Él nunca me lo dijo, pero pienso, que dado a su gran capacidad intelectual, vio las cosas de otro modo, como las vieron no pocos mexicanos, quienes notaron en el presidente Madero mucha debilidad. Yo no olvido que mi esposo de carrera militar a la antigua, se convenció de la firmeza y serios propósitos del general Victoriano Huerta de realizar la Revolución con firmeza y no con tan notoria debilidad.
>
> El general Huerta no era ya porfirista, ni mi marido tampoco, ellos estaban con la Revolución, pero esta no podría avanzar con debilidades y tibiezas.[148]

Desde el día 11, el jefe federal ante las noticias de que los revolucionarios se acercaban ordenó reconstruir las trincheras, lo que fue un trabajo sumamente penoso ya que se hizo en medio de la lluvia y la nieve. Carecía de elementos pecuniarios, pero fue asistido por el Cónsul de México en la ciudad, Ángel Reyes. Dividió sus fuerzas y estableció dos cadenas de tiradores. No pudo ocupar todos los puntos defensivos debido a la falta de efectivos.

Para el día 12, ya entrada la noche, el teniente coronel Manuel Reyes se reunió con el coronel Emilio Kosterlitzky. Movieron alguna tropa que colocaron en la parte baja de la plaza, del servicio interior de aquella zona

147 Héctor Aguilar Camín, *op. cit.*, p. 271.

148 Francesca Torres de Kosterlitzky-Dionisia Tarazón, agosto de 1930. En "El espíritu de los esposos Kosterlitzky", <http://www.sonoramagica.com/index.php?option=com_content&view=article&id=653:el-espiritu-de-los-esposos-kosterlitzky&catid=35:leyendas&Itemid=54> Fecha de consulta: julio de 2024.

quedaría bajo la responsabilidad del propio Kosterlitzky, quien así lo hizo recorriendo a caballo toda la noche para verificar cada uno de los puestos.

A las dos de la mañana se presentaron en el campo federal unos enviados del campo revolucionario: Chas L. Montage, y los Ingenieros Pedro Trelles y Juan Serrano, este último procedente del Colegio Militar. Al jefe federal en estas pláticas lo acompañaron el Cónsul y el coronel Kosterlitzky. Se pedía la rendición de la plaza a la que se negó el comandante huertista.[149]

El 13 de marzo, muy temprano, empezó el ataque de los revolucionarios, a las 5:15 de la mañana. La situación se tornó crítica para el jefe federal teniente coronel Manuel Reyes quien, a pesar de recibir refuerzos, a las 4 de la tarde decidió abandonar la plaza y huir a los Estados Unidos. Aunque habían resistido bien los embates de los revolucionarios, entre las 3 y cuatro de la tarde:

> encontrándome en el puesto número 4 y como a 2 kilómetros se vio llegar simultáneamente cuatro trenes, conduciendo como seiscientos hombres, ametralladoras y muchos furgones de costales con arena, comenzando dichos hombres a rodear de nuevo nuestras posiciones para atacarnos sin duda a la entrada de la noche.[150]

Además, las municiones empezaban a escasear, lo que le impidió dotar de cartuchos a cada uno de sus puestos pues ya no había municiones de reserva. Solamente dos puestos tenían su dotación completa de cartuchos, los demás apenas contaban con entre 35 y 70 cartuchos por hombre, que resultaban pocos en caso de que se efectuara otro ataque al anochecer. Para complicar más la situación, un soldado americano que era parte de las fuerzas que permanecían a la expectativa de los sucesos fue alcanzado por una de las balas, esto originó que el jefe de la fuerza ordenara a sus soldados tomar posición de tiradores, además de que se dirigió al Cónsul Ángel Aguilar y al teniente coronel Kosterlitzky, conminándolos a que suspendieran el fuego. Tal situación: la amenaza estadunidense y la falta de parque orilló al jefe federal a abandonar la plaza.

149 18 de marzo de 1913. Teniente coronel Manuel M. Reyes. Firmado en Nogales, Arizona. AHDN-RR. XI.481.5-270. Fs.: 116-120.

150 18 de marzo de 1913. Teniente coronel Manuel M. Reyes. Firmado en Nogales, Arizona. AHDN-RR. XI.481.5-270. Fs.: 118.

Dispuso que su gente se reuniera en la Aduana y de ahí los enviaba a la garita del Puente Bonillas.[151] Ahí fue hecho prisionero el teniente coronel Reyes, al igual que el coronel Kosterlitzky, 3 oficiales y 74 de tropa del 5º batallón y 1 jefe, 2 oficiales y 116 guardas fiscales.[152] Kosterlitzky salió libre hasta 1914,[153] y junto a su esposa Francesca y sus dos hijas se dirigió a los Ángeles, California. Volvió al país hasta el año de 1927 como espía para averiguar una posible conspiración contra el gobierno de Baja California.[154]

El día 14 los revolucionarios lograron entrar a la ciudad, que representó la captura de la primera plaza importante para la revolución. Debido a su situación de aduana fronteriza les aseguraba la obtención de fondos, víveres y provisiones.

Las bajas de los revolucionarios fueron pocas: apenas seis muertos y nueve heridos, entre ellos el subteniente Anselmo Armenta del 4º Batallón. Por su lado, los federales tuvieron 24 muertos, entre ellos un capitán y un teniente; igual número de heridos y 250 prisioneros que al cruzar al lado americano fueron detenidos.[155]

Se dijo que la derrota de los federales se debió a la falta tanto de hombres como de pertrechos.[156] Aquí podemos ver los primeros síntomas de descomposición y defectos del Ejército Federal que serán constantes en las batallas posteriores: pocos efectivos, escasas municiones y con una moral por los suelos.

151 *Ibid.*, Fo: 119.

152 Luis Garfias Magaña, *Historia militar...*, p. 118.

153 Seguramente algunos jefes y tropa revolucionaria tenían en mente las cuentas pendientes con Kosterlitzky, quien fue parte de las fuerzas que sometieron a los huelguistas de 1906. Héctor Aguilar Camín, *op. cit.*, p. 121. Aguilar Camín dice que el último día del conflicto: "Fueron encarcelados veinte obreros de los congregados en la comisaría de Ronquillo. En la tarde menudearon disparos y francotiradores. Como a las siete llegó de Magdalena Kosterlitzky con 75 rurales. Cercó los puntos álgidos y al toque de clarín ordenó el cese de fuego. Se hizo la calma".

154 Durante su estancia en Estados Unidos debido a sus habilidades políglotas pudo desempeñarse como traductor en el Servicio Postal de Estados Unidos. Murió en 1928 en los Ángeles California. "El espíritu de los esposos Kosterlitzky".

155 Parte rendido por Álvaro Obregón al gobernador Interino Ignacio Pesqueira. 15 de marzo de 1913. Álvaro Obregón, *op. cit.*, pp. 36-39.

156 Luis Garfias Magaña, *Historia militar...*, p. 118.

Las fuerzas obregonistas permanecieron en Nogales solamente una semana pues el día 19 salieron con el objetivo de atacar la plaza de Naco, debido a que se había recibido un telegrama de Plutarco Elías Calles informando que tenía intenciones de atacar esa ciudad. Obregón contestó que no ejecutara el movimiento hasta que él llegara. Sin embargo, el mensaje nunca llegó y Calles fue derrotado por el general Pedro Ojeda. Obregón conocía bien a las fuerzas del federal Ojeda, jefe de la guarnición de esa plaza, pues anteriormente había estado incorporado al 4º Batallón de Sonora.[157]

Parte de las fuerzas de Obregón llegaron a las inmediaciones de Naco el día 21 de marzo y pidieron al general Ojeda salir a combatir fuera de la ciudad para evitar complicaciones internacionales, naturalmente, el jefe federal se rehusó.[158] El grueso del contingente revolucionario continuó su camino con dirección a Cananea, plaza que ahora era su objetivo.

***

Cuando los partidarios de Madero en Cananea, tanto autoridades como paisanos, se enteraron de los acontecimientos de la capital del mes de febrero de 1913 empezaron a informar a la población de lo sucedido, por medio de sesiones privadas y abiertas de los clubes y mediante hojas sueltas. Entre los hombres más activos estuvieron Manuel M. Diéguez, entonces presidente municipal, Esteban Baca Calderón, Juan José Ríos y Plácido Moreno.

Al enterarse de los asesinatos del presidente y el vicepresidente, Dionisio Lacarra, prefecto de Cananea, se marchó a la capital del Estado dejando como máxima autoridad a Diéguez, el cual continuó reclutando gente con éxito, pues a los pocos días pudo reunir un grupo de 400 hombres armados y montados. Diéguez estableció a su gente a 8 kilómetros de Cananea en el punto llamado Ojo de Agua. A la vez, otro grupo bajo el mando del coronel Aniceto Campos, procedente de Fronteras, se estacionó al Noroeste de la población, en Pueblo Nuevo. Al hacerse cargo Diéguez de su gente el mando municipal recayó en Carlos Durazo, también maderista.

157 Parte rendido por Álvaro Obregón al gobernador Interino Ignacio Pesqueira. 15 de marzo de 1913. Álvaro Obregón, *op. cit*., p. 40.

158 Luis Garfias Magaña, *Historia militar...*, p. 119.

Todo ese tiempo la fuerza federal que custodiaba la plaza permaneció acuartelada. En Cananea también había algunos pequeños destacamentos de Pueblo Nuevo y Puertecitos y una partida de 98 soldados del 28º Batallón, estos últimos alojados en la Empacadora, a orillas de la población.

El total de las fuerzas federales en Cananea era de: 1 jefe, 21 oficiales, 350 de tropa, el mayor Médico, el teniente Antonio Barragán quien se encontraba enfermo y el director de Música. Todos estaban bajo el mando del coronel José R. Moreno, quien había sido jefe de la guarnición en Mazatlán cuando triunfó la revolución en 1911.[159]

La dirección federal desde el inicio fue ineficiente; fue hasta el 25 de febrero cuando el coronel José R. Moreno decidió establecer un servicio de retenes y de guardias, en las cuales ocupó a todas las fuerzas arriba citadas con excepción de las acuarteladas en la Empacadora. La operación, no obstante, tenía un grave defecto, protegía sólo el cuartel de los militares y dejaba en manos de los rebeldes el poblado. Fuera de esta disposición no se tomó ninguna otra por considerar que sería una especie de provocación. Además, se tenía la confianza de que la plaza no sería atacada, grave error que le costaría muy caro.

Diéguez, entretanto, dejó Pueblo Nuevo para establecerse en Estación del Río, punto distante 16 kilómetros de Cananea. A la guarnición federal de Cananea llegaron noticias de que a ese punto (Estación del Río), el día 22 de marzo, había arribado Álvaro Obregón con 1 500 hombres y 4 ametralladoras; dando un total de 1 900 revolucionarios, si se toman en cuenta los 400 hombres de Diéguez.

Al día siguiente, el coronel José R. Moreno mandó llamar al mayor y sus oficiales para darles a conocer una nota de Obregón en la que solicitaba la rendición de la plaza y les pidió su opinión sobre la misma: todos acordaron rechazar la propuesta y resistir en sus puestos. Por la noche el coronel Moreno ordenó a la fuerza que se encontraba en la Empacadora replegarse al cuartel general. Ahí llegaron noticias de que los ciudadanos y parte de la policía colaborarían con los revolucionarios en el ataque.

El día 24, a las 7 de la mañana, se desató un tiroteo con un grupo de revolucionarios cuando un piquete de 30 soldados federales a las órdenes del capitán 2º Alberto C. Dorantes se disponía a relevar los retenes y avanzadas dispuestos por el coronel Moreno. Esto ocasionó que el combate se generalizara y se luchara durante todo el día. Los revolucionarios

159 *El Tiempo Ilustrado*, 18 de junio de 1911, p. 10.

intentaron infructuosamente capturar El Fortín, un puesto avanzado a mil metros del cuartel federal, que era el único punto de importancia en manos de los huertistas y que se encontraba defendido por el capitán 1o. Leovigildo A. Lozano y el Subteniente Primitivo H. Morales con 30 hombres de tropa y una ametralladora.

El teniente Agustín Rodríguez, con 25 hombres, fue el encargado de la defensa del flanco derecho del cuartel, apoyado por uno de los retenes de la retaguardia. La mayoría de la fuerza federal permaneció inactiva dentro del cuartel debido a la falta de aspilleras y sólo unos pocos dispararon desde la puerta y algunas ventanas. Entretanto, la fuerza federal que había ido a cumplir la orden de relevo quedó seriamente desprotegida disparando pecho a tierra sin ninguna especie de abrigo y apoyada solamente por un puesto de retaguardia; el capitán Dorantes fue herido por una bala expansiva que lo dejó inhabilitado y el teniente Julio Moreno, quien lo había querido auxiliar, cayó muerto por una bala que le perforó la cabeza.

El fuego rebelde fue apoyado por disparos provenientes de algunos edificios públicos y algunas casas. El desconcierto cundió entonces entre los federales. La fuerza revolucionaria se acercó peligrosamente al cuartel y dos soldados, el capitán A. Doblado y el teniente Baudelio Belloso y Briseño, sacaron una ametralladora del arsenal que estaba en el cuartel, que no se estaba utilizando por falta de lugar idóneo, para repeler el ataque. Por un momento la ametralladora quedó imposibilitada por un cartucho que se le atoró y fue cambiada por otra. El capitán A. Doblado fue herido del brazo y llevado a la enfermería, por este motivo únicamente el teniente Briseño quedó a cargo del arma. La disputa entre federales y revolucionarios se prolongó durante el resto del día.[160]

Al día siguiente continuó el combate, que se suspendió por un armisticio acordado entre Moreno y el coronel Salvador Alvarado. El jefe rebelde se presentó en el campo federal alrededor de las seis de la tarde en un automóvil acompañado de un americano, recogió al coronel Moreno y juntos pasaron al hotel Alejandría a conferenciar. Moreno regresó a su cuartel poco antes de la hora.

Los federales aprovecharon el cese al fuego para recoger el campo del que tuvieron como resultado en esta primera fase del combate. Muertos: el teniente Julio Moreno y 25 de tropa; heridos: los capitanes 2os Alberto

[160] AHDN-RR. XI.481.5-270, Fs.: 194-196.

C. Dorantes, Armando Doblado y el subteniente Joaquín Domínguez, así como 45 de tropa. También reforzaron algunas de sus posiciones: se mandaron 40 soldados con el capitán 1º Manuel Quintana del 14º Batallón para relevar a la fuerza defensora de El Fortín. Por la noche los federales lograron abastecerse de agua y de víveres, así como colocar algunos aspilleros en el cuartel.

Al día siguiente, el 25 de marzo, muy de mañana el coronel Moreno mandó relevar los puestos exteriores y al interior del cuartel se tomaron disposiciones de defensa: se logró montar un templete y colocar ahí las ametralladoras para que dispararan a través de las ventanas, se distribuyó a los soldados en los aspilleros que se habían construido, en el exterior se logró edificar algunos fosos para tiradores, pero con serias dificultades por ser el terreno demasiado duro y despejado.

A eso del medio día el coronel Moreno se reunió nuevamente con Alvarado, quien esta vez iba acompañado de los coroneles Diéguez y Cabral. Al frente de los revolucionarios iba Álvaro Obregón quien no estaba enterado del armisticio pactado el día anterior, por tal motivo decidió desconocerlo y ordenó la reanudación del combate.[161] Se acordó romper el fuego a las 2 de la tarde, ante la renuencia de Moreno a capitular. El resto del día continuó el enfrentamiento, que fue decayendo conforme se iba obscureciendo para volver a ser insistente alrededor de las ocho de la noche en que los revolucionarios volvieron a arreciar su ataque, pero sin mayores problemas. Así persistió hasta la una de la mañana.[162]

Para el día 26 la situación se hizo cada vez más crítica para el coronel federal. Moreno pidió realizar una conferencia con el jefe revolucionario, la que se verificó en la mina La Demócrata entre las 11 y las 12 de la mañana. Al no llegar a ningún acuerdo se reanudaron las hostilidades.

Cuando Obregón regresó a su campamento tuvo noticias de que el general Pedro Ojeda había salido de Naco para auxiliar a las fuerzas federales de Cananea. Por ese motivo ordenó a Alvarado y Cabral hacer frente a ese contingente federal y dispuso que los soldados de Diéguez quedaran hostilizando Cananea. La situación parecía complicarse para los revolu-

161 Los problemas entre los jefes sonorenses eran latentes. Alvarado había pactado el cese al fuego sin el consentimiento de Obregón, este último informó a Pesqueira de lo sucedido y en respuesta se le dijo que él era el jefe. Obregón logró subordinar a Alvarado y continuar con el ataque.

162 AHDN-RR. XI.481.5-270, Fo: 197.

cionarios. No obstante, la falta de comunicación entre el coronel José R. Moreno y Pedro Ojeda favoreció a los revolucionarios.[163]

El jefe federal de Cananea, quien no estaba enterado de los movimientos de Ojeda, tenía una situación desesperada. Los puestos de defensa iban cayendo uno por uno, y la desmoralización al interior del cuartel se iba haciendo cada vez más grande. A las cuatro de la tarde cayó el puesto de avanzada a cargo del teniente Sánchez, que estaba colocado en La Luz Cananea, los huertistas corrieron hacia el cuartel general en completo desorden y dos de ellos cayeron muertos al llegar a la puerta.

Una hora después un grupo de mujeres se acercó con el coronel Moreno y le dijo que los soldados ya "no tenían voluntad de combatir, pues comprendían que todo sería inútil ya que la falta de municiones agregada a la de víveres les había puesto en condiciones de no poder resistir al ataque que probablemente daría el enemigo en la noche y el cual consideraban había de ser más vigoroso que los anteriores por el disgusto de haber fracasado en ellos". Por esta razón el coronel Moreno, en compañía del mayor Parra y algunos oficiales, decidió reunir a su tropa y les pidió resistir esa noche prometiéndoles que al día siguiente parlamentaría con los revolucionarios para obtener las mejores garantías para ellos. Los soldados en grupo y a gritos respondieron que no, que se debería negociar ahora que todavía era tiempo. Entonces el coronel Moreno pidió su parecer al mayor y a sus oficiales: el primero dijo apoyar lo dicho por los soldados, y los oficiales dijeron que ellos obedecerían cualquier orden que se les diera.[164]

Fue de esta manera como finalmente Moreno pidió hablar con la jefatura revolucionaria y capitular. Se rindió a las fuerzas revolucionarias, a las seis de la tarde, con la única condición de ser respetados como prisioneros de guerra. En un acto simbólico Moreno entregó su arma a Obregón personalmente.

Las bajas de los revolucionarios fueron: seis muertos de tropa, y heridos dos oficiales y 15 de tropa. Por parte de los federales: muertos: tres oficiales y 45 de tropa; heridos: cuatro oficiales y 40 de tropa. Quedó prisionera toda la fuerza federal (dos jefes, ocho oficiales y 300 de tropa) a excepción de tres oficiales y algunos soldados que se lograron incorporar

163 Álvaro Obregón, *op. cit.*, p. 44.
164 AHDN-RR. XI/481.5/270, Fs.: 196-198.

a las fuerzas de Ojeda. Como botín se les recogieron tres ametralladoras, 500 máuseres, 30 000 cartuchos, además de caballada.[165]

Los prisioneros federales fueron conducidos al siguiente día, 27, a la ciudad de Hermosillo. Entre ellos iban el coronel José R. Moreno, el mayor Médico Cirujano Ángel Brioso Vasconcelos, el capitán 2º Feliciano Sánchez Fraustro, el Teniente Francisco García Becerra, el Teniente Victoriano B. Sánchez, el Teniente Baudelio Belloso y Briseño, el Subteniente José L. García, el Subteniente Primitivo H. Morales y el Subteniente Felipe Márquez, a quienes se les puso en los calabozos ordinarios de la penitenciaria de la ciudad. Ahí murió el subteniente Márquez. Más tarde se puso en libertad, no se dice por qué razones, al mayor Vasconcelos. El tiempo que estuvieron prisioneros lo pasaron en constante zozobra, pues temían ser fusilados.[166] Diez días después, por medio del oficial Robinson, se les hizo la propuesta de pasarse a las filas "Constitucionalistas", advirtiéndoles que era la única manera de salvar la vida: todos se opusieron y como castigo los dejaron sin comer.[167]

La razón por la que cayó muy fácilmente Cananea fue porque no se tomó ninguna medida de precaución como fortificar sus posiciones y ni siquiera se aseguraron provisiones elementales como el agua. La falta de víveres fue esencial pese a que el asedio había durado muy poco tiempo. No se puede decir que fue la escasez de municiones, pues quedaban alrededor de 100 cartuchos por cabeza.[168] La ausencia de un dirigente capaz que tomara buenas disposiciones también fue primordial.

***

165 Álvaro Obregón, *op. cit*., p. 45.

166 AHDN-RR. XI.481.5-270, Fs.: 193.

167 Capitán A. Doblado y A.–Secretario de Guerra y Marina. 10 de julio de 1913. AHDN-RR. XI.481.5-270, Fs.: 198-199.

168 El general Garfias dice que los motivos de rendición fueron precisamente esos: falta de víveres y municiones. Esto último podría ser cierto si se toman las cifras que él da como parte del botín. Pues señala que eran entre cuatro o cinco mil cartuchos sobrantes, esto es, alrededor de cinco cartuchos por plaza. No obstante, el parte de Obregón da la cifra de 30 000. Luis Garfias Magaña, *Historia militar...*, p. 119. Álvaro Obregón, *op. cit.*, pp. 44-45. El parte federal dice que fueron 3 000 o 5 000 los cartuchos rendidos. Muertos: un oficial, y 28 de tropa. Heridos: cuatro oficiales y 52 de tropa. AHDN-RR. XI.481.5-270, Fo: 199.

El general Álvaro Obregón permaneció unas cuantas horas en Cananea. Por la noche salió al encuentro de las fuerzas federales de Ojeda, no sin antes embarcar a más de 300 prisioneros en un tren para evitar que estorbasen su marcha. El día 27, Obregón hizo alto en Estación Meza y mandó fuerzas de exploración a vigilar los movimientos de los federales. Por la tarde los revolucionarios llegaron a Villa Verde y al encontrar los puentes quemados tuvieron que regresar a Cananea. Permanecieron ahí hasta el día 31 de marzo en que retomaron la marcha rumbo a Naco. Obregón planteó la estratagema de hacer correr el rumor de que había sido llamado por Carranza a Hermosillo con el objetivo de hacer salir a Ojeda de Naco, pero sin éxito, y entonces tuvo que hacer un plan para poder capturar la ciudad.[169]

El general Pedro Ojeda para entonces contaba con 56 años. Su ingreso al Ejército había sido en el año de 1876 dentro de la Guardia Nacional de su estado natal, Oaxaca. Apoyó el Plan de Tuxtepec. Durante la revolución maderista y el gobierno de Madero operó en el estado de Sonora. En el periodo de marzo a julio de 1911 fue el jefe de la 1ª Zona Militar. Un año después fue nombrado Jefe de las Armas del Territorio de Tepic, cargo que ocupó del 29 de mayo de 1912 al 31 de marzo en 1913.[170] Con ese puesto asistió a las operaciones contra los revolucionarios en el estado de Sonora, al que seguramente fue enviado por su conocimiento del terreno.

Cuando los revolucionarios estaban atacando la plaza de Nogales, el general Ojeda se encontraba en Agua Prieta y de ahí emprendió su camino con el fin de auxiliar a esa guarnición. No obstante, al llegar a Naco se encontró con que tres de los puentes que comunicaban a este poblado y la estación Del Río habían sido quemados para cerrar el paso a Nogales y Cananea. El general Ojeda llegó a Naco con 450 hombres, entre ellos una fracción del 48º Cuerpo de Rurales, integrado por yaquis. Llevaba dos morteros de 80 mm. El día 16 de marzo tuvo un encuentro con las fuerzas de Plutarco Elías Calles en La Morita, a las cuales puso en fuga. Más tarde trató de auxiliar también a Cananea, pero no pudo hacerlo.[171]

Ojeda contaba para la defensa de Naco con 500 hombres, 2 morteros de 80 mm y 4 ametralladoras. Para una mejor protección ordenó construir loberas, poner aspilleras y mandó colocar trincheras en las azoteas y ca-

169 Álvaro Obregón, *op. cit*.
170 Mario Ramírez Rancaño, *El Ejército Federal. 1914...*, p. 127.
171 Amparo Rubio, *op. cit*., p. 48; Francisco Javier Gorostiza, *op. cit*., p. 171.

lles de la ciudad. La artillería la colocó en los flancos, debido a que por el norte estaba protegida por la línea internacional que separa México y Estados Unidos. Sabía que de frente no podía ser atacado porque de ser así algunos disparos de los asaltantes irían a parar al lado gringo, con sus respectivas consecuencias.

Para poder realizar el asalto Obregón decidió mandar una locomotora llena de dinamita con el fin de que explotara frente al cuartel federal y que el momento fuera aprovechado por sus fuerzas para poder iniciar el asalto. Para la construcción de la misma Obregón tuvo que regresar a Cananea y la máquina quedó lista hasta el día 7 de abril.

Pronto empezaron a surgir nuevamente los problemas entre los jefes revolucionarios: Bracamontes y Alvarado se pusieron de acuerdo y modificaron el plan de Obregón. El día 8 de abril, por la mañana, los federales lograron descubrir a las fuerzas de Bracamontes, quien esperaba la señal de Alvarado para iniciar el ataque. Le hicieron 17 bajas y los revolucionarios se tuvieron que replegar. El día 9 se puso en marcha el plan de lanzar la locomotora que debía explotar a las 3 de la mañana del día siguiente, pero sin éxito porque se quedó atorada. Se realizó un nuevo intento por la noche, también infructuoso.[172]

Obregón entonces decidió llamar a junta a sus jefes para planear el asalto nuevamente. A decir del jefe sonorense, a la cita acudió el coronel Bracamontes, acompañado de una fuerza, con intenciones de asesinarlo. Obregón logró someter a los rebeldes "sin necesidad de hacer uso de la fuerza armada". Poco después llegaron los demás jefes y se empezó a hablar de la importancia y de las dificultades de tomar la plaza. Los coroneles Bracamontes y Alvarado y el mayor Bule se opusieron al ataque. Los mayores Urbalejo, Félix Acosta y capitán Arnulfo R. Gómez apoyaron a Obregón. Se puso entonces en marcha el plan de ataque. Los revolucionarios avanzaron en la noche con el objetivo de tomar sus posiciones para iniciar el ataque. De pronto se oyó una descarga que fue creciendo poco a poco:

> Ojeda, que había mandado formar un enorme montón de tablas y durmientes para prenderles fuego y descubrirnos si era atacado de noche, lo hizo arder en el momento del asalto y en un corto tiempo se levantó una inmensa llamarada que iluminaba perfectamente bien la llanura y a la luz de ella se veían con

172 Álvaro Obregón, *op. cit*.

claridad los combatientes, que comenzaban ya a batirse cuerpo a cuerpo. La negra columna de humo producida por el fuego poco a poco empezó a ennegrecer el espacio, y media hora después era un cuadro indescriptible.

Los combatientes parecían no darse cuenta del peligro: los cañones y ametralladoras del enemigo batían la llanura; pero inútilmente, pues ya nuestros soldados estaban mezclados con los federales en las primeras trincheras. Quise reforzar a los asaltantes con 200 hombres del coronel Alvarado, pero éstos dijeron que no entrarían hasta el amanecer.

Entre tanto, la lucha continuaba con el mismo encarnizamiento, y, al amanecer entraron los 200 de Alvarado, al mando del mayor Bule, al mismo tiempo que por el Oriente entraban a reforzar a los asaltantes los capitanes Antúnez y Escajeda, y poco después empezaron a tomar parte las fuerzas de los tenientes coroneles Calles y Bracamontes y todas las demás fuerzas.

Siguió el combate hasta las diez, hora en que el general Ojeda comenzó a preparar su huida, incendiando una casa en que tenía armamento y 60 000 cartuchos. Momentos después, Ojeda atravesaba la línea internacional y rendía sus armas al ejército norteamericano, habiendo dejado abandonados a su propia suerte a un capitán y dos tenientes, que ni siquiera sabían dónde se encontraba su jefe.[173]

En la plaza quedaron abandonados algunos soldados federales, los que quedaron prisioneros.

Las bajas federales fueron de 79 muertos, 23 heridos y 2 oficiales y 80 de tropa prisioneros. También dejaron en manos de los revolucionarios 2 cañones de 80 mm, 104 máuseres con 30 000 cartuchos, caballos y mulas. Por su parte, los revolucionarios tuvieron 17 muertos y 40 heridos. Obregón dice que algunos de los prisioneros que cayeron en manos del general Ojeda fueron cruelmente asesinados: se les trituraba la cabeza con enormes piedras que se les dejaba caer sobre ellas. A los civiles, partidarios de los revolucionarios, se les ataba un pañuelo en el cuello y se les daba vuelta poco a poco con un bastón hasta que morían asfixiados.[174]

Batalla de Santa Rosa

Tomada Naco, Obregón regresó a Hermosillo y de ahí se dirigió al cuartel del coronel Ramón Sosa en Estación Batamotal, distante 12 kilómetros de

173 *Idem.*
174 *Idem.*

Guaymas. Para entonces ya las fuerzas revolucionarias estaban escasas de parque y por ese motivo Obregón se vio imposibilidad de efectuar el asalto del puerto.

Los dos primeros días del mes de mayo la guarnición federal de Guaymas recibió considerables refuerzos. El día primero llegó una flotilla de cinco barcos y al día siguiente arribaron a la plaza los generales Luis Medina Barrón y Francisco A. Salido con 3000 efectivos. Ese mismo día los federales ordenaron un bombardeo a estación Empalme, que previamente había sido desalojada por las fuerzas de revolucionarias.[175]

El día 4 de mayo se ordenó el avance de las fuerzas huertistas. Obregón, comprendiendo que no podía resistir el empuje de los federales, decidió alejarlos de su base de operaciones lo más al norte que pudiese.

El día 7 de mayo se recibió en el campamento federal una orden proveniente de la Secretaría de Guerra, en la que se ordenaba que el general Gil, diera el mando al general Medina Barrón.[176]

En Estación Ortiz, a petición de Pesqueira, Obregón decidió dar contramarcha y entablar el encuentro con los federales en Santa Rosa. Fue así como dio inicio el combate la madrugada del día 9 de mayo.

Los federales lograron hacer importantes bajas a los revolucionarios, entre ellas el mayor Gutiérrez y el mayor Bule. Los jefes federales ordenaron el avance del grueso de las tropas. Primero la caballería, compuesta de 300 dragones, seguida de la infantería y artillería. El día 10 los huertistas lograron establecer una ametralladora en uno de los cerros, que era protegida por una batería, que momentos después fue capturada por los revolucionarios.

Por la tarde del día siguiente la situación era complicada para ambos contendientes. A los revolucionarios les empezaban a faltar las municiones y los federales estaban completamente agotados y rodeados. Ante tan crítica situación los generales Gil y Medina Barrón ordenaron la desocupación de la plaza, la que fue desalojada por la noche, sin que lo pudieran evitar los insurgentes por falta de parque. Todavía al día siguiente Obregón ordenó al mayor Trujillo perseguir a los federales hasta Maytorena.

La derrota fue desastrosa para el bando federal: 422 muertos y 180 prisioneros, además de múltiples prisioneros.[177]

175 *Idem.*

176 Miguel Sánchez Lamego, *Historia militar de la revolución constitucionalista*, p. 157.

177 Álvaro Obregón, *op. cit.* Lamentablemente no se encuentra parte federal sobre esta batalla, lo que nos hizo remitirnos a la narración del general revolucionario.

Chihuahua pertenecía a la región controlada por la 2ª Zona Militar bajo el mando del general Antonio M. Rábago.

La primera chispa de la Revolución contra el huertismo prendió precisamente ahí. Ese lugar y el vecino estado de Durango serían los territorios de los que surgiría el arma más poderosa de la Revolución Mexicana: la División del Norte.

Francisco Villa, quien sería su jefe, al momento del cuartelazo se encontraba exiliado en los Estados Unidos y regresó al país el 8 de marzo. Por esas fechas varias partidas de revolucionarios ya operaban en Chihuahua y se habían apoderado de los cuatro distritos de la sierra.

Los problemas, tanto materiales como de mando, del ejército federal fueron esenciales para la caída de esas plazas. Como muestra baste sólo un botón.

La serie de combates por el control de Hidalgo del Parral se suscitaron entre los días 5 y 7 de marzo. El jefe de los revolucionarios era Manuel Chao. Por parte de los federales, el encargado de su defensa era el general Salvador R. Mercado, quien rápidamente y en tono urgente había dado cuenta a los mandos superiores de la situación crítica en la que se encontraba.[178]

El día 5, a eso del mediodía, Mercado recibió una nota del jefe revolucionario exigiéndole la rendición de la plaza, la que obviamente fue negada.[179] Los revolucionarios emprendieron su ataque media hora después e

[178] Mercado ese día 5 había escrito: "Sírvase comunicarse con Sria. de Guerra y Marina y con el Sr. Presidente de la República por la vía telegráfica y manifestarle que esta plaza se encuentra incomunicada por todas partes y asediada por partidas numerosas de rebeldes. Lo que me es honroso comunicar a Ud. para dar cumplimiento a dicha superior orden". AHDN-RR. XI.481.5-69. Fo: 233.

[179] La nota decía: "Fuerzas leales al Gobierno Legítimo. Al frente de mil quinientos hombres estoy en las puertas de esta Plaza con orden a mis Jefes que no ataquen mientras Ud recibe la presente para que se sirva contestar a lo que en seguida expongo: Las garantías que Ud ha dado al Comercio e intereses en general, no debe desmentirlas en los momentos de prueba. Ud apoya al Gobierno del general Huerta: yo detesto la traición del mismo desconociendo su gobierno. En esta virtud ni el comercio ni el pueblo deben sufrir las consecuencias de dos fuerzas contendientes y para evitarlo propongo a Ud que salga a batirse en despoblado o que todo individuo de tropa deponga las armas, ofreciendo a Ud y Oficiales que se les dejará sus armas y garantizaré la vida de unos y de otros. De no aceptar alguna de estas dos proposiciones, espere

inmediatamente fueron ganando posiciones. La situación de los huertistas no pudo empezar peor pues a poco de iniciado el combate una fuerza de voluntarios de San Luis Potosí, que custodiaba el puesto de "Los Tinacos", al observar el avance de los rebeldes enarboló una bandera blanca y se entregaron como prisioneros. Esto facilitó la entrada de los atacantes quienes llegaron hasta la planta de la Luz Eléctrica y dejaron a la ciudad en penumbras.

El jefe federal informó en su parte de guerra que la situación para sus fuerzas se hizo más complicada debido a la "infame" ayuda que recibieron los atacantes por parte del "pueblo bajo" quienes tirotearon a sus soldados desde sus casas.

Al día siguiente las cosas siguieron en el mismo tono:

> El pueblo en número muy crecido abandonó los suburbios donde por dos días había estado ayudando con su nefasta obra y se dirigió en tumulto al centro de la Ciudad, donde al grito de "Viva Madero y mueran los pelones" quemaron el mercado y saquearon un pequeño comercio que estaba próximo, cuyos atentados no pudieron concluir por habérselos impedido los certeros fuegos de los puestos de la Iglesia del rayo de una casa de gran altura.[180]

Salvador R. Mercado, el jefe político y demás funcionarios y empleados de la administración se reunieron en un edificio desde donde continuaron haciendo resistencia, mientras que los revolucionarios se apoderaron de la iglesia y repicaron las campanas. Por la noche se suscitó el combate más feroz por la plaza. A la mañana del día siete ya el entorno se volvió insostenible para los federales: el cansancio, la sed y la falta de alimentos estaban haciendo mella en ellos. Las municiones empezaron a escasear y una de las dos ametralladoras con las que contaban se descompuso. Para poder aliviar su situación el general Mercado ordenó a uno de sus oficiales atravesar la línea de fuego, salir de la plaza y poder llegar hasta donde se encontraban las fuerzas federales al mando del coronel Francisco Castro para informarle del momento crítico en el que se encontraban y pedirle

---

Ud el empuje unánime de mis fuerzas y queda en su conciencia que el culpable del derramamiento de sangre es Ud y responderá ante el Gobierno por las infamias que surjan en medio del combate". 5 de marzo de 1913. Manuel Chao-Salvador R. Mercado. AHDN-RR. XI.481.5-69. Fo: 203.

180 AHDN-RR. XI.481.5-69. Fs.: 200-202.

apurara su marcha.[181] La oportuna llegada de Castro evitó la caída de Parral, pues llegó con una fuerza considerable: 5 jefes, 38 oficiales y 466 de tropa. En cambio, antes de su arribo, para la defensa de la plaza Mercado únicamente contó con 4 jefes, 15 oficiales y 440 de tropa.[182] Lo anterior era un completo desatino ¿por qué alguien de menor graduación contaba con mayores elementos?

De lo expuesto podemos sacar dos conclusiones: los voluntarios no eran muy aptos para luchar y los partes de Mercado muestran marcado desprecio a la clase popular.[183] Con esos prejuicios era imposible que los federales tuvieran un buen trato con el pueblo y por consiguiente se traducía en el rechazo generalizado. Por eso en el momento del ataque de los revolucionarios las simpatías de la población estaban con ellos.

Pese a que los federales obtuvieron la victoria, lo sucedido mostró claros síntomas de los problemas a los que se enfrentarían los defensores de la ciudad en los días siguientes.

La rebelión en Chihuahua fue creciendo poco a poco debido a la lenta capacidad de respuesta por parte del gobierno huertista. Aunque se sabía que el estado era uno de los más beligerantes no se le puso mucha atención, recién inaugurado el huertismo, debido a que los principales jefes revolucionarios (Pascual Orozco, Marcelo Caraveo, Cheché Campos, Benjamín Argumedo, José Inés Salazar, entre otros) habían aceptado el nuevo orden de cosas y no existía una figura política importante que pudiese encabezar la insurrección: Abraham González había sido tomado prisionero y más tarde asesinado. Además, en el estado se contaba con numerosas fuerzas militares.

181 AHDN-RR. XI.481.5-69. Fs.: 200-202. Castro había salido desde Santa Rosalía el día 5, llegó a Jiménez el día 6. El parte completo en AHDN-RR. XI.481.5-69. Fs.: 213-214.

182 Según el parte federal, a los revolucionarios se les hicieron 176 muertos y se obtuvo un botín de 50 armas y 40 caballos. Las fuerzas de Castro capturaron además 3 fusiles, un sable y ocho caballos.

183 En otra parte Mercado señala: "[…] el populacho, el que para completar su obra de pavor se apoderó de una iglesia cercana y repicó las campanas hasta el amanecer", y más adelante menciona que tuvo que controlar al pueblo a quien los agitadores habían preparado de antemano de manera fácil "dados sus reconocidos instintos a la sublevación y al saqueo", que el aprovisionamiento de sus fuerzas había sido complicado debido "por el mucho fuego que de las calles les hacía el pueblo salvaje y simpatizador [de los revolucionarios]". AHDN-RR. XI.481.5-69. Fo: 201.

Victoriano Huerta, con todos esos factores a su favor, no contó con la persistencia y el espíritu aguerrido de los jefes rebeldes y fue incapaz de someter a las diversas partidas que operaron en el estado.

Una característica inicial de esos grupos revolucionarios fue la independencia y autonomía con la que se manejaron. Las diversas partidas carecían de un jefe común y tenían que valerse con sus propios recursos. Esto provocó que no hubiera coordinación alguna e impidió que pudieran tomar una plaza de cierta importancia. No obstante, esta característica también jugó a su favor. Al ser numerosas las partidas que operaban en la región y las ventajas geográficas que ofrecía (una región extensa y cercana a los Estados Unidos) fueron circunstancias esenciales para el aumento de la rebelión en Chihuahua, ya que no presentaban un objetivo claro y único.

De esta manera, partidas poco numerosas como la de Francisco Villa fueron aumentando en número y en importancia. Apenas un mes después de su regreso al país, el 7 de abril, logró apoderarse de la plaza de Santa Isabel. Ahí le mandó un mensaje en tono desafiante al general Antonio Rábago: "aquí me tiene ya en México, propuesto a combatir la tiranía que defiende usted, o sea, la de Victoriano Huerta, con Mondragón y todos sus secuaces".[184]

El ánimo y el desaliento empezaron a cundir entre las fuerzas federales, inclusive abandonaron sus posiciones sin combatir. Así lo hizo el general Salvador R. Mercado, quien el 6 de mayo desalojó la ciudad de Parral. En su comunicación, enviada al jefe de la División, justificó su proceder diciendo que el motivo por el cual había tomado esa decisión era porque ya no contó con fondos para pagar sus haberes a sus soldados quienes se encontraban muy molestos por esa situación, que las municiones eran escasas debido a que había agotado 176 000 cartuchos en la defensa de la plaza en el mes de marzo y que los 50000 que había recibido del Cuartel general y de Torreón apenas le habían alcanzado para dotar de 300 cartuchos por plaza quedando solamente la cantidad de 20 cartuchos de refacción por cada uno con lo cual consideraba que era imposible mantener un combate de más de 24 horas. Esto, sumado a que el Cuartel general le había dicho que no había tropa que proporcionarle; que los víveres y forrajes escaseaban y los pocos que había eran sumamente caros; que le hacían falta elementos para poder cubrir el perímetro de defensa de la plaza; que los hombres con los que contaba estaban enfermos o no eran

184 Pedro Salmerón, *La División del Norte...*, p. 307.

aptos; y que tenía la plena seguridad de que el jefe Antillón comandante de los irregulares de Lavalle Bassó se pasaría al bando contrario pues tenía noticias de que había ofrecido sus servicios a Maclovio Herrera, hacían su situación muy complicada.

Indicaba además que la superioridad del enemigo era considerable pues estimaba en unos 3 000 hombres las fuerzas rebeldes cuando él apenas podía contar con 600. También decía tener la seguridad de que el pueblo apoyaría a los revolucionarios en vista de otro posible ataque; y que algunas personas se acercaron a él diciendo que en caso de que se combatiera en el lugar la población sufriría muchísimo lo mismo que algunos intereses estadunidenses, por lo cual le sugerían no luchar.

Finalizaba su parte diciendo que ponía todos esos informes a su consideración para que se le pudiera abrir una averiguación o el juicio correspondiente para dejar a salvo su honor militar, su decoro y dignidad.[185]

El general Mercado envió copia de su parte a la Secretaría de Guerra, a la que añadió una frase que es preciso citar:

> Lo que tengo la honra de trascribir a Ud para que a su vista se sirva tomar en consideración los motivos que me obligaron a evacuar la Plaza de H. del Parral; pues creo que si con ello resulta de alguna responsabilidad, será del Cuartel general de esta División, que no me proporcionó los elementos que con tanta insistencia le pedí ni me dio sus instrucciones.[186]

La frase es un claro ejemplo que muestra cómo los mandos militares para quitarse culpas empezaron a señalar a sus compañeros de armas como los verdaderos responsables, dando pie a rencillas dentro del Ejército Federal. Por lo pronto las cosas no pasaron a mayores: al general Mercado no se le formó juicio,[187] ni se le fincó responsabilidad al comandante de la División

185 Salvador R. Mercado-General Jefe de la División. AHDN-RR. XI.481.5-69. Fo: 238.

186 Salvador R. Mercado-Secretario de Guerra. Como respuesta al margen del documento sólo se escribió: "Enterado y opine el Departamento de Estado Mayor". AHDN-RR. XI.481.5-69. Fs.: 244-245.

187 El general Brigadier Jefe del Departamento de Estado Mayor, E. Camargo escribió al secretario de Guerra y Marina: "El Departamento de mi cargo considera que las razones expuestas por el señor general Mercado demuestran la imposibilidad que tuvo para seguir sosteniéndose en El Parral y si hubiera obrado de otra manera se habrían perdido los elementos de guerra que logró salvar; sin embargo como la Ordenanza general del Ejército en su artículo número 1326 –previene que siempre que un jefe sea

aunque poco después este último fue sustituido en el mando por el propio Mercado.

En lugar de castigar a Mercado la Secretaría de Guerra lo premió con la jefatura de la División. Ello dejó un mal antecedente, pues fue una manera de alentar el abandono de sus puestos. Independientemente de si la decisión que se tomó fue la correcta o no, ya tendremos oportunidad de exponer que, como jefe federal, Mercado era muy poco eficiente.

Los documentos son significativos porque muestran que transcurría bastante tiempo antes de que los altos mandos se enteraran con certeza de lo que pasaba en las diversas zonas. También revelan que la presión, tanto de la población como de los intereses estadunidenses, fue fundamental para el desalojo de algunas plazas ante el temor de sufrir algunos daños por las operaciones militares.

Ante el incremento de la rebelión en el estado, Huerta se vio obligado a enviar refuerzos que ayudaran a los federales a poner en calma la situación y mandó a la región a los exjefes revolucionarios: Pascual Orozco, Marcelo Caraveo, José Inés Salazar y Rojas, quienes salieron de la ciudad de México el 9 de mayo con rumbo al norte de la República.

Durango

El Estado de Durango estaba comprendido en la 11ª Zona Militar, con Cuartel general en Torreón, que abarcaba también la parte Sur del Estado de Coahuila hasta Parras y la parte norte de Zacatecas. El jefe militar de la zona era el general Fernando Trucy Aubert y estaban bajo su mando las jefaturas de armas de Coahuila y Durango. Cuando Trucy Aubert salió con rumbo hacia Saltillo como jefe de la jurisdicción quedó el general Eutiquio Munguía.

---

derrotado, se rinda al enemigo, capitule, abandone una plaza o puesto atrincherado, se abrirá una averiguación previa para examinar su conducta y si resultaron indicios de responsabilidad, será consignado a las Tribunales Militares, Ud. se servirá determinar si se procede en esta forma o teniendo en consideración los motivos expuestos por el general Mercado, se contesta sólo de enterado". A lo que se le respondió: "Que por lo pronto se le conteste de enterado quedando pendiente hacerse la averiguación cuando las circunstancias permitan hacerlo en el lugar de los sucesos". AHDN-RR. XI.481.5-69. Fo: 251.

El jefe de armas de Durango era el coronel Justiniano Gómez, quien al recibir noticia de que los revolucionarios[188] habían cortado las líneas ferroviarias envió al capitán 1º de Caballería Francisco Gálvez a repararla. El día 12 de marzo Gálvez llegó a la estación de Yerbaniz donde tuvo un encuentro con los rebeldes al día siguiente. Ahí logró derrotarlos dando muerte a su jefe Eutimio Reza.

Ese mismo día, por la noche, los revolucionarios tomaron revancha y lograron derrotar a los federales en Cuencamé. La victoria fue importante. Pereyra y Ceniceros con la pronta ayuda de Contreras lograron obtener un botín de alrededor de 300 carabinas, y dieron muerte al jefe federal teniente coronel Esteban Barrios.

El motivo por el cual perdieron este encuentro los federales fue la imprudencia del teniente coronel Barrios quien atacó una plaza que era defendida por un número muy superior a sus fuerzas. El jefe federal contaba con 200 elementos y los revolucionarios eran alrededor de 800 efectivos. Es decir, los rebeldes tenían una superioridad de 4 a 1 y además contaban con la ventaja de una posición defensiva. De esta manera era casi imposible que los federales ganaran el encuentro. El capitán federal Jesús V. García, del 1er. Regimiento, quien quedó al mando de las fuerzas federales a la muerte de Barrios, comprendiendo aquello ordenó la retirada.

El 22 de marzo Contreras y Pereyra tomaron sin ningún disparo el pueblo de El Rodeo, debido a que parte de la fuerza irregular federal al mando del capitán 2º Ezequiel Ramos se incorporó a los revolucionarios. La deserción se volvió a hacer presente cuando los revolucionarios se acercaron a San Juan del Río, ahí los tenientes irregulares Abraham Treviño y Sosa también cambiaron de bando. Fue por ello que el Teniente coronel

[188] En el estado de Durango también surgieron varios personajes que serían clave en la integración de la División del Norte. Ahí se levantaron en armas Severino Ceniceros, Orestes Pereyra, Calixto Contreras y Tomás Urbina. Orestes Pereyra quien era comandante del 22 Cuerpo de Rurales de guarnición en la ciudad de Nazas marchó a Cuencamé a donde se reunió con Contreras. Everardo Gamiz Olivas, *La revolución en el estado de Durango,* p. 40. Tomás Urbina junto a Ramón Arreola se levantó en armas en Indé y atacó la población de Mapimí, la cual tuvo que abandonar días después por el avance de las fuerzas huertistas del jefe irregular Emilio P. Campa. Urbina se dirigió al estado de Chihuahua y ahí tomó la plaza de Jiménez el 13 de abril. Miguel Sánchez Lamego, *Historia militar de la revolución constitucionalista. Primera parte,* pp. 221-223.

Serafín R. Hernández jefe de la fuerza huertista decidió evacuar la plaza para concentrarse en Durango.[189]

El resto del mes las fuerzas federales sostuvieron diversos encuentros con las fuerzas revolucionarias de Pereyra y Contreras. El día 25 de marzo los federales fueron emboscados en la Estación El Centro. Tres días después hubo otros enfrentamientos entre la Estación Tapona y Estación Gabriel, ambos favorables para los insurrectos. Todo ese mes y parte del siguiente se siguieron suscitando pequeños combates entre federales y rebeldes.[190] Además de las fuerzas de Contreras y Pereyra también los Arrieta amagaron varios puntos del estado. Fue hasta finales del mes de abril cuando se dio una de las operaciones militares más importantes. Fue el primer intento de los revolucionarios por hacerse de la capital del Estado.

En ese mes también se dieron algunos cambios militares importantes en la zona. El día primero el general de división Ignacio A. Bravo sustituyó al general brigadier Eutiquio Munguía en el mando de la 11ª Zona Militar. Ese mismo día el coronel de Infantería Ignacio Morelos Zaragoza sustituyó al coronel Justiniano Gómez como Jefe de Armas de Durango, pero el relevo no duró demasiado pues Morelos Zaragoza a los pocos días fue sustituido por el general Antonio M. Escudero[191] quien por entonces contaba con 49 años.

Primer ataque a Durango

El general Antonio M. Escudero fue el encargado de defender la ciudad del ataque de los revolucionarios. Para ello contó con una fuerza de aproximadamente 600 hombres, 2 piezas de artillería Saint Chaumont-Mondragón de 75 mm, además de 120 elementos de un Cuerpo de Voluntarios de la Defensa Social bajo el mando del mayor de caballería Rafael Vega Roca.

El día 23 los revolucionarios iniciaron su ataque. Toda la noche se sostuvo un tiroteo que continuó a la mañana del día siguiente. El fuego revolucionario también fue apoyado por vecinos que dispararon desde sus casas contra los federales, esto provocó que cayera un fortín que el general Escudero había establecido en el rancho de Zataráin. Fue entonces cuan-

189 Miguel Sánchez Lamego, *Historia militar de la revolución constitucionalista...*, pp. 224-226.
190 Pedro Salmerón, *La División del Norte...*, p. 323.
191 Miguel Sánchez Lamego, *Historia militar de la revolución constitucionalista...*, p. 226.

do el jefe federal ordenó que la fuerza de reserva, compuesta por el 14º Regimiento de Caballería, emprendiera un contraataque y con el apoyo de los cañones con los que contaba lograron recuperar la posición. Todo el transcurso del día 24 los revolucionarios hicieron intentos infructuosos por tratar de romper las líneas de defensa federales. El combate continuó hasta la madrugada del día siguiente. La llegada de unos 350 elementos bajo el mando del general irregular Jesús José Campos obligó a los revolucionarios a retirarse.

Todavía al día siguiente las fuerzas rebeldes emprendieron otro ataque, pero fue muy débil y finalmente se marcharon. Ante el fracaso de su intento los revolucionarios decidieron separarse: Pereyra y Contreras volvieron hacia su zona de seguridad, Cuencamé; los Arrieta marcharon a Canatlán, y los Pazuengo se dirigieron al Pánuco. Las bajas de los revolucionarios fueron de 62 muertos, mientras que los federales solamente tuvieron 16 muertos y 9 heridos. Esta vez no hubo deserciones.[192]

En lo que restaba del mes y en los primeros días del siguiente se dieron pequeños encuentros sin importancia, a excepción del combate de Pedriceña y Velardeña. Las guarniciones de estos lugares estaban bajo el mando del mayor federal Eufrasio Radillo y del capitán 1º Francisco Gálvez. Ambas fuerzas combatieron el 6 de mayo contra las fuerzas de Contreras. Ahí los federales sufrieron una enorme derrota. De los aproximadamente 500 elementos con los que contaban solamente se presentaron en Torreón 10 oficiales y 143 de tropa, todos los demás fueron declarados como "dispersos".[193]

Entusiasmados por la serie de victorias que estaban obteniendo, los revolucionarios tomaron el acuerdo de volver a atacar nuevamente la capital del estado, y para ello decidieron llamar a Tomás Urbina para que se hiciera cargo de las operaciones militares.

Segundo ataque a Durango

El 17 de junio de 1913 a las 11:15 de la noche las fuerzas revolucionarias atacaron la ciudad de Durango.[194] El asalto fue vigoroso, y a la mañana del día siguiente los revolucionarios lograron apoderarse del Cerro de Los Re-

192 *Ibid*., pp. 235-236, 238. Ignacio A. Bravo-Secretario de Guerra y Marina. Transcribe el mensaje de Escudero. AHDN-RR. XI.481.5-69. Fs.: 284-289.

193 Miguel Sánchez Lamego, *Historia militar de la revolución constitucionalista...*, p. 238.

194 AHDN-RR. XI/481.3/391. Fs.: 23.

medios, punto esencial en la defensa militar. Ese hecho desmoralizó a los federales quienes empezaron a huir desordenadamente. Según unas versiones el general Antonio M. Escudero, jefe de armas de la plaza, fue uno de los primeros en abandonar la ciudad. La falta de un dirigente originó el caos: federales y civiles que temían ser víctimas de las represalias de los revolucionarios buscaron una salida. "Los soldados rezagados aventaban el uniforme, las insignias y se disfrazaban de paisanos".[195] Pocos pudieron escapar por el lado oriente, la mayoría quedó muerta en el camino, entre ellos dos hacendados: Emilio Bracho y Miguel Lozoya.[196] Algunos de los federales y civiles que permanecieron en la ciudad se refugiaron en iglesias y conventos.

Ya casi para terminar el día, los revolucionaros entraron a la ciudad en medio del repicar de las campanas de los templos de la ciudad.[197] Se fusiló a los jefes de los federales que cayeron prisioneros.[198]

Pero los federales no fueron los únicos que sufrieron la ira de los revolucionarios, sino también la gente de dinero que observó cómo sus comercios fueron saqueados y después incendiados, al igual que sus casas.[199] La

195 Gabino Martínez Guzmán y Juan Ángel Chávez Ramírez, *Durango: Un volcán en erupción*, p. 203.

196 Matías Pazuengo, *La Revolución en Durango*.

197 El Cónsul de Estados Unidos en la ciudad informó a su gobierno: "No hay palabras para describir las escenas que siguieron a la entrada rebelde. Los negocios y las casas particulares [fueron] ampliamente saqueadas; [la] principal zona comercial incendiada; prisioneros liberados…Extranjeros…sufrieron lo mismo que [los] nativos. Prevalece absoluta anarquía". Informe del Cónsul de Estados Unidos con fecha 21 de junio de 1913. Tomado de Charles C. Cumberland, *La Revolución Mexicana. Los años constitucionalistas*.

198 Juan Bautista Vargas Arreola dice que en la huerta de la propiedad La Raya del Norte, lugar a donde se estableció el cuartel general, se concentró a los prisioneros y que el día 19 fueron ejecutados los jefes federales, entre ellos el coronel Serafín Hernández. Lamentablemente no da cifras. Juan Bautista Vargas Arreola, *A sangre y fuego con Pancho Villa*. Otra fuente dice que sólo se fusiló a dos de ellos. Gabino Martínez Guzmán y Juan Ángel Chávez Ramírez, *op. cit.*, p. 203.

199 Algunas versiones dicen que fue la gente de Domingo Arrieta la que alentó los saqueos. La gente de Calixto Contreras si bien no participó en el saqueo tampoco reprimió a los que lo estaban llevando a cabo porque "consideraba justo el desborde popular tras décadas de opresión". Pedro Salmerón Sanginés, "Lucha agraria y revolución en el oriente de Durango (1900-1929)", en *Historia Mexicana*, p. 138. Katz también considera este desborde popular como justificado, pues "Durango fue una de las pocas ciudades en que las clases altas decidieron tomar las armas ellas mismas, y no dejar la lucha en manos de los federales o de mercenarios. Habían constituido una unidad militar llamada Defensa Social, que no sólo combatió contra los sitiadores,

gente acomodada de Durango por primera vez se encontró de frente con el terror en sus puertas.

El testimonio de Esperanza Rangel, hija del hacendado Luis Rangel Saldaña y de Refugio López Negrete Gurza es una muestra del miedo que invadió a la gente rica de Durango al ingreso de los revolucionarios:

> Todo el día hubo balaceras y bombazos por las calles, y en la noche siguió peor, aumentando el horror de la situación la carencia absoluta de luz, pues no se veía más que la que producían los incendios. A la hora del rosario asaltaron un grupo de revoltosos borrachos el arzobispado descargando sus rifles sobre la puerta y al mismo tiempo otros tiraban por la azotea a las puertas de la capilla llena de voluntarios, señoras y niños, repitiéndose eso por dos noches. Fueron incendiadas las tiendas de El Castillo, El Pescador, La Corbeta, La Baja California, La Suiza, la Durango Clothing Company, La Francia Marítima, El Centenario con los portales de la Cruz Roja y la casa del Convento de las Carmelitas que fueron a refugiarse al templo de San Agustín, llevando al Santísimo Sacramento la Madre Superiora. El resto de las casas de comercio y casi todas las casas particulares fueron más o menos saqueadas, abriéndolas los revoltosos con balazos que pegaban en las chapas de los zaguanes, uno de esos tiros mató al padre Martínez, al pasar por el zaguán de una casa contigua al seminario, y comunicada con éste por un agujero, comunicación que se puso casi en todas las casas con los vecinos para auxiliarse mutuamente los vecinos en caso de apuro. El padre Martínez vivió algunas horas y murió en el seminario con todos los auxilios espirituales, siendo sepultado en el huerto del mismo seminario. Entre las casas de comercio incendiadas había casas habitación y hoteles a los que se comunicó el fuego destruyéndolos totalmente como el Café de la Unión, o nomás una parte, como la casa de Pepa L. de López, donde había un hotel, y que se incendió nada más una parte. Además de la falta de luz, faltaba también el agua en las llaves y como había aglomeración de gente en algunas casas y no se podía salir a la calle, pronto se dejó sentir la carestía de lo más necesario, pasando casi todas las familias el día de la toma, sin comer ni cenar. Al día siguiente y con muchos trabajos empezó a conseguirse algo en el

---

sino que ejecutó a los simpatizantes de la revolución dentro de la ciudad". Friedrich Katz, *Pancho Villa*, t. I..., p. 250. Urbina al ver que los desmanes eran enormes se vio obligado a ordenar la represión. Inclusive mandó fusilar a los culpables de esos desórdenes. Graziella Altamirano, Rosa Helia V. de Mebius, César Navarro, Guadalupe Villa, *Durango. Una historia compartida. 1821-1920*, p. 82.

arzobispado. Según algunas personas que tuvieron la curiosidad de contarlo, había cerca de trescientas personas, estando entre ellos, la familia Curbelo…, la de Manuel Urquidi, la de don Rafael Bracho…, la del ingeniero don Manuel Rangel… la de don Antonio Rangel, Ignacio Rangel y hermanas, Ángel del Palacio…, la señora Angelita Flores (viuda del que fuera gobernador de Durango) fue disfrazada de monja carmelita a arreglar asuntos con su señoría, quedándose después allí de incógnito sin salir de la sala para nada… Estaban las familias más conocidas… y muchos miembros de la Defensa Social, algunos desconocidos y otros que no me acuerdo…[200]

Era esa gente la que había ayudado y participado en el derrocamiento de Madero y que ahora apoyaba a Huerta económicamente[201] y era esa misma gente la que había pedido la sangre de los que habían apoyado a los revolucionarios en el primer ataque a la ciudad. Es cierto que los ricos querían la sangre de los simpatizadores de los revolucionarios. Al menos así lo dijo meses después el propio general Antonio M. Escudero a Silvestre Dorador, uno de los maderistas que fueron hechos prisioneros acusados de disparar desde su casa contra los federales y la Defensa Social:

200 Esperanza Rangel y López Negrete, "La toma de Durango: una mirada femenina", *Bicentenari*o.

201 Esos señores del dinero eran quienes a través de *El País* pedían cuentas al gobierno sobre su ineficacia para contener a los revolucionarios. En su sección editorial del 10 de junio titulada "¿Quién es el culpable?", expresaba: "Nunca en la época de Madero, sin tantos arreos militares, sin generales-gobernadores en diez y seis o dieciocho estados, sin la opinión favorable de los hombres de bien, y el apoyo decidido del Ejército, nunca en esa época, decimos, la patria había tenido que lamentar sucesos tan desgraciados, tan bochornosos, tan horriblemente trágicos y sombríos". […] "Hay más de cincuenta mil hombres de ejército y ¡¡las hordas pueden apoderarse de Zacatecas!! Es el colmo de los colmos; es lo más grave que hemos presenciado en estos últimos tiempos. A Madero le decíamos –lo recordamos bien– en un editorial nuestro: "quieres empréstito cuando los zapatistas asaltan trenes y asesinan pasajeros, quieres empréstito cuando no puedes exterminar el bandolerismo; quieres que aplaudamos tu labor cuando eres inepto y torpe…". ¿Qué debemos decirle, para no ser injustos, al gobierno actual?". "Ha llegado la hora de que se depuren responsabilidades. ¿Quién tiene la culpa de la caída de Matamoros y Zacatecas? ¿Quién? He aquí la incógnita que debe buscar y encontrar el Gobierno; porque si no la halla, si no pone remedio a esta situación, los lamentos de las viudas y de los huérfanos jamás podrán sofocarse y serán escuchados por la Nación entera. PORQUE SON LOS LAMENTOS DE LA JUSTICIA".

> El día de los sucesos, cuando lo aprehendieron, tomando informes, acabé de confirmar lo que me habían dicho. Hoyos, que acompañaba a sus aprehensores, me aseguró que en su casa no había encontrado nada que lo hiciera sospechoso, y por tal razón todas las acusaciones que se siguieron, no pude menos que verlas como una trama, que fortuna para usted fue muy mal hecha. Tanto molestaron aquellos señores con que lo mandara a fusilar con sus hijos y con aquel joven estudiante Gaxiola, que me vi en el caso de tratarlos con dureza. Recordándome entonces que si era soldado de la buena Escuela del general Díaz, imitara su ejemplo; y aquel señor Bracho de barba grande, que me dicen murió, (don Emilio, le interrumpí), me pidió que aplicara a ustedes la máxima del general encerrada en las célebres frases de "Mátalos en caliente"; pero como ninguno me presentara una sola prueba de sus acusaciones, les dije que aunque educado en la Escuela del general Díaz, yo no era asesino. El señor Escudero continuó: -Ahora sé que muchos de los que me pidieron su fusilamiento, lo han ido a visitar al Hotel, le dan abrazos en la calle y lo felicitan. Sus paisanos, señor Dorador, por lo menos entre ciertas clases sociales, son muy hipócritas y gentes muy falsas: comulgan todos los días y tienen muy mala alma… Tan calumniado como usted entonces, lo fui yo después, diciendo que vendí la plaza en quién sabe cuántos cientos miles de pesos; y en el proceso que me siguieron aquí, hicieron la declaración al general Blanquet de que si los hubiera fusilado a ustedes tal como ellos me lo habían pedido, no habría caído Durango![202]

El sentimiento de frustración y de impotencia que debieron sentir las clases acomodadas seguramente fue mayúsculo, pues en el estado de Durango no sólo apoyaban económicamente al gobierno huertista sino también lo ayudaron con armas y un fuerte contingente humano, pues formaron un grupo de Defensa Social, compuesto por jóvenes de la aristocracia duranguense, y quien había tomado posiciones en varias torres de los templos y otros puntos al interior de la plaza.[203] Los ricos de Durango apostaron gran parte de su riqueza en la defensa de la ciudad y no quedaron nada

[202] Silvestre Dorador, *Mi prisión, la defensa social y la verdad del caso*, pp. 206-207.

[203] Graziella Altamirano, *op. cit*., p. 81. A decir de Vargas: "La corporación de aristócratas contaba con tales simpatías entre los ricos de Durango, que al salir a instrucción lo mismo que a su regreso del rumbo del hospital nuevo, comisiones de damas se congregaban a su paso para arrojarles flores desde los balcones de ese sector de la ciudad". Entre las Defensas Sociales figuraban "Los Bracho, Los Gurza, Los Torres, Saldaña, los Irazoqui, los Santa Marina". Vargas, *op. cit*., pp. 139-141.

contentos cuando el encargado de su protección, el general Escudero, los dejó abandonados. Por ello, exigieron castigar al culpable.[204]

La impresión que quedó en los federales, en la clase pudiente de Durango y en la Defensa Social, fue la de que el general Escudero huyó vergonzosamente y sin ofrecer mucha resistencia a los revolucionarios. El general Ignacio A. Bravo, quien para entonces era el jefe de la División del Nazas, así lo comunicó a la Secretaría de Guerra, pues dijo que Durango había caído fácilmente:

> porque así me lo aseguraron casi todos los Jefes, Oficiales y paisanos así como los individuos que formaban la Defensa Social que lograron retirarse de aquella, asegurando la mayor parte de ellos, que si se hubiera hecho una defensa en regla, seguramente no sólo se hubiera retirado el enemigo, sino que tal vez se le habría perseguido y derrotado.[205]

Debido a estos informes el general Ignacio A. Bravo mandó aprehender tanto a Escudero como al gobernador del Estado, Licenciado Jesús Perea.

El hecho de que el general encargado de la División del Nazas tuviera prisionero a Escudero y que la prensa hiciera eco de las acusaciones que sobre él pesaban[206] originó tanta presión que la Secretaría de Guerra creyó conveniente llamar al militar para que respondiese a los cargos que se le hacían.[207]

204 Ello fue una más de las razones para que se le formara proceso al general Escudero.

205 AHDN-RR. XI/481.3/391. Fs.: 47-48. La prensa recogió impresiones similares entre las personas que participaron en la defensa y que se encontraban dispersas en Torreón, quienes señalaban que a su parecer Escudero había dictado órdenes desacertadas y evacuó la plaza sin justificación. *El Imparcial*, 4 de julio de 1913.

206 La pérdida de Durango fue duramente recriminada a través de la prensa. *El País* en sus columnas dio cabida en sus páginas a un largo artículo titulado: "Hay un responsable del espantoso desastre registrado últimamente en la C. de Durango", en el que decía que un hombre como Escudero no debía pertenecer al Ejército. *El Imparcial*, por su parte, consideraba totalmente justo que se hiciera un juicio al general, al respecto señalaba: "Se comenta favorablemente para el gobierno, el hecho de que se procediera con extremada energía, castigando como es merecido al señor general Escudero, en el caso de que dicho señor sea en efecto responsable de los cargos que se le imputan". *El Imparcial*, 5 de julio de 1913. Las páginas de éstos y otros diarios condenaron enérgicamente la caída de Durango y la actitud asumida por el general Escudero.

207 *El Imparcial* el 9 de octubre anunciaba que pronto llegaría a la ciudad de México, junto con los generales Munguía y Bravo. Al día siguiente dio la noticia de que los militares ya eran trasladados. El periódico decía que Bravo no tenía nada que ver en la derrota

La Prisión de Santiago Tlatelolco fue el lugar que albergó al general Escudero a su llegada a la ciudad de México. El primer interrogatorio al militar se llevó a cabo el 12 de octubre de 1913 en el cuartel de Zapadores. Los cargos que se le hacían eran por infracciones a los artículos 217 fracción III segunda parte, de la Ley Penal Militar, en relación con los artículos 520 y 528 de la Ordenanza general del Ejército y 222 y 254 de la misma Ley Penal. Es decir "por infracción a sus deberes militares, abandono de puesto militar y contra el honor militar". En síntesis, por haber desalojado la ciudad de Durango sin haber puesto mucha oposición al embate de los revolucionarios.

A Escudero se le hizo saber que la causa se le instruía por orden de la Secretaría de Guerra y se le mostró el oficio relativo. Ahí nombró sus defensores al de Oficio Ciudadano coronel Diego Baz y al licenciado Víctor Manuel Castillo. El general dio su versión de los hechos.[208]

---

de Torreón, pues había sido relevado con anterioridad en el mando, pues él lo solicitó por motivos de salud. Otra de las razones que seguramente obligó a Victoriano Huerta a formarle juicio a Escudero fue porque era la primera ciudad importante que caía en manos de los revolucionarios, además de tener el agravante de que "la Plaza de Durango fue perdida de manera vergonzosa".

208 AHDN-RR. XI/481.3/391. Fs: 23-25, 43. Los artículos en cuestión decían:

Artículo 520 de la Ordenanza general:

"El más grave cargo que se puede hacer a todo militar y muy particularmente a los jefes, por razón de su elevada jerarquía, es el de no haber dado cumplimiento a la Ordenanza y a las órdenes de sus respectivos superiores. La más exacta y puntual observancia de ellas es la base fundamental del servicio, y por el bien de él se vigilará y castigará severamente al que las contraviniere".

Artículo 528 de la Ordenanza general:

"Todo el que tenga mando en un puesto será responsable de la vigilancia de su tropa, del exacto cumplimiento de las órdenes particulares, debiendo tomar en los accidentes y casos imprevistos el partido correspondiente a su situación y objeto, eligiendo en los dudosos el más digno de su espíritu y honor".

Artículo 222 de la Ley Penal Militar "que castiga al militar que por cobardía es el primero en huir en una acción de guerra o a la vista del enemigo, marchando a encontrarlo o esperándolo a la defensiva y los que conduciendo una bandera o estandarte no lo defiendan hasta perder la vida".

Artículo 254 de la Ley Penal Militar "que castiga con la pena capital al militar que fuera del caso del artículo 255, abandone el puesto que tuviere señalado para defenderlo o para observar al enemigo.

El artículo 255 previene que el comandante de una posición o el encargado de un puesto que lo abandone sin haber hecho todo lo posible para conservarlo y defender

El general Escudero alegó en su favor que desde bastante tiempo atrás había pedido constantemente a la Secretaría de Guerra recursos, tanto humanos como materiales que nunca le llegaron. Por tal motivo, indicó que contó con pocos elementos para la defensa de la ciudad.

El argumento del general Escudero tenía algo de verdad. Las fuerzas que tuvo para la defensa de la plaza fueron casi dos mil hombres, de los cuales menos de la mitad pertenecía al ejército regular.[209] Mientras que las fuerzas atacantes las triplicaba, pues se calcula su número entre 6 000 y 8 000 revolucionarios.[210]

El general Antonio M. Escudero había informado desde el mes de mayo a la Secretaría de Guerra de su crítica situación y de las noticias

---

el honor de las armas, será castigado con la pena de diez a quince años de prisión". AHDN-RR. XI/481.3/391. Fs.: 99-100.

209 Escudero dice que contó con 1 223 hombres, de los cuales 848 pertenecían a las fuerzas federales y 375 a las del estado, a quienes se les distribuyeron 200, 250 y 300 cartuchos por plaza y sin quedar municiones de reserva. Los hombres de la Defensa Social eran cerca de 500, municionados algunos por el estado a razón de 100 cartuchos por hombre y otros por su propia cuenta. Esto da un total de 1 773. Respecto al armamento se menciona que tenía dos cañones con sesenta granadas de bala y cuatro fusiles Maddsen. AHDN-RR. XI/481.3/391. Fs.: 23-2.

210 De las diversas fuentes que han trabajado la batalla se puede estimar que el número de las fuerzas revolucionarias era la siguiente: Calixto Contreras: 3 000; Domingo y Mariano Arrieta: 2 000; Los Pereyra: 1 000; Matías y Sergio Pazuengo, Tomás Urbina: 2 200. Total: 8 800, aunque la cifra parece exagerada, es un hecho que los revolucionarios eran más de los 5 000 que calculaba el general Escudero que habían atacado Durango. AHDN-RR. XI/481.3/391. Fs.: 23-24. Martínez Guzmán…, p. 201; Adolfo Terrones Benítez, "Segundo ataque y toma de la Plaza de Durango, Dgo., durante los días 17 y 18 de junio de 1913", *El Legionario*, septiembre-octubre de 1956. Los rebeldes durangueños a través de Pereyra escribieron a Urbina para pedirle su ayuda y a la vez ofrecerle el mando de las fuerzas que atacarían a Durango. Urbina como respuesta escribió a Pereyra que salía inmediatamente con 2 200 hombres. Graziella Altamirano, *et al.*, *Durango. Una historia compartida. 1821-1920*, pp. 80-81. Urbina marchó con la brigada Morelos, y con él iban los generales José Rodríguez, Román Arreola, Carlos Almeida, Pablo C. Seañez, Faustino Baranda y Rodolfo L. Fierro. Los revolucionarios establecieron su cuartel en Las Tapias, frente al cerro de Los Remedios y ahí se delineó el plan de ataque: "De acuerdo con esta junta, el general Urbina se reservó la toma de la más difícil posición del enemigo sobre el cerro de Los Remedios con la brigada Morelos a sus órdenes. Al general Calixto Contreras le tocaron las posiciones situadas entre el cerro del Mercado y la estación del ferrocarril, con fuerzas de la brigada Benito Juárez; al general Orestes Pereyra, el panteón de Oriente con la brigada Durango; y los hermanos Arrieta (o sea Domingo, Mariano y Eduardo), quienes contaban con mayores efectivos, cubrirían los sectores de poniente a sur de la misma plaza". El propio Vargas Arreola formaba parte de esas fuerzas. Vargas Arreola…, pp. 138, 140.

que tenía sobre los preparativos que estaban haciendo los revolucionarios para reunirse y atacar la ciudad de Durango. A ello se le había contestado que evitara a toda costa la reunión de los rebeldes y sin esperar a que se acercaran a la ciudad salir en su persecución hasta exterminarlos.[211] Escudero no cumplió la orden en parte por intromisión del gobernador del estado, Licenciado Jesús Perea, quien lo convenció de no salir por el temor de dejar desguarnecida la ciudad,[212] y en parte porque no se le habían hecho llegar las armas y municiones que varias veces pidió, debido a la interrupción de las comunicaciones y la falta de elementos para escoltar los trenes de reparación.[213] No obstante, la falta de cumplimiento de la orden venida de la Secretaría de Guerra era una falta de Escudero al artículo 520 de la Ordenanza general, y esto sólo era el principio.

Otros elementos que destacaba el general Escudero que jugaron en su contra en la defensa de la ciudad fue el apoyo que tuvieron los revolucionarios de parte de un gran sector de la población. En su declaración Escudero dijo:

> que desde el principio del combate pudo notarse la presencia de gente hostil a los defensores de la Plaza, en el interior mismo de ésta, que media hora después de iniciado el ataque el mayor Rafael Vega y Rocca era muerto en las calles de Gómez Palacio, cerca del Templo de San José que estaba siendo atacado por hombres del pueblo, quienes pretendían incendiar el templo referido, y que poco después, la Penitenciaría y los Fortines situados hacia el mismo rumbo, eran igualmente atacados por habitantes de la ciudad, por lo

211 Miguel A. Sánchez Lamego, *Historia Militar de la Revolución Constitucionalista*; Altamirano…, p. 80. AHDN-RR. XI/481.5/107. Fs.: 276.

212 *Idem*, AHDN-RR. XI/481.5/107. Fo: 326. Perea después del cuartelazo en la ciudad de México mandó llamar a los generales Ignacio M. Zaragoza y al general Escudero para mostrarles el telegrama en que se le anunciaba la confirmación de las Cámaras de la exaltación de Huerta a la Presidencia y les dijo que estaba seguro que el Poder Judicial del Estado aceptaría la nueva administración, no así el Poder Legislativo al que necesitaría "diplomaciar" para que estuviera conforme con la nueva situación, pues consideraba que encontraría algunas dificultades pues el Ingeniero Carlos Patoni, Gobernador constitucional era un intransigente maderista. Poco después llamó a Zaragoza para comentarle de la conveniencia de alejar a Patoni para que pudiera obrar con mayor libertad. AHDN-RR. XI/481.3/391. Fs.: 48-49.

213 AHDN-RR. XI/481.5/107. Fs.: 326. *El Imparcial* dio noticia de que el gobierno sí le había suministrado tanto parque como municiones para los dos cañones con los que contaba. En realidad nunca le llegaron. *El Imparcial*, 4 de julio de 1913.

que hubo necesidad de tomar cincuenta hombres pie a tierra del sostén de la artillería, para reforzar los puestos del templo de San José y de la Penitenciaría, no obstante lo cual fue imposible evitar la invasión del populacho, el que continuó atacando esos puntos y los de las huertas de aquel rumbo con bombas de dinamita.[214]

Lo dicho por Escudero no era ninguna invención, la gente del pueblo no solamente disparaba a los federales desde sus casas sino que también les daba protección a los revolucionarios del fuego federal. Inclusive algunos ferrocarrileros por debajo de una serie de furgones que había colocados cerca de la Casa Redonda de la Estación, lograron introducir a la ciudad a grupos de revolucionarios.[215]

La opinión de los otros militares

Los compañeros de Escudero quienes también tenían mando de fuerzas en la ciudad culparon al gobernador de no mostrar interés en volver a tomar el control en la zona después del primer ataque que había sufrido la ciudad en el mes de abril.[216] Inclusive el general Ignacio Morelos Zaragoza sugirió que el gobernador estuvo en comunicación con los grupos revolucionarios y les pasaba la información sobre las disposiciones de defensa de la ciudad. En su declaración, Morelos Zaragoza, también daba detalles de la estrecha relación entre Escudero y Perea, quienes se reunían diariamente, y aunque consideraba que la actuación de Escudero fue equívoca señalaba que no había sido de mala fe sino originada por el exceso de confianza que había puesto en el gobernador, y aún sugería que Perea había sido el culpable del distanciamiento que existía entre él y el general Escudero.

En lo que respecta a Escudero, la mayoría de los militares lo culparon de no dirigir bien las operaciones de defensa ni de desalojo. Pero lo más reprobable para los ojos de sus compañeros de armas no era que no hu-

214 AHDN-RR. XI/481.3/391. Fs.: 44-46.

215 La actitud de apoyo que brindaron los ferrocarriles a los revolucionarios se debió seguramente a que en las fuerzas rebeldes participaban varios exempleados ferrocarrileros, quienes una vez que las fuerzas revolucionarias tomaron la ciudad también recuperaron sus empleos en los ferrocarriles.

216 Los pormenores de este primer ataque en Adolfo Terrones Benítez, "Primer ataque a la Plaza de Durango. Efectuado del 24 al 26 de abril de 1913", *El Legionario*, junio-julio de 1956. AHDN-RR. XI/481.5/107. Fs.: 350.

biera tomado las disposiciones de defensa necesarias, o que no hubiera resistido más tiempo con los elementos con los que contaba, o que no se hubiera sacrificado en defensa de la plaza, sino que había dejado abandonado a sus compañeros a su suerte sin siquiera dar aviso. Según algunos testimonios, el general Escudero rompió el sitio y emprendió la marcha con un puñado de sus hombres, mientras que parte de sus fuerzas junto a la Defensa Social quedaron combatiendo, pues no se dio la orden de retirada y continuaron luchando, varios de ellos cayeron prisioneros. El general Bravo mencionaba que:

> Por las declaraciones rendidas, de que ya he hablado, supe que la retirada de la guarnición, se ejecutó en el mayor desorden, pues que no hubo dirección de ningún género, ni siquiera el vulgar "sálvese el que pueda", y sobre la marcha a Torreón, se fueron organizando poco a poco y hasta el segundo día de emprendida la retirada, se incorporaron el brigadier Antonio M. Escudero y el Gobernador de Durango, a los cuales, luego que llegaron a Torreón, mandé poner presos, hasta disponer de los Jueces especiales respectivos o mandarlos a esta capital.[217]

En el juicio los miembros de la Defensa Social acusaron a Escudero de inhábil, de huir y de haberlos dejado abandonados. Inclusive lo acusaron de no tomar las represalias necesarias y de no castigar a quienes les disparaban desde las casas. En suma, de ser el causante del desastre de Durango. Esta voz también se dejó escuchar a través de los periódicos:

> Y no sólo lo acusamos de haber entregado la plaza por falta de conocimientos, que éstos, si no perdonables, al menos atenúan la falta; sino también de haber huido frente al enemigo sin preocuparse por otra cosa que salvar el pellejo, abandonando a su destino horroroso a millares de seres indefensos; dejando que sus soldados, presas de pánico, huyeran a la desbandada, para

[217] AHDN-RR. XI/481.3/391. Fs.: 47-48. Vargas Arreola expresa: "Las fuerzas federales comenzaron a salir de la ciudad; pero de las torres de los templos [en donde se encontraban principalmente la Defensa Social] y en las mismas calles se combatía encarnizadamente al mismo tiempo que los defensores iban desalojando la plaza y perseguidos hasta La Labor y Onovacazán". El saqueo fue tanto que Urbina ordenó fusilamientos en masa contra los insubordinados. Vargas Arreola…, pp. 141-142. Los corchetes son míos.

ir a caer sin alimentos y sin defensa en manos de Pánfilo Natera, que merodeaba por los alrededores de Zacatecas.[218]

El curso del proceso

A Escudero el 12 de octubre se le dictó orden de formal prisión, la decisión seguramente había sido tomada previamente y venida desde arriba, pues la resolución se dio basada solamente en la declaración que hizo el militar ese mismo día en la cual no había muchos elementos para culparlo. La defensa de Escudero aprovechó este error en el juicio y pidió la revisión de la resolución del Tribunal Militar y logró que se diera marcha atrás. Pero la presión de la prensa continuó, motivo por el cual a los pocos días fue nuevamente revisado el proceso y con fecha 10 de enero de 1914 se le declaró nuevamente formalmente preso. Ante esta decisión, Escudero pidió nuevamente la revisión de su caso para cambiar la decisión del Tribunal. Este trámite se dio en los meses de febrero-abril y en el mes de mayo el Tribunal acordó confirmar la decisión tomada en enero. Inesperadamente a finales de ese mismo mes se decidió dejar en libertad al general Escudero "en virtud de haberse suspendido los efectos de la orden de proceder que por varios delitos se corrían contra el referido Jefe, de acuerdo con el artículo 3º reformado de la Ley Procesal Militar".[219] La situación era entonces crítica para el gobierno de Victoriano Huerta y urgido de elementos tal vez consideró innecesario continuar con el proceso a Escudero.[220]

Típico o atípico

El ejemplo de Escudero representa un caso típico en la medida en que representa las deficiencias que tenía el ejército, las cuales se agudizarían conforme avanzaba el movimiento revolucionario. Entre ellas: la carencia de elementos de guerra (tanto materiales como humanos), poca participación del pueblo llano y muchas ocasiones la franca oposición de éste. Además, porque representa las estrechas relaciones que se suscitan entre el poder político y el poder militar; porque muestra las rencillas que se van dando al interior del ejército entre los jefes, ya sea por ser desplazados dentro del mando de algunas zonas o por sentirse con mayores

218 *El País*, 30 de junio de 1913.

219 AHDN-RR. XI/481.3/391. Fs.: 118.

220 El 11 de mayo de 1914, *El País*, informó que los generales Fernando Trucy Aubert y Antonio M., Escudero quedaban en disponibilidad en virtud de haberse suspendido la prosecución de sus procesos, y causaban alta nuevamente en el ejército.

méritos que sus pares para desempeñar tal o cual puesto o ser merecedores de alguna recompensa o bien mejor capacitados para desempeñar una comisión.

Es de carácter atípico por que fueron pocos los militares que abandonaron una plaza sin defenderla tenazmente. También porque a pocos fueron a los que se les fincó proceso por ello, y aún menos a los que se les impuso castigo y reclusión, en el caso de Escudero: 10 meses.[221]

Otras apreciaciones

El proceso instruido y el fallo dictado en un principio contra Escudero no fue más que con el objetivo de dejar un precedente y acallar las protestas tanto de los militares como de la prensa, pues se le dictó auto de formal prisión sin más averiguaciones y sin mayor fundamento, tomando en cuenta sólo la propia declaración de Escudero. Meses más tarde su libertad se debió más a la necesidad de contar con mayores elementos en el frente de batalla que a una resolución justa del tribunal, pues si bien es cierto que no hubo averiguación a fondo, de haberse hecho, había elementos más que suficientes para condenar a Escudero.

Si Victoriano Huerta, en un principio, quiso imponer un castigo a Escudero y con ello dejar un precedente a los otros militares no lo logró, en parte porque estaba urgido de hombres para combatir a los revolucionarios y en parte para no enemistarse con el sector castrense al que a lo largo de su periodo de gobierno lo lisonjeó. Tanto a Escudero como a los demás militares que abandonaron sus plazas les correspondía un severo castigo, el cual siempre se les perdonó, ello motivó que al frente de las operaciones militares continuaran jefes inoperantes.

Escudero pasó un tiempo en prisión, pero casi al final del huertismo fue dejado en libertad.

Contraofensiva huertista

Victoriano Huerta mandó reforzar el norte y noreste de la República ante la extensión de la rebelión. Los jefes federales Guillermo Rubio Navarrete y Joaquín Mass llegaron a Coahuila y obtuvieron algunos triunfos en contra de las fuerzas de Pablo González.

[221] Más tarde Victoriano Huerta se encontraría con actitud parecida a la de Escudero. En este renglón cabe mencionar al ya citado Eutiquio Munguía y al general Salvador R. Mercado, entre otros.

Para poder recuperar el estado de Chihuahua Huerta envió a los jefes de las tropas irregulares que gozaban de un amplio apoyo en la región. Orozco partió de la ciudad de México y llegó a la ciudad de Torreón con alrededor de 1 000 hombres. De ahí marchó al estado de Chihuahua donde derrotó uno a uno a sus excompañeros: a Rosalío Hernández en Camargo y a Manuel Chao y a Trinidad Rodríguez en Santa Rosalía.[222]

No hablaré de esta marcha triunfal orozquista porque son combates de revolucionarios contra exrevolucionarios. Sólo diré que la llegada de los refuerzos colorados fue un gran alivio para las fuerzas federales que operaban en los Estados de Durango y Chihuahua. Sin embargo, la tensión entre fuerzas de línea y exrevolucionarios fue creciendo y existieron ocasiones en que llegaron a la ruptura abierta.

Meses más tarde, en el mes de diciembre cuando el general Salvador R. Mercado decidió abandonar Chihuahua sin combatir, pese a las súplicas de los poblados y comerciantes de la ciudad:

> Varias guerrillas de soldados irregulares se desertaron en grupos de la columna y se fueron con rumbo a la sierra del noroeste a pelear en contra de los revolucionarios, pues los jefes de dichas guerrillas declararon que seguirían siendo leales al Gobierno, pero que no seguirían al general Mercado rumbo a la sierra de Ojinaga.[223]

Por su parte, el jefe federal explicaba que la falta de fondos le había causado múltiples conflictos:

> He hecho muchos esfuerzos para cubrir haberes y forrajes, pero me ha sido ya imposible conseguir lo necesario, por otra parte como antes dije no se puede contar con las tropas irregulares, pues no sólo los soldados sino aun los oficiales, Orozco, Caraveo y Salazar han manifestado su disgusto por la falta de dinero, pues creen que lo tengo y no lo quiero dar; esto lo han propagado a sus tropas y con el pretexto de proporcionarle éste a éstas elementos y forrajes para esas, se han disgregado de la columna tomando diferentes

222 Javier Garciadiego, *1913-1914. De Guadalupe a Teoloyucan...*, p. 91.

223 15 de diciembre de 1913. José Reyes Estrada. Informe rendido al Cónsul general de México en San Antonio Texas, Arturo M. Elías. ADHN-RR. XI/481.5/69. Fs.: 583-589.

caminos, lo cual he permitido, a fin de que no siembren la desmoralización entre las tropas de línea.[224]

Lo anterior era un anuncio de lo que se avecinaba…

Surgimiento de la División del Norte

La serie de derrotas que sufrieron los revolucionarios les hizo comprender la necesidad de unificarse para poder alcanzar triunfos de mayor magnitud. En el estado de Chihuahua, el jefe que estaba obteniendo una serie de triunfos desde su entrada a territorio nacional era Francisco Villa, quien tomó San Andrés en el mes de agosto. Ahí derrotó al general brigadier irregular Félix Terrazas, quien había sido enviado para cortarle el camino al Centauro del Norte en la dirección Noroeste. Del movimiento de las tropas revolucionarias se le informó con anticipación a Terrazas. Sin embargo, a decir del general federal Mercado:

> El general Terrazas, hombre sin conocimientos militares, había descuidado las precauciones mandadas y como además, es disipado, cuando Villa inició el ataque, él se encontraba en un carro del ferrocarril, en donde tenía, con anuencia de Orozco, una cantina para su tropa y algunas mujeres que so pretexto de pertenecer a la Cruz Roja, vivían allí libremente.[225]

Al ser derrotado, Terrazas se presentó ante el general Mercado quien lo reprendió violentamente, y éste "se sinceró diciendo primero, y probando después, que el general Orozco le había dado solamente QUINIENTOS hombres, y que estos habían quedado reducidos en San Andrés sólo a CUATROCIENTOS, por haber tenido que desprender cien de ellos para el desempeño de una comisión ordenada por el propio general Orozco a Carretas…".[226]

[224] 6 de diciembre de 1913. Salvador R. Mercado-Secretario de Relaciones. AHDN-RR. XI/481.5/69. Fs.: 580-582.

[225] Salvador R. Mercado, *Revelaciones históricas /por el general Efectivo de Brigada, Salvador R. Mercado, Jefe de la División del Norte, en el Ejército Nacional Mexicano, 1913-1914*, p. 24. Según el propio Mercado, en un principio al que le había ordenado avanzar fue a Orozco, quien incumplió la orden. Más tarde le ordenó reforzar a Terrazas, cosa que tampoco cumplió.

[226] *Ibid*., p. 26.

El general Salvador R. Mercado dio cuenta de la insubordinación de Orozco a la Superioridad, pero ésta únicamente dispuso que el asunto quedara pendiente.

Por su parte, Francisco Villa pocos días después amagó y capturó la plaza de Camargo. El 26 de septiembre fue la famosa reunión de jefes revolucionarios en la que eligieron jefe al Centauro del Norte y que marcó el inicio de la poderosa División del Norte.[227] El primer objetivo que se planteó la nueva corporación fue tomar la importante plaza de Torreón.

Combate por Torreón

En la ciudad de Torreón el jefe de las fuerzas federales era el general Eutiquio Munguía, jefe de la División del Nazas, quien había sustituido al veterano general Ignacio A. Bravo. Aunque la versión oficial dijo que el relevo se había hecho porque este último se encontraba enfermo hay quien asegura que fue por la presión que ejercieron algunos miembros de la administración civil del estado quienes pese a que Bravo había logrado rechazar a los revolucionarios en el ataque pasado estaban molestos por la estrategia defensiva que había tomado el viejo militar.[228]

Al parecer esto último fue la verdad pues Bravo permaneció en la ciudad en calidad de civil y sin ningún indicio de que sufriera algún mal, y Munguía se vio precisado a ordenar una serie de ofensivas bajo el mando de sus jefes regulares, Ocaranza, y Anaya, y de los irregulares, Campa y Argumedo. Por entonces la Secretaría de Guerra dio orden al general Fernando Trucy Aubert de que auxiliara a las fuerzas federales de Torreón. Sin embargo, el camino para el jefe federal fue sumamente penoso: se encontró

[227] Los jefes revolucionarios que se reunieron en Jiménez fueron: Eugenio Aguirre Benavides, Severino Ceniceros, Maclovio Herrera, Raúl Madero, Toribio Ortega, Orestes Pereyra, José Isabel Robles, Tomás Urbina, Calixto Contreras, entre otros. Fue Juan N. Medina, exfederal, quien sugirió el nombre de Francisco Villa como jefe de la División. Javier Garciadiego, *1913-1914. De Guadalupe a Teoloyucan..., op. cit*., p. 137.

[228] Los empleados de la administración civil del gobierno de la ciudad "principiaron a maniobrar valiéndose del ministro Garza Aldape, para que se retirara del mando en Torreón al general Bravo; impacientes, acusaban al viejo divisionario, de mantener una táctica defensiva en vez de salir a batir al enemigo, táctica que siempre se obstinó en defender, cuya eficacia un poco más tarde fue comprobada. Dispuso al fin el secretario de Guerra, que entregase el mando al general Eutiquio Munguía, lo que efectuó naturalmente resentido, pero sin la más leve manifestación de protesta o desagrado, el ocho de septiembre, y quedó en la ciudad como un particular". Eduardo Guerra, *Historia de Torreón*, p. 121.

con las líneas ferrocarrileras interrumpidas y las tuvo que reparar, haciendo su avance más lento.

El general Eduardo Ocaranza, por su parte, se comunicó con la superioridad y pidió se enviaran refuerzos. Consideraba de gran importancia la protección de la ciudad, de lo contrario, señaló, se perdería con ella una importante suma de dinero por las ventas de la cosecha de algodón.

Asimismo, el general Eutiquio Munguía, ordenó a Felipe Alvírez y al irregular Emilio Campa atacar a los revolucionarios. Se enfrentaron con ellos los días 28 y 29 de septiembre en los Ranchos de Monterrey y La Loma. Las fuerzas de Alvírez fueron las que llevaron la peor parte, murió su jefe y gran parte de su tropa. Campa, derrotado, logró reconcentrarse a Torreón, pero con considerables bajas.[229]

Los combates por la ciudad duraron del 30 de noviembre hasta el 1 de octubre, fecha en la que el general federal ordenó la evacuación de la plaza.

Munguía justificó su derrota en la superioridad numérica de los revolucionarios (aproximadamente 7000 hombres bien armados y montados); en la falta de municiones; en los trabajos de "La Porra",[230] que exageraron las cualidades del enemigo; y la magnitud del descalabro de Alvírez y Campa. Esto sumado a que:

> Hubo, además, para desmoralización de la fuerza, las circunstancias de que la Colonia Española, alarmada con el fusilamiento de varios españoles verificados en diversas haciendas por los bandidos de Villa, se salió en masa de la ciudad, arrastrando con su pánico a nuestras tropas, que se hallaban desanimadas, durante el combate en todos los cerros y en todos los puntos de defensa, de donde fueron rechazados.[231]

Lo que en verdad ocurrió es que Munguía no tomó las medidas necesarias. No estableció un buen dispositivo de defensa: Gómez Palacio y Lerdo,

[229] 6 de octubre de 1913. Parte de guerra del general Eutiquio Munguía. AHDN-RR. XI.481.5/391. Fs.: 14-15. Alvírez perdió dos piezas de artillería y Campa una.

[230] Se le conocía como "La Porra" a los elementos políticos afectos a la revolución, pues se les consideraba herederos de los grupos que había formado Gustavo A. Madero durante la presidencia de su hermano.

[231] 6 de octubre de 1913. Parte de guerra del general Eutiquio Munguía. AHDN-RR. XI.481.5/391. Fs.: 14-15.

ciudades que podrían servirle como una primera línea de protección, cayeron en manos de los revolucionarios fácilmente por las derrotas de Alvírez y Campa. Cuando los rebeldes enfilaron sus pasos hacia Torreón el general federal se vio sorprendido y fue hasta ese momento que dio orden para que sus fuerzas ocuparan los cerros de La Polvorera, Calabazas y la Unión, y otra parte de ellas se estableciera en los edificios altos de la ciudad. Pero ya era demasiado tarde.

El combate por la ciudad dio inicio el 30 de septiembre. Al día siguiente los federales no pudieron soportar el empuje y a eso de las 6:30 de la tarde empezaron a abandonar la plaza.[232]

Antes de abandonar la ciudad Munguía ordenó quemar más de tres mil fusiles máuser, todo el armamento de uso, las municiones de reserva y todo lo existente en almacenes, además de quitarles los cierres a los cañones para inutilizarlos.[233]

Munguía logró salir con 1700 de sus hombres y el coronel Luis G. Anaya con 300. Las pérdidas fueron desastrosas. Los federales tuvieron 232 muertos —entre ellos el mayor Manuel Villanueva, el coronel irregular Narciso Martínez y el teniente Gallardo— y 109 prisioneros.[234]

Pero eso no era lo peor. Inmediatamente empezaron a llegar noticias a la capital del país de que Munguía había dejado a su suerte a las fuerzas que combatieron en Torreón, sin dar la orden correspondiente de retirada. Entre que eran peras o manzanas, Huerta y Blanquet ya no podían darse el lujo de estar permitiendo esas faltas en el interior de su ejército. Por tal motivo Munguía fue relevado del mando de la División del Nazas y se le envió a la ciudad de México para ser enjuiciado.

***

Eran las 5:50 de la mañana del día 10 de octubre de 1913 cuando arribó a la Estación del Ferrocarril Central de la ciudad de México la locomotora 510, de la que minutos más tarde bajó un grupo de soldados:

232 Luis Garfias Magaña, *Historia militar...*, p. 155.

233 6 de octubre de 1913. Parte de guerra del general Eutiquio Munguía. AHDN-RR. XI.481.5/391. Fs.: 14-15.

234 Luis Garfias Magaña, *Historia militar de la Revolución Mexicana...*, p. 155.

> Al frente de aquellos hombres, encabezando a aquel grupo cuyas armas se adivinaban bajo sus oscuros capotones, marchaba el anciano general [Eutiquio] Munguía, cubierto igualmente con su dragona de campaña, y acompañado por el general [Eduardo] Ocaranza, jefe militar de actual generación, tan fresca, tan joven y tan valiente.
>
> Un poco detrás, y acompañado de otro grupo de oficiales, salió del andén el señor general [Antonio M.] Escudero, que vestía de paisano y que como su compañero Munguía, llegaba preso a la capital, silencioso y sufriendo el purgatorio de la derrota. Por eso iban cabizbajos esos jefes a quienes antojásemos ver aun gallardos y soberbios en la victoria.[235]

Para entonces el general Antonio M. Escudero contaba con 49 años de edad y Munguía con sesenta. Como hemos visto, el primero era acusado de desalojar sin fundamento la ciudad de Durango en el mes de junio y el segundo la ciudad de Torreón apenas unos días antes.

En el tren también llegó el general Ignacio A. Bravo sobre quien en un principio cayeron acusaciones de ser él quien había aconsejado a Munguía abandonar la plaza de Torreón. Este militar sobre esos rumores expresó:

> Me han calumniado […] los que no saben que un viejo soldado, que no tiene mácula en su hoja de servicios, no sabe, ni debe saber lo que es eso de evacuar plazas y ponerse en fuga cobardemente, seguido de sus tropas.
>
> Quien diga que yo he dado tal consejo, me ofende, pues yo moriría antes que hacer algo que pudiera deshonrar al ejército o siquiera el nombre de un oficial.[236]

Se abrieron investigaciones, Bravo fue exonerado de cargos, y pese que a Munguía se le sujetó a proceso fue dejado en libertad dos meses después.[237]

***

235 *El Imparcial,* 11 de octubre de 1913.

236 *Idem.* Al general Ignacio A. Bravo por estas acusaciones se le puso en prisión, pero después se le dejó en libertad.

237 *El Imparcial* dio la noticia de su liberación el 8 de enero de 1914. Mario Ramírez Rancaño, "La Logística del Ejército Federal Mexicano...", p. 215.

Después de tomada la importante ciudad de Torreón el camino lógico para los revolucionarios era continuar hacia el sur. Sin embargo, tenían que cuidar su retaguardia por lo que era necesario despejar el camino de enemigos en Chihuahua, y hacia allá enfilaron sus pasos.

En el estado norteño solamente quedaba una fuerza huertista importante: la columna del general Salvador R. Mercado.

Mercado había llegado a la capital el 17 de mayo después de abandonar la plaza de Parral, sin combatir. Pese a su actitud derrotista, a los pocos días fue nombrado gobernador provisional y el general federal Antonio M. Rábago le hizo entrega del mando de la División del Norte el 29 de mayo. Desde su llegada a la ciudad Mercado no tuvo un buen entendimiento con Rábago, inclusive el primero declaró más tarde que:

> El Sr. Gral. Rábago tenía conocimiento de que la Superioridad había dispuesto que él me entregase el mando del Estado y de la División, y como esto no era de su agrado, no omitió nada de su parte para que yo, con mis fuerzas, pereciese a manos de los rebeldes [en Parral].[238]

Al tomar el mando de la División del Norte federal, Mercado ordenó al coronel Antonio Rojas auxiliar a la columna del coronel Cayetano Romero, que se encontraba en Saucillo, y después reconcentrarse en la capital.[239]

En los meses siguientes Mercado se dedicó a ordenar algunos movimientos para atacar a las fuerzas rebeldes. Sin embargo, como hemos visto, pronto empezó a tener dificultades con Pascual Orozco, quien se negaba a obedecer las disposiciones:

> Mi deber me obligaba a dar cuenta de esta anomalía a la Superioridad, y así lo hice; pero tanto el Sr. Presidente como el Secretario de Guerra contestaron que exigiera ese cumplimiento a Orozco, pero que lo tratara con prudencia.
>
> Cualquiera que sea militar y cualquiera que no siéndolo posea una dosis, aunque sea pequeña, de sentido común, comprenderá lo que estas complacencias entre altos jefes, relajan la disciplina del Ejército, y de cuántos males

238 Salvador R. Mercado, *op. cit*., p. 17. Los corchetes son míos. Mercado basó sus conjeturas en que en el estado no había otro militar de mayor graduación y en caso de que el muriese no había nadie que pudiera sustituir a Rábago, y que por lo tanto él quedaría como jefe absoluto de la zona.

239 Mercado dice que Rábago había abandonado a su suerte a esas fuerzas. *Ibid*., p. 18.

son generadoras entre los miembros de una institución cuya base fundamental es la más ciega obediencia a las órdenes del superior.[240]

Por esta falta de entendimiento cayó en manos de los revolucionarios la plaza de San Andrés**.** Los soldados de línea no confiaban en las fuerzas auxiliares. Al no saber quiénes eran leales y quienes no, trataban a todos por igual. Por esta razón no había comunión en el ejército huertista y así era imposible que fuera eficiente. Un ejército debe ser un cuerpo homogéneo, con una ideología común, que debe compartir una formación y en la que exista unidad de mando. Al romperse uno de estos pilares el hecho provocó una serie de derrotas.

Mercado dio orden a Marcelo Caraveo y Jesús Mancilla de perseguir a los rebeldes, pero en la Hacienda de Bustillos los revolucionarios hicieron un rápido movimiento y marcharon hacia el Sur rumbo a Satevó. Como Mercado dedujo que los revolucionarios se dirigirían a Torreón ordenó la persecución. Sin embargo la caballada estaba muy cansada y no pudieron darles alcance.

Como ha sido relatado, la División del Norte tomó la ciudad lagunera en el mes de octubre. Mercado, sabedor de ello, se dispuso a establecer el dispositivo de defensa de Chihuahua pues sabía que sería el próximo objetivo de los rebeldes.

El combate por Chihuahua. 5-7 de noviembre de 1913

El 4 de noviembre las fuerzas revolucionarias llegaron a la fundición de Ávalos. Ahí Villa organizó a sus tropas con el objetivo de atacar la ciudad de Chihuahua al día siguiente.

Las fuerzas federales que defendían la ciudad eran importantes. Contaban con 6300 efectivos (2400 regulares y 3900 irregulares), 9 piezas de artillería y 4 ametralladoras. En el bando contrario, los efectivos villistas llegaban a 6000.

El capitán de artillería Rafael Torres, pocos días antes del ataque, logró llegar hasta la plaza. Torres había caído prisionero en Torreón, pero logró escapar. A su arribo dio datos pormenorizados del estado y planes de la División del Norte.[241]

240 *Ibid.*, pp. 20-21.
241 Luis Garfias Magaña, *Historia militar de la Revolución Mexicana*..., p. 162.

Es común en los estudios históricos mencionar que las deserciones en el Ejército Federal eran constantes y que el cambio de bando también era frecuente. Sin embargo, las incorporaciones de federales a grupos revolucionarios no siempre fueron exitosas, algunas veces regresaban al bando federal y llevaban consigo importante información, como sucedió en este caso.[242]

En esta ocasión fue una de las pocas veces en que el Ejército Federal contó con condiciones favorables: superó al enemigo en cuanto al número de efectivos, lo cual le permitió contar con fuerzas de reserva que fueron utilizadas en el momento preciso para poder apoyar el ataque y la defensa de sus diversas posiciones; gozó del privilegio de una buena posición defensiva, lo accidentado del terreno fue aprovechado por Mercado para establecer tres sectores de defensa; y contó, además, con la información necesaria que le permitió conocer con anterioridad los planes del adversario.

El combate inició alrededor de las 18 horas. Aunque las tropas villistas lograron capturar algunas posiciones al día siguiente fueron desalojadas por el buen manejo de la artillería federal. El combate siguió en el mismo tenor el día 7 de noviembre. Con la caída de la tarde Villa comprendió la inutilidad de sus esfuerzos y ordenó la retirada. Mercado pretendió coronar su victoria y ordenó la persecución del enemigo, pero no los alcanzaron.

Según el parte federal, habían sido 8 000 los atacantes a los que causó alrededor de 800 bajas, la mayoría de ellas debido al efectivo manejo de la artillería que "desempeñó el principal papel en tan formidable lucha y que ésta fue sabiamente dirigida por el pundonoroso Comandante de Artillería coronel Fidencio Hernández". El actuar de las fuerzas irregulares también fue destacado por el jefe federal: El "valiente" general Pascual Orozco que había logrado rechazar al enemigo del rancho del Álamo, el "muy valiente" general Caraveo, quien se había sostenido en la presa Chuviscar y después en las estribaciones de Cerro Grande; los "no menos valientes" general José Inés Salazar, Mancilla, Rojas y Landa quienes rechazaron a los revolucionarios en los múltiples asaltos. Además de los jefes y oficiales que fueron aplaudidos "frenéticamente" por los pobladores de la ciudad. Inclusive:

[242] El hecho también muestra que por entonces Villa ya aceptaba la incorporación de federales aún antes de la llegada de Felipe Ángeles, pues el Centauro sabía del conocimiento que podían aportar a sus fuerzas.

> La sociedad de Chihuahua toda, sin distinción de clase, colaboró en tan importante defensa. Los empleados federales de Telégrafos, Timbre y Correos, así como los Sres. Falomir, Creel y otros varios vecinos, facilitaron los tranvías eléctricos para trasladar violentamente a las tropas a los diferentes sectores, la luz pública, los reflectores y demás servicios y traslación de muertos y heridos a los puestos de socorro y hospitales. El Cónsul alemán y su distinguidísima esposa, con las principales damas y Asociaciones de la Cruz Blanca y Roja, atendiendo eficazmente a nuestros heridos.[243]

El mismo documento señalaba que los huertistas únicamente tuvieron como bajas: cuatro jefes, 10 oficiales y 130 entre muertos y heridos. Esta es una de las pocas batallas en que innumerables factores jugaron a favor de los huertistas, entre los que encontramos: la superioridad numérica, información del lado revolucionario, no hubo deserciones, buena colaboración entre federales y exrevolucionarios, colaboración de la sociedad, efectividad de la artillería y una buena posición defensiva.

No obstante, la euforia por el triunfo y toda la situación cambiaría drásticamente en los próximos días…

El Caballo de Troya villista. La caída de Ciudad Juárez. 15 de noviembre

Villa en su repliegue, en la Estación Terrazas, se apoderó de un tren de ferrocarril que se dirigía a Ciudad Juárez, una de las pocas plazas todavía en poder de los federales. Hizo descender al conductor y empleados y los reemplazó por su gente. Sustituyó el carbón que transportaba el ferrocarril por los miles de hombres de su División. El tren tomó destino a la ciudad fronteriza a donde llegó a la medianoche del día 15 de noviembre.

Cuando el ferrocarril arribó al centro de la plaza descendieron los revolucionarios y acabaron con la fuerza federal que se encontraba de guarnición. Tal vez no valdría la pena ocuparse mucho de esta acción de armas, que fue una inteligente y audaz idea de Francisco Villa, por considerar que cualquier fuerza podría haber sido sorprendida en iguales condiciones. Pero lo que sí vale la pena mencionar, y que muestra una carac-

[243] 12 de noviembre de 1913. Salvador R. Mercado-Secretario de Guerra y Marina. Publicado en *El Imparcial*. Jueves 13 de noviembre de 1913. El texto no deja de ser exagerado, en una parte expresa: "de la manera más descarada el bandido Villa animaba a sus chusmas repartiéndoles botellas de sotol y diciéndoles que tendrían un mes de saqueo y la mujer que les gustara".

terística de la descomposición del Ejército Federal, fue que la guarnición no solamente fue sorprendida por la hábil estratagema, sino que fue diezmada porque la mayoría de los soldados se encontraban en francachela y se divertían en los bares y burdeles de la ciudad.[244]

El Servicio Consular Mexicano en El Paso, Texas, pudo recoger el testimonio de algunos sobrevivientes, uno de ellos fue el del Administrador de Correos:

> En la madrugada del 15 del actual se esperaba el arribo del señor general Salazar con sus fuerzas. Así es que no existiendo ningún antecedente sobre el peligro inmediato que podía correr la plaza, todos los informantes convienen en que estaban desprevenidos para cualquier emergencia, llegando, por tal motivo, a ser sorprendida la pequeña guarnición que existía por haberse presentado el enemigo en dos trenes del Ferrocarril Central que sucesivamente entraron hasta el centro mismo de la población, haciéndose creer que eran fuerzas del general Salazar y del 23º Batallón de infantería, resultando ser fuerzas rebeldes en número de 2,000 a 2,500 hombres al mando de Francisco Villa, Maclovio Herrera y del llamado Juan N. Medina.[245]

El jefe de las tropas huertistas de la guarnición de la plaza era el general Castro, quien logró huir a los Estados Unidos acompañado de 320 individuos de tropa, además de algunos jefes y oficiales.[246]

Por su parte, la ciudad en poder de los rebeldes empezó a presentar un espectáculo bastante peculiar:

> A las doce de la noche comenzó a recorrer las calles de la ciudad la banda de música de los federales, bajo la vigilancia de un piquete de soldados al mando de Carlos Almeida. Tocaba una diana, "Jesusita en Chihuahua" y la "Marcha de Zacatecas" y las volvían a repetir una y otra vez por horas sin cesar. En seguida el comandante de la policía municipal que acababa de caer preso con toda su policía, reúne a todos los músicos y guitarreros que a esa

244 Francisco Almada, *La revolución en el estado de Chihuahua*, t. II, pp. 49-50; Alberto Calzadíaz Barrera, *op. cit*., t. I, pp. 153-155; Friedrich Katz, *Pancho Villa*..., t. I, pp. 261-262; Francisco L. Urquizo, *Recuerdo que*..., pp. 166-167.

245 Luis y Adrián Aguirre Benavides, *Las grandes batallas de la División del Norte al mando de Pancho Villa*, p. 61.

246 Luis Garfias Magaña, *Historia militar de la Revolución Mexicana*..., pp. 163-164.

> hora deambulaban por los centros nocturnos, ordenándoles que tocaran sus instrumentos caminando por las calles. Por todos lados, se escuchaba el grito de ¡Viva Villa", grito que la gente pacífica de la ciudad coreaba, pues se acababa de enterar que la ciudad había caído en poder de los villistas.[247]

En Ciudad Juárez quedaron tiradas decenas de cadáveres de soldados que fueron sorprendidos y otros que fueron fusilados. Entre ellos estaba el cuerpo del capitán Rafael Torres, aquél que había sido perdonado y había vuelto a las fuerzas federales.[248] Villa en esa ocasión ordenó fusilar a todos los jefes y oficiales prisioneros, seguramente como una especie de represalia por la acción de Torres. Por otro lado, no podía darse el lujo de seguir perdonando a los oficiales, pues sabía de la peligrosidad de dejarlos vivos: un oficial era más difícil de reemplazar que un soldado común. Marcial Rosas, antiguo artillero que se encontraba adscrito al 15º Batallón, presenció:

> el fusilamiento, como a la diez de la mañana, de las siguientes personas: un Sargento 2º y uno de los voluntarios del Cuerpo al mando del señor Juan Hidalgo, un paisano de los villistas que era capitán que había desertado de entre ellos en Torreón; al siguiente día fusilaron juntos al capitán Becerra, al Teniente Francisco Cuadra, del 15º Batallón y a un particular como de 20 años; a las diez de la mañana del mismo día fusilaron al coronel Enrique Portillo y a dos paisanos, uno de ellos empleado, y el Domingo siguiente, día 17, fusilaron a otros dos paisanos.[249]

Ahí, el grupo de orozquistas que comandaba el mayor Pedro Topete se incorporó a los constitucionalistas, recibieron esta consideración porque Topete era amigo de Francisco Villa. Con esta fuerza iba también el capitán Pedro Loya.[250]

Batalla de Tierra Blanca. 26 de noviembre de 1913

El mando federal en Chihuahua, al enterarse de la caída de Ciudad Juárez, dio órdenes a las fuerzas irregulares de Marcelo Caraveo y José Inés Sa-

247 Alberto Calzadíaz Barrera, *Hechos reales de la Revolución*, t. 1, pp. 154-155.
248 *Idem*.
249 Informe de Marcial Rosas, en Luis y Adrián Aguirre Benavides, *op. cit*., p. 66.
250 Alberto Calzadíaz Barrera, *op. cit.*, t. 1, pp. 154-155.

lazar de marchar rumbo al norte. Estas fuerzas llegaron a Tierra Blanca, un lugar distante 31 kilómetros al sur de Ciudad Juárez, el día 22 de noviembre. Al día siguiente, por la tarde, sostuvieron un breve tiroteo con una partida villista. El 24 de noviembre el combate se hizo más fuerte. La infantería huertista, compuesta por el 15º, 23º y 33º batallones, avanzó por el centro. A su vez la caballería, compuesta por la brigada "Landa", lo hizo por la izquierda.

La brigada de Salazar emprendió un ataque violento que en un principio hizo retroceder a los villistas, pero en un contraataque volvieron a controlar su posición.[251] El general huertista Jesús Mancilla ordenó al capitán Ruiz avanzar con las tres piezas que componían su batería, apoyados por un sostén de 200 hombres del 33º batallón, los que permanecieron en actitud vigilante toda la noche.

En la madrugada del día siguiente, a las cuatro horas, los revolucionarios atacaron las posiciones del gobierno. Los federales, por temor a dañar a los suyos, iniciaron el cañoneo hasta las siete cuando el día ya estaba clareando. Alrededor del mediodía el fuego decreció. Fue entonces cuando Salazar ordenó a los capitanes Ruiz y Moreno avanzar con sus baterías seis kilómetros. Estas fuerzas sostuvieron un combate por alrededor de tres cuartos de hora con la artillería rebelde.

El mando federal ordenó el avance general. Los trenes militares marcharon por el centro, siendo apoyados en su flanco izquierdo por fuerzas de las tres armas: la segunda batería del 3er Regimiento, una fracción del 5º Regimiento de caballería y el 15º de infantería. A su paso encontraron el siguiente panorama:

> Al avanzar nosotros encontramos varios muertos del enemigo y nuestros y marcado el terreno con huellas de sangre y rodadas de automóviles en varias direcciones, lo que indicaba que el enemigo había practicado un concienzudo reconocimiento del punto que teníamos que ocupar para atacar sus posiciones, que se encontraban a la altura de Mesa y en la vía del noroeste. Nuestras posiciones eran demasiado defectuosas debido a que el terreno que ocupábamos era arenoso y ofrecía muchas dificultades para los movimientos de la artillería, pues había lugares donde se enterraban las ruedas a la altura

[251] La Brigada Landa estaba compuesta por el 4º y 7º regimiento de caballería, los regimientos irregulares "Melchor Ocampo", Hidalgo y el escuadrón de la Brigada Caraveo. Luis Garfias Magaña, *Historia militar de la Revolución Mexicana*..., pp. 164-165.

de las mazas. Tres eran las posiciones ocupadas por la artillería enemiga y contra la cual se entabló el duelo, logrando nosotros la preponderancia en el fuego y acallándola en intervalos.[252]

A las 3:30 la División del Norte cargó a galope violentamente provocando el terror en la infantería federal. Según el general Jesús Mancilla "la gente de Orozco que formaba parte de la cadena, al ver el empuje del enemigo, huyó presa del pánico y como ésta contagió a las demás fuerzas resultaron inútiles cuantos esfuerzos se hicieron para reorganizarlas".[253] Los soldados federales buscaron refugio en los trenes que para entonces ya habían emprendido la retirada. La artillería del capitán Ruiz también recibió orden de incorporarse a los trenes, pero este oficial hizo detener el ferrocarril para evitar que sus cañones quedaran en poder del enemigo. El tren se detuvo, lo que dio tiempo para que Ruiz con parte de su gente pudiera abordar el tren, pero no así su material de guerra. El general Salazar dio la orden al maquinista de avanzar sin que se hubiera embarcado aun la batería del capitán Ruiz, diciendo que él se hacía responsable de la orden. Más adelante, ante la persecución de los revolucionarios, se dio nueva disposición de que se desprendiera la máquina de plataformas con lo cual los federales perdieron un cañón con cierre, ochenta torpedos, 20 granadas de balas y tres carabinas máuser de 7 mm, entre otro material de artillería perteneciente al 3º Regimiento.

El general Jesús Mancilla haciendo un balance de los hechos decía:

Perseguidos por el enemigo, tomaron los trenes, siendo las caballerías auxiliares las primeras en precipitarse en alocada fuga y pronto esta retirada se convirtió en derrota, por la idea del general Salazar de dejar nuestras posiciones sin exploración alguna. Posteriormente daré detalles. Sigo mi marcha a esa, destruyendo la vía. La batería de Moreno está embarcada. Los otros trenes no han llegado, general Salazar no aparece. Una sección fue capturada por el enemigo, otra está embarcada y dos más también en poder del enemigo.[254]

252 Parte del capitán Manuel Gaspar Ruiz citado en Salvador R. Mercado, *op. cit.*, p. 41yss: Francisco Almada, *La revolución en el estado...*, t. II, pp. 54-56; Luis Garfias Magaña, *Historia militar de la Revolución Mexicana...*, pp. 166-169.

253 *Idem*.

254 *Idem*.

De esta manera las fuerzas federales sumaron otra derrota. De las acciones de armas podemos sacar algunas ideas. La ya tan famosa forma de Villa de emprender sus ataques por la madrugada, conocidos como "clareadas" y/o "albazos" era una estrategia que daba buenos resultados, pues en este caso se muestra cómo también era una forma para neutralizar el arma más poderosa de los federales: la artillería. Los cañones no podían disparar ante la falta de órdenes y por la obscuridad, pues no se sabía quiénes eran amigos o enemigos y el temor de dañar a los suyos evitaba su funcionamiento. Los ataques cubiertos por las sombras de la noche, les daba otras ventajas adicionales:

> Por añadidura, los ataques nocturnos tenían efectos desastrosos sobre la moral del ejército federal. A diferencia de los revolucionarios que podían retirarse temporalmente del campo de batalla para descansar, las tropas federales nunca podían hacerlo. De día, los golpeaba la artillería, de noche atacaba la infantería villista. Los combates eran extremadamente sangrientos, porque en los ataques nocturnos los revolucionarios llegaban muy cerca de las líneas federales y se producían feroces encuentros cuerpo a cuerpo. La oscuridad acrecentaba el terror propio de ese tipo de lucha.[255]

Huida vergonzosa y desastrosa. La caída de Chihuahua

El general en jefe de la División del Norte federal, Salvador R. Mercado, a quien dejamos en Chihuahua, para entonces ya enfrentaba varios problemas que vinieron a complicarse aún más con la noticia de la derrota que habían sufrido sus fuerzas en Tierra Blanca.

En la capital del estado estaban empezando a surgir conflictos entre las fuerzas irregulares y el jefe federal. Al parecer las primeras ya habían saqueado algunas casas de la gente pudiente de la ciudad y amenazaban con continuar en el mismo tenor. Ello obligó a Mercado a ordenar al general Landa a marchar con todas las caballerías irregulares rumbo hacia Aldana para evitar conflictos.

Mercado permaneció en la plaza esperando a los dispersos que habían sido derrotados en Ciudad Juárez y Tierra Blanca. Ordenó la evacuación

[255] Friedrich Katz, *Pancho Villa*..., t. I, p. 354.

de sus fuerzas el día 29 saliendo por la vía del ferrocarril Kansas City-México y Oriente. Al llegar a Aldana se le incorporó la fuerza del general Landa y continuaron su marcha. A la altura de la Laguna los trenes se detuvieron de forma sospechosa. La única que pudo ponerse en camino fue una máquina de un tren en la que iba el jefe de trenes, quien se puso fuera del alcance del jefe federal.

Al verse abandonado, Mercado mandó bajar todo el material de guerra. Sin embargo, como era demasiado y la jornada se haría a pie el general federal ordenó destruir todo aquello que no pudieran cargar, entre ellos los proyectiles de 80 mm, puesto que ya no contaban con ningún cañón. Al dejar abandonados los trenes fueron incendiados por el general Ornipel, pero sin el consentimiento del general en jefe, lo que le valió una tremenda reprimenda.

Su camino fue extremadamente duro:

> […] bastante teníamos con el hambre y la miseria, que presidían nuestra lúgubre caminata en aquel desierto árido y seco, azotado por vientos glaciales que cortaban las carnes y levantaban nubes enormes de arena que entorpecían nuestra marcha fatigosa de por sí. Careciendo las tropas de provisiones, el hambre y la sed martirizaban horriblemente, empujándolas a la idiotez. El ganado se moría porque tampoco tenía que comer. La huella de nuestro paso quedaba marcada por el gran número de animales que no pudiendo más se desplomaban temblorosos y agonizantes para no levantarse. Con toda razón aquella columna fue bautizada con el dantesco nombre de "La caravana de la muerte".[256]

La columna federal arribó a Ojinaga el 13 de diciembre. Ahí pretendían calmar su hambre y su sed, sin embargo, Mercado se encontró con la noticia de que el gobierno no le había enviado instrucciones ni dinero como él lo esperaba. La situación se hacía crítica a cada instante, pues las deserciones eran constantes.[257]

256 Relato de Salvador R. Mercado, *op. cit.*, p. 55.

257 Las tensiones entre federales e irregulares huertistas empezaron a crecer. Hubo rumores de que los orozquistas querían fusilar a Mercado por cobarde. Javier Garciadiego, *1913-1914. De Guadalupe a Teoloyucan...* , p. 140. CEHMCARSO-APJEC, Fondo: XXI, Carp: 5, Exp: 683, fo: 1.

El general Mercado había dejado por segunda ocasión una plaza sin combatir y también puso múltiples pretextos para justificar su acción. No obstante, los mandos militares ya no lo vieron con buenos ojos, pero nada pudieron hacer. Mercado y sus fuerzas en los siguientes días permanecieron en la ciudad de Ojinaga, último baluarte federal en Chihuahua. Allá se encontró abandonado a su suerte, pues no había forma de que el gobierno central pudiera enviarle elemento alguno de ayuda. Las vías por territorio nacional estaban en poder de los villistas, y por territorio estadunidense los yanquis se negaban a facilitar el paso de tropas y a prestarle ayuda a Victoriano Huerta. El destino del general Mercado y sus fuerzas parecía estar sellado.

Ojinaga

Con las fuerzas que estaban de guarnición en Ojinaga los efectivos del general Mercado aumentaron a 4500, entre regulares e irregulares. Sus elementos de guerra también eran considerables, pese al material que habían dejado en el camino: 12 piezas de artillería (8 Schneider Canet y las restantes Saint Chaumond-Mondragón), 4 ametralladoras y 8 fusiles ametralladoras Rexer con 800 granadas de artillería y medio millón de cartuchos. Aunque se contaba también con 5 piezas de montaña de 70 mm éstas ya no podían ser utilizadas debido a la falta de municiones.[258]

El último día del año de 1913 los federales tuvieron que hacer frente a las fuerzas de Pánfilo Natera, quien había sido enviado por Villa para capturar la plaza.[259] Natera hizo diversos ataques infructuosos entre el 31 de diciembre y el 4 de enero. En su último intento por tomar Ojinaga, Natera tuvo una sangría importante: perdió 500 hombres, entre muertos y heri-

[258] Luis Garfias Magaña, *Historia militar de la Revolución...,* pp. 173-174.

[259] Las fuerzas de Pánfilo Natera dejaron la ciudad de Chihuahua el 22 de diciembre. Su columna estaba compuesta por 2,500 hombres, 8 piezas de artillería y 8 ametralladoras. Sus efectivos estaban divididos de la siguiente manera:
-Brigada "Villa" (general J. Rodríguez), con 500 hombres.
-Brigada "González Ortega" (general T. Ortega), con 550 hombres.
-Brigada "Morelos" (coronel F. Borunda), con 450 hombres.
-Brigada "Cuauhtémoc" (teniente coronel T. Rodríguez), con 400 hombres.
-Brigada "Contreras" (mayor Luis Díaz Couder), con 300 hombres.
-Artillería (coronel Martiniano Servín), con 8 piezas 84 de 75 mm y 4 de 80 mm).
-Batería de ametralladoras (mayor Margarito Gómez), con 8 piezas". Luis Garfias Magaña, *Historia militar de la Revolución...,* pp. 172-173.

dos. Pancho Villa decidió ir a la población norteña para dirigir personalmente el ataque en vista de que a Natera se le habían complicado las cosas.

La tarde del día 10 de enero los federales pudieron observar el avance de las fuerzas villistas. A decir del general federal, algunos de sus subalternos, entre ellos los coroneles Federico Hernández de artillería y Carlos S. Orozco, le "hicieron proposiciones indecorosas" que fueron rechazadas violentamente por él.

El general Mercado para contrarrestar este segundo ataque planteó el siguiente dispositivo de defensa: por el centro distribuyó a las fuerzas de Castro, Ornipel y Rojas; por la derecha a las de Carrasco y el coronel Carlos Orozco; y por la izquierda las de los generales Salazar, Landa, Caraveo y Romero.

A las cuatro de la tarde de ese día inició un breve tiroteo. Poco después de las siete de la noche el ala izquierda pudo rechazar un fuerte ataque revolucionario. Lo que siguió después fue un caos:

> Cinco minutos más tarde se iniciaba el combate por los sectores del frente, lo que me hizo confiar en que por aquella noche volveríamos a triunfar, pues aquel sector era el más fuerte, por encontrarse allí el mayor número de las fuerzas de línea, las más disciplinadas con una batería de cañones Canet. Desgraciadamente me equivoqué, en dicho sector se reproducía, corregida y aumentada, la estupenda anomalía de Ciudad Juárez: a los primeros disparos los jefes iniciaban la más increíble y afrentosa desbandada. Darse el enemigo cuenta de esto y arreciar en el ataque con extraordinaria saña, fue todo uno. Minutos después nuestra derrota era completa. Este incalificable hecho no tiene precedente. Es la primera vez en nuestra historia militar, que muy cerca de dos mil hombres de nuestras fuerzas huyen a los primeros disparos […].[260]

Los primeros en correr fueron precisamente aquellos jefes que habían hecho propuestas indecorosas a Mercado, pero en su huida los siguió el general en jefe. Mercado se internó en Estados Unidos y solamente regresó al país muchos años después.

[260] Salvador R. Mercado, *op. cit.*, p. 45; Luis Garfias Magaña, *Historia militar de la Revolución...*, pp. 174-176.

La División del Norte revolucionaria, después de su victoria, se vio obligada a detener su impulso y permaneció inactiva en Ojinaga por un largo tiempo debido a la falta de pertrechos de guerra.

En febrero, el presidente Wilson decretó la revocación del embargo de armas y municiones, lo que permitió a Villa adquirir gran cantidad de armamento legal e ilegal.[261] Ernesto Madero escribió desde Estados Unidos a su pariente Jaime Gurza:

> Con la última determinación que ha tomado el Presidente Wilson de levantar el embargo de armas y municiones, ha sido posible proveer a los constitucionalistas con grandes elementos de guerra, y es seguro que de ahora en adelante caminarán las cosas más rápidamente. Se aproxima la batalla de Torreón, la cual ha tenido que demorar Villa por la falta de municiones. Pero en estos últimos días han mandado más de dos millones de cartuchos y más de cinco mil granadas, así es que en un par de semanas podrán dar este esperado ataque.[262]

Obtenidas las armas, la División del Norte inició su avance hacia el sur.

***

Por esos días Carranza dejó Sonora para dirigirse a Chihuahua. En el camino dio orden a su subsecretario de Guerra, Felipe Ángeles, para que se incorporara a las fuerzas de Francisco Villa.[263]

261 Pancho Villa ante la decisión del presidente Wilson declaró que "era el hombre más justo del mundo. Todos los mexicanos lo apreciamos […]. Nosotros los villistas consideraremos a Estados Unidos como nuestro amigo": Friedrich Katz, *Pancho Villa...*, t. I, p. 406.

262 Ernesto Madero-Jaime Gurza. 9 de febrero de 1914. Secretaría de Hacienda y Crédito Público. Acervo Documental Familia Madero. Colección Zambrano. (En adelante ADFMCZ-SHCP, seguido del número de imagen) FGY2525B. Ambos eran parientes del asesinado presidente Francisco I. Madero, tío y primo respectivamente. También habían formado parte de su gabinete. Ernesto como secretario de Hacienda y Gurza como subsecretario, para después pasar a desempeñar la secretaría de Comunicaciones. Charles C. Cumberland, *Madero y la Revolución Mexicana*, p. 249; Francisco Pineda Gómez, *La revolución del sur. 1912-1914*, p. 132.

263 Existen diversas versiones sobre porqué Carranza envió a Ángeles con Villa. Algunos dicen que fue por sugerencia de Luis Cabrera, otros que por insistencia del pro-

Para entonces se consideraba que en La Laguna se daría una batalla decisiva. Carranza lo sabía y tal vez por esa razón aprovechó la circunstancia para matar dos pájaros de un tiro: 1) alejar a Felipe Ángeles para así dejar tranquilos a sus jefes sonorenses, descontentos por la presencia de un exfederal en un alto puesto en las filas revolucionarias; 2) aprovechar los conocimientos de Ángeles y así impulsar la fuerza militar de la División del Norte.

En suma, para las batallas de La Laguna, los revolucionarios contaban con dos elementos muy importantes: 1) armamento moderno, y 2) con un táctico de alto nivel con los conocimientos necesarios para manejar ese arsenal.

El Ejército Federal en La Laguna

Regularmente los estudios para saber la importancia que tiene un ejército se basan en tres elementos principales: efectivos, armas y dinero.

Se considera que para la defensa de La Laguna la División del Nazas contaba con unos siete mil soldados, 19 cañones y 35 ametralladoras y fusiles ametralladoras.[264] Se estima que los efectivos de la División del Norte al momento de su llegada a La Laguna oscilaban entre los 10 500 y 12 000 hombres.[265] Números más números menos, todos coinciden en que los efectivos federales eran inferiores a los revolucionarios, aunque tenían la ventaja de una buena posición defensiva.

Cabe mencionar que los teóricos militares consideran que para que un ejército ofensivo pueda triunfar sobre un defensivo debe tener una ventaja de 3 a 1. En esta ocasión la ventaja era poco menos del doble.

Sin embargo, la falta de elementos y la poca ayuda que recibió el general federal José Refugio Velasco por parte de la población ocasionó que no tuviera elementos de reserva. Todas las fuerzas con las que contó estuvieron comprometidas desde el tercer día en los diversos frentes.

---

pio Ángeles y algunos más que fue por petición de Francisco Villa. Para las diversas versiones véase: Odile Guilpain Peuliard, *Felipe Ángeles y los destinos de la Revolución Mexicana*, pp. 75-77; Paco Ignacio Taibo II, *Pancho Villa. Una biografía narrativa*, pp. 304-306.

264 Paco Ignacio Taibo II, *op. cit.*, p. 312.

265 *Ibid.*, p. 317. Pedro Salmerón considera que eran de 20 a 22 mil efectivos los hombres de la División del Norte y entre 12 y 14 mil las fuerzas encargadas de la defensa de Torreón, incluidos los cuerpos irregulares de Juan Andrew Almazán y Benjamín Argumedo. Pedro Salmerón, "La batalla de Torreón. Ensayo", *Relatos e historias en México*, pp. 61-70.

En términos militares, las fuerzas de reserva son esenciales para defender en determinado momento un punto en peligro o para apoyar el ataque cuando se hiciese necesario.

A falta de ellas la ventaja de esa posición defensiva no podía durar demasiado.

En las batallas de La Laguna como jefe de las fuerzas federales estaba el general de Cuerpo de Ejército José Refugio Velasco, quien para entonces tenía 63 años.[266]

Lo acompañaba el general Eduardo Ocaranza, quien tenía 48 años pero contaba con amplia experiencia: tenía una antigüedad de 27 años sirviendo en el ejército.[267] En su hoja de servicios destacaba su participación en la campaña de Morelos. Ahí estuvo bajo las órdenes de Felipe Ángeles, quien ahora combatía del lado revolucionario.[268]

Aunque ni Velasco ni Ocaranza estudiaron en el Colegio Militar ambos estaban formados bajo las teorías militares preponderantes entonces, es decir, conocían su oficio. El periodista John Reed, quien presenció parte de los combates, opinó que la teoría militar de la que estaban permeados los militares era un lastre que impidió la movilidad del ejército, pues algunos jefes federales tenían por costumbre esperar órdenes superiores para sus movimientos. En el caso de las batallas de La Laguna esto no fue un gran problema. Refugio Velasco, seguro de sí mismo, tomó las decisiones atinadas sin esperar confirmación de los altos mandos.

Guillermo Rubio Navarrete, notable artillero federal, en un estudio posterior de la batalla, ubicó la desventaja del Ejército huertista en la calidad de la tropa:

> El personal que había tomado parte en la Revolución de 1910 era valiente, aguerrido y conocedor del terreno y si a esto se añade que estaban armados

266 Su nombramiento como general de Cuerpo de Ejército fue ratificado el 20 de mayo de 1914. Contaba con 51 años de antigüedad en el Ejército. Nacido en Aguascalientes, formaba parte de la Guardia Nacional y no estudió en el Colegio Militar. Mario Ramírez Rancaño, *El Ejército Federal. 1914...*; José Antonio Velasco Lomelí, *Velasco: el último general del Ejército Federal*; Miguel S. Ramos, *Un soldado. José Refugio Velasco*. José Vasconcelos le atribuye la frase: "Nosotros defendemos a un traidor que es Huerta, pero del otro lado, con Villa no hay sino forajidos", Paco Ignacio Taibo II, *op. cit.*, p. 312.

267 Su nombramiento como general de División fue ratificado el 18 de mayo de 1914. Era originario de Tonilá, Jalisco. Mario Ramírez Rancaño, *El Ejército Federal. 1914...*

268 Miguel S. Ramos, *op. cit.*; José Antonio Velasco Lomelí, *Velasco: el último general...*

de la misma manera que el Ejército Federal, que su reclutamiento era voluntario y que estaban mejor pagados que dicho Ejército, se comprenderá que fuera de la disciplina y la instrucción de los oficiales del Ejército Federal, el soldado federal individualmente era inferior al revolucionario en esta zona y el equilibrio existía solamente debido a la mejor organización del mando y a la superioridad moral e intelectual que tenían los oficiales federales, pues el armamento era igual y el reclutamiento de estos cuerpos de rurales era superior.[269]

Falta de elementos de combate

Aun cuando el armamento utilizado por federales y revolucionarios fue similar hubo un momento en que la escasez de municiones y la falta de auxilios fueron esenciales para que los federales tuvieran que abandonar sus posiciones. Desde el día 27 de marzo se había dado la orden al general Rodrigo Paliza para que con la tropa de su mando condujera hasta Torreón un convoy de municiones destinado a la División del Nazas.[270] Pero el envío nunca llegó.

El propio Refugio Velasco menciona que solamente contaba con 50 o 60 cartuchos por hombre y que con tales elementos no podía sostener un combate de cierta duración. La seguridad de que por la escasez de municiones la plaza caería pronto, y de que no llegaría el refuerzo ni auxilios de ningún género decidieron a Velasco a evacuar en forma escalonada las plazas que defendía y salvar a sus hombres.[271]

Velasco, por su parte, sabía lo que la caída de Torreón significaba. No sólo en los hechos materiales y en la importancia económica que pudiera tener la plaza, sino por el impacto moral en los soldados y en la opinión pública, tanto nacional como extranjera.

Dispositivo y táctica militar federal

Desde que Refugio Velasco recuperó Torreón se dio a la tarea de crear un buen dispositivo que pudiera proteger la ciudad en caso de un ataque. Para ello estableció tres líneas de defensa.

269 Centro de Estudios de Historia de México. Carso. Archivo Guillermo Rubio Navarrete. (En adelante CEHMCARSO-AGRN, seguido del número de caja y documento). Caja: 2, Doc: 54.

270 AHDN-RR. XI/481.5/31. Fo: 71.

271 José Antonio Velasco Lomelí, *Velasco: el último general...*, pp. 42-44.

La primera iba desde Tlahualillo hasta Sacramento. A esos puntos envió al coronel Inocencio P. Martín y al general Juan Andrew Almazán, quienes combatieron contra las fuerzas villistas de Eugenio Aguirre Benavides y Rosalío Hernández. Sacramento cayó el 22 de marzo y las fuerzas de Almazán se replegaron hacia Torreón.

Una segunda línea iba desde Lerdo a Gómez Palacio. En Lerdo, pese a que la pelea por la plaza solamente duró un día (23 de marzo), José Refugio Velasco se había encargado de dar algunas disposiciones acertadas. Les hizo saber a los habitantes que derribarían las casas de donde se oyera algún disparo que apoyara a los rebeldes.

La lucha por Gómez Palacio, del 22 al 27 de marzo, fue encarnizada. Ahí el general federal mandó a sus hombres colocarse en los puntos estratégicos: la Casa Redonda, La Jabonera y La Pila.[272] En Gómez se dio el enfrentamiento de las caballerías más poderosas de los ejércitos contendientes: por un lado, la revolucionaria a cargo de Francisco Villa y sus Dorados, del otro la del federal Ricardo Peña, considerada la mejor fuerza a caballo de los huertistas. La victoria fue para los revolucionarios, los federales no sólo perdieron la batalla sino también a su jefe.

La noche del 26 Refugio Velasco ordenó simular una salida por la estación del ferrocarril y después regresar a la plaza.

Al día siguiente, cuando los revolucionarios planeaban el asalto final, los federales se habían vuelto humo, ya no había nadie que defendiera la ciudad. Habían escapado, ahora sí, como fantasmas protegidos por la oscuridad de la noche. La División del Norte no se dio cuenta de su salida.

En Gómez Palacio no solamente se pudo apreciar el buen desempeño de los federales también se mostró la versatilidad de la División del Norte. Aunque la fuerza villista ha pasado a la historia como una fuerza de caballería, inclusive su jefe ha sido conocido como el Centauro del Norte, lo cierto es que en Gómez dio prueba de que era una fuerza poderosa en las tres armas: caballería, infantería y artillería. Para la toma de los cerros, principalmente el de La Pila, fue esencial el uso de las dos últimas. Los soldados ascendían los cerros mientras eran bien protegidos por los cañones villistas.

Cuando las fuerzas federales se reconcentraron en Torreón, el general José Refugio Velasco nuevamente dio prueba de sus dotes militares. Una vez más mandó ocupar los lugares principales para poder rechazar a los

[272] La Pila es un cerro de un kilómetro de ancho, sumamente inclinado.

rebeldes. Los soldados federales se establecieron en el cerro de las Calabazas, el Huarache, la Toma de Agua, la Polvorera y la Metalúrgica.

La falta de elementos bélicos fue fundamental para que el general federal se decidiera a abandonar la plaza. No se puede decir en este caso que los mandos tomaron una actitud cobarde al desalojarla. Para entonces varios de sus jefes habían dado muestra de su valor y compromiso ante sus fuerzas. El coronel Peña había muerto, el general Agustín Valdés aunque se encontraba convaleciente de pulmonía se había negado a dejar su posición, el general Ocaranza fue herido. Inclusive cuando se dio la orden de retirada se dio de la forma más ordenada conocida hasta entonces. Refugio Velasco no abandonó a sus hombres y pudo salir sin prácticamente ser molestados por los villistas.

El general José Refugio Velasco mantuvo la misma táctica de ataque y defensa en Lerdo, Gómez Palacio y Torreón. Primero tomó una actitud defensiva, aguantó hasta lo último para desgastar al enemigo, fingió una salida, después emprendió un ataque vigoroso para hacer retroceder al adversario y hacerle creer que iniciaría una ofensiva, pero sólo fue una táctica de repliegue y distracción para que sus fuerzas pudieran abandonar en forma organizada y con pocos daños una situación de encierro.

Las buenas decisiones tomadas por el jefe federal ocasionaron que la toma de cada una de las posiciones por los revolucionarios fuera sumamente complicada, en Gómez Palacio.

> El ejército constitucionalista estaba abatido. En los cuatro días de lucha se habían perdido cerca de mil hombres y casi dos mil estaban heridos. Hasta el excelente tren hospital era insuficiente para hacerse cargo de los heridos. En la enorme planicie donde nosotros nos encontrábamos dominaba sobre todo el asqueroso olor a cadáveres. En Gómez debió ser horrible. El jueves el humo de veinte piras funerarias marchaba en el cielo. Pero Villa estaba más determinado que nunca. Gómez debía caer y rápido. Ya no tenía municiones ni abastecimientos suficientes para sostener el sitio. Más aun, su nombre ya era una leyenda entre el enemigo. Donde quiera que Pancho Villa apareciera en una batalla ellos comenzaban a pensar que ya estaba perdida.[273]

[273] John Reed, *México insurgente*, pp. 242-243.

En el caso de Torreón, Velasco preparó la retirada en forma perfecta. El 2 de abril las tropas federales lanzaron un contraataque. La maniobra desconcertó a los villistas quienes se sorprendieron de que los federales de pronto regresaran a la ciudad. Esa táctica hizo que los revolucionarios se replegaran y sirvió como distractor, pues dio tiempo al general federal para organizar la retirada aprovechando además una nube de polvo que se había formado. Los villistas no pudieron hacer mucho. Después de doce días de batalla, se encontraban exhaustos y, de hecho, también sus mandos estaban pensando en abandonar el asedio dado el número de bajas que habían sufrido.

A esta altura, Felipe Ángeles sugirió que se les dejara una salida a las fuerzas federales para que así, en lugar de marcharse con un fracaso, la División del Norte pudiera reclamar una victoria que parecía, por momentos, muy difícil de alcanzar. Las fuerzas revolucionarias habían sufrido una sangría enorme, pero la entrada a Torreón los dejó con la moral muy alta.

De la salida de los federales el propio Felipe Ángeles dejó la siguiente impresión cuando un año después, en 1915, escribió a José Refugio Velasco:

> Presumo fundamentalmente que la orden de evacuación que usted dio estuvo muy justificada y todos los revolucionarios que asediábamos la ciudad tuvimos la impresión de que usted y sus tropas se condujeron con honor, valentía y habilidad en la defensa. El señor general Villa, especialmente, al darse cuenta del orden correcto con que se efectuó la retirada hizo la apreciación de que usted era un verdadero general.[274]

En síntesis, el Ejército Federal, con respecto al revolucionario, contó en La Laguna con menores efectivos; similar calidad de mandos y armamento; menores recursos y mayor instrucción; menor paga a la tropa, pero, sobre todo, una moral más baja, y esto, aunque no es medible es fundamental en la guerra, como bien lo ha señalado Clausewitz.

> Todos se esfuerzan por hallar la solución dentro de una extensión limitada, cuando en la guerra todo es indeterminado, y los cálculos deben hacerse sobre cantidades variables. Dirigen sus razonamientos solamente sobre fac-

[274] José Antonio Velasco Lomelí, *Velasco: el último general...*, p. 48.

> tores materiales, mientras que el acto guerrero resulta de causas y efectos de origen moral [...]. Todas estas cuestiones de orden moral y otras semejantes han sido probadas por la experiencia, son revisadas y autorizadas por ella constantemente para ser evaluadas como magnitudes reales, ¿y qué sería de una teoría en la que no fueran tenidas en cuenta? […] Desgraciadamente, estos agentes escapan a todo saber extraído de los libros, porque no se dejan traducir en cifras, ni agrupar en clases, y requieren ser vistos y sentidos.[275]

Las batallas de La Laguna y el encuentro de dos jefes militares

Hay un dicho muy conocido que reza: *En la guerra como en el amor, todo se vale*. No obstante, en la guerra entre militares de honor existen ciertas normas de conducta en la batalla. Ni José Refugio Velasco ni Felipe Ángeles hubieran aceptado ganar mediante una traición, como sí lo hizo Pablo González, o ganar una batalla mediante sobornos, como sí lo hizo Álvaro Obregón.

Tras la caía del régimen huertista y la firma de los Acuerdos de Teoloyucan que decretaron la disolución del ejército, al general José Refugio Velasco se le empezó a acusar de haber traicionado al gobierno, por haber sido él quien, en su carácter de secretario de Guerra, aceptara tener a su cargo la disolución del ejército. Se le acusó también de haber entregado la plaza de Torreón a cambio de dinero.[276]

Se trataba de acusaciones políticas sin presentar pruebas. José Refugio Velasco y Felipe Ángeles, quienes en La Laguna combatieron en bandos contrarios, habían sido preparados en el Ejército Federal del porfiriato. Ambos, a pesar de no tener una formación similar, compartían un marco ético: no quisieron ser más que buenos militares y como tales se desempeñaron.

José Refugio Velasco había nacido en 1849 en el estado de Aguascalientes. Desde muy chico ingresó al Ejército y participó en las campañas militares contra el Segundo Imperio bajo el mando del general Mariano Escobedo. En los años posteriores su carrera fue muy similar a la de otros militares, pues colaboró en el sometimiento de diversos grupos rebeldes en los estados de Chihuahua, Michoacán, San Luis Potosí y Sonora. En 1913 logró arrebatarles la ciudad de Torreón a las fuerzas de Calixto Con-

[275] Karl Von Clausewitz, *op. cit*., Libro Segundo, Cap. II/XII.

[276] Su escrito de defensa en: José Antonio Velasco Lomelí, *Velasco: el último general...*, pp. 42-46.

treras y los hermanos Arrieta. Desde entonces había permanecido en el estado de Coahuila haciendo labores de fortificación y defensa de Torreón.

Velasco era muy diferente a sus pares militares. Mientras que los otros jefes federales veían con desprecio a los cuerpos irregulares, integrados en su mayoría por ex revolucionarios, Velasco reconocía sus dotes y aún los prefería sobre sus compañeros. En San Luis Potosí, tras la derrota, le comentó al general Antonio G. Olea:

> Ninguno de los generales que estuvieron conmigo en Torreón y San Pedro de las Colonias vale nada. ¡Argumedo vale más que todos juntos! Él solo sacó en mil caballos un millón de cartuchos, es decir una caja en cada caballo.[277]

El 27 de marzo Villa pidió la rendición de Torreón mediante un texto redactado por Felipe Ángeles. Los términos en que estuvo concebido el escrito eran "cordiales" y con ciertos visos de respeto hacia el general Velasco. Se hablaba de las tropas "bajo su digno mando" y señalaba que además en caso de aceptar la rendición, esa acción "complementaría el ademán de hidalguía y gran civismo que tuvo usted en Veracruz, después de la infidencia y la traición del general Huerta".[278]

Evitar a toda costa la guerra sucia y reconocer la grandeza del enemigo también es cosa de hombres de honor.

***

Por su parte, Felipe Ángeles se había incorporado a la revolución en septiembre de 1913. A su llegada Venustiano Carranza lo nombró secretario de Guerra para después, debido a presiones de los jefes revolucionarios sonorenses, conferirle sólo el nombramiento de subsecretario de guerra, el que en realidad sólo ejerció de forma nominal pues en el periodo que estuvo al lado de Carranza sólo cubrió tareas administrativas. Su incor-

277 José Enciso Contreras (prol.), *La Batalla de Zacatecas*.

278 Recordemos que cuando Huerta, después del cuartelazo le comunicó a José Refugio Velasco que Madero llegaría a Veracruz, lugar en donde Velasco se encontraba como jefe de la guarnición, para ser embarcado y salir al exilio, Refugio Velasco contestó preguntado cuál era la situación, pues si Madero no había renunciado, él lo consideraría como el presidente legal.

poración a la División del Norte fue el 15 de marzo de 1914. Ese día en Chihuahua fue recibido con honores.

Inmediatamente se le dio un trato preferencial. Se le destinó al mismo carro de ferrocarril que ocupaba Francisco Villa, en el que dormían el jefe de la División del Norte, José Rodríguez y el doctor Raschbaum, y a partir de entonces el general Ángeles.[279] Al día siguiente de su llegada, las fuerzas villistas marcharon hacia el sur.

El general Villa quedó impresionado del accionar del general Ángeles en la guerra, en el parte militar que el Centauro del Norte escribió a Carranza, dijo:

> Señor, después de tres días y tres noches de combates, nuestras tropas son dueñas de Lerdo y Gómez Palacio […]. Fue bueno el manejo de la artillería, mandada por el señor general Ángeles, el cual, como usted sabe, es muy notable persona y de muchos conocimientos tocante a la guerra.[280]

En el asedio a Torreón a Ángeles le tocó mandar la artillería. Una de sus baterías se encontraba ubicada en el Cerro de las Calabazas en Gómez Palacio desde el cual se divisaba el cuartel federal ubicado frente a la Plaza de Armas de la ciudad.[281]

El día 28 de marzo su artillería estuvo a punto de caer en manos del enemigo. De la acción dejó testimonio Francisco Villa:

> Allí se vio cómo Felipe Ángeles era hombre de mucha ley. En cuanto notó que el enemigo se le abalanzaba, sacó de la funda su pistola, la cual le sirvió, amenazando a los que vacilaban, para que hasta el último de sus hombres se mantuviera en su puesto y para que se contuviera el movimiento de los avantrenes. Con eso, cuando la carga enemiga estaba ya encima de él, logró desviarla con sus cañones y sus fusiles, y entonces otras fuerzas nuestras

279 John Reed, *op. cit.*, p. 187.

280 Martín Luis Guzmán, *Obras completas*, t. II, p. 282.

281 Pablo Serrano Álvarez (coord.), *Historias de familia*, Ángeles no era el único exfederal que se encontraba combatiendo en Torreón contra sus excompañeros. También ahí estuvo presente Gustavo Bazán, entonces mayor, quien se incorporó en los días del ataque a Lerdo, proveniente de Sonora. Pancho Villa cuenta una historia de cómo en medio del fragor de la batalla vio a un joven que lo seguía a pie, era el mayor Gustavo Bazán. Martín Luis Guzmán, *Memorias de Pancho Villa*, t. II, p. 266.

lo ampararon; y desbaratada así aquella carga enemiga, Ángeles y su gente quedaron dueños del campo de su hazaña.[282]

Ese mismo día, 28 de marzo, en la ciudad de México, el secretario de Guerra, Aureliano Blanquet ordenó que Felipe Ángeles causara "baja por indigno de pertenecer al Ejército". La respuesta vino dos días después del campo revolucionario por medio de Francisco Villa en su respuesta a Velasco quien le ofrecía pactar un armisticio. En el documento se declaraba que se le haría la guerra a la clase privilegiada y al "Ejército que manchó su honor traicionando al Gobierno democrático y sirviendo de vil instrumento a la odiosa clase privilegiada".

El documento, seguramente escrito por Ángeles, indica que los indignos y los que habían deshonrado al Ejército eran precisamente aquellos que sostenían al gobierno huertista y no él.

La forma más inmediata de cobrar la afrenta se dio en el campo de batalla. La victoria fue arrancada a ese Ejército Federal y Ángeles dio parte de la victoria, que fue publicado en el periódico *Vida Nueva*.

Dos de abril de 1914 a las ocho y media de la noche, [Torreón] cayó totalmente en poder de las aguerridas fuerzas constitucionalistas que componen la invicta división del norte...GRAL. FELIPE ANGELES,

Jefe de la Artillería Mexicana.[283]

***

Las batallas de la Laguna que culminaron con la toma de Torreón fueron el bautismo de fuego del general Ángeles con la División del Norte. Por su

[282] Martín Luis Guzmán, *Obras completas*, t. II..., p. 279.

[283] El gobernador de Chihuahua Manuel Chao, ante tal noticia, comentó: "Al saber el importantísimo triunfo obtenido por la División del Norte en la captura de esa plaza, es imposible olvidar la participación eficaz de usted con la artillería que es a su mando, y por lo tanto, lo felicitamos sinceramente, celebrando, ahora sí, el dos de abril como se merece, para bien de la Patria y para honra y gloria de los buenos hijos que, como usted, han sabido conservar incólume el verdadero honor militar", *Vida Nueva*, 3 de abril de 1914. Nótese que no firma como subsecretario de guerra sino como jefe de la Artillería Mexicana.

parte, para José Refugio Velasco fueron unos más de los combates en los que mostró sus dotes militares. Fue un encuentro que enfrentó a dos federales: los más conocedores de tácticas militares. Torreón fue uno de esos choques en los que, hasta el último momento, no hubo un claro vencedor. Fue una lucha que tuvo salida gracias a la perspicacia tanto de Ángeles como de Refugio Velasco. La formación de ambos era diferente, pero había códigos y filosofía que compartían. Eran de los pocos militares que sabían y compartían la ética como soldados y miembros de un ejército, aunque peleando en bandos contrarios.

Honor, caballerosidad y con grandes dotes militares son esenciales para la formación de un buen soldado, oficial o general, y son fundamentales en la de la columna vertebral del ejército. Precisamente, algunos de ellos se enfrentaron en aquellas Batallas de La Laguna.

Batalla por San Pedro de las Colonias

Los federales en su camino de retirada, en Viesca, dejaron abandonadas tres máquinas y 36 carros de pasajeros y quemaron un carro de parque y otro de rifles.[284]

Los huertistas se reconcentraron en la población de San Pedro de las Colonias. Ahí el general José Refugio Velasco se encontró con aquellos jefes que no pudieron, o no quisieron, apoyarlo en Torreón. En la plaza estaban ya las fuerzas de los generales Joaquín Maass, Arnoldo Casso López y el jefe de la División del Norte Federal, Carlos García Hidalgo, entre otros.[285] En total sumaron 12 generales y 12 000 hombres, miembros de tres Divisiones: la del Nazas, la del Norte y la del Bravo. Todos ellos quedaron bajo el mando del recién ascendido a general de Cuerpo del Ejército, José Refugio Velasco.

El ataque a la plaza había dado inicio el 10 de abril, cuando las fuerzas de Velasco aún no arribaban a San Pedro. Los generales federales Joaquín Maas y Carlos García Hidalgo pudieron rechazar a los revolucionarios

[284] Francisco Villa-Venustiano Carranza. IISUE/AHUNAM-AJB. Caja: 1, folder: 2, fo: 4-5.

[285] Estas fuerzas eran parte de las guarniciones de Monterrey y Saltillo, por lo que habían dejado desprotegidas dichas plazas. Villa, conocedor de ello se le hizo saber al Primer Jefe para que ordenara a Pablo González avanzar, sin embargo, éste no se movió. 12 de abril. Francisco Villa-Venustiano Carranza. IISUE/AHUNAM-AJB. Caja: 1, folder: 2, fo: 4-5. García Hidalgo había sido nombrado jefe de la División del Norte federal después de la huida vergonzosa del general Mercado.

después de un combate de 14 horas. La llegada de las fuerzas de Velasco, alrededor de las 6:30 p.m., obligó a los villistas a retirarse. Para el día 13, Villa emprendió uno de sus ataques en la madrugada. El asalto tomó por sorpresa a los federales. El general García Hidalgo al ver que el pánico se apoderó de sus soldados, quienes habían abandonado sus puestos, pistola en mano los obligó a restablecer la línea de defensa. Pese a sus esfuerzos, su unidad fue completamente destrozada. Murieron gran parte de sus oficiales y su Jefe del Regimiento de Caballería Auxiliar, por la impotencia de no poder contener el desastre, se suicidó.

Aquí no hubo orden previa de tratar de evitar el apoyo del pueblo desde el interior de la plaza a los rebeldes. Sin embargo, cuando algunos jefes federales pudieron observar que desde algunas ventanas se les disparaba, dieron la orden de destruir e incendiar las casas.

En esta batalla el general José Refugio Velasco volvió a dar prueba de su pundonor. Aunque fue herido del brazo continuó dando gritos y órdenes para contrarrestar el empuje revolucionario. Más tarde, al mirar de forma preocupante que el parque se le estaba terminando, dio la orden de retirada.[286] Los federales antes de salir incendiaron el Hotel de México, el mercado, el almacén Las Amazonas y, como una especie de represalia, también las propiedades que la familia Madero tenía en la población.[287]

En la ciudad dejaron mucho material de guerra, entre ellos once cañones y algunos trenes, además de algunos heridos.[288]

Aunque García Hidalgo consideró que Argumedo se comportó de manera indigna, pues en su parte dijo que no había cumplido cabalmente la orden que se le había dado de que tratara de envolver al enemigo, añadiendo que sus soldados estaban completamente desorganizados y

286 21 de abril de 1914. Parte de guerra del general Carlos García Hidalgo. Adrián y Luis Aguirre Benavides, *Las grandes batallas de la División del Norte al mando de Pancho Villa*, pp. 133-136.

287 Brondo Whitt médico de la División del Norte, dejó el siguiente testimonio: "Los federales se ensañaron con este pueblo maderista. Quemaron el mercado, que era hermoso y rico, no dejando de él sino lo de fierro: arcos y columnas; el esqueleto chamuscado, semejante al que queda de un gigante árbol pirotécnico después de la fiesta de luz. Muchas casas particulares, de la propiedad de Madero o sus parientes, también fueron convertidas en cenizas. Las vi humeando". E. Brondo Whitt, *La División del Norte (1914) Por un testigo presencial*, pp. 76-77.

288 14 de abril de 1914. Francisco Villa-Venustiano Carranza. Citado en Federico Cervantes, *Felipe Ángeles y la Revolución de 1913. Biografía*, pp. 74-75.

que muchos de ellos estaban borrachos,[289] la impresión del general en jefe, como hemos visto, fue completamente contraria. José Refugio Velasco reconoció a Argumedo como uno de los pocos jefes que merecían respeto y se habían comportado a la altura, aun por sobre muchos jefes federales.

El desalojo se dio en la forma lo más ordenada posible, pero en el camino y en el campo de batalla quedaron varios cuerpos de soldados federales. Muchos de ellos, en el fragor de la batalla, trataron de huir rumbo a Paredón. Muchos murieron en el desierto. Un mes después los cadáveres aún permanecían insepultos y sus cuerpos descompuestos, fueron vistos por el Primer Jefe en su camino a Saltillo.[290]

En el informe que envió Ángeles a Venustiano Carranza, daba su impresión sobre el valor de la victoria:

> Si no fuera por la expectativa mundial que había por la toma de Torreón la batalla de San Pedro de las Colonias sería mucho más importante porque en realidad lo es intrínsecamente, todos los generales de la confianza de Huerta estaban en San Pedro y por telegramas recogidos en el Cuartel general Huertista aquí, se ve que en ellos cifraba Huerta el sostenimiento de su gobierno y que han quedado después de la derrota en un estado completo de desmoralización. [291]

La mirada de un exfederal no se equivocaba. En San Pedro se quebró el Ejército Federal. Ángeles conocía a varios de los generales derrotados. Sabía que Huerta ya no contaba con militares que fueran capaces de poner

289 21 de abril de 1914. Parte de guerra del general Carlos García Hidalgo. Adrián y Luis Aguirre Benavides, *Las grandes batallas...*, p. 135.

290 Barragán dice: "Como detalle complementario, y para dar una idea de lo que fue la horrenda carnicería de San Pedro de las Colonias, haré constar que después de un mes, cuando pasamos por ahí con el señor Carranza rumbo a Saltillo, todavía se veían en el camino cadáveres insepultos de soldados federales que fueron abandonados en la retirada; vestuario, armas y multitud de objetos pertenecientes a la impedimenta federal. Algunos moradores de la región nos platicaron, que centenares de soldados dispersos, que huían poseídos de pánico hacia Paredón atravesando el desierto, morían en el camino atacados por la sed y la insolación. Durante algunas semanas fue un éxodo doloroso, realmente trágico, el que presenciaron los habitantes de los pocos poblados que se hallan a lo largo de la vía del ferrocarril a Saltillo". Juan Barragán Rodríguez, *Historia del Ejército y la Revolución Constitucionalista*, p. 432.

291 IISUE/AHUNAM-AJB. Caja: 1, Exp: 2, fo: 124-125.

resistencia, a no ser el propio presidente o su secretario de guerra: Aureliano Blanquet.

A algunos escritores que trataron de reconstruir los hechos, años después, les pareció absurda la idea de Victoriano Huerta de resistir en San Pedro de las Colonias.[292] Sin embargo, Huerta sabía de la importancia de la plaza. Después de caída Torreón, San Pedro se perfilaba como la única población con comunicación hacia el norte. No importaba para esos momentos que hubiera perdido Sonora y Sinaloa, pero la región lagunera era importante por sus comunicaciones y su economía: con la caída de San Pedro el gobierno huertista se olvidó de los fondos por la venta del algodón y el guayule.

Las pocas fuerzas federales que pudieron salvarse se dispersaron. Los revolucionarios, por su parte, regresaron al estado de Chihuahua con el objetivo de rearmarse y reagruparse para continuar su camino.

Como es sabido en Chihuahua dio inició la ruptura entre los jefes revolucionarios Villa y Ángeles por un lado y Carranza por el otro. Aunque la intención de la División del Norte era avanzar inmediatamente al sur, el Primer Jefe les dio la orden de tomar primero la ciudad de Saltillo, y hacia allá enfilaron sus pasos.[293]

Símbolos de gloria

El 21 de abril de 1914, cuando ya el Ejército Federal había sido derrotado en Torreón y San Pedro de las Colonias, las fuerzas estadunidenses con un pretexto banal desembarcaron en Veracruz.[294] La noticia corrió rápidamente por todo el país. La prensa de ese entonces empezó a publicar los informes que se daban día a día en el puerto. Se ponía énfasis en la valentía y el patriotismo de aquellos que se prestaban para la defensa de la Patria: civiles o soldados, federales o revolucionarios; no había distinción. "¡La Nación está en peligro!", decía casi en su totalidad la prensa capitalina.

292 Juan Barragán calificó de "imprudente" e "insensata" la idea de Huerta de resistir en San Pedro, diciendo que lo mejor era aguantar en el centro de la República. Juan Barragán Rodríguez, *op. cit*., pp. 431-432.

293 Son múltiples los autores que han hablado sobre el primer encuentro que sostuvieron Villa y Carranza en Chihuahua, y sobre el desaire que hizo Ángeles a Carranza al no asistir a recibirlo cuando llegó a la ciudad. Como ese es tema de otro estudio, yo sólo lo consigno muy brevemente.

294 Algunos pormenores de los hechos en Edgar Urbina Sebastián, "La travesía de la Escuela Naval Militar durante la Revolución Mexicana", pp. 157-188.

Cuatro días después, el 25 de abril, llegó a la ciudad de México un tren del que descendieron varios militares. Entre ellos llamó la atención de los reporteros presentes el general de división Eduardo Ocaranza y el general de cuerpo del ejército, y entonces jefe de la División del Nazas, José Refugio Velasco. Venían heridos: el primero lo había sido en Gómez Palacio y el segundo en la defensa de San Pedro de las Colonias.[295] Fueron recibidos como héroes a pesar de haber sido derrotados en ambas batallas.

Al fin y al cabo, una herida era como una medalla para los militares. Las heridas de guerra no se ocultan, sino que se presumen y son objeto de veneración, convirtiéndose así en un símbolo de gloria.

Los informes que habían llegado a la Secretaría de Guerra señalaban que el general en jefe hizo hasta lo imposible por defender las plazas de La Laguna y no se tenían noticias de que hubiera abandonado sus posiciones vergonzosamente como si lo habían hecho Eutiquio Munguía en la primera toma de Torreón, Francisco Escudero en Durango y Salvador Mercado en Chihuahua.

Podían decir que Velasco y sus oficiales en las batallas de La Laguna habían salvado el honor militar del antiguo ejército.

Paredón-Saltillo. 17 de mayo de 1914

Las fuerzas de los generales Arnoldo Casso López y Joaquín Maass, que lograron escapar de San Pedro, fueron a reconcentrarse a la ciudad de Saltillo. En Paredón había un cruce de dos caminos. Uno de ellos llevaba precisamente a la capital de Coahuila. Como medida de protección los federales habían destruido 20 kilómetros de la vía del ferrocarril con el ánimo de detener el avance de los rebeldes.

Sin embargo, Ángeles sugirió a Villa no detenerse y marchar a pie y a caballo para evitar que los federales pudiesen replegarse a Saltillo y que destruyeran la vía.[296] Los federales, que no esperaban esa acción, se

[295] El periódico asimismo apuntaba: "Los valientes jefes Velasco y Ocaranza vienen heridos: pero tales lesiones no inspiran temores de complicación". *El Imparcial*, 26 de abril de 1914. Velasco había sido herido en el antebrazo en San Pedro de las Colonias. AHDN-RR. XI/481.5/31. Fs.: 113.

[296] Ángeles llegó a Sauceda, distante 20 kilómetros de Saltillo, para estudiar el terreno donde se daría el encuentro. Los revolucionarios establecieron su plan de ataque el día 15 de mayo. Se formarían dos columnas: una de ellas, la principal atacaría sobre Paredón; la segunda al mando de Toribio Ortega se dirigiría a la retaguardia de los federales, en Estación Zertuche, para cortarles la retirada.

vieron sorprendidos. A las diez de la mañana del 17 de mayo estalló una granada de mano, señal de Villa para el ataque, y dio inicio el asalto más impactante de caballería conocido hasta entonces. Una fuerza de caballería compuesta por ocho mil efectivos se abalanzó en forma brutal sobre los federales, quienes prácticamente fueron arrollados. Ante el ímpetu del ataque, los huertistas se embarcaron rápidamente en dos trenes que estaban dispuestos para su retirada. Uno de ellos logró escapar, pero el otro cayó en manos del general Ortega. La acción fue tan rápida que la artillería villista ya no pudo entrar en acción.

Las bajas federales nuevamente fueron cuantiosas e importantes. Murieron en acción los generales Ignacio Muñoz y Francisco A. Osorno. Este último había servido a Felipe Ángeles en su campaña en Morelos en 1912 con el grado de capitán, su cuerpo fue encontrado: "a un lado del camino de la retirada en la batalla de Paredón, debajo de un matorral hasta donde pudo arrastrarse el moribundo".[297] Murieron también 200 hombres entre oficiales y tropa.[298] Se les hicieron además 1 200 prisioneros. Muchos de ellos fueron fusilados y algunos otros pudieron ser rescatados por Felipe Ángeles y sus oficiales y fueron incorporados a las fuerzas revolucionarias. Otros no tuvieron la misma suerte:

> […] Ángeles. Procuró que no fusilaran a nadie y trató de salvar, aunque en vano, la vida de un teniente coronel, amigo y compañero de Cervantes y Bazán, cuyo nombre se me escapa de momento y quien fue tomado prisionero estando gravemente herido.[299]

297 Federico Cervantes, *Felipe Ángeles y la Revolución de 1913...*, p. 85.

298 Julio Prieto, "Carta a sus padres", *Relatos e Historias de México*, pp. 29-33.

299 El nombre del oficial era Domingo López de Rivera, aunque ya había sido curado, cuando el tren revolucionario ya había emprendido el camino el general villista Santiago Ramírez al llamarle la atención su aspecto lo interrogó y López confirmó su origen. Entonces fue fusilado a un lado de la vía del tren. Gustavo Durón, "Contra Huerta contra Carranza", mecanoescrito. Instituto de Investigaciones Sobre la Universidad y la Educación/Archivo Histórico de la UNAM. Archivo Martín Luis Guzmán. (En adelante IISUE/AHUNAM-AMLG, seguido del número de Caja) Caja: 1/20. Cervantes narra cómo Ángeles pidió personalmente se les perdonara la vida a tres oficiales federales. Federico Cervantes, *Felipe Ángeles y la Revolución de 1913...*, p. 81. Entre los prisioneros, Julio Prieto tomó uno como su ayudante. Julio Prieto, *op. cit*., pp. 29-33.

Los federales, además, dejaron un cuantioso botín de guerra: diez cañones, ocho ametralladoras Hotchkins, millón y medio de cartuchos Máuser, 1800 granadas, 1 500 máuseres, cinco locomotoras y 250 furgones.

Al enterarse del desastre ocurrido en Paredón, las fuerzas que aún se encontraban en Saltillo decidieron evacuar la ciudad no sin antes dedicarse al saqueo y haber prendido fuego al casino, tareas que ya habían hecho costumbre.[300]

Cuando los revolucionarios lograron entrar a la ciudad de Saltillo, Villa puso en manos de las autoridades civiles el gobierno de la ciudad y continuaron los fusilamientos de los federales.[301] Días más tarde, cuando Venustiano Carranza arribó a la plaza las ejecuciones de los federales que habían quedado cautivos no cesaron: Francisco L. Urquizo, miembro del Estado Mayor del Primer Jefe dice que "nos dedicamos nosotros, los de la guarnición de Saltillo, a juzgar y matar federales prisioneros".[302]

Por su parte, otros soldados federales se lograron incorporar a las fuerzas revolucionarias y con ellos emprendieron el camino de regreso a Torreón aunque con sus mismas ropas:

> A los exfederales se les ha dicho que pueden o no (como gusten) renunciar a su antiguo traje porque por lo pronto no hay vestido que ofrecerles. Pero hay una cosa que parece que les choca, una presa que quien quiera y como quiera bota inmediatamente lo más lejos posible: la gorra militar de cualquier forma que sea, llámese boina, llámese chaco, llámese képi…[303]

Pero junto con ellos también se incorporó su familia: mujeres y niños. En el trayecto se pudo ver a "una soldadera exfederal, a pie, con un niño de pecho, amarrado a las espaldas, tira de un caballo donde va una niña de unos nueve años. Otra soldadera, tirando de otro caballo, también flaco, sobre el que van subidos tres niños de diversas edades, pero todos pequeños y haraposos...".[304]

300 21 de mayo de 1914. Francisco Villa-Venustiano Carranza. Juan Barragán Rodríguez, *op. cit*., p. 479.

301 Adrián y Luis Aguirre Benavides, *op. cit.*, p. 165. Narran el fusilamiento en la capital coahuilense de dos oficiales federales.

302 Francisco L. Urquizo, *Recuerdo que...*, pp. 225-228.

303 E. Brondo Whitt, *op. cit*., p. 155.

304 *Ibid*., p. 156.

Esa era la cotidianeidad de los soldados tanto revolucionarios como federales: unas veces peleando de un lado para al día siguiente estar en el bando contrario. Esas eran las paradojas de la guerra.

Algunos de los afortunados federales que sobrevivieron a la catástrofe fueron a dar a San Luis Potosí, entre ellos las fuerzas del general Joaquín Maass.[305]

La situación en que llegaron a esa ciudad fue pésima y pegaron en el ánimo de la fuerza huertista que estaba de guarnición. Ignacio Muñoz, soldado federal y homónimo del general caído en Saltillo, dejó la siguiente impresión:

> Una noche circuló en la ciudad un grave rumor.
>
> La estación estaba congestionada. Numerosos trenes, conduciendo fuertes contingentes estaban arribando del Norte.
>
> Llegaban en condiciones lamentables. Miles de heridos los acompañaban.
>
> Pronto pudimos saber que los restos de la que fuera espléndida columna del general Joaquín Maass, llegaban completamente derrotados a San Luis Potosí, después de sostener un sangriento combate en San Pedro de las Colonias y más tarde otro de poca importancia en Saltillo.
>
> Era positivamente lamentable el estado en que regresaban aquellas tropas que viéramos partir pocos meses antes y que llegaron a sumar efectivos que pasaban dieciocho mil hombres.
>
> ¡Francisco Villa era algo más que una amenaza![306]

Para ensombrecer más la situación llegaron a San Luis otras fuerzas federales en similar situación:

[305] Javier Garciadiego, *1913-1914. De Guadalupe a Teoloyucan...*, p. 193. No existen partes de guerra de la batalla y es imposible precisar los efectivos federales que existían en Saltillo por esos días, pero se calcula que eran unos 9 000 a 10 000 hombres entre los que quedaban de la guarnición de Monterrey (2 000), de la guarnición de Monclova y Nuevo Laredo (1 000) y de los que quedaron de las fuerzas derrotadas en Torreón y San Pedro de las Colonias (6 000). Se dividieron en tres grandes grupos: una División de unos 4 000 hombres al mando de Joaquín Maass, que además quedó como general en jefe de todas las fuerzas, una brigada mixta al mando del general Ignacio Muñoz y una brigada de caballería al mando del general Pascual Orozco. Miguel Sánchez Lamego, *Historia militar de la revolución constitucionalista*, Tercera parte, t. V, p. 119.

[306] Ignacio Muñoz, *Verdad y mito de la Revolución Mexicana (Relatada por un protagonista)*, t. II, p. 169.

Al día siguiente de la fecha en que arribaron los restos de la poderosa columna del general Maass, tuvimos otra noticia que castigó rudamente nuestra moral.

Nuevos trenes arribaron a la estación. Un intenso movimiento de ambulancias y parihuelas conduciendo centenares de heridos, volvió a sembrar la inquietud en la guarnición de la plaza ¿Qué pasaba? ¿Qué había sucedido?

La noticia fue abrumadora…

El valiente general de Cuerpo de Ejército, José refugio Velasco, que durante mucho tiempo sostuviera de forma bizarra la defensa de Torreón, ayudado por los pundonorosos y bravos generales Eduardo Ocaranza y Francisco Reyna, llegaba también derrotado, con los restos de su columna casi agotados por una larga travesía.

El general Reyna, que tuviera a su cargo la defensa del Cerro de las Calabazas, en Torreón, y cuya fama por su valor siempre temerario, lo hiciera popular en el ejército, había muerto en el sitio. El general Ocaranza regresaba herido con un balazo en la cara […].

Por todo ello, la llegada en plena derrota del general Refugio Velasco y su ex formidable columna, tenía que producir en nuestras tropas una fuerte desazón, poco favorable a nuestra ya crítica situación militar.[307]

La columna más numerosa del ejército federal, comandada por Maass Jr., y el general más prestigioso y reconocido entre los federales Refugio Velasco, llegaban a la ciudad de San Luis Potosí. La primera, sumamente diezmada, el segundo herido de un brazo y habiendo perdido al jefe de uno de los regimientos más poderosos y que era un militar con gran ascendiente entre los federales, Francisco Reyna, jefe del 5º Regimiento de Caballería, el llamado *Quinto de Oro*.

Los soldados federales que vieron ese espectáculo, que se encontraban de guarnición en San Luis Potosí, fueron enviados a combatir a Zacatecas. Obviamente las escenas que vieron desmotivaron a los soldados federales.

Por su parte el general Refugio Velasco, antes de partir a la ciudad de México,[308] reprendió duramente a los generales que conformaban la columna de Maass. Les dijo que el gobierno había hecho un gran esfuerzo

307 *Ibid*., pp. 170-172.

308 Aquí hay una confusión respecto a los tiempos, pues Muñoz los ubica después de la derrota de Paredón, cuando en realidad las fuerzas del general Refugio Velasco llegaron a la ciudad de México el 25 de abril, antes de dicha batalla.

para conjuntarla, que estaba compuesta por 27 generales y por efectivos de las tres armas, pero que pese a ello no habían podido atacar por la retaguardia a la columna del general Villa en el momento oportuno. Por el contrario, les dijo, demoraron su avance, lo que ocasionó la caída de Torreón, y la posterior derrota en San Pedro de las Colonias.[309]

El ejército se estaba desmoronando…

Zacatecas. El fin de dos ejércitos

Sin temor a equivocarnos, podemos decir que la batalla de Zacatecas ha sido escrita y relatada innumerables ocasiones tanto por protagonistas como por investigadores.[310] Por esta razón sería un tanto tedioso y repetitivo mostrar el relato del desarrollo de la batalla. Por lo tanto, me circunscribiré a narrar aquellos hechos relacionados con la fuerza federal. Dicho lo anterior, permítaseme omitir la estrategia y actuar del bando revolucionario, así como el de los jefes irregulares que apoyaron al huertismo.

Pese a que los federales pudieron rechazar el primer ataque a la ciudad, emprendido por las fuerzas de Pánfilo Natera, para entonces era un ejército desmoralizado y débil y que tenía nulas posibilidades de alcanzar el éxito frente a los revolucionarios. Una breve revisión de la hoja de servicios de los jefes federales que defendieron la plaza nos podrá mostrar que eran militares que no contaban con una trayectoria brillante dentro de la carrera de las armas. El general en jefe, Luis Medina Barrón, había sufrido serias derrotas en Sonora, en Santa Rosa y Santa María, contra las fuerzas de Álvaro Obregón. A no ser la buena defensa que hizo del puerto de Guaymas en 1913 y el que hubiera rechazado con éxito a las fuerzas de Natera, por las que fue ascendido a general de división, no se le contaban mayores méritos que pudieran dar esperanzas de salir avante en el ataque villista. De hecho, ni siquiera le correspondía el mando de las fuerzas. Por riguroso escalafón el mando le tendría que haber sido dado al general Antonio G. Olea, que llegó a reforzar a las fuerzas federales, quien había

309 Ignacio Muñoz, *op. cit*., t. II, p. 179.

310 Entre la historiografía reciente se encuentran los trabajos de Adolfo Gilly, "Zacatecas, la última batalla", *Revista de la Universidad de México*, pp. 27-35; Martha Loyo y Daniel C. Santander, *Zacatecas: La batalla de la victoria*; Pedro Salmerón y Bernardo Ibarrola, *La gran batalla de Zacatecas: 23 de junio de 1914*.

sido ascendido a general de división el 6 de mayo de 1914, un mes antes que Medina Barrón.[311]

Ellos dos eran los jefes con mayor rango dentro de la guarnición de la plaza. A su lado se encontraban cuatro generales brigadieres, con una carrera un tanto gris: Jacinto Guerra, José Guillermo Soberanes, Manuel M. Altamirano y Emilio Gallardo. En donde sí se pueden encontrar nombres de jefes sobresalientes y veteranos es en las fuerzas irregulares. Ahí estaban los generales de división Benjamín Argumedo y Marcelo Caraveo, el general de brigada Antonio Rojas Barona y los brigadieres Pedro V. Rodríguez Triana, Félix Terrazas y Pablo de los Santos Morales.[312] Se dice que Pascual Orozco, que contaba con 4000 hombres, se uniría a la fuerza que comandaba el general Antonio G. Olea, y que había salido de San Luis Potosí a reforzar a las habidas en Zacatecas. Sin embargo:

> Dos días después de que entramos a Zacatecas, Pascual Orozco se presentó por el Sur, pretendiendo reforzarnos. Un breve tiroteo lo hizo pulsar la fuerza de los sitiadores y, en vez de tratar de forzar el paso para sumarse a nuestros efectivos o atacar la retaguardia del enemigo con muchas posibilidades de triunfo, se alejó rápidamente hacia el Sur, acampando en la ciudad de León, sólo dedicado al saqueo, esperó pacientemente los sucesos que culminaron con nuestra aplastante derrota.[313]

El día 19 el general Medina Barrón ordenó que dos columnas de caballería marcharan al norte de la ciudad con la intención de cortar el camino de los revolucionarios y que un tren militar destruyera la línea del ferrocarril entre Calera y Zacatecas. Esta última acción no pudo llevarse a cabo porque

311 Debido al triunfo sobre las fuerzas de Natera, Medina Barrón había sido ascendido. Arturo M. Elías, Visitador de Consulados, en El Paso, Texas le envío una felicitación por el triunfo, a lo que el militar pronto contestó: "He hecho conocer a la columna de mi mando así como a la sociedad zacatecana las impresiones de ese consulado y colonia mexicana. Todos agradecemos y comprendemos que no obstante estar en esa odiosa tierra conservan el valor mexicano para expresar sus simpatías amor a México y a su Ejército. Eso mismo nos alienta para seguir escarmentando a los bandoleros y traidores a la patria que los hemos visto morir enredados en la enemiga bandera de las estrellas. Atentamente salúdolo. L. Medina Barrón". Isidro Fabela, *Documentos históricos de…*, Vol. 3, t. I, pp. 99-100.

312 Martha Loyo y Daniel C. Santander, *op. cit.*, pp. 95-98. Los autores mencionan que entre los defensores también existía un general federal de apellido Azcona.

313 Ignacio Muñoz, *op. cit*., t. II, p. 191.

el tren tuvo que regresar a la altura de Pimienta. Ante el inminente ataque Medina Barrón ordenó que los heridos, mujeres, niños y las pertenencias de los oficiales fueran trasladados en tren rumbo hacia Aguascalientes. Al día siguiente, por el camino de Guadalupe, llegaron a la ciudad las fuerzas del general Antonio G. Olea, consistentes en unos 3 000 hombres.[314] Con su refuerzo la fuerza federal incrementó a 12 000 o 13 000 efectivos.

La situación empezó a tornarse complicada para los federales, alrededor de las 11 de la mañana los revolucionarios atacaron diversas posiciones y la artillería revolucionaria hizo algunos disparos:

> Algunos de los primeros cañonazos estallaron en el pequeño cuarto donde se hallaba el Jefe del Punto, un capitán 1º apellidado Ojeda, sobrino del valiente y octogenario general Pedro Ojeda a quien nunca pudo vencer el Gral. Obregón durante el reñido y largo sitio de Guaymas. El capitán Ojeda, con una pierna mutilada por la metralla, fue llevado por cuatro soldados y acompañado por su esposa al Hospital Militar donde fue pasado a cuchillo como los demás heridos, cuando se consumó la batalla.[315]

Las tétricas escenas se sucedían una tras otra: muertos y heridos por todos lados, quejidos y muecas incesantes, cuerpos mutilados:

> Un subteniente, uno de los pocos oficiales que allí quedaban, fue herido en la mandíbula por una bala expansiva. Presentaba un aspecto horrible con la quijada colgando y emitiendo sonidos guturales incomprensibles […]. Una señora anciana, delgada, de bondadoso aspecto, vestida de negro y con un tupido chal, se hallaba junto al infeliz subteniente tratando de sostenerlo. Era su anciana madre, que lo había acompañado en esa dura campaña, sobre todas las disposiciones dadas para evitar que hubiera mujeres en las trincheras.[316]

El día 21 el jefe federal ordenó al general Rojas, con 800 hombres, se dirigiera a "La Mesa" y defendiera el ferrocarril desde Guadalupe hasta la

[314] Ignacio Muñoz, quien hizo el Estado de Fuerza, por órdenes del general Víctor Monter, calcula que los hombres de Antonio G. Olea, eran aproximadamente 5 400. *Ibid.*, p. 186.

[315] Ignacio Muñoz, *op. cit.*, t. II, pp. 191-192.

[316] *Ibid.*, p. 192.

estación de Zacatecas. Los combates ese día fueron fuertes, un ciudadano inglés dejó su testimonio:

> Ese mismo día [los revolucionarios] atacaron La Bufa y Santa Clara y, a juzgar por el flujo continuo de heridos que atravesaba la ciudad, la lucha tiene que haber sido terrible. Los federales tenían dos o tres grandes carros a motor, que estuvieron en constante movimiento llevando municiones a los fuertes y trayendo los heridos. Contemplamos ese día en las calles algunos espectáculos horribles, y como las balas caían constantemente sobre la ciudad, gran número de no combatientes resultaron heridos. Tuve que ir a ver al general Medina Barrón en Palacio y mientras cruzaba la Plaza de Armas las balas simplemente cortaban los árboles en pedazos.[317]

Los combates continuaron el siguiente día. A la fuerza de Rojas le rompieron su línea de abastecimiento, por este motivo tuvo que abandonar su posición y se replegó a la ciudad. En todos los puntos se combatía: La Bufa, El Grillo y las diversas posiciones fueron atacadas. Los federales empezaron a ser presa de la desesperación pues se quejaban de la tardanza de la llegada de Orozco, quien debía reforzar la guarnición. Orozco nunca acudió.

Llegó la mañana del día 23 de junio y con ella el asalto final de los revolucionarios. Ante el embate de la División del Norte, Medina Barrón fue en persona a La Bufa, el principal punto de defensa de la ciudad, para tratar de contrarrestar el asalto rebelde. Uno de los cañones que defendían el punto se descompuso y fue bajado al cuartel general para su reparación.

Los revolucionarios poco a poco se fueron haciendo de cada uno de los puestos de defensa federales. Poco después del mediodía cayó el cerro de El Grillo y con ello vino el caos:

> Alrededor de la 1 p.m. empezamos a ver soldados federales corriendo por las calles en gran desorden sin fusiles ni armas de ningún tipo, y muy pronto se corrió la noticia de que los hombres de Villa habían tomado El Grillo. Desde el momento de esa primera derrota el pánico pareció apoderarse del ejército federal y los soldados y oficiales, que hasta ese momento habían luchado va-

317 29 de junio de 1914. Jeremy Caldwell-Carden. London, Public Record Office, Foreign Office, 204 444 136852. Cortesía de Adolfo Gilly.

lerosamente, perdieron la cabeza del todo y no pensaron más que en salvar sus propias vidas. Los hombres se metían en cualquier agujero o escondite que podían encontrar, mientras cientos de ellos se desvestían en las calles, arrojando los uniformes, los rifles, las cartucheras, etc. Los oficiales cabalgaban recogiendo sus pertenencias y preparándose para la retirada, y es difícil imaginar una escena de salvaje desorden tal como la que en ese momento se presentó en las calles de Zacatecas.[318]

Aunque se siguió combatiendo, la desmoralización cundió entre los soldados federales. Únicamente quedaba en su poder el cerro de La Bufa, pero alrededor de las 4:00 de la tarde todo terminó. Medina Barrón media hora antes había pasado por los portales de la Plaza de Armas y fue vitoreado por parte de sus soldados. De toda la fuerza con la que contaba solamente se concentraron en la plaza 1 500 hombres, cuatro cañones y pocas ametralladoras. Ahí se encontraron Medina Barrón, Argumedo, Olea y algunos otros generales. Algunos propusieron la fuga y otros rechazaron la propuesta, entre ellos el general Monter y el general Traconis:

Un viejo militar [que] se interpuso manifestando que "no permitiría la fuga de los jefes, abandonando a la tropa" Que allí había de morir si era necesario, sin abandonar el punto. Su arenga, con la pistola en mano, con la barba blanca temblorosa de santa indignación, fue cosa que entrando por mis ávidas retinas, llegó a mi corazón y se grabó en mi cerebro para siempre.

Los divisionarios sintieron vergüenza. Por un instante abandonaron la idea de huir. Aquel octogenario, próximo a la tumba, en esa edad provecta en que dicen los hombres que se ha perdido ya la virilidad, ponía cátedra de valor a los hombres maduros y aún a los jóvenes aterrorizados por la hecatombe.[319]

Pero la decisión estaba tomada…

Los federales antes de salir hicieron volar el lugar en donde tenían guardados el arsenal. Y ahí inició la desbandada.[320]

318 *Idem.*

319 Ignacio Muñoz, *op. cit*., t. II, p. 196.

320 29 de junio de 1914. Jeremy Caldwell-Carden. London, Public Record Office, Foreign Office, 204 444 136852.

> Era un triste espectáculo ver a esta gente, que sólo pocas horas antes eran respetados y bien mirados por todos, abandonar Zacatecas huyendo a caballo en semejante confusión, hombres, mujeres y niños – las pobres soldaderas corriendo al lado y llevando a espaldas todas sus pertenencias en este mundo. Muchos caballos llevaban dos oficiales, y cada uno intentaba esa última oportunidad para salvar su vida. Cuando salieron de la ciudad les cayó una fuerte lluvia de balas, pero como su única posibilidad de escapar era atravesando Guadalupe, y como allí había 7 000 rebeldes esperando para atacarlos, la pobre guarnición federal, que hasta cierto momento había defendido tan valerosamente la ciudad, fue simplemente masacrada. Dicen que entre aquí y Guadalupe la carretera y las montañas están prácticamente cubiertas con cadáveres.[321]

Con la entrada de los revolucionarios la situación se puso mucho peor para los huertistas que habían sido abandonados por sus compañeros: "Los pobres soldados federales que todavía estaban en las calles y en los edificios de gobierno fueron fusilados como ratas, y los que se escondieron fueron arrastrados afuera y masacrados".[322]

Fue tanta la cantidad de muertos y pese a que muchos fueron enterrados y otros incinerados incontables de ellos quedaron insepultos, como había sucedido en otras plazas, y en la ciudad quedó un hedor que perduró por varios días. Semanas después de verificada la batalla, un vecino de Jerez al que su curiosidad lo había llevado hasta la ciudad de Zacatecas, dejó el siguiente testimonio:

> […] Y nos fuimos de ayi a Zacatecas era tanta la gente que parecía un ormiguero alborotado entramos por quebradilla pasando por la alameda y desde delante de la escondida se bian muertos. Por las lomas llegando a la iglesia antes de dar buelta la calle lado catedral bi un cuadro conmovedor una colmena humana de hombres en ropa menor sin nada en cabesa y descalsos sus rostros demacrados del ambre y desvelos, después del odio que les tenia sentí gran compasión seguimos hasta el portal de Rosales estaba la calle tapada habían volado un edificio dimos buelta al oriente la tienda de la esquina estaba todavía ardiendo, llegando a la estatua de G. Ortega iba un carreton

321 *Idem.*
322 *Idem.*

con muertos oyi que dijeron los estamos amontonando y fui tras de ellos y en la plazuela de San Juan de Dios estaba un enorme monton de hombres, mujeres, caballos y perros dijeron que los hiban a quemar con petroleo la pestilencia era tal que me enferme del estomago, basta dije al muchacho y nos regresamos a Jeres.[323]

Fue así como tuvo su epílogo aquel Ejército Federal, que alguna vez fue orgullo del Porfiriato. Aunque faltaban por librarse algunos combates, ya no fueron de la magnitud de la Batalla de Zacatecas.

Zacatecas marcó el final del Ejército Federal pero también el de la máquina militar que lo había derrotado, la División del Norte. En la posterior lucha de facciones muchos de los jefes revolucionarios siguieron combatiendo, pero nunca lo volvieron a hacer juntos bajo el mando de Francisco Villa. Tal vez ello explique su posterior derrota, pero esa es otra historia.

[323] Manuscrito encontrado en Jerez, Zacatecas. Cortesía de Adolfo Gilly. Se conservó la redacción y ortografía del original.

El frente de batalla contra el Ejército Libertador del Sur

La cuestión política

Durante la Decena Trágica, los zapatistas tomaron una actitud de reserva e inclusive hasta de conciliación con el gobierno maderista. Habían permitido el paso del presidente en su estado para que se reuniera con el general en jefe de la Séptima Zona militar: Felipe Ángeles.[1]

En los siguientes días permanecieron a la expectativa. Un día antes de que fuera hecho prisionero Francisco I. Madero, el dirigente de las tropas del Ejército Libertador del Sur, Emiliano Zapata, escribió al general Genovevo de la O: "mientras no termine la derrota de Madero en la Capital de la República, conviene que usted con sus fuerzas no se aleje de los contornos del Distrito Federal, ó mejor dicho de la Ciudad de México".[2]

Ya consumadas las renuncias y el ascenso de Victoriano Huerta al poder, desde el campamento suriano se conservó una actitud de rechazo al gobierno emanado del cuartelazo. El mismo Zapata escribió a sus jefes subalternos cuál debía ser la actitud que tenían que asumir:

> Esta superioridad comunica a usted que el Gobierno del C. Francisco I. Madero, ha terminado con la prisión de éste y del señor José María Pino Suárez, lo mismo que de otros personajes del mismo Gobierno, quedando el Gobierno Provisional en manos del general Victoriano Huerta, (Presidente Interino de la República) y con un Gabinete cuyos miembros han pertenecido a los gobiernos pasados, lo cual en nada satisface a la Revolución del Sur, Centro y Norte de la República.

1 Adolfo Gilly, *Cada quien morirá por su lado...*, véase el capítulo 4, "Viaje a Cuernavaca". Juan Sánchez Azcona, uno de los hombres más cercanos a Madero anota: "Al percatarse Emiliano Zapata y los suyos de que el nuevo movimiento de rebeldía contra el gobierno era de carácter retrógrado y contrario a los anhelos libertarios, virtualmente habían suspendido su campaña y quedaban en observación de los acontecimientos". Juan Sánchez Azcona, *La etapa maderista de la revolución*, p. 68.

2 Emiliano Zapata-Genovevo de la O. 17 de febrero de 1913. AGN-AGO. Caja: 11, Exp: 10, Fs.: 29.

En tal virtud, teniendo en consideración semejantes acontecimientos, recomiendo a usted se abstenga de entrar en tratados con ninguno absolutamente de los que extraños a la Revolución se presenten a su campamento, pues en todo caso, usted debe atenerse a las órdenes e instrucciones que reciba de este Cuartel general, sin ser los referidos actuales acontecimientos motivo para que deje usted de activar sus trabajos militares, pues ahora más que nunca es de alta necesidad que usted hostilice al mal Gobierno, no perdiendo oportunidad de batirlo.[3]

Días más tarde confirmaba su posición y además rechazaba cualquier intento de entrar en negociaciones con el gobierno huertista. Para el día 27 escribía:

Tengo noticias que el actual Gobierno ilegal, pretende entrar en tratados de paz con los jefes revolucionarios por medio de las famosas conferencias, que no son otra cosa que unas emboscadas para atraparlos y fusilarlos.

En tal virtud, tome sus precauciones en lo sucesivo y lo mismo que ataque al enemigo cuantas veces se presente y no pierda oportunidad de batirlo, porque es la única manera de acabar con ellos.[4]

Zapata sabía perfectamente que no podía confiar en los nuevos gobernantes, y así se lo hacía saber a sus partidarios:

[...] con motivo de los acontecimientos políticos que se han desarrollado en la Capital de la República, en la cual un grupo de revolucionarios ambicio-

3 Emiliano Zapata-Genovevo de la O. 22 de febrero de 1913; Emiliano Zapata-Facundo Torres. 23 de febrero de 1913. AGN-AGO. Caja: 11, Exp: 10, Fs.: 35; Caja: 17, Exp: 2, Fs.: 3. Como puede observarse, pese a la caída de Madero, no se consideraba que la situación fuese favorable para los surianos. Algunos jefes zapatistas opinaban lo contrario. El día 22 Blas Sobrino escribió a Zapata: "Me cabe la satisfacción de ser el primero que tengo la honra de comunicarle que habiendo triunfado nuestra causa, se sirva mandar sus emisarios para que conozcan nuestros derechos, así como saber sus deseos". Por medio de él, Huerta trató de entrar en negociaciones con los zapatistas, inclusive le expidió una credencial como Comisionado de Paz. Blas Sobrino-Emiliano Zapata. 22 de febrero de 1913. Gildardo Magaña, *op. cit.*, t. III, pp. 114-115.

4 Emiliano Zapata-Genovevo de la O. 27 de febrero de 1913. AGN-AGO. Caja: 11, Exp: 10, Fs.: 30.

sos de última hora traicionaron a su protector Madero y se apoderaron del Gobierno por medios ilegales; que todos los jefes insurgentes permanezcan unidos y que eviten a todo trance tener dificultades, porque de lo contrario el Gobierno se burlará de nosotros.

Así es que: siga usted luchando como hasta hoy por los ideales del Plan de Ayala que al fin hemos de triunfar y muy pronto, en vista de que el actual Gobierno ilegal que se estableció por medio de la chicana, no tiene elementos de vida, le falta dinero para continuar la guerra; el país ha perdido su crédito en las naciones extranjeras y no habrá quien le preste ni un sólo peso.

Sobre todo: la Revolución del Sur, Centro y Norte no está de conformidad con los traidores que se apoderaron del Gobierno y los revolucionarios no nos debemos de creer en nada de ellos, porque nos expondríamos a un fracaso y ni se les debe tener ninguna confianza; pues que esperaríamos de estos infames para nosotros que traicionaron y, asesinaron a sus amos, a quienes le deben todo lo que tienen de riquezas y el lugar que ahora ocupan? No, de ninguna manera hay que creerse de estos malvados y en todo caso procure usted batirlos hasta exterminarlos.[5]

Aun así, Huerta mandó emisarios a los surianos con el objetivo de conciliar, entre ellos estaban Blas Sobrino, H. L. Hall y Jacobo Ramos Martínez. A Zapata y a algunos de sus principales jefes se les ofreció dinero y acciones en las compañías fundadoras del Estado y se le dijo al jefe suriano que en caso de aceptar los ofrecimientos quedaría al frente de 800 a 1 000 hombres, dependientes de la Secretaría de Gobernación, y también se le prometió darle el nombramiento de Inspector general de las Fuerzas en el Estado de Morelos.[6]

Los delegados de Huerta no se dirigieron únicamente a la cabeza del movimiento zapatista, ya que también negociaron de manera individual con diversos jefes revolucionarios.

El coronel federal Julián Pacheco por esos días comunicó a la superioridad que ya había reiterado al cabecilla Eufemio Zapata que contestara categóricamente el mensaje que le envió el secretario de guerra referente

5 Emiliano Zapata-Genovevo de la O. 27 de febrero de 1913. AGN-AGO. Caja: 11, Exp: 10, Fs.: 31-31d.

6 L. Hall-Jacobo Ramos Martínez. 7 de marzo de 1913. Saúl Chávez Peralta, *Emiliano Zapata. Crisol de la Revolución Mexicana*, pp. 129-130. Gildardo Magaña, *op. cit.*, t. III, pp. 111, 114. Jacobo Ramos Martínez-Eufemio Zapata. 20 de marzo de 1913. Gildardo Magaña, *op. cit.*, t. III, pp. 106-110.

a si acudía o no a tratar posibles acuerdos de paz. La respuesta, con fecha dos de marzo llegó hasta el día once del mismo mes, decía en una parte: "Digo a usted terminantemente: que, si no es reconocido nuestro plan de guerra por ese gobierno, de dar garantías a los intereses del pueblo y al de extranjeros, entonces quedaremos pendientes hasta que al fin sean reconocidos los ofrecimientos hechos al pueblo por la actual revolución".[7]

La respuesta de los demás jefes revolucionarios fue similar, sólo un puñado respondería al llamado del huertismo. Los jefes de más renombre fueron Jesús "El Tuerto" Morales, José Trinidad Ruiz y los hermanos Miranda, quienes defeccionaron, lo mismo hizo Simón Beltrán.[8]

Beltrán era un jefe zapatista que por esos días había desarrollado algunas operaciones militares, sin embargo, se había acercado a las autoridades tratando de llegar a un arreglo. El gobernador del Estado, Patricio Leyva, en una misiva dirigida al secretario de Guerra, general Manuel Mondragón, escribió:

> Cuando en virtud del movimiento que estalló en México el 9 de febrero, se reconcentraron las fuerzas federales que guarnecían el Estado, hubo que abandonar todas las poblaciones y haciendas del Distrito que quedaron a merced de los revolucionarios, los que en pequeñas partidas comenzaron a hacer depredaciones, tuve noticias que por ese rumbo se presentó el Jefe revolucionario Simón Beltrán, quien se posesionó de Miacatlán, Tetecala, Amacuzac, Puente de Ixtla y otras poblaciones, donde conservó el orden y logró evitar que se siguieran cometiendo depredaciones, como me lo han manifestado los Ayuntamientos y algunos administradores de Haciendas entre ellos el de la Hacienda de Miacatlán, pero desgraciadamente en esos días, se presentó por esos rumbos la gente que acaudillaba Genovevo de la O, que cometía algunas depredaciones principalmente en las Haciendas, y aun

7 Coronel Julián Pacheco-Secretario de Guerra y Marina. 4 de marzo de 1913. AHDN-RR. XI/481.5/179. Fs.: 361-362.; Eufemio Zapata-Secretario de Guerra. AHDN-RR. XI/481.5/179. Fs.: 382.

8 Otilio Montaño también celebró el cuartelazo pero se mantuvo fiel a la dirigencia zapatista. Valentín López González, *El cuartelazo. Morelos 1913*, p. 11. Morales era uno de los jefes más queridos y a pesar de que se le dio el mando militar de Izúcar de Matamoros, al poco tiempo fue hecho prisionero el 23 de abril, y los miembros de su Estado Mayor asesinados. Morales salió libre hasta un año después, llegó a Guerrero donde fue capturado por las fuerzas del general Julio A. Gómez, quien así se lo comunicó a Emiliano Zapata, se le formó juicio y fue ejecutado. Francisco Pineda Gómez, *La revolución del sur. 1912-1914...*, p. 237.

cuando conferenció el Jefe Beltrán para hacerlo desistir de sus propósitos, no pudo conseguirlo, por lo que para evitar un conflicto con él, por traer gente más numerosa, disgustado se retiró con su gente, abandonando los lugares que se había posesionado De la O.

El Sr. Beltrán dirigió cartas a mí y por mi conducto al Jefe de Armas de esta, manifestando que puesto que el objeto que perseguían, que era el derrocamiento del Gobierno pasado, se había conseguido; él y su gente juzgaban antipatriótico seguir con las armas en la mano, estaban dispuestos a reconocer al nuevo Gobierno, para lo que pedían garantías para entrar en arreglos con él.

Previo acuerdo entre la autoridad civil y la militar y con conocimiento y aprobación del Superior Gobierno de la Nación, se invitó al Sr. Beltrán a que pasara a esta plaza, con toda su gente, habiéndose firmado un armisticio y se presentó el Sr. Beltrán con 95 hombres montados y armados, y hasta la fecha han conservado el mejor orden.[9]

Con Zapata se trató de pactar por medio de Pascual Orozco padre, finalmente las negociaciones no dieron frutos.[10] Zapata estaba decidido a no entrar en tratos con los emisarios de paz y dio órdenes terminantes de que se les detuviera, mandó hacer lo propio con Orozco, a quien después de un juicio ordenó fusilar.[11] La política de conciliación tuvo poco eco en

9 Patricio Leyva-Secretario de Guerra y Marina. 13 de marzo de 1913. AHDN-RR. XI/481.5/179. Fo: 383-384.

10 Recordemos que para entonces el Plan de Ayala estipulaba que el jefe del movimiento suriano era Pascual Orozco hijo. Blas Sobrino, Pascual Orozco padre e hijo escribieron a Zapata para intentar un acercamiento. La misiva de Sobrino con fecha 15 de marzo. Zapata rechazó todo intento de negociación, viniese de quien viniese. Francisco Vázquez Gómez le habló en los mismos términos. La correspondencia puede verse en. Gildardo Magaña, *op. cit.*, t. III, pp. 115-116, 118, 125-126, 159-160. Los encuentros entre Zapata y Orozco padre tuvieron lugar el 30 de marzo y el 4 de abril. El encuentro entre Zapata y J. Ramos Martínez, el 1º de abril.

11 Valentín López González, *El cuartelazo*, p. 13. El 31 de marzo Zapata escribió a De la O. "por ahora no se ha pensado en tratados de paz de ninguna especie, al contrario, se ha dado órdenes de que todos los que se presenten a celebrar tratados de Paz sean capturados y remitidos a este Cuartel general para que se les forme su proceso respectivo.

Precisamente fueron aprehendidos doce personas que se presentaron a celebrar conferencias de Paz, y entre ellos vinieron Simón Beltrán y un tal Morales, pariente de Federico Morales, á quienes ya se les fusiló a estos dos últimos por traidores a la causa que juraron defender.

el Sur. En el Norte Pascual Orozco hijo fue un baluarte importante para contrarrestar a los revolucionarios. No pasó así en el Sur, *El Tuerto* Morales fue hecho prisionero por el gobierno huertista y Beltrán fue fusilado por los zapatistas.[12]

La ruptura abierta en el Sur vino casi al mismo tiempo que en el Norte. Dos días antes de que Carranza diera su primer combate al huertismo, en Morelos los jefes rebeldes enviaban una carta a Félix Díaz en términos muy duros para Huerta y el Ejército Federal, con fecha del 4 de marzo de 1913:

> El gobierno del general Huerta que acaba de constituirse con el apoyo de la defección del Ejército, no puede en manera alguna representar la legalidad de la Revolución general del país; ni satisfacer sus principios sellados con la sangre del pueblo que, por un lapso prolongado de tiempo no ha omitido sacrificio para ir a la reconquista de tierras y libertades, e implantar un régimen de gobierno democrático que esté fuera del duro cartabón de las dictaduras.
>
> Acaba de hundirse una dictadura y sobre las cenizas de ella se levanta otra que, creada por los fieles defensores de una legalidad inconcebible, fueron los primeros en asestarle el furibundo golpe que la relegó a la historia;

También fueron capturados Blas Sobrino y Ocampo, que se empeñaban en tratar con usted asuntos de paz, y a estos individuos se les está formando su respectivo proceso para castigárseles como lo merezcan.

Siga usted activando sus trabajos en aquella zona militar.

Me comunica el general Pacheco que capturó á los traidores Ruiz Meza, José María Castillo, Pulido y Sámano, a quienes va a fusilar y yo le he autorizado para que los pase por las armas". AGN-AGO. Caja: 11, Exp: 10, Fs.: 37. Un día anterior el general federal Leandro Valle, jefe de la 7ª Zona Militar ya había informado del hecho a la Secretaría de Guerra, inclusive de manera equivocada también informaba del fusilamiento de Orozco. Leandro Valle-Secretario de Guerra. 30 de marzo de 1913. AHDN-RR. XI/481.5/179, Fo: 439-440. Sobre el juicio a Orozco y demás negociadores ver Francisco Pineda Gómez, *La revolución del sur...*, pp. 237-249.

12 Para mayor referencia véase en la presente tesis el apartado "La política de conciliación. Política del 'Pan y el Palo'", pp. 30-33. Felipe Ávila menciona que la postura de los zapatistas se debía a la madurez política e ideológica que había logrado el zapatismo, además de que tenían suficiente razón para desconfiar de Huerta y los suyos a quienes habían combatido en 1911. Indica que las deserciones también mostraban la falta de cohesión y los conflictos existentes al interior del movimiento y eran un reflejo del cansancio de la guerra. Felipe Arturo Ávila Espinosa, "Guerra y política contra el cuartelazo...", pp. 110-112.

mas no para laborar por la patria ni para establecer la confraternidad general de la Revolución que encarna en el corazón del pueblo, sino para cosechar los frutos de su instantáneo cuartelazo en pro de un grupo privilegiado de sedientos de oro y de poder, que sin vacilación han hollado los sacrosantos principios revolucionarios inscritos en nuestra bandera.

Nosotros no podemos conformarnos con ver burladas las promesas por las cuales el pueblo ha tenido un calvario de sangre; nosotros no podemos conformarnos con el triste resurgimiento de un gobierno cobijado en el negror de los pliegues de una traición; y por tal circunstancia, la junta Revolucionaria que dirige los movimientos del Sur y Centro de la República, protesta contra la imposición del gobierno ilegal del general Huerta, por no estar de acuerdo con las bases establecidas en el Plan de Ayala, y porque el movimiento que usted encabezó con el Ejército, al constituir el nuevo gobierno de que se trata, dejó sin voz ni voto a la Revolución de todo el país, rompiendo por completo los lazos de orden, de concordia y de principios que hubieran debido servir de norma al movimiento armado iniciado por usted.

Por las razones expuestas, el gobierno Provisional del general Huerta, repetimos, no personifica ni puede representar a la positiva Revolución del pueblo mexicano, sino a la defección del Ejército y al cuartelazo que hábilmente preparó y llevó a su término; y por lo mismo, la corriente revolucionaria sigue su curso hasta derrocarlo y conseguir el establecimiento de un nuevo gobierno que esté de acuerdo con la bandera de los movimientos revolucionarios de todo el país.[13]

Los zapatistas conminaban a Díaz a sujetarse a los principios del Plan de Ayala, de lo contrario lo considerarían culpable junto a Huerta y los suyos de la sangre que se derramase en suelo mexicano. Nunca hubo una respuesta formal por parte de Díaz.

Pese a la negativa de Zapata y los suyos de someterse al nuevo orden, no todo era contradictorio para Huerta en Morelos. El 5 de marzo la Legislatura del Estado votó dando su adhesión al gobierno. No era para menos, la Legislatura XXIII morelense electa recientemente estaba compuesta en su mayoría por hombres reaccionarios.[14]

13 Emiliano Zapata, *et al.*, Félix Díaz. 4 de marzo de 1913. Gildardo Magaña, *op. cit.*, t. III, pp. 101-104.

14 Entre los hombres que integraban dicha Legislatura estaban: Leopoldo Alarcón, Domingo Diez, Benito Tajonar, Manuel Arellano, León Castrana, todos ellos en contra de

A principios del mes de abril, el gobernador del Estado, ingeniero Patricio Leyva, quien no gozaba de las simpatías del nuevo gobierno, fue sustituido interinamente por su secretario general Francisco Sánchez, quien el 8 de abril convocó a sesiones extraordinarias al Congreso del Estado.[15] Dos días después se concedió licencia a Leyva para separarse del cargo un mes y se nombró sustituto a Benito Tajonar.

Los acontecimientos se dieron de manera vertiginosa y contradictoria, pese a que Tajonar era un persona conservadora y reacia a los revolucionarios no fue visto con buenos ojos por el huertismo, el día 12 de abril en que presentó protesta como gobernador interino desde la capital se anunció que el presidente había designado a Juvencio Robles para asumir dicho puesto. Huerta había tomado esta decisión sin consultar a la Legislatura local lo que le causaría un enfrentamiento con esa institución, pero estaba dispuesto a no dar marcha atrás. De esta manera ordenó que al día siguiente saliera de la ciudad de México con destino a Morelos un convoy bajo el mando del general Alberto T. Rasgado, yerno de Juvencio Robles, con fuerzas del 32 Batallón y un Cuerpo de Rurales.[16] El día 15 Robles hizo lo propio dirigiéndose a Cuernavaca, apenas llegó buscó a Tajonar y le dijo que llevaba órdenes terminantes del presidente para que se le nombrara gobernador del Estado. Tajonar respondió que no lo haría sin el consentimiento del Congreso. Al día siguiente se abrió el segundo periodo de sesiones al que acudió Juvencio Robles. Ahí Benito Tajonar se expresó de la siguiente manera:

> al haber jurado cumplir y hacer cumplir las leyes, serán cumplidas fielmente y que no habrá grupo ni bandería política, ni poder humano que me haga cometer acción infame alguna que merezca vuestro desprecio; que ni el pequeño, ni el mediano, ni el grande, ni el mismo Dios Omnipotente, hará que la firme mano mía ceda a la presión y a la amenaza, ni a las persuasiones interesadas y cobardes; que nunca permitiré ni me prestaré servil a que nuestra cara Constitución, sea vejada, burlada o escarnecida y que el lugar en que me habéiss puesto, honrándome sin merecerlo, sólo la fuerza bruta podrá arran-

---

los zapatistas. La única excepción del grupo era Octaviano Gutiérrez, antiguo leyvista. Valentín López González, *El cuartelazo...*, p. 6.

15 Leyva pidió permiso para ausentarse por diez días a partir del 2 de abril para ir a la capital del país.

16 Valentín López González, *El cuartelazo...*, pp. 13-15.

carme antes del plazo señalado, y que, al caer arrollado abrazaré con efusión y con amor las santas leyes que nos rigen y rodaré a abismo despedazado y ensangrentado, pero no deshonrado y envilecido.[17]

Robles tomó nota del mensaje y al día siguiente ordenó la detención de Tajonar y de los miembros del Congreso que le habían dado su respaldo. La etapa militar dio inicio.

La cuestión militar

Felipe Ángeles había salido con Madero de Morelos desde el día 9 de febrero y el mando de las operaciones militares había quedado acéfalo, pero no por ello se detuvieron los encuentros entre zapatistas y federales en el Estado, esto a pesar del acuerdo informal entre Madero y Zapata.

El día 12 hubo un combate en la Estación de Huitchila y Puente de la Cuera entre los rebeldes y las fuerzas federales bajo el mando del capitán 1º, Marcelo Mendoza. Al día siguiente hubo otro enfrentamiento en el Cerro Partido, cercano a la Estación Retorta, esta vez las fuerzas federales estuvieron bajo el mando del capitán 1º Celestino Alarcón de la 4ª Compañía.[18]

El día que fue hecho prisionero el presidente, 18 de febrero, en lugares no muy lejanos de la capital tuvieron lugar dos encuentros: en uno las tropas del entonces teniente coronel federal Luis G. Cartón combatieron en los cerros de El Mirador, La Calera y los Llanos de la Joya; en otro, las fuerzas del capitán 1º Luis G. Returf del 35º Batallón hicieron lo propio en el pueblo de Atlapulco. Dos días después una fracción del 58º Cuerpo Rural se enfrentó a las fuerzas revolucionarias en la Cuadrilla del Sauce, cerca de Totoloapan.[19]

Pese a los asesinatos de Madero y Pino Suárez, las cosas siguieron en la misma tónica. Ese 22 de febrero las fuerzas federales del coronel

17 *Ibid.*, pp. 46-47.

18 Los diversos partes se pueden consultar en: Combate en la Estación de Huitchila y Puente de la Cuera. AHDN-RR. XI/481.5/179. Fs.: 254-272; Combate en el Cerro Partido. AHDN-RR. XI/481.5/179. Fs.: 273.

19 Véase: Combate en los cerros de El Mirador y la Calera y Llanos de la Joya. AHDN-RR. XI/481.5/179. Fs.: 277-280; Combate en el pueblo de Atlapulco. AHDN-RR. XI/481.5/179. Fs.: 281; Combate en la Cuadrilla del Sauce. AHDN-RR. XI/481.5/179. Fs.: 284.

Fortino M. Dávila, quienes habían salido de la Hacienda del Hospital en marcha hacia Cuernavaca, atacaron Yautepec lugar en el que se encontraban las fuerzas de Felipe Neri, Amador Salazar y Ruiz, alias "El Diablo". Los federales entraron al pueblo por el lado de la Hacienda de Atlihuayán y tomaron posesión de la iglesia. Tres horas duró el combate hasta que finalmente los rebeldes se retiraron. Por su parte los federales pernoctaron en la Hacienda de Xochimancas.[20]

El día 24 la columna federal retomó su camino, pero al llegar a la Hacienda de San Vicente se encontraron con una fuerza revolucionaria integrada por aproximadamente 80 hombres que dirigían Modesto Rangel y José Vides Barona. Los federales atacaron la hacienda por el flanco derecho debido a que por el frente los muros eran altos y se encontraba la puerta de entrada. Cuando al fin lograron derrotar a los rebeldes, las fuerzas federales se posesionaron del casco de la finca y de las alturas para asegurar una mejor defensa en caso de una contraofensiva. Acto seguido, el coronel Dávila dio orden de realizar un patrullaje y mandó una comisión para ir en busca de los dispersos. No obstante, los elementos elegidos para realizar esta comisión seguramente eran de suma confianza, pues a decir del propio jefe militar no se ordenó el cateo en las casas del lugar "por evitar desmanes de la tropa irritada y necesitada de alimentos". La toma de la plaza había sido a la 1:30 y ahí pernoctaron las fuerzas huertistas hasta las 8 a.m. del día siguiente. El coronel Dávila, en una nota con fecha 28 de febrero decía a la superioridad que no había informado de su incorporación a Cuernavaca por conducto del Cuartel general de la 7ª Zona militar, debido al temor que el mensaje no llegara a su destino por "la falta de comunicaciones y la acefalía del mando de las operaciones". Recordemos que el jefe de dicha zona era el general Felipe Ángeles, quien se encontraba recluido en la ciudad de México, debido a los sucesos de la Decena Trágica.[21]

[20] AHDN. XI/481.5/179. Fs.: 285-298. A principios de marzo se informó a Manuel Mondragón que desde el día 20 de febrero que fue abandonada la plaza de Jonacatepec por las fuerzas al mando del coronel Dávila, inmediatamente las fuerzas del general suriano Francisco Mendoza se posesionaron del lugar. El coronel Julián Pacheco, quien era quien rendía el informe, señaló que él no contaba con las tropas suficientes para dar seguridad a ese punto, pues sus tropas guarnecían Cuautla, Yautepec, Yecapixtla, las Haciendas de Santa Inés, Hospital, Cuahuixtla, Tenextepango, Atlihuayán y San Carlos. Coronel Julián Pacheco-Secretario de Guerra. AHDN-RR. XI/481.5/179. Fs.: 359-360.

[21] AHDN. XI/481.5/179. Fs.: 298-309, 315-316. El día 23 las fuerzas federales del capitán 1º del 2º regimiento de Caballería, Francisco Ortega López, tuvieron un breve encuentro

El 26 de febrero por orden de la Secretaría de Guerra y Marina salió de la ciudad de México la columna expedicionaria del 7º Batallón bajo el mando del coronel Florencio Alatriste rumbo a Morelos. Las fuerzas abordaron el tren del Ferrocarril Interoceánico, que llevaba anexo un tren reparador con el personal respectivo. Pernoctaron en Ameca, Estado de México, porque las vías estaban destruidas y porque adelante iba otro tren militar a los órdenes del teniente coronel Luis G. Cartón, que también pernoctó en el lugar y que iba en dirección a Cuautla a donde llegó el 27 de febrero. Alatriste, por su parte, continuó su marcha hasta después de haber reparado dos puentes que habían sido quemados por los revolucionarios. Llegó a Yautepec, a donde estaban algunos rebeldes que apenas los vieron se fueron a refugiar a la Hacienda de Atlihuayán, los federales pasaron la noche en el pueblo. Al día siguiente llegó a Yautepec una fuerza huertista procedente de Cuautla que se quedó de guarnición en el poblado, y las fuerzas de Alatriste continuaron su marcha pasando por las haciendas de Atlihuayán y Xochimancas. Cerca de este último punto pudieron avistar a 800 rebeldes que habían quemado dos puentes y cortado las comunicaciones refugiándose en la Organera para desde ahí hacer resistencia y atacar a las fuerzas federales, Alatriste dio la orden de no responder al fuego por considerarlo inútil y para no malgastar municiones. De esta manera los federales continuaron su marcha y a la altura del pueblo de Ticumán recibieron un nuevo ataque de las fuerzas rebeldes bajo el mando de Zapata, Neri, Salazar y García. El combate duró cinco horas. En este encuentro, según el parte oficial, las bajas revolucionarias fueron 26 y de los federales únicamente dos. Por la noche las fuerzas de Alatriste prosiguieron su marcha y llegaron a Tlaltizapán a las 8 de la noche, donde hicieron un breve reconocimiento del lugar. De ahí partieron al poco tiempo a Jojutla a donde llegaron a las 10 de la noche y donde fueron recibidos por el coronel Alberto T. Rasgado, Jefe de las Armas en esa plaza.[22]

El primer día del mes siguiente hubo encuentros tanto en el estado como en los límites con el Distrito Federal. En la zona del Ajusco el capitán 2º federal Fulgencio Apaez se encontraba haciendo los preparativos para embarcar a su gente en un tren que los llevaría a Morelos, cuando sufrió un ataque de siete hombres que después fueron apoyados por una partida más numerosa. Los federales lograron resistir el ataque por una hora has-

---

en el pueblo de San Pablo. AHDN. XI/481.5/179. Fs.: 254.

22 AHDN. XI/481.5/179. Fs.: 310-313, 317-349.

ta que fueron reforzados por el Batallón "Fieles de Veracruz" y así lograron la disolución de la partida rebelde quienes únicamente dejaron como botín un fusil Remington y dos caballos. Las bajas federales resultantes de este encuentro fueron un muerto y dos heridos.[23] Casi al mismo tiempo el teniente coronel federal Jesús Vargas sostenía un tiroteo con otra partida en el Paso de San Rafael.[24]

Pero las fuerzas regulares no eran las únicas que estaban sosteniendo combates, pues las irregulares hacían lo suyo. En esos días las fuerzas de Martín Triana, jefe del 44º Cuerpo Rural, habían pernoctado el domingo 2 de marzo en Temixco, y salieron al día siguiente a Miacatlán que estaba en poder de los rebeldes a los que desalojaron del punto. Los huertistas eran 227 de tropa, más la oficialidad, dos jefes de Detall, un cabo y un comandante. El combate duró tres horas y lograron hacerles 40 bajas a los rebeldes. Triana dejó un grupo de destacamento e inmediatamente partió a Tetecala donde se encontraba otra partida rebelde bajo el mando de Simón Beltrán, aquel que más tarde se rendiría a los huertistas. Las fuerzas del gobierno tomaron también Coatetelco y Mazatepec, en estos enfrentamientos lograron dar muerte a 10 zapatistas, entre ellos al coronel Trinidad Hernández, quien había sido secretario de Genovevo de la O. En el parte que rindió Triana mencionaba que a Hernández se le recogieron listas que contenían los nombres de "los alzados con anotación de los cabecillas y entre los que figuran personas que siempre han aparecido como pacíficas y honradas y que alludan [sic] pecunaria [sic] y moralmente al desarrollo del vandalismo y la destrucción". Triana también anotó que hizo avisar a "los vecinos de los pueblos entregaran espontáneamente el producto del saqueo prometiéndoles el perdón y pasar por las armas a todo aquel que retenga objetos robados y no cumpla con lo ordenado también hise [sic] pricioneros [sic] a más de treinta individuos que cogí en el camino con atajos de mulas cargadas de arroz, azúcar y otros objetos con el fin de esclarecer la procedencia de dichas mercancías y caso que resulten mal habidas, avisaré a ese Cuartel general a efecto de que se me ordene lo que deba hacer con ellos".[25] El martes 4 Triana ordenó al cabo 1º Melitón Ortega y 40 de tropa tomaran Coatlán y Cocoyotla. En estos combates la única baja que tuvieron los huertistas fue la de un guarda que en estado de

[23] AHDN-RR. XI/481.5/179. Fs.: 352.
[24] AHDN-RR. XI/481.5/179. Fs.: 350-351.
[25] AHDN-RR. XI/481.5/179. Fs.: 358.

ebriedad se separó del grueso de la fuerza y fue capturado en Coatetelco. Triana también informó que los rebeldes habían saqueado los comercios de Tetecala, y las Haciendas de Miacatlán Cocoyotla, Santa Cruz, la tienda de Agustín Orihuela, y la de Cristóbal Álvarez y Montero. Indicó que lo que logró rescatar en Tetecala ascendía a $50 000 pesos y que igual ocurrió en Miacatlán y demás pueblos "en los que actualmente se está haciendo una entrega general a juicio de los mismos vecinos y pendiente yo de catear las casas de los individuos que confiesan haber entregado todo para fin de cerciorarme".[26]

Triana por aquellos días no era bien visto por el gobernador del Estado, Patricio Leyva, quien consideraba que Simón Beltrán al ser originario de Yautepec, quien por esos días estaba en tratos de rendición, si se le ponía a frente de un Cuerpo de Rurales "prestaría mayores servicios que los que presta Triana y su gente en el Distrito de Tetecala desde hace tiempo, para la persecución efectiva del bandidaje, pues Triana y su gente que son de Durango no dejan de cometer sus atropellos con los vecinos de los pueblos, que se rehúsan a ayudarle lo que no harían con Beltrán, que conoce a los cabecillas que por todo el Estado han operado, pudiendo hacer una persecución más efectiva que la que pueden los federales".[27]

Para el 9 de marzo las fuerzas del capitán 1º Emilio Guillemín sostuvieron un combate con los revolucionarios en los pueblos de Pasulco, Tetelcingo y Llanos. El oficial federal había salido ese día a las 9:45 a.m. de Santa Inés con 20 hombres. Cuando pasaron por el pueblo de Tetelcingo recibieron una descarga que provenía desde las casas altas del pueblo y de la torre, como el enemigo era superior, Guillemín ordenó a uno de sus soldados regresar y pedir auxilio. Fue reforzado por las fuerzas de capitán 2º, Guillermo T. Martínez, del 34 Batallón y el subteniente Víctor Manuel Leija del 1er. Regimiento. Los rebeldes hicieron resistencia en unos corrales de piedra, que se encontraban en la orilla opuesta de la plaza. El combate duró media hora, después de la cual los revolucionarios huyeron hacia la Hacienda de Cocoyoc. Cuando los federales entraron al poblado "sólo había unos 4 hombres indígenas y enteramente ebrios y 8 mujeres, casi todas las casas llenas de maíz y rastrojos".[28]

[26] *Idem*.

[27] Patricio Leyva-Secretario de Guerra y Marina. 13 de marzo de 1913. AHDN-RR. XI/481.5/179. Fs.: 383-384.

[28] AHDN-RR. XI/481.5/179. Fs.: 370.

***

Para entonces las fuerzas zapatistas estaban bastante extenuadas por las campañas militares emprendidas durante el porfiriato, el interinato y el maderismo. Además, la falta de parque y la inutilidad de poder atacar a un convoy al carecer de las fuerzas suficientes y el material de guerra necesario fueron unos de los motivos que impidieron coronar alguna victoria importante en esta etapa.

Los ataques de los zapatistas se dieron principalmente a las fuerzas federales a pie, como el que dirigió Zapata en contra de los federales cerca de la estación Huitchila.[29]

Además, como ya se ha dicho insistentemente en otras obras, ante la negativa de los zapatistas de enfrentarse en contacto directo y acudir a la llamada estrategia guerra de guerrillas, en los primeros encuentros los zapatistas tomaron una actitud prudente y de espera. En los primeros días, el ejército del sur tuvo bastantes complicaciones para realizar acciones militares de envergadura, en eso se parecía mucho a los revolucionaros del norte (en esta etapa), ya que estaban completamente dispersos. Con el paso del tiempo lograron realizar operaciones en conjunto y fueron ganando posiciones poco a poco, aunque:

> Cabe señalar que la táctica militar desplegada por los zapatistas fue muy flexible y estuvo en función de los objetivos, de su fuerza, de su correlación con la del enemigo y de las posiciones de éste. Cuando las columnas federales eran numerosas, contaban con artillería y tenían posiciones fortificadas, los rebeldes surianos recurrieron a la guerra de guerrillas con acciones de desgaste, mediante movimientos coordinados en diversos puntos sin presentar batalla frontal.[30]

[29] Estas fuerzas habían salido de Cuautla con destino a Axochiapam, pero al encontrar el puente destruido tuvieron que desembarcar del tren y continuar la marcha, esto fue aprovechado por los revolucionarios para embestirlos. Los federales tuvieron que replegarse a Cuautla. Francisco Javier Gorostiza, *Los ferrocarriles en la Revolución Mexicana*, p. 403.

[30] Felipe Arturo Ávila Espinosa, "Composición y naturaleza del ejército zapatista", en Javier Garciadiego (coord.), *El Ejército Mexicano. 100 años de su historia*, pp. 137-138. Como Felipe Ávila hace una muy buena exposición de las características del Ejército Libertador del Sur, aquí únicamente nos remitimos a sus textos.

Y las operaciones de esos primeros encuentros contra los huertistas se ajusta a ese esquema; más adelante:

> Zapata y el cuartel general coordinaron las acciones de contingentes militares numerosos, de varios miles de hombres, con cargas de caballería apoyadas por una precaria artillería y sobre todo por la infantería, además de tender cerco a las plazas y cortar la retaguardia y líneas de abastecimiento.[31]

Pero al inicio de la contienda contra Huerta las fuerzas surianas estaban muy limitadas, inclusive cuando tenían superioridad numérica, ante la falta de parque tuvieron que abandonar sus posiciones.

***

Pese a los intentos de negociación que por esos días Huerta trataba de establecer, Zapata ordenó a sus jefes no dar tregua al enemigo y continuar con las operaciones militares, destruir las vías férreas, atacar los trenes militares y paralizar el tráfico ferrocarrilero.[32] Los trabajos fueron tan efectivos que los sureños atacaron un tren militar que venía de Cuernavaca, donde 75 soldados federales murieron, por lo que Huerta proclamó nuevamente la Ley Marcial en el Estado de Morelos y así volvieron los incendios.

El 16 de marzo unos 500 hombres atacaron Tlaltizapán, ello no para apoderarse de la población sino únicamente con el objetivo de distraer a los federales de la guarnición mientras que el grueso de las fuerzas rebeldes pasaba por un costado del poblado.[33]

31 *Ibid*., p. 138.

32 Emiliano Zapata-Genovevo de la O. 9 de marzo de 1913. AGN-AGO. Caja: 11, Exp: 10, Fs.: 40. Ahí mismo señalaba: "Con motivo de los acontecimientos pasados desarrollados en la Capital de la República, y a fin de dar a conocer a la Nación y al mundo entero el porqué de continuar esta lucha sangrienta de hermanos contra hermanos, la Junta Revolucionaria que me honro en presidir ha lanzado un manifiesto a la Nación, en el cual se exponen razones de alta consideración para desconocer al actual Gobierno Provisional ilegal, y los motivos que la Revolución expone para continuar esta guerra sangrienta.

Espero que cuando lleguen las hojas sueltas impresas del manifiesto a que me refiero, le remitiré a usted una buena parte para que las distribuya en todos los pueblos de la zona que recorre usted".

33 Francisco Pineda Gómez, *La revolución del sur...*, p. 261.

Mientras Huerta enviaba sus emisarios, Zapata se aprestaba para la continuación de la guerra y daba órdenes terminantes a sus fuerzas. Al general De la O, le escribía el 23 de marzo:

> En atención a que las fuerzas del mal Gobierno van a evacuar el Estado de Morelos y parte del de México, recomiendo a usted disponga a todas sus fuerzas listas en sus puntos convenientes, a fin de hacer caer en emboscadas a las fuerzas enemigas, al pasar de salida del Estado, procurando después ocupar sus antiguas posiciones, tales como las trincheras de Santa María y Huitzilac y otros puntos.
>
> Aproveche esta oportunidad para que se haga fuerte y no deje entrar al enemigo a Cuernavaca, y destruya en ese rumbo de Cuernavaca a México, telégrafos y teléfonos, puentes y tramos en la vía férrea.
>
> Las mismas instrucciones trasmito a los jefes Pacheco y Albarrán Ayala.[34]

Diversos contingentes zapatistas se movilizaron. El 3 de abril las fuerzas de Fortino Ayaquica sostuvieron un encuentro con las fuerzas de Higinio Aguilar; también hubo choques en Villa de Ayala y la brigada Mendoza se enfrentó con los federales en su camino de Chiautla a Tepalcingo.[35]

En efecto, pese a los intentos de pláticas de paz, las operaciones militares no cesaron. Las palabras quedaban en eco pues lo que importaba era el sonido de los tambores de guerra.

Por aquellos días los zapatistas tenían su campamento en Huautla, lugar a donde fueron llevados los prisioneros y lugar también en donde nació y fue bautizado uno de los hijos de Emiliano Zapata. En ese lugar los rebeldes habían logrado instalar un taller de municiones. Ahí, el reportero de *El Imparcial* pudo ver a Zapata y dejó el siguiente testimonio:

> El Atila es desconfiado, siempre le acompañan cuarenta hombres de su escolta y tiene un caballo precioso tomado de la hacienda de Zacatepec. Lleva consigo el archivo de sus documentos y le acompaña constantemente cierto

[34] Emiliano Zapata-Genovevo de la O. 23 de marzo de 1913. AGN-AGO. Caja: 11, Exp: 10, Fs.: 36. Para entonces Zapata había pedido astutamente como condición para entrar en arreglos la retirada de fuerzas del gobierno del Estado de Morelos y aquellas que lindaban con el Estado de México. Emiliano Zapata-Pascual Orozco padre y Simón Beltrán. Gildardo Magaña, *op. cit.*, t. III, p. 119.

[35] Francisco Pineda Gómez, *La revolución del sur...*, pp. 261-262.

individuo de nacionalidad cubana, a quien llaman el míster, y que hace las funciones de médico.[36]

De ahí salió Zapata para Tlayca a donde instaló su campamento para dirigir el ataque a Jonacatepec.

El ataque a Jonacatepec. 18 de abril. La incorporación de un viejo federal

Una de las acciones militares más importantes fue la captura de Jonacatepec el 19 de abril por Emiliano Zapata al frente de 3000 hombres. El jefe federal encargado de la protección del lugar fue Higinio Aguilar, de quien ya hemos hablado.[37]

El general federal estableció dos dispositivos de defensa: el primero se ubicó en la hacienda de Santa Clara, distante dos kilómetros de la plaza; el segundo fue al interior del poblado, posicionando sus fuerzas en los sitios más altos (la cárcel, la casa de José María Alcázar, los baños y el convento a donde estaba el cuartel de mando y donde además fueron ubicadas dos ametralladoras).

Higinio Aguilar quedó completamente sujeto a sus propios recursos, no tenía modo de parlamentar con otros federales pues las comunicaciones habían sido cortadas y las fuerzas que había enviado el coronel Luis G. Cartón, jefe de la guarnición de Cuautla, habían sido derrotadas en el trayecto de manera estrepitosa.[38]

El combate inició a las seis de la mañana. La lucha por la plaza duró dos días.

Finamente los federales se enfrentaron a una situación que sería común en varios enfrentamientos de federales contra revolucionarios en varias partes del país: la ayuda de la población a los rebeldes.

[36] *El Imparcial*, 17 de abril de 1913. El reportero era Ignacio Ocampo, uno de los "enviados de paz" del huertismo pero que después fue dejado en libertad. Francisco Pineda Gómez, *La revolución del sur...*, p. 260.

[37] Véase la presente tesis el apartado "zapatistas".

[38] Las fuerzas enviadas eran el 2º regimiento de caballería y el 18º Cuerpo Rural a los que los zapatistas les hicieron 80 bajas. Francisco Pineda Gómez, *La revolución del sur...*, p. 262.

> Las familias y los habitantes de Jonacatepec, según las declaraciones que nos hicieron los recién llegados, todos son zapatistas, pues que ellos [el ejército federal] encontraban siempre dificultades para sus alojamientos y alimentación y en cambio los zapatistas todo lo tenían cuando se apoderaron del poblado. Además, todos estos habitantes ayudaban a los asaltantes proporcionándoles noticias del número de fuerzas que defendía la plaza y alarmando a los soldados con amenazas de que la población había sido ya tomada por tal o cual puesto contrario al donde ellos luchaban. De manera que, agregan nuestros interlocutores, tenían que luchar con dos enemigos, con el de adentro y el de afuera.[39]

El combate cesó el 22 de abril cuando los revolucionarios entraron a la plaza en el momento en que un cura negociaba con Higinio Aguilar la rendición.

Aguilar quedó prisionero junto con ochenta más de sus hombres a los que se le perdonó la vida a cambio de no hacer armas nuevamente en contra de la revolución.

Los federales dejaron como botín dos ametralladoras, treinta carabinas, trescientos diez caballos y cinco mil cartuchos.

Aguilar se quedó unos días con los zapatistas, pero a fines de mayo ya se encontraba en la ciudad de México y después fue enviado a combatir a los rebeldes en el norte.[40]

Meses después Higinio Aguilar regresaría a las fuerzas zapatistas, se dice que participó en la toma de Puebla de 1914 y cuando las fuerzas surianas entraron a la ciudad de México en diciembre de ese mismo año ya Aguilar se encontraba con ellos.[41]

Sean bienvenidos a la zona del terror

Como hemos señalado, para entonces el ejército huertista contaba con 48 144 efectivos para hacer frente a las diversas sublevaciones. Por aquellos días *El Imparcial* decía que con 10 000 hombres que se destinasen a la campaña de Morelos serían suficientes para acabar con el problema.[42] Pero

39 *El Imparcial*, 27 de abril de 1913. Citado en *Idem*.
40 Francisco Pineda Gómez, *La revolución del sur...*, p. 265.
41 *Ibid*., pp. 266-267.
42 Ver en la presente tesis el apartado "Efectivos". *Ibid*., p. 254.

ello significaba utilizar más de una quinta parte de los efectivos disponibles y si así se hacía ¿qué pasaría con el resto del país?

La atención fue puesta muy pronto en el estado morelense y los efectivos en el estado llegaron a 14 000 en los próximos meses.[43]

Como hemos visto, al Estado fue enviado el general Juvencio Robles, quien se encargaría de lo político y lo militar.

El perfil de un asesino. Juvencio Robles

Juvencio Robles era un militar de los llamados cuarteleros, se había forjado al calor de las diversas batallas. Para 1913 casi alcanzaba los setenta años.[44]

Oaxaqueño, nacido en Juchitán, ingresó a la Guardia Nacional de ese poblado en el año de 1866. Casi siendo un niño, combatió en contra de los franceses en su lugar de origen en la batalla del 5 de septiembre de 1866. También participó en la batalla de la Carbonera y en la de Miahuatlán y en la Batalla de Puebla del 2 de abril de 1867. Para entonces Robles era subteniente,[45] y contribuyó a derrotar a Márquez en la batalla de San Lorenzo. Participó en el sitio a la ciudad de México a donde entró triunfante el 21 de junio de 1867.

Ya en el periodo de la República triunfante, durante los gobiernos de Benito Juárez y Sebastián Lerdo de Tejada, participó en las campañas en el estado de Puebla y Guerrero. Durante el periodo abril a diciembre de 1869 fue enviado a Yucatán a combatir a los mayas.

Con el ascenso de Porfirio Díaz al poder, Robles participó en diversas campañas militares en su natal Oaxaca, y en los estados de Veracruz, el Estado de México, y en Tlaxcala. Pero unas de sus primeras acciones fue-

43 Felipe Arturo Ávila Espinosa, "Guerra y política..., p. 114.

44 Juvencio Robles nació en 1849 en Juchitán de Zaragoza, Oaxaca. Francisco Naranjo, *Diccionario biográfico revolucionario*.

45 Las fechas de obtención de sus diversos grados es como sigue: Subteniente de la Guardia Nacional, 01/07/1866; subteniente de infantería auxiliares, 16/01/1867; teniente de infantería auxiliares, 01/02/1872; capitán de infantería auxiliares, 13/05/1874; Comandante de batallón auxiliares, 30/06/1877; Comandante de batallón permanente, 30/07/1877; teniente coronel de infantería permanente, 08/12/1884; coronel de infantería permanente, 04/12/1890; general brigadier de infantería permanente, 15/09/1904; general de brigada permanente, 12/09/1911; general de división, 10/12/1913. Mario Ramírez Rancaño, *El Ejército Federal*..., pp. 105-107.

ron en los estados de Morelos y Guerrero, que años después serian baluartes zapatistas. En 1898 se le envió nuevamente a la campaña en Yucatán.

En los años posteriores fue primero jefe accidental y después interino de la Tercera Zona Militar (1905-1906) y después nombrado jefe de las Armas en Monterrey, Nuevo León.

Al triunfo de la Revolución maderista a Robles le tocó enfrentarse por primera vez con los zapatistas donde puso en práctica sus ya conocidos métodos sanguinarios para acabar con la rebelión. Con la llegada de Felipe Ángeles al mando de la Séptima Zona Militar, Robles fue destituido y enviado a hacerse cargo de la Jefatura de Armas en Torreón, Coahuila. Al ocurrir los asesinatos de Madero y Pino Suárez, Robles fue llamado a la ciudad de México para hacerse cargo del gobierno de Morelos y de la campaña contra los zapatistas.[46]

La guerra de por sí es terrible para quien la vive, pero para quien la sufre es doblemente aterradora. Juvencio Robles se encargó de dejar un recuerdo imborrable en la memoria de los ciudadanos de Morelos y escribió una historia negra. Muchos relatos nos hablan de su forma cruel de tratar a los rebeldes y civiles. No hacía distinción entre el bien y el mal, no se detenía a pensar en lo ético y moral, lo importante era poner la zona en paz.

Era un militar sin escrúpulos, que dejaría a un lado los sentimientos. Así llevó la campaña en Morelos. ¿Cuántos hombres perecieron?, ¿A cuántos se les aplicó la Ley Fuga?, ¿Cuántos inocentes fueron asesinados?, ¿Cuántas poblaciones fueron arrasadas?, ¿Cuántos niños quedaron huérfanos?

La paz cueste lo que cueste

Ante la dificultad que presentaba el ubicar a un enemigo fijo, Juvencio Robles decidió aplicar la estrategia que ya había llevado a cabo meses antes: hacer lugares de concentración y aplicar la tierra arrasada, que consistía en la quema de poblados y bombardeos en contra de objetivos civiles:

[46] "Veteranos de la República que mueren en el destierro". Centro de Estudios de Historia de México. Carso. Archivo Francisco León de la Barra. (En adelante CEHMCARSO-AFLB, seguido del número de carpeta, legajo y documento). Fondo: X-2. Carpeta: 2. Legajo: 164. Documento: 4-4; Mario Ramírez Rancaño, *El Ejército Federal*..., pp. 105-107.

> este sistema consiste en escoger de antemano dos o tres poblaciones, las de más importancia, y reconcentrar en ellas a todos los habitantes pacíficos de la región y proceder al arrasamiento de los demás pueblos, para evitar que los rebeldes tengan puntos de aprovisionamiento… continuando el resto de la fuerza la persecución sin cuartel de las hordas de Zapata, hasta exterminarlas por completo.[47]

Es decir, creaba verdaderos campos de concentración que serían cosa cotidiana en la Segunda Guerra Mundial pero que era una acción de guerra que ya había sido puesta en práctica en todo el mundo desde el siglo XIX. Un periódico gobiernista justificaba la acción tomada por el gobierno:

> El gobierno para poner un remedio radical, ya que no es posible por otros medios, ha resuelto recurrir al extremo de la energía, que ha dado resultado en distintos países. Se pondrá en práctica el sistema de concentración que hicieron uso el general Weyler en Cuba y el general inglés lord Kitchener en la colonia del Cabo contra los boeros, cuyos sistemas consiguieron el completo aniquilamiento de las fuerzas contrarias, por más que estas eran fuerzas más civilizadas que nuestros zapatistas, puesto que defendían ideales y principios que los alzados de Morelos no conocen siquiera.[48]

La práctica de concentración sirvió para desojar a los campesinos de sus tierras. Hace falta un estudio que investigue el impacto económico en este sentido y la nueva distribución de las mismas.

Zapatista igual a rebelde

Todo morelense era zapatista, todo zapatista era un rebelde, todo rebelde era un indio, y el mejor indio, era el indio muerto. Esa era la lógica de guerra del Ejército Federal, lo que provocó el terror en todo el territorio considerado como rebelde.

> Para huir de los federales, la gente buscaba cuevas que hay en Meztitla, las Ventanas, que tienen cabida para unas veinte familias. Entonces, ahí escon-

47 *El Imparcial*, 5 de mayo de 1913.
48 *Idem*.

didos, no se guisaba, para que el humo no nos delatara. Se comían raíces, malamente se martajaban algunas raíces, o aguacate o chilacayote, y uno se hacía a la ilusión de que se comían tortillas. Era una lástima grande ver a esos niños chillando de hambre allá en las oscuridades.

La gente bajaba a veces, a darle una vuelta a la casa, a enterrar a los muertos, cuando no había señales de federales. Se formó una guardia civil que tocaba un cuerno para avisar la llegada de los soldados y la gente huía a esconderse al monte. Qué desgracia tan grande todo eso, en la propia tierra de uno.

Aquellos que no alcanzaban a huir eran fusilados, porque todos éramos zapatistas, qué más. La mayor parte de la gente aceptaba ser zapatista cuando los agarraban porque igual, igual los mataban.[49]

Los civiles sólo podían transitar con un salvoconducto expedido por las autoridades correspondientes, el que no lo portara sería arrestado o fusilado.

La guerra no sólo permeó en lo material sino también en lo político. Los abusos cometidos hicieron pensar a Eufemio Zapata que serían los hechos ideales para poder establecer un Congreso para que este gestionara ante los Ministros extranjeros y obtener el reconocimiento de beligerancia.[50]

La guerra sin cuartel

Las aprensiones a diestra y siniestra no se hicieron esperar, el 28 de junio llegó a la ciudad de México un tren de mil prisioneros, provenientes del Estado de Morelos que serían destinados al Cuartel de San Ildefonso.[51] Unos eran recluidos y otros enviados a combatir, se estima que al menos tres mil civiles de Morelos, en el periodo de mayo y junio, fueron reclutados por la leva.[52]

49 Testimonio de un habitante de Tepoztlán citado en Francisco Pineda Gómez, *La revolución del sur...*, pp. 294-295.

50 Eufemio Zapata-Emiliano Zapata. 22 de septiembre de 1913. AGN-AGO. Caja: 13, Exp: 8, Fs.: 20-21. En la misiva señalaba que esto era necesario "tomando como base los incendios y crímenes cometidos por los federales en los estados de Morelos, Puebla, Guerrero y otros más. No olvidando que la guerra, se la hacen a las familias y a los hombres pacíficos que son víctimas de persecuciones salvajes".

51 *El Imparcial*, 15 de julio de 1913.

52 Francisco Pineda Gómez, *La revolución del sur...*, p. 311.

Las deportaciones y la leva era cuestión cotidiana, pero ello llevaba consigo un problema económico que es el que le interesaba resolver al gobierno tanto como a los hacendados y no el desequilibrio social y cultural que podrían provocar. De esta manera idearon suplantar a los civiles morelenses por ciudadanos japoneses que hicieron prosperar nuevamente la industria del Estado.[53]

Unos más eran fusilados en *situ*, o se les aplicaba la ley fuga o se les fusilaba en las poblaciones a vista de todos para que sirviera como escarmiento.

Quiebre en los bordes. El cambio de estrategia-cambio en los mandos

A mediados de junio de 1913 hubo una reunión de los altos mandos del ejército. Huerta convocó a su entonces secretario de Guerra, Manuel Mondragón, a su entonces aliado Félix Díaz y a su cancerbero Aureliano Blanquet, además a los generales Guillermo Rubio Navarrete, Miguel Ruelas y Rafael Eguia Lis y al coronel Felipe Alvírez. Aunque se dijo que fue para discutir la situación militar en el sur, en realidad fue para que Huerta se pudiese deshacer de sus enemigos. Destituyó a Mondragón y nombró a Blanquet como nuevo ministro de la Guerra, hizo lo propio con García Granados a quien sustituyó por su compadre Aureliano Urrutia. A Félix Díaz lo envío en comisión a Japón.[54]

Los estudiantes en pro y en contra de la militarización

Huerta requería de hombres para hacer la guerra y decidió tomarlos de donde fuese. De esta manera recurrió al reclutamiento de los estudiantes y a la implantación de las ideas militares en el sector educativo.

[53] *El Imparcial*, 19 de julio de 1913.

[54] Francisco Pineda Gómez, *La revolución del sur...*, pp. 270-271. Díaz, sin partidarios y sin fuerza suficiente permanecería en Europa hasta 1916, año en que regresaría al país para nuevamente levantarse en armas. Pudo constituir un movimiento que se extendió por Oaxaca, Veracruz, Tabasco y Chiapas, entre 1916-1919, pero que le fue insuficiente para alcanzar el poder.

Un decreto en marzo de 1913 ordenaba al director y los profesores de la escuela donde la organización militar ya fuera un hecho a dar clases en uniforme de campaña, pues cada uno de ellos recibió un grado militar.[55]

El proyecto huertista era con el ánimo de cambiar la estructura, la dinámica, el día a día de las instituciones escolares de todos los niveles. Sin embargo, cabe mencionar que, el carácter militarista de gobierno no se vio reflejado oficialmente en los programas educativos de las instituciones civiles.[56]

El 6 de septiembre de 1913, apareció publicado en el *Diario Oficial* el decreto que estipuló la creación de la Dirección de Escuelas Militares, que tenía como fin hacer las reformas necesarias para la adecuación de las escuelas al nuevo modelo planteado por el gobierno.[57]

El plan de Huerta se trató de establecer desde los niveles básicos. Inclusive en las escuelas de educación elemental como las escuelas primarias y la Escuela Industrial de Huérfanos.

No obstante, la idea se enfrentó a la oposición de las autoridades, Leopoldo Kiel, director general de Educación Primaria se manifestó en contra diciendo que era ridículo pensar ese tipo de reformas en la educación primaria porque se tendría que suprimir el tipo de educación que entonces se impartía y porque a los niños a esa edad lo que debía de hacerse era concederles libertad para que se desarrollaron de manera plena. Si acaso, decía, debía dársele instrucción gimnástica.[58]

La Escuela Nacional Preparatoria tampoco fue ajena al proceso, también se repartieron grados militares tanto a directivos, profesores, así como a los alumnos más destacados.[59]

En la Universidad Nacional las clases de trigonometría y geometría analítica fueron aplicadas a conceptos de artillería. Las mujeres no fueron ajenas al proceso, a ellas la Cruz Roja les dio adiestramiento como enfermeras.[60]

A raíz de la invasión estadunidense al puerto de Veracruz, en el año de 1914, algunos estudiantes acudieron al llamado demagógico de Huerta. Tal fue el caso de los alumnos del Segundo Año Superior de la Escuela

55 *Ibid*., p. 319.
56 Maribel Castillo Marcelo, *op. cit*., p. 28.
57 *Ibid*., p. 27.
58 *Ibid*., pp. 29-30.
59 Francisco Pineda Gómez, *La revolución del sur...*, p. 319.
60 *Idem*.

Nacional Primaria "El Pensador mexicano", quienes pidieron ser admitidos en las "filas de los defensores de la Patria". A ellos se les contestó que debían de acudir a la Demarcación de Policía, y presentarse con el Instructor Militar.[61]

Lo estudiantes de la Escuela Libre de Derecho dijeron que estaban en posibilidad de formar cuerpos armados en los estados de Puebla y Tlaxcala y por ello pidieron autorización para operar en donde fueran necesario en combinación con las fuerzas regulares, solicitaron una respuesta inmediata "para marchar lo antes posible a rechazar al odioso invasor".[62]

Pese a los esfuerzos de Victoriano Huerta de militarizar cada uno de los diversos ramos de la administración, y de sectores tan disímbolos (papeleritos, estudiantes, jardineros, burócratas, ferrocarrileros) y de hacer uso del sentimiento patriótico, en realidad, no tuvo tanta repercusión, o al menos así lo demuestran las pocas fuentes con las que se cuentan.[63]

La movilización estudiantil en contra del militarismo

Otro sector estudiantil fue renuente a las medidas tomadas por Huerta y realizaron una serie de manifestaciones callejeras protestando por la militarización en las escuelas.

Hubo también estudiantes que decidieron sumarse a la Revolución. Entre ellos estuvieron Rafael Cal y Mayor, de apenas veinte años, quien encabezó un grupo que conspiraba en La Casa del Estudiante. Otros estudiantes implicados fueron Rafael Zubarán Capmany, Alejandro de la Reguera, José A. Inclán, Jorge Prieto Laurens (pariente de Guillermo Prieto), Juan López, entre otros. Algunos de ellos fueron detenidos antes de partir porque habían lanzado un manifiesto. Cal y Mayor, asumió la defensa y fueron dejados en libertad. Tan pronto la obtuvieron siguieron sus ímpetus de sumarse a

61 Manuel Carrera, *et al*., (45 firmas más)-Secretario de Guerra y Marina. 22 de abril de 1914. AHDN. XI/481.5/96. Fo.: 382. A. Blanquet- Manuel Carrera, *et al*., 29 de abril de 1914. AHDN-RR. XI/481.5/96. Fo: 383.

62 Enrique R. Domínguez, *et al*., Secretario de Guerra y Marina. 22 de abril de 1914. AHDN-RR. XI/481.5/96. Fo: 378. Las adhesiones también vinieron de los exfederales que se habían vuelto exrevolucionarios. Luis G. Garfias Jr., escribió a Victoriano Huerta: "Una vez más permítome ofrecer mis humildes servicios al gobierno que Ud dignamente preside". Luis G. Garfias-Victoriano Huerta. 22 de abril de 1914. AHDN-RR. XI/481.5/96. Fo: 385.

63 El trabajo más completo en este sentido es la tesis de Maribel Castillo Marcelo, *op. cit.*

la revolución: José A. Inclán fue destinado a las fuerzas de Pacheco y Cal y Mayor fue a parar al equipo de Ángel Barrios.[64]

Los grupos paramilitares. Cuerpos de voluntarios

La oligarquía y el gobierno siempre trabajan de común acuerdo, esto para garantizar los privilegios de ambos. Por ello no fue extraño que las clases potentadas dieran su apoyo económico para el sostenimiento del ejército, sino también que materialmente organizaron grupos de defensa de las poblaciones y de apoyo al Ejército Federal, pero la mayoría de los casos era con el objetivo de defender sus propiedades.

Algunas veces, sobre todo al inicio de la revolución, estos grupos de civiles que recibían adiestramiento militar estaban integrados por miembros e hijos de las clases altas, quienes se paseaban por las plazas para recibir el aplauso de las señoritas de buena familia y que menospreciaban a la gente y a los revolucionarios. Sin embargo, la situación cambió cuando la fuerza de la revolución quedó demostrada a raíz de la toma de Durango en que ni los cuerpos de voluntarios ni el ejército federal pudieron contener a los rebeldes.[65]

A partir de ahí los Cuerpos estuvieron integrados por empleados de esos oligarcas, mientras que ellos estaban alejados de sus propiedades, comúnmente en Europa y Estados Unidos.

Estos grupos que un principio se organizaron de manera autónoma pronto recibieron la atención de Victoriano Huerta por la presión que ejercieron los propios hacendados. En el mes de abril se acordó que:

> Los hacendados, de su propio peculio, organicen fuerzas irregulares que se destinarán exclusivamente para defender las haciendas, con la condición de que dependerán de la Secretaría de Guerra y Marina y estarán dispuestas a prestar auxilio a las fuerzas del gobierno cuando así se les solicite. El gobierno federal proporcionará a los hacendados los instructores que sean necesarios.[66]

64 Francisco Pineda Gómez, *La revolución del sur...*, pp. 273, 276.

65 Ver el capítulo referente a la caída de Durango.

66 *El Imparcial*, 26 de abril de 1913. Huerta por entonces estaba ávido de soldados. Por ello sus intenciones de aumentar el ejército de 30 a 80 mil efectivos, y que los hacen-

Obviamente para entonces Huerta sabía que con las fuerzas con las que contaba eran insuficientes para hacer frente a la rebelión. Esta medida le favorecía notablemente y así mataba dos pájaros de un tiro: por un lado, evitaba el descontento de los hacendados; por el otro, contaba con una fuerza ya reclutada y organizada de la que podría echar mano en cualquier momento.

De esta manera las regiones en donde más rápidamente se organizaron este tipo de cuerpos fue en La Laguna y en Morelos, lugares ambos en donde el gobierno demostraba su ineficacia para dar garantías a las propiedades. Según el informe de Huerta del mes de setiembre, para ese momento, se contaban con dos mil hombres armados para defensa de los hacendados.

Los propios hacendados hicieron una convocatoria para el 30 de junio al Congreso Nacional de Agricultores, en donde se trataron los asuntos relacionados a los grupos que estaban formando.[67] Días antes, el 24, desde la Secretaría de Gobernación se había enviado una circular a los hacendados que establecía los lineamientos para formar este tipo de grupos. Sus puntos más importantes no estaban alejados al acuerdo del mes de abril, los hacendados se encargarían del sostenimiento y el gobierno de dotarlos de parque y adiestramiento. Los jefes que se les proporcionarían serian sacados de la policía rural. Sin embargo, había un punto sumamente interesante: se decía que los grupos armados por los industriales o los hacendados (agricultores decía el documento) no saldrían bajo ningún motivo de la propiedad. Esta última cláusula no aplicaba para los vecinos de una región que también formaran grupos para proteger y auxiliar las fincas que fueran atacadas. Aquí cabria hacer una diferenciación en el tipo de organización de los cuerpos voluntarios. Mientras que los cuerpos organizados por los hacendados eran de carácter gremial, los organizados por los vecinos eran de carácter territorial.[68]

Hubo otros grupos de carácter gremial organizados por propietarios y terratenientes. Así se formó el Batallón de Voluntarios de la Banca, di-

---

dados se ofrecieran a organizar una fuerza por su cuenta y con sus propios recursos le facilitaría las cosas. En caso de no requerirlos se les podía mandar de regreso a sus casas y sin ningún compromiso para el gobierno. Lo que sí sucedería si se les daba de alta en el ejército.

67 Francisco Pineda Gómez, *La revolución del sur...*, p. 315.

68 *Ibid.*, p. 316. Este tipo de "Cuerpos Voluntarios" ya era un hecho desde el Porfiriato, se mantendría durante el gobierno de Madero y continuaría durante el huertismo.

rigido por José Ortiz Monasterio, hijo del viejo federal Ángel Ortiz Monasterio. También se constituyeron algunos cuerpos, provenientes de La Gran Unión Ferrocarrilera. A los integrantes de estos cuerpos se les pagaba lo mismo que a los soldados de los cuerpos de línea.[69]

Volvamos al teatro de la guerra...

***

Las fuerzas de Emiliano Zapata, Francisco Mendoza y Amador Salazar, con alrededor de tres mil hombres, a mediados del mes de mayo, atacaron Jojutla.[70] Para el mes de julio era un hecho que el gobierno no contaba con las fuerzas suficientes para hacer frente a las diversas rebeliones. Ni siquiera le bastaban para poder guarecer a la capital del país pues en la zona sur llegaban incursiones de los zapatistas que encontraban los poblados con poca presencia armada, así lo informó Ireneo Albarrán a Emiliano Zapata:

> He avanzado en estos días hasta San Bartolo, delante de Milpa Alta, no he encontrado novedad; hay poco gobierno… pues en Milpa Alta sólo hay doscientos rurales y no salen a perseguirnos; decían que había voluntarios pero no es cierto, los que había salieron para el norte.[71]

Durante agosto, las operaciones militares en contra del zapatismo se recrudecieron, los federales atacaron Huautla, lugar donde estaba el campamento provisional de Zapata.

El 19 de ese mes Juvencio Robles comunicó a Victoriano Huerta que la campaña en Morelos había concluido. Aunque por esos días anunció que activaría la campaña militar mediante tres columnas, no tuvo tiempo de hacerlo, al mes siguiente fue destituido del mando de las operaciones.[72]

69 *Ibid.*, p. 317.
70 Javier Garciadiego, *1913-1914. De Guadalupe...*, p. 128.
71 Francisco Pineda Gómez, *La revolución del sur...*, p. 271.
72 Javier Garciadiego, *1913-1914. De Guadalupe...*, p. 130.

De la importancia de los conocimientos militares. La incorporación de un exfederal al zapatismo[73]

Por esos días, pese a las derrotas sufridas, desde el cuartel general zapatista se estaba proyectando un avance hacia al Distrito Federal. El ataque a la ciudad de México sería coordinado por el ingeniero Ángel Barrios. La incorporación de este personaje al movimiento suriano había sido reciente, el 28 de febrero de 1913, pero rápidamente se ganó la confianza de Zapata quien el 14 de mayo lo nombró Inspector de las Fuerzas Insurgentes que operaban en el Estado de México. La decisión tal vez se debió a que necesitaba poner a un hombre "externo" que pudiera conciliar las rencillas de los jefes revolucionarios que operaban en esa zona (principalmente De la O, Pacheco y Everardo González). Otras razones importantes que seguramente influyeron fueron su amplia trayectoria de lucha y sus conocimientos militares.[74]

Barrios había estudiado en el Colegio Militar de donde se graduó como subteniente en la carrera de Estado Mayor y posteriormente ingresó a la Escuela Nacional de Ingenieros, no obstante, siguió estando cerca del ámbito castrense pues a la edad de 23 años fue nombrado maestro del Colegio Militar el 29 de noviembre de 1897. Años más tarde fue a vivir a Oaxaca, ya desligado del ejército, y en el año de 1904 inició su activismo político ingresando al Partido Liberal Mexicano, por este motivo en 1906 fue hecho prisionero. Cuando Madero inició su campaña política Barrios se sumó a su candidatura y la apoyó desde el estado de Oaxaca. Acudió al llamado de Madero y se levantó en armas seis días antes de la fecha fijada en "La Cañada", combatiendo a las fuerzas federales que comandaba el general brigadier Rafael Eguía Lis, días después fue capturado y enviado a la ciudad de México y recluido en la prisión de Santiago Tlatelolco. Al triunfo

[73] Creímos conveniente darle un amplio tratamiento a la participación de Ángel Barrios dentro del zapatismo, ya que es un hombre formado en el Colegio Militar y que pelea del lado revolucionario.

[74] "He dispuesto que el señor general Ingeniero Ángel Barrios, pase a esos campamentos á tomar posesión del puesto de Inspector de las fuerzas insurgentes que militan en el Estado de México, con objeto de que la campaña prospere más con los proyectos que tiene en estudio este señor, para invadir el Distrito Federal y amagar constantemente a la Capital de la República". Emiliano Zapata-Genovevo de la O. 14 de mayo de 1913. AGN-AGO. Caja: 11, Exp: 10, Fs.: 46. Ingresó con el grado de mayor, ascendiendo rápidamente a teniente coronel, coronel y general brigadier en el mismo año. Francisco Pineda Gómez, *La revolución del sur...*, pp. 267, 269.

de la revolución fue dejado en libertad. A la muerte de Madero inmediatamente se sumó al movimiento suriano.[75]

Barrios a finales del mes de julio recibió la encomienda de realizar un croquis en el que estuvieran especificados los puntos ocupados tanto por el gobierno como por los zapatistas. Además coordinó una red de espionaje en la que colaboraron su hermana Susana Barrios, Juana B. Gutiérrez, el yerno de ésta Santiago Orozco. Dicha red informó para el 3 de agosto que en la capital del país se contaban con 30 mil simpatizantes de la causa, obviamente las cifras eran exageradas. En ese mismo mes Barrios se encargó de reforzar a los grupos que operaban militarmente en la línea de ataque, principalmente a aquellos de la zona del Ajusco. También se ocupó de hacerles llegar los manifiestos y las órdenes emanadas desde el Cuartel general. Fueron tan eficaces los trabajos de Barrios que en el periodo de mayo a octubre de 1913, en que estuvo al frente de las operaciones, fueron mayores las acciones de guerra en el Estado de México que en el de Morelos.[76]

En ese periodo Barrios también ordenó al general Francisco Pacheco, quien era de los jefes renuentes a someterse a sus dictados, que acompañara a la columna del general Cándido Navarro que saldría hacia el Bajío, ello con la obvia intención de alejar al general Pacheco para que no obstaculizara sus trabajos de esos días. No obstante Pacheco, aunque en un principio acató la orden más tarde dejó a su suerte a Navarro y ello a la postre provocó el fracaso de la misión y la muerte del propio Navarro.[77]

Como todo hombre que recibe una educación militar, a Ángel Barrios también le preocupaba la disciplina. De este modo, para el mes de septiembre de 1913, empezó a elaborar el reglamento y organización del Ejército Libertador, y también empezó a fijar las bases para castigar las malas

[75] Ángel Barrios había nacido en 1874 en Texcoco, Estado de México, seguramente esa fue una razón más para nombrarlo coordinador de la zona. En 1916 Barrios formó parte del centro de consulta revolucionaria que se estableció en Tlaltizapán de la que también formaron parte Antonio Díaz Soto y Gama, Manuel Palafox, Otilio Montaño, Gildardo Magaña, entre otros. A la muerte de Zapata siguió combatiendo a los carrancistas. Valentín López González, *Los compañeros de Zapata*, pp. 39-40.

[76] Francisco Pineda Gómez, *La revolución del sur...*, pp. 271-274, 277. Barrios también fue uno de los firmantes de la ratificación del Plan de Ayala, en San Pablo Oztotepec el 19 de junio de 1914.

[77] *Ibid*., pp. 286-287. Pese a que hubo una reprimenda desde el Cuartel general zapatista hacia Pacheco, sólo fue de palabra, no hubo un castigo serio y ello originó que hubiera poco control desde el centro sobre los diversos jefes zapatistas.

conductas de los surianos. Moralidad y disciplina, elementos bases de la constitución de un ejército. No obstante Barrios era conocedor de los hombres con los que convivía y le tocaba dirigir y por ello sabía que tenía que portarse flexible en ciertas cosas:

> La disciplina militar no norma nuestros procedimientos y estamos muy lejos de apegarnos a ella, pues es para nosotros odiosa; solamente reclamamos orden y para lograrlo vamos laborando con suma prudencia atendiendo a la naturaleza de las cosas y de los hombres. Repito, no doy órdenes…ni menos les exijo disciplina y cuando llega a presentarse el enemigo en zonas revolucionarias, únicamente les comunico los informes que llegan para que, de acuerdo con su propia iniciativa, organicen la batida.[78]

Pese a sus precauciones, el nombramiento de Barrios como coordinador no fue bien recibido por los jefes revolucionarios. Era visto como un advenedizo, un rebelde de última hora, un nuevo revolucionario y de esta forma era muy difícil que lograra el acatamiento de sus órdenes y la subordinación de los antiguos combatientes El general Genovevo de la O, escribió a Zapata:

> Tengo el gran honor de comunicar á Ud. con todo el debido respeto, que ya desde el día 10 del presente mes, se me ha presentado el Ciudadano Yngeñero Angel Barrios, á manifestar y exponer, las razones más avenientes, sobre los planes de trabajos militares de campaña; el cual desde esa fecha ya hémos caminado de acuerdo de todas las proposiciones, yo y el mensionado Yngeñero Barrios, ahora si mi Señor y respetable general, hasta que me pareció de la manera que se me há presentado con el debido consedimiento; ésto és lo que yo esperaba. y no otra cosa; que á éstos hombres reciendados de alta y desean tenernos subalternos tan sólo por sus inteligencias, no señór mi superior; debemos de hacerlos domesticos estos que les merece, y no nosotros á ellos; porque deberá Ud. de considerar que despues de tanto que nos hémos sacrificado, temor há ser sujetos á otros, pues no señor; há de ser lo que digamos y no perder nuestro derecho, que al principio, hayamos sido respetados, y al último dejaremos de ser, todo ésto digo motivo que los primeros días

[78] Francisco Pineda Gómez, *La revolución del sur...,* p. 300. Ángel Barrios-Emiliano Zapata. 14 de septiembre de 1913. AGN-AGO. Caja: 13, Exp: 7, Fs.: 100.

que se presento guardaba y presentaba algún Orgullo, y por éso le comuniqué a su dignidad que no me convenía trabajar juntamente con él porque no me convino de la manera que se me presentó el cual como me manifestó Ud. mismo que si no me convenía que siguiera yo trabajando independiente; pero por ahora le pongo á su mayor conocimiento que ya estamos unidos y de acuerdo.[79]

El trato de Barrios con la red urbana era mucho mejor que con los jefes campesinos. Barrios tuvo un acercamiento con los jefes rebeldes, pero sin embargo nunca contó con la misma confianza que se le da a un compañero de armas y ello porque Barrios nunca dirigió un combate militar. En ello Ángeles le llevó la ventaja en el norte.

De la propagación de la guerra

De mayo a octubre hubo, según Pineda Gómez, 545 acciones de armas en doce estados de la república: 177 en el Estado de México, 139 en el Estado de Morelos, 128 en Puebla, 36 en Guerrero, 31 en el Distrito Federal, 11 en Michoacán, 10 en Tlaxcala, 7 en Oaxaca, 3 en Veracruz, 1 en Guanajuato, 1 en Hidalgo y 1 en Jalisco. De esas acciones los zapatistas realizaron 44

[79] Genovevo de la O-Emiliano Zapata. 21 de septiembre de 1913. AGN-AGO. Caja: 17, Exp: 5, Fs.: 2-3. Según Felipe Ávila la incorporación de estos elementos fuereños y civiles era bien vista por los jefes revolucionarios, pero siempre y cuando desempeñasen tareas esencialmente intelectuales, menciona. "Los jefes esperaban que estos muchachos fuereños les ayudaran en las tareas intelectuales que ellos no podían hacer y que eran necesarias. Así pues, pusieron empeño en buscar y conseguir ese tipo de ayuda y, cuando llegaban letrados a incorporarse, a menudo los jefes militares se disputaban quedarse con esos asesores y tenerlos como secretarios. Pero también había reservas y desconfianza de los jefes campesinos y de la gente común ante estos jóvenes fuereños, impulsivos, arrogantes y doctrinarios, representantes de un mundo y de unos valores que no eran los suyos. Los jóvenes citadinos tuvieron que ganarse poco a poco la confianza de sus jefes y de la población civil, con sus acciones y compromiso, con valor. Así obtuvieron un lugar y un reconocimiento que, sin embargo, estuvo siempre a prueba. Aunque su función adquirió un papel importante dentro del movimiento, nunca contaron con la confianza absoluta ni incondicional de los líderes naturales zapatistas. Sin embargo, ante los temas nacionales, la relación con el exterior y la diplomacia, Zapata y los jefes surianos confiaban por lo regular en los puntos de vista de sus asesores civiles y delegaban en ellos esas tareas. Pero, en contraste, los jefes de hombres, los detentadores del poder militar y político siguieron siendo los líderes campesinos". Felipe Arturo Ávila Espinosa, "Guerra y política contra el cuartelazo...", p. 133.

ataques a cabeceras distritales, 280 sobre poblados, 45 acciones contra haciendas y 161 enfrentamientos en despoblado.

En 370 de esos hechos de armas los mandos huertistas en el 42 por ciento fueron jefes federales (general, coronel, teniente coronel y mayor); el 41 por ciento fueron oficiales (capitanes, tenientes y subtenientes) y el 17 por ciento fueron clase de tropa (sargentos y cabos).

Las fuerzas a las que enfrentaron también fueron de diverso carácter: 22 batallones, 14 regimientos de infantería, 6 regimientos de caballería, 10 cuerpos de exploradores, 3 agrupaciones de auxiliares y 20 agrupaciones irregulares del Ejército Federal. También hicieron frente a 13 cuerpos rurales, 8 cuerpos de voluntarios (paramilitares) y un regimiento de seguridad del D. F.[80]

Para que ocurrieran todos estos hechos de armas los zapatistas tuvieron que salir de su estado, de forma obligada o voluntaria.

De forma voluntaria, la tesis de los zapatistas de generalizar la rebelión hacia el Occidente y el Bajío provocó la salida de algunas columnas a esos lugares. Una bajo el mando de Salatiel F. Alarcón y la otra bajo el mando de Cándido Navarro a Guanajuato. La columna de Navarro salió el mes de julio, Navarro iba acompañado de su esposa y sus dos hijos: Iparco y Diascárides. En el poblado de Salazar tuvieron su primer enfrentamiento con las fuerzas federales y se vieron obligados a retirarse hacia Valle de Bravo, donde hubo un segundo enfrentamiento. Ahí el general Francisco Pacheco, quien había sido comisionado para proteger a Navarro, dio la orden de regresar. Por la noche Cándido Navarro, su esposa y su hijo fueron abandonados, Diascárides, fue el único que se fue con las fuerzas de Pacheco. La familia Navarro continuó hasta Coatepec de las Harinas después se dirigieron a Pilcaya, Guerrero, donde se quedó Carlota Bravo, esposa de Cándido, en espera de su otro hijo, los demás siguieron rumbo a Guanajuato. Mientras tanto, la columna de Salatiel que tenía como consigna dirigirse hasta Colima, enterado de lo sucedido a Navarro decidió hacer un alto en su camino y apoyar a Navarro hasta su llegada a Guanajuato. Esta columna combatió en Puruándiro, Michoacán, y San Felipe Torre Mochas, Guanajuato. Lograron incursionar hasta el Estado de San Luis Potosí a donde atacaron la hacienda de Santiago, en el municipio de Villa Arriaga. Ahí murió Cándido Navarro. Los federales sabedores

[80] Francisco Pineda Gómez, *La revolución del sur...,* pp. 271-274, 278, 587.

de la importancia del revolucionario decidieron llevar su cadáver hasta la capital del estado, donde fue exhibido.[81]

Una tercera columna al mando del general Felipe Neri se había dirigido al Estado de Hidalgo, pero con poca fortuna, regresó muy pronto para incursionar nuevamente en el Distrito Federal. Meses más tarde se envió otra fuerza al mando del coronel Juan Sánchez y después al general Fortino Ayaquica, quienes tampoco tuvieron suerte.[82]

El ataque a la ciudad de México

Como ya hemos visto, el ataque a la ciudad de México sería coordinado por el ingeniero Ángel Barrios, y para ello desde el cuartel general se dieron una cantidad considerable de órdenes para movilizar a las diversas fuerzas que se encontraban operando en los estados de Morelos, el Estado de México y Puebla. Se ordenó que las fuerzas de Eufemio Zapata y Fortino Ayaquica, que operaban en Puebla se reconcentraran; al general Ireneo Albarrán, quien operaba en Tepoztlán, se le dio la consigna de avanzar por el Ajusco y Milpa Alta hacia el rumbo de Chalco y Xochimilco, ponerse en contacto con el teniente coronel Martínez Almaráz y el general Pacheco y continuar con las operaciones por el rumbo de Salazar y Cuajimalpa. En este punto, según el plan de Barrios, se les reunirían algunas otras fuerzas que operaban en Toluca. Al coronel Porfirio Galicia se le dio similar orden, operar por Chalco y Xochimilco, ponerse en contacto con Everardo González, y avanzar hacia Topilejo, Ajusco y Milpa Alta.[83] En esas estaban cuando hubo un cambio en el mando federal.

Huerta, seguramente convencido de que la estrategia militar seguida por Robles no estaba dando resultado, decidió sustituirlo en el mando de operaciones y del cargo de gobernador. El jefe federal encargado de las nuevas operaciones fue el general de Brigada Adolfo Jiménez Castro.[84]

La caída de Torreón a principios de octubre también favoreció la causa zapatista. Desde el Cuartel general nuevamente se volvieron a dar instruc-

81 Francisco Pineda Gómez, *La revolución del sur...*, pp. 287-289.

82 *Ibid.*, p. 290.

83 Estas órdenes se daban en los meses de julio, agosto y mediados de septiembre. *Ibid.*, pp. 300-302.

84 Por esos días también Urrutia renunció a la Secretaría de Gobernación, David de la Fuente hizo lo propio. Laura Espejel y Salvador Rueda, "El zapatismo estrecha el cerco", Enrique Florescano (coord. general), *Así fue la revolución mexicana*, t. 4, p. 711.

ciones a los jefes rebeldes para que de conformidad con el ingeniero Barrios operaran en el Distrito Federal. Barrios se reunió en Ocuilán con algunos jefes el 7 de octubre para afinar los detalles del plan de invasión a la ciudad de México. El objetivo era entrar por dos frentes: uno por Cuajimalpa y el otro por el lado del Ajusco, para ello tendrían que tomar previamente Tianguistenco, Tenancingo, Tenango y Toluca. No obstante, la operación empezó a tener dificultades desde el principio, cuando Barrios intentó capturar San Bartolo, población cercana a las plazas arriba mencionadas, el general Pacheco se negó a ayudar en el ataque. Más adelante los combatientes tuvieron otro encuentro en Buenavista que tampoco fructificó. Barrios se vio obligado a ir a San Juan Atzingo para agilizar los trabajos de fabricación de explosivos mientras que los generales Neri y Pacheco se dirigían a la zona del Ajusco, las noticias que recibió Neri en las siguientes horas fueron alentadoras pues le informaban que los federales habían sido derrotados en las Tinajas y desalojados de Jalatlaco. Barrios iba en camino a reunirse con esas fuerzas, pero enterado de que los federales habían atacado los campamentos de Juan Atzingo tuvo que regresar. Pese a lo adverso de la situación escribió a Zapata para que insistiera en la reconcentración de la gente para atacar la ciudad de México aprovechando "la violenta movilización que el gobierno está haciendo de sus fuerzas hacia el norte".[85]

Sin embargo, ya no hubo más gestiones en este sentido. El día 28 de octubre Barrios fue a ver a Zapata para explicarle la situación en la que se encontraban los preparativos y la problemática a la que se había enfrentado. Fue entonces cuando se dejó de lado este proyecto, sea porque los jefes no se subordinaban a Barrios o porque no había las condiciones necesarias, pero lo cierto es que al día siguiente Barrios fue nombrado miembro de una comisión que debía partir hacia el norte.[86]

Zapata y su camino

Zapata no tenía cifradas totalmente sus esperanzas en las gestiones de Barrios, él había ingresado al estado de Guerrero y había logrado aumentar sus fuerzas. Por este motivo decidió también hacer un ataque a la ciudad de México, pero teniendo como base ese estado.

[85] Ángel Barrios-Emiliano Zapata. 18 de octubre de 1913. AGN-AGO. Caja: 13, Exp: 9, Fo: 26.

[86] Más tarde, Barrios sería nombrado a mediados de 1914 como jefe del Estado Mayor que marchó sobre la capital.

Aquí termina una primera etapa de la guerra zapatista contra Huerta. Según Felipe Ávila:

> [Este periodo] va desde los días posteriores a la Decena Trágica hasta comienzos de septiembre de 1913. En esta etapa, las tropas federales, superiores en armamento, organización y experiencia, lograron controlar las ciudades más importantes de la entidad morelense […]. Los zapatistas controlaron las zonas periféricas, donde no podía perseguirlos el ejército. Éste, por su parte, mantuvo el control de las ciudades mayores y medias, así como de las haciendas. Esta situación se mantuvo aproximadamente seis meses, hasta que el gobierno federal logró neutralizar al zapatismo en Morelos y obligar a las partidas rebeldes a salir de la entidad, pero a un costo muy alto, porque la militarización del estado y la cruenta ofensiva contra la población civil desmantelaron la economía de la región y desestructuraron la vida cotidiana y los vínculos entre los distintos estratos de la población. Muchos pueblos fueron quemados y la población huyó a las montañas. […]
>
> En esa primera etapa, el ejército federal, en la medida en que incrementó fuertemente sus efectivos y, con la leva, debilitó las estructuras familiares y comunitarias de la población civil, fue avanzando paulatinamente en establecer su control militar sobre la entidad. Zapata y el Cuartel general, incapaces de defender su posición en su estado originario, se vieron obligados a abandonar Morelos, desplazarse a Guerrero y concentrar sus operaciones en esa entidad, mucho más extensa, con una geografía más agreste y mucho menos comunicada que Morelos. […] Sin embargo, el costo que produjo el control militar por el ejército del territorio morelense fue muy alto: es posible que uno de los mayores efectos de la feroz y prolongada ofensiva militar que asoló el estado de Morelos desde agosto de 1911 haya sido la de quebrar la economía comercial de la entidad. […] Pero quizá el efecto mayor haya sido la devastación de la economía de subsistencia de las comunidades y de muchos de los habitantes de las ciudades medias y pequeñas de la zona, que resintieron brutalmente el impacto de la guerra.[87]

87 Felipe Arturo Ávila Espinosa, "Guerra y política contra el cuartelazo...", pp. 114-116.

El envió de tropas del gobierno al estado de Morelos, la toma de su cuartel general en Huautla, y el agotamiento de los recursos que habían provocado tanto revolucionarios como federales obligaron a Zapata a operar principalmente en el vecino estado de Guerrero. La incursión no debía ser fácil, pues los jefes revolucionarios más conocidos del estado eran los hermanos Figueroa, con quien ya los morelenses habían tenido conflictos en 1911. En el estado también operaba Julián Blanco, también constitucionalista y Encarnación "Chon" Díaz y Jesús H. Salgado, ambos se unirían al zapatismo. Los Figueroa controlarían la zona que iba de Taxco y Huitzuco hasta Chilapa; Julián Blanco la zona de Chilpancingo y la Costa Chica, y Salgado la zona conocida como "Tierra Caliente".[88]

El acercamiento de Zapata con Salgado hizo posible el ataque del ferrocarril que unía Iguala con Cuernavaca.[89] También hizo posible que Genovevo de la O pudiera atacar en el mes de diciembre la capital morelense.[90]

Para febrero, el gobierno huertista no tuvo más remedio que aceptar públicamente que las fuerzas rebeldes habían crecido considerablemente y que las del gobierno escaseaban.[91]

La toma de Chilpancingo. 23 de marzo de 1914

Para marzo las condiciones estuvieron dadas para el ataque a la capital del Estado, Chilpancingo. En ella participaron las fuerzas de Salgado, *Chon* Díaz, Ignacio Maya, Julián Blanco y el propio Zapata, quien estableció su cuartel en Tixtla. Los atacantes fueron alrededor de 5 000. Las fuerzas federales defensoras estuvieron a cargo del general Luis G. Cartón, al frente de únicamente 2 000 hombres.

Pese a la crítica situación del jefe federal este nunca fue auxiliado por el mando central. Las noticias que llegaron a la ciudad de México fueron

88 Ambrosio Figueroa, de hecho, había sido nombrado gobernador del estado de Morelos por Madero en 1912. Su hermano Rómulo a su vez había sido designado comandante general de los Cuerpos Rurales del Estado. El otro hermano era Andrés. A la muerte de Madero se unieron al constitucionalismo. Ambrosio morirá en junio de 1913. Javier Garciadiego, *1913-1914. De Guadalupe a los Tratados de Teoloyucan...*, pp. 127, 150.

89 *Ibid.*, p. 151.

90 *Idem*.

91 Ver AHDN-RR. XI/481.5/179. Fo: 382.

en suma alarmantes pues además de la inminente caída de la capital guerrerense, se anunció que la guarnición del gobierno en Jojutla se había amotinado.[92]

Cartón fue detenido, se le hizo un juicio militar por todos los desmanes que había cometido, había sido uno de los jefes más sanguinarios, y por ello fue fusilado el 6 de abril de 1914 en Chilpancingo, lo mismo que su segundo, Juan A. Poloney.[93]

En Guerrero, Zapata obtuvo algunos triunfos importantes, que culminaron en la toma de Chilpancingo. Pese a que la intención inicial era establecer un núcleo fuerte en el Estado para desde ahí hacer una incursión a la ciudad de México, nunca logró hacer de manera rápida este movimiento y estuvo condicionado a los sucesos que se desarrollaron en el Norte.

***

Aunque al inicio de la guerra contra el huertismo, la mayor parte de las tropas federales estuvieron en el centro, (recordemos que debido a los Tratados de Ciudad Juárez, se había acordado que la seguridad de los estados del Norte, quedaran bajo la tutela de Cuerpos Rurales, únicamente fue enviada alguna tropa cuando la rebelión de Orozco en 1912),[94] pronto la situación militar cambió. La mayoría de los efectivos federales se concentraron en el norte y en el sur quedaron las menos.

El mando federal sabedor de la debilidad de los zapatistas puso mayor atención en el norte y hacia allá envió al grueso de sus efectivos y lo mejor de sus hombres. Aun así fue insuficiente para detener el paso arrollador de la poderosa facción villista.

Los mandos del centro se portaron a la altura y fueron capaces de contener a los rebeldes quienes no les proporcionaban gran resistencia y demasiadas dificultades. Fueron pocos los mandos en el norte que finalmente respondieron a las necesidades de la campaña militar. Otras veces fue insuficiente el abastecimiento de las cuestiones materiales lo que provocó las derrotas. La convergencia de las carencias materiales y morales finalmente provocaron la estrepitosa derrota del Ejército Federal.

92 Javier Garciadiego, *1913-1914. De Guadalupe a los Tratados de Teoloyucan*..., p. 201. John Womack Jr., *Zapata y la Revolución Mexicana*, p. 179.

93 Laura Espejel y Salvador Rueda, "El zapatismo estrecha el cerco"..., p. 711.

94 Javier Garciadiego, *1913-1914. De Guadalupe a los Tratados de Teoloyucan*..., p. 124.

> Con la expulsión de los zapatistas de Morelos y su atrincheramiento en Guerrero dio comienzo una segunda fase de su lucha contra Huerta, en la cual, luego de resistir, pudieron pasar paulatinamente a la ofensiva. Esta fase duró otros seis meses y culminó con la toma de Chilpancingo por los rebeldes y el control absoluto del estado de Guerrero en marzo de 1914. […] Para reorganizarse y reanudar la ofensiva, les fue muy útil a los jefes morelenses la alianza con los rebeldes guerrerenses que combatían a Huerta, entre los que destacaban Julián Blanco, Julio Gómez, Pedro Saavedra y Encarnación Díaz […]. Todo ello influyó favorablemente para que los zapatistas pudieran hacerse del control militar y político de la región guerrerense, seis meses después de que habían establecido ahí su centro de operaciones. La acción militar decisiva de esa segunda etapa fue la toma de Chilpancingo, la capital regional que les ofrecía mayores posibilidades, por su ubicación geográfica aislada, por sus deficientes comunicaciones, y por las escasas fuerzas federales encargadas de su defensa. La captura de Chilpancingo por un contingente de 5000 hombres, en marzo de 1914 representó el cenit de la fuerza zapatista en esa fase de la guerra.[95]

El regreso a casa. Abril-julio de 1914

Tres hechos se conjugaron para que fuera posible el regreso de los zapatistas al estado de Morelos: la toma de Chilpancingo, el claro avance de las fuerzas de Pancho Villa en el Norte y la invasión al puerto de Veracruz por los estadunidenses.

Pese a la victoria obtenida, ya no se pudo capitalizar más allá. Al final de la toma de Chilpancingo las fuerzas zapatistas se volvieron a disgregar. Jesús H. Salgado fue a Iguala y la capturó el 8 de abril; más tarde también capturó Taxco lo que le permitió proveerse de gran cantidad de plata. También cayó Buenavista de Cuéllar.

Las fuerzas de Julián Blanco se dirigieron a Acapulco, que amagaron, pero no pudieron tomar sino hasta después de dos meses en que fue evacuado el 7 de julio, cuando ya el régimen huertista iba en franca picada.[96]

[95] Felipe Arturo Ávila Espinosa, "Guerra y política contra el cuartelazo...", pp. 116-118.
[96] Javier Garciadiego, *1913-1914. De Guadalupe a los Tratados de Teoloyucan...*, p. 201. AHDN-RR. XI/481.5/128, Fs.: 418-419.

La ocupación estadunidense favoreció a los zapatistas, al ser enviada la tropa federal al puerto, varias poblaciones quedaron desprotegidas y los rebeldes rápidamente las ocuparon.

Los zapatistas pudieron regresar a su estado y tener el control casi total del mismo, lo que les permitió ser una de las fuerzas negociantes al momento de la caída de Victoriano Huerta:

> Casi al mismo tiempo que se daba el enfrentamiento en Chilpancingo hubo enfrentamiento a finales de mes en Jojutla y Zacatepec. Aquí se logró la captura del general federal Flavio Maldonado, quien intentaba huir, también era un personaje muy odiado por los habitantes de la región, iba ser linchado, pero fue rescatado, se le sometió a juicio y fue fusilado el 25 de mayo.[97]

De hecho, Genovevo de la O., pudo atacar con sólo 500 hombres a principios de mayo la ciudad de Cuernavaca.

> El control de Guerrero permitió que el zapatismo regresara otra vez a su terruño, y que avanzara inexorablemente hasta hacerse también del control completo de Morelos, en lo que fue la tercera fase militar de su lucha contra el régimen huertista, etapa que va de abril de 1914 hasta la capitulación y salida de Huerta, en julio de ese año. En ese periodo, el Ejército Libertador suriano fue capaz de ocupar todo su estado original, con la excepción de Cuernavaca, plaza a la que pusieron cerco desde mayo de 1914 y que, sin embargo, no pudieron tomar sino hasta que Huerta renunció y las fuerzas federales salieron en desbandada. Con el control de Morelos y de Guerrero, los zapatistas consolidaron su dominio en las otras zonas periféricas que estaban bajo su influencia. De este modo, cuando fue derrotada la dictadura huertista —a cuya derrota habían contribuido, aunque las batallas mayores y decisivas se habían desarrollado en el norte—, el zapatismo había conseguido asentarse en la región centro-sur del país, desde la tierra caliente guerrerense hasta los valles centrales poblanos y hacia el sur, hasta el cruce de las sierras madres occidental y oriental. Ésta fue la región que controlaron, finalmente, luego de año y medio de lucha y que les permitió presentarse como fuerza contendiente en la siguiente etapa, definida por la lucha entre las distintas

[97] Laura Espejel y Salvador Rueda, "El zapatismo estrecha el cerco"..., p. 711.

> corrientes revolucionarias vencedoras sobre el huertismo para imponer su hegemonía nacional.[98]

Un día después que fue tomada Zacatecas, y cuando ya era un hecho la caída de Huerta, los zapatistas lanzaron un Manifestó dirigido a los habitantes de la capital. Si bien en términos militares era una facción débil se vieron obligados a afianzar su postura ideológica.

> El país no estará en paz nunca [...], mientras la tierra no sea distribuida entre los que saben y quieren cultivarla [...], mientras no se den garantías al trabajador y no se mejore la retribución del trabajo. Hacían un llamado a los capitalinos a unirse "combate de los que nada tienen contra los que todo lo acaparan".[99]

Es decir, la victoria estaba cerca, pero no bastaba con una victoria militar. Se necesitaba cumplir las promesas de la revolución, de lo contrario seguiría la guerra, como en efecto sucedió.

Si bien es cierto que la actividad guerrera de los zapatistas fue extensa, ésta nunca se dio de manera coordinada. Los egos y rencillas entre los jefes, la falta de un mando centralizado y efectivo, la flexibilidad de la disciplina, la autonomía de los jefes regionales provocó el estancamiento militar del zapatismo. Nunca pudieron tomar una plaza de importancia ni mucho menos las capitales de los estados en que operaban. Toluca, Puebla, y Pachuca, nunca estuvieron en sus manos; Chilpancingo cayó tardíamente, Cuautla también; la Ciudad de México sucumbió hasta la entrada de los constitucionalistas.

A mediados de julio Zapata escribió a sus subalternos que estaba decidido a avanzar hacia la ciudad de México con 20 000 hombres que tenía bajo su mando ya que tenía noticias de que Cuernavaca había sido evacuada un día antes.[100] La idea nuevamente se quedó en proyecto pues, debido a la huida de Victoriano Huerta, varias poblaciones fueron desalojadas y ocupadas por los zapatistas, pero no lograron llegar al centro de la capital, únicamente se apoderaron de las periferias.

98 Felipe Arturo Ávila Espinosa, "Guerra y política contra el cuartelazo...", p. 118.

99 Manifiesto a los habitantes de la ciudad de México, 24 de junio de 1914, Laura Espejel, *et al., Emiliano Zapata. Antología*, pp. 196-198.

100 Laura Espejel y Salvador Rueda, "El zapatismo estrecha el cerco"..., p. 714.

Los esfuerzos coordinados casi siempre cayeron en el vacío, ejemplo de ello el ataque a la ciudad de México que debía ser coordinado por Ángel Barrios. El único proyecto efectivo fue la toma de Chilpancingo, después de ahí nada ocurrió.

***

Sueños en el aire

Para junio de 1914 las fuerzas constitucionalistas controlaban la parte norte del territorio mexicano; los zapatistas se encontraban en posesión de Guerrero, parte de Morelos y Puebla; los estadunidenses se encontraban apostados en Veracruz, mientras que los federales eran dueños de la parte sureste.

La zona centro y el oriente se encontraba en disputa. Parte del territorio estaba en posesión del gobierno de Victoriano Huerta y otra en manos de las fuerzas zapatistas y en las de Álvaro Obregón. Tal situación le permitía pensar al gobierno, antes de Zacatecas, que una derrota de Villa podría cambiar el rumbo de la situación.

En el plan de ataque del gobierno del mes de abril se vislumbraban tres frentes. Coincidentemente era el camino que seguían las principales fuerzas revolucionarias: la del Noreste, la del Noroeste y la del Norte. De ellas, la que preocupaba principalmente a los mandos huertistas era la División del Norte, ya había logrado derrotar a sus mejores hombres y al grueso del ejército, por ello la defensa de Zacatecas se volvió tan importante.

En el plan delineado se mostraba que el gobierno creía que para el ataque a dicha ciudad los revolucionarios podrían contar con alrededor de 30 000 hombres: 12 000 pertenecientes a las fuerzas de la División del Norte y 18 000 a la de Natera, Gutiérrez y otros jefes que pudieran concurrir al asalto. Para poder contrarrestarlos, pensaban, necesitaban poder movilizar 35 000 hombres. Además de los integrantes de la División de Zacatecas que comandaba Medina Barrón (6 000 efectivos), era necesario movilizar a los de la División del Centro (3 000), a las fuerzas provenientes de Oaxaca, Puebla y Veracruz (8 000), a los efectivos de la División de Occidente (8 000) y a las de la División del D. F. (10 000).

Para detener el avance de Obregón, imaginaban, se movilizarían tropas de Chiapas, del Istmo de Tehuantepec y el resto de la División del Sur.

Se tenía la intención de que las fuerzas federales que se encontraba en Guaymas y Mazatlán, puertos que nunca pudieron tomar los revolucionarios, desembarcaran por Manzanillo para atacar la retaguardia de los rebeldes.

Para contener a las fuerzas de Pablo González, también se tenía pensado desembarcar tropas provenientes de Yucatán y Campeche, en el Puerto de Tampico. Además de aprovechar a la tropa restante de la División del Bravo:

> En resumen, dos grupos federales bien ligados por ferrocarril teniendo por bases de concentración Guadalajara y Aguascalientes, pudiendo fácilmente concentrarse contra Obregón o contra Villa en número de 50 000 hombres para operar contra fuerzas revolucionarias inferiores en número, y organización.[101]

La idea era tomar una posición defensiva en Zacatecas, hacer labor de desgaste de las fuerzas revolucionarias y después movilizar a las tropas que se encontrarían en Aguascalientes, además de ordenar a la División del Bravo, atacar Torreón, que según sus cálculos estaría desprotegida por encontrarse el grueso de las fuerzas revolucionarias en Zacatecas, para de esta manera cortarles la retirada y su línea de aprovisionamiento.

Al mismo tiempo las fuerzas de Tampico y Guadalajara simularía movimientos para neutralizar a las Divisiones del Noreste y del Noroeste. Se esperaba que la batalla decisiva fuera Zacatecas, pero a favor de los federales, donde aproximadamente 30 000 revolucionarios combatirían en contra de 35 000 federales. Ello les daría la ventaja no sólo numérica sino de posición y ganarían la batalla.

A decir del plan delineado, lo que falló a favor de los revolucionarios fue la intervención de Estados Unidos.[102]

101 CEHMCARSO-AGRN. Carpeta 2, Documento: 54, legajo 2-2.

102 El análisis antes citado dice que la intervención provocó que la División del Bravo quedara a la expectativa, cuidando la frontera Norte; que las fuerzas de Oaxaca, Puebla y las de Veracruz se ocuparan para formar la División Rubio Navarrete para sitiar el Puerto; que ya no se pudiera enviar a tropas por Guaymas y Mazatlán debido al estado de guerra con Estados Unidos; que las fuerzas del D.F fueran enviadas al Istmo y a Veracruz; que hizo imposible el destacamento de las fuerzas del Centro y de Occidente hacia Zacatecas; y que la pérdida del Golfo hizo imposible la llegada de fuerzas

Pero este plan era bastante optimista. A pesar de que no se hubiera dado la intervención de Estados Unidos, las cosas no pudieron haber cambiado demasiado. El gobierno huertista a lo largo de más de un año se había mostrado ineficaz para movilizar gran cantidad de hombres y los elementos de guerra necesarios. Además, como ya hemos visto, gran parte de las fuerzas que se concentraron en Zacatecas se encontraban desmoralizadas: habían visto en harapos a la columna mejor organizada de ese momento y herido a uno de sus principales jefes.

Desde el momento en que inició la lucha contra Victoriano Huerta, hasta el momento de la firma de los Tratados de Teoloyucan, se pueden percibir tres etapas sobre la estrategia seguida por el Ejército Federal, y que describen muy bien Martha Loyo y Daniel Santander:

> La primera data de febrero a junio de 1913, donde la principal directriz fue la contención geográfica de los diversos grupos rebeldes en todo el territorio, impuesta por el general Manuel Mondragón como secretario de Guerra y Marina. La segunda etapa va de junio de 1913 a finales de abril de 1914, y está marcada por las contraofensivas del Ejército Federal para derrotar a los núcleos militares formados en el noreste, norte y noroeste; ésta fue implementada durante la gestión del general Aurelio Blanquet. La última, de abril a julio de 1914, está determinada por la defensa de poblaciones estratégicas y por el mantenimiento de las principales vías de comunicación.[103]

y pertrechos para Tamaulipas y las que ahí se encontraban quedaran inmovilizadas. CEHMCARSO-AGRN. Carpeta 2, Documento: 54, legajo 2-2.

103 Martha Loyo y Daniel C. Santander, *op. cit*., p. 47.

De la huida de Victoriano Huerta a la firma de los Tratados de Teoloyucan. Un mes decisivo

La vergonzosa huida

La madrugada del 13 de julio de 1914 unas sombras salieron sigilosamente de una casa de la ciudad de México y abordaron un automóvil que se dirigió a la Estación del Ferrocarril Mexicano, esas siluetas pertenecían a la esposa y las hijas del presidente y general Victoriano Huerta. A los pocos minutos el tren emprendió su marcha con destino a Veracruz, iba escoltado por el Batallón Zaragoza.[1] Ello era una clara muestra de que el viejo general sabía que la ciudad de México estaba en peligro.

El hecho dio pie para que se esparcieran rumores de que muy pronto Huerta iría en pos de su familia…no se equivocaron.

Tras la toma de Chilpancingo en marzo, la caída de Zacatecas en junio, y la de Guadalajara en el mes de julio,[2] para Huerta era claro que no tenía nada que hacer, y pese a que había asegurado que marcharía a ponerse al frente de las fuerzas federales que aún quedaban, optó por dejar la presidencia.[3]

El 14 de julio Huerta platicó con su secretario de Guerra, Aureliano Blanquet, tratando de encontrar una salida a la situación. Por la noche se reunieron con los demás miembros del gabinete y con algunos de los principales generales. Ahí Huerta les hizo saber su decisión de abandonar el poder. Algunos de los militares presentes le manifestaron que estaban

1 José C. Valadés, "Cómo renunció y cómo salió de México el Gral. Huerta", *La Prensa*, San Antonio, Texas, 6 de septiembre de 1936; José Antonio Velasco Lomelí, *Cómo el general Velasco logró un honroso tratado para el Ejército Federal y ejecutó su forzoso final*, p. 114.

2 Ver el triple avance de tropas revolucionarias a la ciudad de México en Javier Garciadiego, *1913-1914: de Guadalupe a Teoloyucan*..., p. 122.

3 Tras la derrota en Zacatecas, el general federal Antonio G. Olea, le escribió a Huerta el 25 de junio: "Hermano: Si no puedes mandar cuando menos veinte mil hombres, creo difícil poder contener al enemigo en su avance al sur". En respuesta, el aún presidente contestó: "Enterado de informes contenidos en tu mensaje cifrado de ayer. Destruyan vía al norte de Aguascalientes. Mientras llegan fuerzas que en número suficiente se les remiten y probablemente hasta yo iré por allá. Victoriano Huerta". Antonio G. Olea, en José Enciso, *op. cit*., pp. 42-43.

dispuestos a defender su gobierno hasta el último momento en caso de que decidiese mantenerse al frente. Huerta respondió que no le era posible pues su permanencia comprometería a México en una guerra con los Estados Unidos.[4]

Ante esa negativa uno de los generales presentes se dirigió a Blanquet pidiéndole que no dejara su puesto, el secretario de Guerra respondió que debía seguir al exilio a Huerta porque estaba comprometido con él como amigo y como militar, y agregó, señalando al general José Refugio Velasco:

> Pero aquí tiene a este viejo y valiente soldado, que me sustituirá en la Secretaría de Guerra. En manos del general Velasco dejo el mando del abnegado y heroico Ejército Federal. El general Velasco, de acuerdo con el nuevo Presidente de la República, sabrá velar por los intereses de la Patria.[5]

Huerta dejó la Presidencia al día siguiente, el texto de su renuncia terminaba expresando que "Dios los guardara y a él también".[6]

El poder quedó en manos del ministro de la Suprema Corte de Justicia, Francisco S. Carvajal, quien previamente había sido nombrado secretario de Relaciones Exteriores para cumplir los requisitos de la ley.[7]

Huerta esperó al presidente interino en Palacio Nacional, mientras hacía su protesta de ley. Ahí tuvieron su último encuentro, lo felicitó y le ofreció sus servicios como soldado. Poco después salió y se dirigió a *El Globo*, donde seguramente se tomó algunas copas. Hombre astuto, precavido y temeroso, no abordó el tren en la estación ferrocarrilera en el centro de la ciudad de México, se dirigió a Los Reyes donde se cruzaban los Ferrocarriles Interoceánico y Mexicano. A ese lugar llegó a las dos de la madrugada, dejó pasar un primer convoy que llevaba a las tropas de la

4 José C. Valadés, *Cómo renunció y cómo salió...*; José Antonio Velasco Lomelí, *Cómo el general Velasco…*, p. 114.

5 *Ibid*., p. 115.

6 Diego Arenas Guzmán, *Del maderismo a los Tratados de Teoloyucan*, p. 121.

7 El artículo 81 de la Constitución dictaba que a falta del presidente y el vicepresidente, se debía hacer cargo del puesto el secretario del Despacho de Relaciones; en caso contrario uno de los demás ministros en el orden siguiente: Gobernación, Justicia, Instrucción Pública, Fomento, Comunicaciones y Obras Públicas, Hacienda y Crédito Público y, finalmente, el de Guerra y Marina. Como se verá la idea era de mantener el carácter civilista, recayendo el gobierno en último término en un militar. La última reforma se había hecho en 1904 a raíz de la creación de la Vicepresidencia.

corporación de Los Supremos Poderes, bajo el mando del coronel Rincón Gallardo; y se trepó en el segundo, que llevaba a las tropas del 29º Batallón. Los trenes desembarcaron en Puerto México, Veracruz, el día 17.[8]

A los pocos días, el coronel Rincón Gallardo recibió órdenes de la Secretaría de Guerra de que regresara a la capital junto con las tropas que habían escoltado al general Victoriano Huerta. Tan pronto recibió los mensajes fue a mostrárselos al expresidente quien, sonriendo le dijo: "general, usted sabe que entre amigos no se cumplen esas órdenes...hay muchas maneras de evadirlas...".[9]

Rincón Gallardo salió con la plena conciencia de que Huerta no permitiría el regreso de las tropas, y para evitar faltar a su deber mandó llamar a los jefes de la columna Supremo Poderes y Zaragoza para enterarlos de lo acontecido. Le dio órdenes al jefe de Supremos Poderes de que embarcara la tropa, según lo establecido, y al del Zaragoza le dio orden de que arrestara al jefe del 29º Batallón y lo pusiera en prisión. Gallardo desconfiaba de la actitud que pudiese tomar tal cuerpo armado, pues el jefe histórico había sido el general Blanquet. Huerta al enterarse de lo sucedido no tuvo más remedio que aceptar las disposiciones, dejó el hotel en el que estaba hospedado y se embarcó en el *Dresden* con rumbo a España.[10]

La política de Carbajal

Uno de los primeros acuerdos de Carbajal fue designar secretario de Guerra al general José Refugio Velasco, nombramiento que se hizo efectivo el día 16 de julio.

Intentos de llegar a arreglos

Carbajal, al observar que se avecinaba una ruptura entre los revolucionarios decidió aprovechar el momento y envió por separado comisiones a negociar con los diversos grupos revolucionarios para ganar tiempo.

Carbajal también se entrevistó con los hermanos Robles Domínguez, (Alfredo y Gabriel) y con el ingeniero Enrique Castellot. Hablaron sobre

8 José C. Valadés, *Cómo renunció y cómo salió...*; José Antonio Velasco Lomelí, *Cómo el general Velasco*…, p. 114.
9 *Ibid*., p. 116.
10 *Ibid*., p. 114.

la situación legal, Alfredo dijo que el gobierno establecido era ilegal, según ya lo había expresado previamente en una entrevista que había sido publicada en el periódico *La Tribun*a. Finalmente acordaron que, Alfredo buscaría comunicarse con Carranza para llegar a un arreglo y que el gobierno no molestaría a su hermano Gabriel si salía a buscar al Primer Jefe para conferenciar con él.[11]

El día 20 de julio Alfredo escribió a Carranza:

> Señor don Venustiano Carranza.—Saltillo o donde Se encuentre. Urgen órdenes de usted para evitar daños a esta capital. Encarézcole acuse recibo a tercera Roma cuarenta y ocho.[12]

A los tres días recibió respuesta desde Ciudad Victoria:

> Su atento mensaje fecha 20. Procuraré evitar daños esa capital. Si hubiera algún peligro de que ocurrieran, sírvase comunicármelo para dictar medidas convenientes. Afectuosamente salúdolo.[13]

Carbajal, asimismo decidió enviar a Lauro Villar a territorio controlado por Carranza para lograr un acuerdo.[14] El nombramiento de este jefe federal como delegado fue elegido de manera cuidadosa, Villar era de los pocos jefes que se habían mantenido al margen de la lucha desde el asesinato de Madero, y el ser el jefe federal que había sido leal al presidente durante el cuartelazo de 1913 le daba el prestigio necesario para intentar conciliar con los revolucionarios.

A los pocos días, Carbajal se entrevistó por segunda vez con Alfredo Robles Domínguez, y debido a que las diversas comisiones no daban resultados positivos le propuso nombrarlo secretario de Relaciones y después renunciar con el objetivo, según dijo, de llegar a un convenio.[15] Lo

11 *Ibid.*, p. 125.
12 *Ibid.*, pp. 130-131.
13 *Ibid.*, p. 131.
14 En un principio se pensó que los delegados fueran el general Ángel García Peña, ex ministro de la Guerra durante el gobierno de Francisco I. Madero y Federico Gamboa, secretario de Relaciones Exteriores de Carbajal. Federico Gamboa, *Mi diario VI (1912-1919)*, pp. 150-151.
15 José Antonio Velasco Lomelí, *Cómo el general Velasco*…, p. 131.

anterior seguramente fue más bien de dientes para afuera, ya que propuestas similares había hecho a los diversos líderes revolucionarios. En terrenos de política una cosa era prometer y otra llevar a cabo.

Robles Domínguez rechazó la propuesta y dijo que el único camino era la rendición incondicional para restituir la legalidad que se había roto con la llegada de Huerta al poder.

La actitud de los miembros del Ejército Federal

José Refugio Velasco, por su parte, convocó a una reunión urgente a sus pares militares, a la que acudieron los principales jefes. Ya reunidos, el viejo general les explicó la situación y la negativa de los revolucionarios para arreglar una salida decorosa y garantizar la vida y la seguridad del Ejército Federal. Por ello, dijo, se veía precisado a permanecer al lado del gobierno. Aun así, pidió que cada uno de los presentes expusiera su opinión libremente. El sector más comprometido con el huertismo, y culpable, apoyó la propuesta de Velasco. Sin embargo, otro sector se mostró en contra.[16]

Al no poder llegar a un arreglo, y terminada la junta, Velasco llamó a los generales que se habían opuesto y les dijo que su propuesta fue hecha con el fin de presionar al gobierno de la Casa Blanca para que este a su vez exigiera a Carranza evitar todo derramamiento de sangre y se comprometiera a garantizar la seguridad de los miembros del Ejército.

También se convocó a otra reunión a los generales brigadieres para exponerles los mismos puntos. Aunque Velasco no asistió, sí lo hizo en su representación el Subsecretario de Guerra, en ella los generales convocados manifestaron "ser adictos y fieles al Gobierno".[17]

Inmediatamente se formó una división con el ánimo de defender la ciudad, la que estaba integrada por: 1ª Brigada de Infantería, 21, 33 y 10 Irregular; 2ª Brigada de Infantería; Zapadores, 13 y 69; Brigada de Caballería, 1200 a 1 600 caballos; una batería de 75; una batería de 80; tres baterías de ametralladoras; una batería de fusiles ametralladoras. Al frente quedó Luis Medina Barrón.[18]

16 *Ibid.*, p. 133. Lamentablemente el autor no da los nombres de quienes votaron a favor o en contra.

17 *Idem.*

18 *Ibid.*, pp. 133-134. Según el estudio que mandó a hacer José Refugio Velasco, para la defensa de la ciudad se contaba con 38, 600 efectivos. Mario Ramírez Rancaño, "La

***

En la tarde del 4 de agosto, Alfredo Robles Domínguez acudió a la Legación de Brasil en donde el ministro de ese ese país y además Encargado de los Negocios Americanos, Cardoso de Oliveira, le mostró unos telegramas fechados el día anterior: uno del secretario de Estado Americano, Bryan, y otro más de Venustiano Carranza en que lo reconocía como Agente de la ciudad de México de las fuerzas constitucionalistas para hacer gestiones con el objetivo de evitar cualquier tipo de disturbios. En esa reunión acordaron que Robles Domínguez publicara un Manifiesto con el objetivo de presionar al sector militar para tratar de lograr su rendición o, en caso contrario, de que el combate se realizara afuera de la ciudad.[19]

El documento fue publicado a la mañana del día siguiente, que a la letra decía:

> Manifiesto al Pueblo:
>
> El honroso nombramiento con que me ha distinguido el señor Carranza, y que yo estimo de mi obligación aceptar, por deber humanitario y patriótico, demuestra claramente los deseos del jefe supremo del movimiento de dar toda clase de garantías a la sociedad de México.
>
> Me he acercado al señor licenciado Francisco S. Carbajal y he obtenido de él la seguridad de que sus deseos son los de que la entrega del poder a los constitucionalistas se efectúe de manera pacífica, convencido como está del triunfo absoluto de la revolución.
>
> También me he puesto en contacto con algunos honorables miembros del cuerpo diplomático para enterarlos oficialmente de mi nombramiento y de los deseos del Primer Jefe constitucionalista, y me es grato manifestar que obtuve de ellos expresivos testimonios de beneplácito por las buenas y nobles intenciones que animan a la revolución, así como el ofrecimiento más amplio de sus oficios en apoyo de la patriótica, pero delicada tarea que me ha sido encomendada.
>
> Réstame ahora dirigirme al pueblo mexicano para solicitar de él, una vez más, su ayuda, que consistirá principalmente en guardar la actitud serena y patriótica que ha adoptado durante los últimos acontecimientos de nuestra vida nacional. Apelo también a su cultura y a su buen juicio, para que no se

disolución del Ejército Federal (1914, Teoloyucan)", p. 176.

19 *Ibid*., pp. 137-138.

deje arrastrar a la consumación de actos de violencia, que redundarían seguramente en desprestigio del buen nombre que debemos tener de mexicanos y acarrear la mayor ruina a nuestra patria. Por tanto, creo pertinente advertir que no deben considerarse como la expresión del pensamiento oficial de la revolución, versiones e impresos que no vayan debidamente autorizados por el que suscribe.

Se espera de un momento a otro la solución del conflicto que nos divide; y puedo asegurar que para que esta solución sea pacífica y se evite mayor derramamiento de sangre, los constitucionalistas han puesto y pondrán de su parte toda su buena voluntad, dentro de la ley y de La justicia. En consecuencia, las responsabilidades que pudieran surgir con motivo de resistencias extemporáneas e inútiles no serán a ellos a quienes deben exigirse.

Pero tengo la convicción de que, si contraria a esta actitud hostil, que nada podría justificar, se otorga al elemento revolucionario armado la acogida fraternal que anuncie el ansiado término de nuestras contiendas, ese elemento no podrá menos que corresponder con análoga conducta, esto es, con la mesura y el orden.[20]

El documento cumplió su cometido, por la tarde de ese día, algunos jefes federales fueron a la Agencia del Cuartel general Constitucionalista, entre ellos Alfredo Gutiérrez, Ernesto Ortiz, Gaudencio de la Llave, Fernando González, José María Delgado, José María de la Vega, Miguel Ruelas y Sánchez Rivera. Todos ellos se mostraron inclinados a pactar.

Al día siguiente, 6 de agosto, Robles Domínguez le envió un telegrama a Carranza informándole de la preocupación existente entre los comerciantes y los miembros del ejército federal por la forma en cómo se daría la ocupación:

Tiénese por posible Ejército Federal haga resistencia o evacúe plaza por temor sumarias ejecuciones. Evacuación hace abrigar temores a comercio y sociedad toda de inevitables resultados de irrupción a ciudad por gruesas partidas en estado natural de excitación.

En vista situación difícil, Cuerpo Diplomático desea saber si está usted dispuesto para solucionar conflicto, a conceder amnistía por delitos políticos y a dar toda clase de garantías para vidas y propiedades y si en estas garan-

20 *Idem.*

tías estarán comprendidos militares y policía. Permítome consultarle conveniencia recomendar personas adictas a la Revolución como Jefes Cuerpos Policía. Espero instrucciones amplias usted para normar mis actos y calmar ansiedades.[21]

Como no había una respuesta de parte del constitucionalismo que garantizara las vidas y seguridades de los miembros del ejército, esto provocó que el sector que se inclinaba por la resistencia fuera ganando terreno.

Del lado constitucionalista también esperaban una respuesta tajante del gobierno, el 8 de agosto, desde El Salto, Hidalgo, el general Álvaro Obregón envió un mensaje a Carbajal, pidiéndole definir su posición:

> Habiéndome incorporado a esta Estación con el Cuerpo de Ejército que es a mis órdenes y estando para llegar la División del Noreste, que comanda el C. general Pablo González, he querido dirigir a usted la presente comunicación, antes de emprender el ataque sobre sus avanzadas, pidiéndole que declare de una manera concreta la actitud que asume como jefe de las fuerzas huertistas que guarnecen esa ciudad: si está dispuesto a rendir la plaza o a defenderla. En este último caso, he de agradecer a usted se sirva notificar a todos los extranjeros residentes en ésa que deben abandonar la población, a fin de evitar posteriores reclamaciones. Suplico a usted acusar recibo de la presente y mandar extender salvoconducto al oficial portador de la misma para que no sea molestado en su regreso.[22]

Para tratar de llegar a un arreglo, Alfredo Robles se entrevistó con el general José Refugio Velasco el 9 de agosto y le expuso la poca viabilidad de la resistencia, que daría por resultado únicamente la efusión de sangre sin ningún motivo. Se dio el siguiente diálogo:

> Refugio Velasco: Nosotros hemos hecho lo posible por evitar esas calamidades; pero el honor del ejército no permite que nos rindamos sin combatir y sin que se nos acepte siquiera un arreglo decoroso. Somos más de treinta mil

21 *Ibid.*, pp. 138-139. El telegrama también le informaba de la molestia de los zapatistas por que la ocupación de la capital se diera por los constitucionalistas y no por ellos.

22 *Ibid.*, p. 141.

hombres fogueados y que defenderemos desesperadamente, más que nuestras vidas, la vida de nuestra gloriosa institución.

Robles Domínguez: Pero el combate será de tal manera encarnizado, que el vencedor quedará tan debilitado como el vencido. Entonces será el momento en que la División del Norte, el villismo, avanzará para rematar al combatiente que haya quedado en pie.

Refugio Velasco: Si el ejército triunfa, su moral se levantará tanto que podrá hacer frente a Villa también.

Robles Domínguez: Y por otra parte, no hay que olvidar a los americanos que están posesionados de Veracruz y cuyo jefe tiene instrucciones hasta de avanzar sobre México, si ocurren aquí combates que pongan en peligro las vidas e intereses de sus connacionales.[23]

Para hacer más efectivo su discurso, el Agente constitucionalista, mostró un telegrama de los Estados Unidos en el que se daban órdenes "discrecionales" al comandante de las fuerzas de ocupación en ese sentido. Después de leerlo el general Refugio Velasco dejó escapar las siguientes frases: "Está bien. El ejército evacuará la plaza. Puede usted comunicar al general Obregón que irán representantes nuestros a pactar la entrega".[24]

Ese mismo día, Robles Domínguez escribió a Obregón diciéndole que ya había hecho las gestiones necesarias para que la plaza se entregara sin ninguna resistencia y que para poder platicar sobre los pormenores iría a visitarlo a su campamento, que lo acompañaría una representación del Cuerpo Diplomático y Eduardo Iturbide, Gobernador del Distrito Federal, para acordar la entrada de las fuerzas constitucionalistas.[25]

Obregón contestó el 10 de agosto ofreciendo todo tipo de garantías y agradeciendo sus gestiones. Ese mismo día Alfredo Robles Domínguez, Cardoso de Oliveira y Eduardo Iturbide telegrafiaron a Carranza. El ministro brasileño escribió:

Como la cuestión militar está ya resuelta por el momento, porque el señor Carbajal está listo a disolver el gobierno y entregar al general Álvaro Obregón la plaza, que será evacuada por el ejército federal, iré mañana con tres cole-

23 *Ibid*., p. 142.
24 *Idem*.
25 *Ibid*., p. 148.

gas del Cuerpo Diplomático, el señor Robles Domínguez y el señor Iturbide, Gobernador del Distrito Federal, a conferenciar con el general Obregón en su campamento acerca de la manera más propia de efectuar tales operaciones militares, sin fricciones ni disturbios.

Si usted se sirviera estar presente allí o en punto próximo, yo tendría el máximo gusto de conferenciar con usted personalmente, pudiendo todo quedar arreglado de una manera pronta y mucho más fácil que por telégrafo, como proseguiremos ahora, en caso de no poder tener el placer de saludarle personalmente.

Nosotros saldremos de México mañana, a las ocho de la mañana, y esperamos estar en Teoloyucan a más tardar a las once de la mañana.[26]

Carranza contestó que no le sería posible estar en Teoloyucan pero que Obregón estaba plenamente autorizado para la entrega de la plaza por las "fuerzas exfederales y será conveniente que ésta se efectúe inmediatamente si la situación es tan delicada como se me ha asegurado".[27] Cardoso de Oliveira, en nuevo telegrama trató de obtener de Carranza garantías para los federales:

Cuanto a la rendición del ejército, el señor Domínguez le hablará en el telegrama que le va a mandar en este momento. La manera de quedar resuelta la pacificación de la República al tratarse de la evacuación de esta plaza, sería en mi concepto y en el concepto general, precisamente un arreglo o como quiera llamarse, en el cual, en consideración a la entrega franca y sin la más mínima dificultad del poder, usted hiciera voluntariamente la promesa de castigar solamente a los culpables conforme a las leyes y garantizar las vidas e intereses de los inocentes.[28]

Carranza, sagaz como siempre, contestó el mensaje, pero no dio respuesta al cuestionamiento, dijo que procuraría estar en el campamento al día siguiente para tratar los asuntos en cuestión.

Alfredo Robles también le informó al Primer Jefe que el general José Refugio Velasco le había pedido a Eduardo Iturbide le comunicara a Obre-

26 *Ibid.*, p. 151.
27 *Ibid.*, p. 152.
28 *Idem.*

gón que "permanecerá con sus fuerzas lo más cerca posible de la capital en espera de que tome Ud. posesión del Gobierno, para ponerse luego incondicionalmente a sus órdenes".[29]

El día 11 de agosto salió la comitiva de la ciudad de México con destino a Teoloyucan, el grupo estaba integrado por Cardoso de Oliveira; Lionel Carden, ministro de Inglaterra; el ministro de Guatemala, y de Víctor Ayguesparse, secretario de la Legación de Francia, todos ellos miembros del Cuerpo Diplomático. Robles Domínguez iba acompañado de sus ayudantes, Diego Arenas Guzmán, el periodista Rómulo Velasco Ceballos, el arquitecto Ignacio de la Hidalgo y Rafael Lara Grajales.

La bienvenida que se les dio no fue del todo grata, el coronel constitucionalista Francisco Manzo tomó por las solapas al ministro guatemalteco y estuvo a punto de golpearlo, y al gobernador del Distrito Federal lo amenazó con colgarlo en un fresno.[30] El propio Obregón recibió fríamente a los diplomáticos extranjeros. La comitiva que tenía pensado regresar ese mismo día, ante la noticia de que Carranza llegaría alrededor de las 9 o 10 de la noche, decidió esperarlo y regresar al día siguiente. El Primer Jefe llegó alrededor de las cero horas y conferenció largamente con el ministro brasileño.

El 12 de agosto la comitiva regresó a la ciudad de México. Ese día sería largo y ajetreado…

La hora de la verdad. El 12 de agosto

Ya resuelta la situación, Francisco Carbajal decidió dejar el poder, pero no quería que recayese en sí la responsabilidad de la disolución del ejército. Mandó llamar al general José Refugio Velasco y le comunicó su decisión de disolver el ejecutivo, además le dio la orden de que preparara un tren especial con la escolta necesaria para su salida de la ciudad de México, que enviase a delegados militares con el fin de obtener garantías para el ejército y que se pusiese al frente de dicha corporación cuando se ausentara. Refugio Velasco, respondió, según sus propias palabras:

> Después de tratar de disuadirlo en su intento, haciéndole presentes las gravísimas consecuencias de su resolución, le hice notar respetuosamente que

[29] *Ibid*., p. 157.

[30] *Ibid*., p. 159. Los consideraba catrines, afectos a Huerta y contarios a la Revolución.

> al desaparecer el Poder Ejecutivo, yo cesaría en mis funciones como Ministro de la Guerra, y no tendría ya autoridad legal para ejercer el mando del Ejército y yo era sólo un Secretario de Estado, ejecutor de sus órdenes. También le hice notar que, habiendo desaparecido ya los Poderes Legislativo y Judicial, la desaparición del Poder Ejecutivo consumaba la total desaparición del gobierno y quitaba al Ejército toda bandera legal que pudiera legitimar su resistencia; que por lo tanto, si el Presidente abandonaba el Poder; el Ejército no tendría ya motivo alguno para combatir, y combatiendo a la Revolución sin una causa legal que defender, sólo haría el papel de una nueva facción y prolongaría criminalmente el inútil derramamiento de sangre mexicana.[31]

Los argumentos dados por el general Velasco eran más que congruentes y apegados a la legalidad y a las instituciones. En caso de que no existiera la figura presidencial ya no tenía ningún sentido la figura del ejército, creado para salvaguardar las instituciones y la figura presidencial. Lo que Carbajal proponía era un sinsentido y no tenía precedentes en México.

Poco convencido, pero acorralado ante la fortaleza de los argumentos de Velasco, Carbajal decidió licenciar al Ejército Federal, y para ello nombró a Refugio Velasco como comandante general del mismo, aún indeciso pidió el plazo de una hora para confirmar la resolución. El militar hizo el último intento para tratar de convencerlo de cambiar de actitud y le dijo que en caso de que así fuese le garantizaba que nadie lo tocaría "pues nuestras fuerzas sabrían evitarlo".[32]

Refugio Velasco se retiró y dio orden de que se preparara el tren que había pedido el presidente.

Mientras tanto, Carbajal mandó llamar a su secretario de Relaciones Exteriores, Federico Gamboa,[33] lo puso al tanto de la situación. Le comentó

31 José Antonio Velasco Lomelí, *Cómo el general Velasco*…, p. 136.

32 *Idem.*

33 Federico Gamboa fue hijo de un militar quien peleó en contra de los Estados Unidos pero que más tarde sirvió al Imperio de Maximiliano y en algún tiempo gobernó el estado de Jalisco. La mayor parte de la trayectoria política y profesional de Gamboa estuvo dedicada a la labor diplomática. Cuando vino la Revolución Gamboa se encontraba en Bélgica y Holanda, y fue a recibir a Porfirio Díaz a el Havre y lo acompañó a París. Josefina Mac Gregor, acertadamente dirá: "El país surgido de la Revolución le será ajeno e incomprensible. Siempre rememoró con nostalgia los tiempos idos", p. 51. Durante el interinato y el maderismo se mantuvo en aquellos países, fue hasta julio de 1913 cuando tuvo que regresar al país al ser designado secretario de Relaciones Exteriores. Josefina Mac Gregor, "Federico Gamboa Iglesias", *op. cit.*, p. 51.

sobre su decisión de dejar el poder, de la intransigencia de los revolucionarios, de las amenazas que había sufrido, y que el general José Refugio Velasco le había pedido 48 horas para el licenciamiento del Ejército Federal. Al parecer, enseguida mintió, pues dijo que tal plazo había expirado y que el general Velasco no se hallaba aún listo y pedía la ampliación del mismo, a lo que a decir de Carbajal era imposible debido a la grave situación, agregó que el militar se negaba a agilizar el licenciamiento, a menos que el propio presidente se lo ordenara por escrito.

Al presidente Carbajal lo invadía un temor profundo, la actitud que asumió en esos últimos momentos fue cobarde, no quiso echarse ninguna responsabilidad encima, lo que quería era huir, y pretendía que los actos fueran tomados por otros, en suma, "tiraba la pedrada y escondía la mano".

La pluma de Gamboa dejará testimonio de lo sucedido: "¿Qué opina usted? - me interroga el Presidente moribundo, sin dejar de retorcerse hasta la tortura su abundante bigote negrísimo". Gamboa entonces propone presentarse ante Velasco para lograr un arreglo, son las diez de la noche cuando llegan a la Secretaría de Guerra. Rafael Pardo le presenta al militar:

> [...] que es, o quiere ser, hosco y de avinagrado gesto. He de haberle producido antipática impresión, porque él no me causa muy simpática que se diga. Le espeto mi embajada y, antes de concluir mi exposición, el hombre se descompone y enfullina; levántose del asiento, echando chispas al través de los cristales de sus quevedos; va y viene por la estancia sin disimular su cojera, manotea y vocifera. Es de compresión muy tarda y hace gala de tozudez aragonesa.
>
> Que no entiende lo que yo le digo, que vaya al grano; que él es tonto y de poquísimas palabras.
>
> Para concluir -exclama plantándose por delante-, pues tengo mucho que hacer y no puedo perder mi tiempo. (¡¡¡) ¿Qué es lo que quiere el señor Presidente?...
>
> Que sea usted quien ordene la disolución del Ejército, en cuanto reciba su acuerdo postrimero, en el que participará que, forzado por las intransigencias inicuas de Carranza, se marcha del país.
>
> Rotunda negativa de Velasco, que persiste en sus ademanes, iracundos y descompuestos; él no ha de asumir, sólo, responsabilidad tamaña; que el

> Presidente se lo diga, clarisverbis, y lo hará en seguida, él es un hombre de honor y soldado consciente; él siempre ha obedecido al Gobierno y no ha de apartarse un ápice, ahora que es viejo, de esa línea de conducta, de la que ha sido esclavo toda su vida...[34]

Y Velasco esgrime los mismos argumentos que con Carbajal:

> Además, si el señor Presidente se marcha, como piensa, el Ejército deja de serlo en ese propio momento, puesto que es un Instituto formado para sostener y defender a las autoridades constituidas; si éstas desaparecen, el Ejército es nada más una facción armada que yo no he de encabezar ni conducir a parte alguna, pues no quiero, al final de mi carrera, que diga nadie que el general Velasco acabó de cabecilla de facciosos...[35]

El general José Refugio Velasco dio por terminada la conferencia.

Federico Gamboa y Rafael Pardo vuelven a la Presidencia. "Yo llevo una impresión, en la que Rafael abunda; el general Velasco es una persona honrada".

Carbajal se niega a escribir la orden de que el Ejército se licencie y desaparezca "considera la medida de gravedad suma y rehúye el que mañana se le declare autor único de esa disolución […]. El Presidente encariñado con el acuerdo que me leyó al principio, lo defiende letra por letra; querría que fuera ése el que acatara Velasco, y aún esboza el propósito de que Santibañez [Enrique Santibañez, secretario particular del presidente] se lo entregara en persona cuando ya él vaya de viaje".

Gamboa y Rafael se oponen, "rendido el argumento que le exponemos Rafael y yo. Carbajal consiente y todavía se discute el acuerdo memorable, al fin concebido".

Gamboa y Rafael van de nuevo a ver al secretario de Guerra:

> Un hombre dejé y otro me encuentro, afable, sonriente y benévolo. Lee el acuerdo aunque con cierto trabajo y lo encuentra de perlas; nos interioriza del estado que guardan las conferencias, puramente militares, allá en Tlal-

[34] Federico Gamboa, *op. cit.*, pp. 154-155.
[35] *Ibid*., p. 155.

nepantla, entre su hijo (Salvador Velasco) y el subsecretario de la Guerra general don Gustavo Salas, por parte de los Constitucionalistas, el general don Álvaro Obregón y no sé qué otro jefe; nos informa –llamando al efecto a un general brigadier, que la guarnición federal de Otumba parece que acaba de sublevarse, aunque ya mandó para debelar la fuerza suficiente y de confianza, y no nos oculta su extrañeza de que, a pesar de esto, nosotros le signifiquemos la resolución irrevocable del señor Carbajal de partir esta misma noche. Dice Velasco que, en tal caso, la partida no podrá realizarse antes de la madrugada, pues ni está lista la guardia presidencial que ha de escoltar al Magistrado, ni es de exponer a éste a un peligro a su paso por Otumba.

Por lo demás, se le ve contento de que el problema haya sido zanjado; llega a decirnos que, en su obediencia, habría acompañado al señor Carbajal para el supuesto de que éste no abandonara el poder, a cualquier punto de la República, yendo él, Velasco, a la cabeza de los restos del Ejército; que así se lo había dicho de viva voz; y concluye, a presencia del general Miguel Ruelas, que se ha presentado a tomar órdenes, para la tramitación del último acuerdo de este régimen, deshaciéndose en disculpas por la rudeza con que me trató en nuestra primera entrevista.

"Soy un nervioso y, a poco, me excito, aunque no quiera levanto la voz ...".[36]

De regreso a Palacio Nacional todo fue pesadumbre, tristeza, desconcierto, temor. Algunos insisten en apresurar la huida. Carbajal bajó y en el salón de acuerdos charló con los subsecretarios y con los miembros del Estado Mayor. La comitiva salió y se dirigió al domicilio particular de Carbajal, ahí llegó Eduardo Iturbide y les narró lo sucedido en el campamento revolucionario. Probablemente ahí también llegó poco después el jefe del Estado Mayor del general Refugio Velasco, quien había sido enviado para pedirle que aplazara su salida hasta que terminasen los arreglos que se estaban realizando en Teoloyucan, ello con el objetivo de obtener mejores condiciones en los arreglos.

Pero Carbajal ya estaba decidido y mantuvo una actitud pusilánime y cobarde, lo único que quería era abandonar la ciudad, pues temía por su vida. También se tiene noticia que el supuesto levantamiento en Otumba era sólo un rumor. Finalmente, a la una y media de la madrugada llegó

[36] *Ibid*., pp. 156-157. Miguel Ruelas no ha descansado un solo momento. Por la noche está en Palacio Nacional y tuvo que regresar inmediatamente a Teoloyucan para ultimar los acuerdos.

el tan esperado mensaje para Carbajal. Velasco le dijo por teléfono que ya se encontraba lista una escolta formada por 200 hombres y que el "señor Presidente" podía marcharse cuando guste".[37]

Gamboa anota:

> En sólo dos automóviles nos dirigimos a la Estación; en el primero, Carbajal, Rafael, Santibáñez y yo; en el segundo, Toño, Eduardo Iturbide y Luján. Azoramiento de los guardias que moran en la casa de Carbajal, frente a nuestra inexplicable salida; azoramiento en la calle de Altamirano, ... Todavía en este trayecto me permito insistir: -Señor; se quedará usted?...
>
> "No -me responde- ¡ya no hay que volver atrás!...".[38]

Pese a su huida, el transitorio presidente trató de explicar su actitud. En su texto de renuncia, fechado el 12 de agosto, primero trató de justificar la legalidad de su gobierno:

> En medio de la más penosa situación que atravesamos desde hace algún tiempo, enconados los ánimos al calor de la guerra civil que divide a la familia mexicana y personificada la contienda en un hombre -el general don Victoriano Huerta-, se imponía la separación de este señor de la Presidencia de la República como la única fórmula para calmar las pasiones en los dos bandos contendientes y que permitiera buscar una solución pacífica al grave problema político que tanto ha ensangrentado al país. El señor general Huerta comprendió, al fin, la necesidad de abandonar el poder, y, al efecto, se dirigió a mí, que desempeñaba la Presidencia, de la Suprema Corte de Justicia de la Nación, haciéndome entrega de su alta investidura, previo el respectivo nombramiento de Secretario de Relaciones Exteriores.[39]

Acto seguido, mencionó los esfuerzos que realizó para tratar de conservar las instituciones:

[37] José Antonio Velasco Lomelí, *Cómo el general Velasco*…, pp. 136-137.
[38] Federico Gamboa, *op. cit.*, p. 158.
[39] Isidro Fabela, *Documentos Históricos de la Revolución Mexicana. Revolución y régimen constitucionalista, III. Carranza, Wilson y el ABC*.

> Convencido del triunfo de la Revolución, sin ánimo de contrariar sus ideales y creyendo de mi deber facilitar la instalación de un nuevo gobierno sobre bases que garantizasen su estabilidad y permitiesen la completa pacificación del país, seguí sin vacilaciones y sin cambiar en lo más mínimo la senda que me tracé desde un principio: entrar en negociaciones con la revolución, reconocer en ella a un solo jefe y convenir las bases para la transmisión del poder, garantizando vidas e intereses y procurando conservar del Ejército toda su parte noble y sana para que se incorporase al nuevo régimen como uno de sus futuros sostenes.[40]

No obstante, dijo, sólo encontró intransigencia de parte de los revolucionarios:

> Se me dieron seguridades de que el Primer Jefe de la revolución recibiría a los delegados que yo nombrase para tratar con él, guardándoles las consideraciones debidas a su encargo; y entonces designé una comisión formada por los señores general Lauro Villar, presidente del Tribunal Militar, y el magistrado de la Suprema Corte licenciado David Gutiérrez Allende, la cual salió con dirección a Saltillo, lugar convenido para la celebración de las conferencias.
>
> Desgraciadamente, la revolución no correspondió a mis esfuerzos. Desde que los delegados llegaron a Tampico han estado incomunicados de hecho con esta capital, sin poder dirigirse a mí o a sus familias, y en todo el tiempo que han permanecido en el campo revolucionario sólo recibí de ellos un mensaje que dejó pasar, con su aprobación, la censura revolucionaria, en el cual se me manifestaba que a las proposiciones amistosas que llevaban, la revolución contestó con exigir una rendición absoluta e incondicional. Ninguna voz conciliadora ha salido de los campos revolucionarios. A mis deseos de quitar a la revolución todo lo que pudiera tener de vengadora, para hacerla sencillamente justiciera y, si posible, humana, la revolución respondió con una intransigencia absoluta, amenaza de daños graves y de posibles perturbaciones futuras en el país. Por eso, desgraciadamente, el resultado no ha correspondido a mis esfuerzos, pero sí ofrezco a la Nación la seguridad de que éstos han sido patrióticos y bienintencionados.[41]

40 *Idem.*
41 *Idem.*

Terminó por expresar que, ante la falta de apoyo se vio obligado a dejar el poder.

La importancia de la caída de la ciudad de México. Los Tratados de Teoloyucan

El 13 de agosto de 1914, el general José Refugio Velasco, dio conocer dos manifiestos con los que se anunciaba el fin del Ejército Federal. Inicialmente citó el documento que Carbajal, en un principio, se había negado a redactar:

> El Presidente Interino Constitucional de los Estados Unidos Mexicanos, se ha servido dirigirme el acuerdo siguiente:
>
> A punto de abandonar el Poder Ejecutivo de la República por las circunstancias graves que atraviesa el país, nombro a usted Comandante general del Ejército Federal para que, en uso de las más amplias facultades que aquí se le conceden, proceda a tomar la resolución que, en beneficio de la Sociedad y del mismo Ejército, estime oportuna, inclusive la disolución de este último en caso necesario; cuidando de evitar todo combate dentro de la ciudad y de sus alrededores, con las fuerzas constitucionalistas.[42]

Acto seguido expuso las razones que lo llevarían a tomar tan trascendental decisión, y que ya había mostrado en sus pláticas con el presidente y con los revolucionarios: 1) El triunfo moral y político de la revolución; 2) La decisión del Ejecutivo de que la Revolución ocupara el poder sin contender, en este punto hizo el importante señalamiento de que por tanto el Ejército estaba dispuesto a obedecer en virtud de estar subordinado al presidente; 3) Evitar una posible intervención de Estados Unidos y 4) Por el papel que tienen los verdaderos militares de anteponer los intereses de la Nación y de la sociedad antes que los propios. Ante ello, decía, se había resuelto adoptar las siguientes medidas.

> I.- El Ejército Federal desocupará la plaza de México, dejándose relevar por tropas revolucionarias que prometen garantizar las vidas e intereses de los

[42] Manifiesto del general José Refugio Velasco a la Nación. 13 de agosto de 1914. José Antonio Velasco Lomelí, *Cómo el general Velasco*…, p. 129.

nacionales y extranjeros residentes en la ciudad para que, a la mayor brevedad, se instale el gobierno emanado de la Revolución que éste organice; y

II.- El Ejército Federal se disolverá a medida que vaya siendo posible y de acuerdo con las órdenes que oportunamente irá dando el Cuartel general.[43]

Lo anterior quedará confirmado horas más tarde en los Tratados de Teoloyucan. El general Velasco cerró el documento apelando a su argumento más fuerte, la inutilidad de la existencia del ejército ante la desaparición del ejecutivo:

habiendo desaparecido los Poderes de la Unión por disolución espontánea, el Ejército no tiene razón de ser ni su existencia es legal, toda vez que esta institución no puede tener vida propia, sino dependiente de aquéllos y, una vez que éstos ya no existen, sólo podría subsistir fuera de la ley, como una facción revolucionaria que obstruiría la obra de pacificación que debe iniciar el nuevo Gobierno.[44]

Hombre dedicado a la carrera de las armas en gran parte de su vida, Velasco se dirigió también a sus pares militares.

Abnegada tropa. Honrado con la confianza de casi todos los señores generales residentes en México, quienes me ofrecieron, en ocasión solemne, aceptar la resolución que el Gobierno actual diera al trascendental problema de la actitud que debería asumir el Ejército en presencia de la situación política por la que atraviesa el país, comprometiéndose a secundarla con su conducta posterior, mediante la obligación contraída por mí, de que dicha solución estaría dentro de la ley y del honor militar, me dirijo a todos ustedes, los miembros del Ejército, Generales, Jefes, Oficiales y abnegada tropa, con la seguridad de que mis palabras hallarán eco en la conciencia de cada uno de ustedes, conciencia formada al calor de todos los más nobles ideales, de todas las abnegaciones y del sacrosanto amor al honor y a la Patria.

El Ejército, deponiendo todo lo que pudiera ser orgullo mal entendido contrae, leal y espontáneamente ante la República entera, el solemne

43 *Ibid*., pp. 129-130.
44 *Idem*.

> compromiso de no ensangrentar más el suelo patrio con la guerra civil. Si desgraciadamente no fuere así, si algunos, siguiendo camino distinto al trazado, arrojaren sobre el Ejército el baldón de su falta de patriotismo, caiga sobre ellos el anatema de los hombres honrados y las maldiciones de la Patria, por haber faltado a su deber de ciudadanos y a su honor de soldados.[45]

Con ello, el jefe moral del ejército dio por cerrado el ciclo de esa institución. A pocas horas de la ciudad de México, en la agreste población de Teoloyucan se firmaron los acuerdos históricos. Los representantes de cada facción estamparon su firma sobre las salpicaderas de un automóvil. Por parte del Ejército Federal lo hizo el general Gustavo A. Salas y el vice-almirante de la Armada Nacional, Othón P. Blanco, Salvador Velasco (hijo del general José Refugio Velasco); de las autoridades civiles lo hizo el Gobernador del Distrito Federal, Eduardo Iturbide. Por parte de los revolucionarios hicieron lo propio los generales Álvaro Obregón y Lucio Blanco.

Ya firmado el documento, el paso posterior era hacer que los soldados, jefes y oficiales regresaran a sus casas. Se destinaron un millón ochocientos mil pesos para llevar cabo el proceso del licenciamiento. Fondos que fueron dados al general Francisco González Carrasco para que este a su vez se encargara del pago respectivo, apoyado por los pagadores de división, de los miembros del ejército.[46]

A la salida del Ejército Federal de la ciudad la seguridad quedó confiada en un primer momento a la policía.[47] Poco después se dio el relevo de las fuerzas federales por las revolucionarias, y con ella la entrada de los rebeldes a la ciudad de México, el monopolio de la violencia cambió de manos.

> El reemplazo de las fuerzas militares federales por las revolucionarias representó el cumplimiento de uno de los acuerdos de los Tratados de Teoloyucan, firmados apenas dos días atrás. Ahora la tropa a cargo de Álvaro Obregón asumía la responsabilidad de dar protección y evitar los saqueos. También

45 Manifiesto del general José Refugio Velasco al Ejército. 13 de agosto de 1914. *Ibid*., p. 130.
46 *Ibid*., p. 138.
47 *Idem*.

> significó que el valor humano y material que representaba el ex Ejército Federal quedaba a disposición de los constitucionalistas para ser utilizado cuando así lo requiriese y se logró la desarticulación del peligro potencial que representaban para ser utilizados por sí mismos como corporación o por una de las corrientes ajenas al carrancismo.[48]

El arribo primero de las fuerzas constitucionalistas antes que las villistas o zapatistas fue importante no sólo en términos materiales sino también simbólicos.

La Revolución triunfó, pero no tardó en dividirse nuevamente. Empezó la disputa por el poder y el destino de los restos del exejército federal se volvió más sombrío e incierto.

***

El Ejército Federal fue derrotado por ejércitos populares que demostraron ser superiores en organización, efectivos, armamentos, conducción, mandos y al ganar batallas decisivas. Todo ello combinado provocó el quiebre de la moral del ejército, que aunque daba algunos signos de visibilidad desde el principio de la contienda, la crisis se hizo patente durante los meses de marzo y abril de 1914 (a raíz de las derrotas en Torreón y San Pedro de las Colonias) y surgió con toda su fuerza en la batalla de Zacatecas.

Ese fue el fin de un largo proceso que se puede sintetizar de la manera siguiente: los primeros en levantarse en contra de Victoriano Huerta fueron las fuerzas irregulares que habían quedado en pie y tenían las suficientes razones para desconfiar de las nuevas autoridades.

El Ejército del Noroeste obtuvo las primeras victorias debido a la falta de comunicación y la poca rapidez con que podían llegar refuerzos federales a esa zona.

Los zapatistas, pese a su poca eficacia militar, también fueron una fuerza que se mantuvo latente a lo largo de todo el huertismo, y por lo tanto esto obligó a mantener ocupados a elementos tanto materiales como hu-

[48] Edgar Urbina Sebastián, "Entrada de las fuerzas constitucionalistas a la ciudad de México", p. 172. La facción que se vio más beneficiada fue el ejército de Pablo González, quien no estuvo presente el día de la entrada de las fuerzas de Obregón a la ciudad de México, se encontraba en Apizaco recibiendo parte de los elementos de guerra. Más tarde a sus fuerzas fueron destinados parte de los efectivos federales; Javier Garciadiego, *1913-1914...*, p. 237; Pedro Salmerón, *Los carrancistas...*, p. 279.

manos del ejército federal. Esto benefició a los rebeldes del norte, quienes se pudieron organizar y lograron convertirse en el ejército más poderoso.

Aunque en un principio las autoridades militares huertistas tenían un plan de batalla y una logística militar para combatir a los rebeldes, esta se fue modificando conforme pasó el tiempo. Los primeros meses se fijó la atención en las operaciones en el Noroeste, pero como ya se ha dicho, Huerta fue incapaz de hacerles llegar elementos de guerra. Pero al movimiento que consideraba más peligroso en ese entonces fue al que encabezaba Venustiano Carranza, y aunque el Primer Jefe sufrió grandes derrotas no pudo ser aniquilado. Esto, en parte, debido a que las fuerzas que se enviaron para combatirlo (las columnas de Maass y Rubio Navarrete) fueron poco efectivas ante la contrariedad de las órdenes recibidas y las metas que perseguían los involucrados. Por un lado, estaban los objetivos de los jefes de las columnas, por el otro, las disposiciones de los jefes de las Divisiones, uno distinto eran las disposiciones del secretario de Guerra y, finalmente, lo que ordenaba Victoriano Huerta.

La División del Norte fue la fuerza clave para propiciar la derrota del Ejército Federal, pues logró destrozar la columna del ejército huertista y dejó el paso libre y rápido a la ciudad de México.

La toma de Ciudad Juárez, Ojinaga y Chihuahua permitió el intercambio y abrir una ruta con el Norte.

Las batallas de Torreón y San Pedro de las Colonias (donde se derrotó al grueso del ejército, al general más prestigioso y a los principales generales huertistas) tuvieron su epílogo con la caída de la ciudad de Zacatecas. Donde de alguna manera se evidenciaron los problemas al interior del ejército federal (las rencillas entre los mandos federales, la falta de llegada de refuerzos, la desventaja de dos a uno ante el enemigo, la falta de armamento, a la que se agregó la falta del espíritu de lucha de los mandos, oficiales y la tropa federal).

Con la caída de Zacatecas, se le dio la puntilla al ejército federal. Después de ello únicamente quedaron en pie los efectivos de la División del Yaqui, pero su jefe, Joaquín Téllez, y la tropa permanecieron inmóviles en Guaymas, ni siquiera intentaron atacar la retaguardia de Obregón cuando éste avanzó hacia el Sur; la División de Occidente, se enfrentó a las fuerzas del Ejército del Noroeste, en el encuentro con las fuerzas del coronel revolucionario, cayó muerto el jefe federal, el general José María Mier; la

División del Centro bajo el mando de viejo Rómulo Cuéllar se convirtió en una nulidad lo mismo que las del Distrito Federal, Sur y Península. Finalmente, la de Oriente se mantenía ocupada con los zapatistas.

De esta manera ese ejército federal, orgullo del porfirismo, quedó hecho trizas. Humillado, desarmado, disperso, confrontado y desmoralizado, firmó su disolución en agosto de 1914.

Epílogo.
Continuidad y ruptura del Ejército Federal

La Convención y su postura hacia el Ejército Federal

A pesar de que las discusiones en la Convención de Aguascalientes habían dado inicio el 10 de octubre fue hasta la sesión del 19 de ese mes en la que se empezaron a tomar algunas resoluciones con respecto a los miembros del ex ejército federal. Ese día se leyó un telegrama de Venustiano Carranza en el que le comunicaba a la Asamblea que había decidido darles a los militares exfederales lo correspondiente a sus sueldos, pese a que señalaba que serían juzgados conforme a la Ley del 6 de enero, y decía que creía de "imprescindible necesidad que la Convención Soberana" resolviera sobre el particular.

Lo anterior, además de ser una forma de sondear la opinión de la Convención con respecto a ese sector, seguramente Carranza lo hizo con la intención de amedrentar a los revolucionarios. Por entonces la ruptura entre el Primer Jefe y los villistas era casi un hecho. El Ejército Federal aún representaba una fuerza formidable y había que tenerla en cuenta. La experiencia de los jefes federales podría ser esencial en la guerra que se avecinaba. De ahí la importancia de seguir cubriendo sus haberes.

Al telegrama de Carranza, Álvaro Obregón, miembro de la Comisión de Guerra de la Convención, a quien fue turnado el mensaje al igual que a la Comisión de Hacienda, respondió: "Creo que debemos tratarlo en sesión secreta, porque no sería conveniente que supieran la suerte que van a correr (los federales), si ésta es mala".[1]

[1] Florencio Barrera Fuentes (Introducción y notas), *Crónicas y documentos de la Soberana convención Revolucionaria*, p. 350. En esa misma sesión se leyó la siguiente propuesta que tenía fecha del día 16 de octubre: "*Proponemos que ningún jefe podrá ordenar o efectuar movimientos de fuerzas, sin previamente haber solicitado y obtenido, por los debidos conductos, la correspondiente autorización de esta Convención Soberana*". Estaba firmada por el general Eduardo Hay, el coronel José Rodríguez Cabo, Marciano González, el general R. V. Iturbe, Roque González Garza, el general P. Natera, J. Isabel Robles y Josué M. Benignos". A la que el delegado Mariel pidió hacer una modificación "porque puede haber un ataque inminente de los bandidos que andan ahí, llamados *ex*

Aunque no se sabe qué determinación tomaron las comisiones con respecto al asunto, la postura adoptada por Carranza no fue bien vista por una parte de los revolucionarios. Ese mismo día se leyó una observación del jefe revolucionario, Ramón F. Iturbe, en la que pedía a la Convención se tomara en cuenta el hecho de que se estaba pagando sus haberes a los exfederales, mientras que se carecía de fondos para pagárseles a las tropas constitucionalistas.[2]

Nueve días después, el 28 de octubre de 1914, en la sesión en que se presentó a discusión el Plan de Ayala, el carrancista David G. Berlanga dijo que ellos, los constitucionalistas, tenían un plan más avanzado. El plan, aunque al parecer nunca se discutió, existe, y con respecto al ejército su opinión era:

> V. Reformas en el ejército:
>
> Se abolirá el ejército federal para organizar el ejército nacional con los elementos revolucionarios.
>
> El Presidente de la República no será el jefe supremo del ejército.
>
> Las fuerzas que no sean necesarias para el servicio de las plazas se organizarán en colonias agrícolas o industriales.[3]

La precipitación de los acontecimientos tal vez fue el motivo por el que ya no pudo ponerse a discusión el plan promovido por la facción constitucionalista. Pues apenas dos días más tarde, el 30 de octubre de 1914, la asamblea designó como presidente a Eulalio Gutiérrez.

La postura del nuevo gobernante fue de rechazo a los antiguos miembros del ejército porfirista y huertista, el 24 de diciembre, dijo que los jefes y oficiales exfederales licenciados serían dados de baja para después ponerlos a disposición de la comandancia Militar.[4]

---

federales, y tendrán que pedir permiso, y mientras se considera ese permiso, podrían los otros meterse a las casas". La propuesta no fue tomada en cuenta porque se le contestó que en ese caso el instinto de conservación de las guarniciones haría repeler los ataques sin necesidad de una orden.

2 *Idem*.

3 Archivo General de la Nación-Archivo Convención Revolucionaria. (En adelante AGN-ACR, seguido del número de caja, expediente y folio) caja: 4, exp: 1, fo: 87-94.

4 *La Convención*. 25 de diciembre de 1914; Manuel W. González Ramírez, *La revolución social de México. Las ideas-La violencia*, t. I, p. 506.

Como puede verse, ambas facciones contendientes, en el discurso abierto, propugnaban por la no aceptación en sus filas de elementos federales. La realidad fue otra.

Los exfederales en el Ejército Libertador del Sur

Días antes de la capitulación del gobierno huertista hubo un encuentro de jefes zapatistas en Yautepec, Morelos. Ahí habló el coronel Alfredo Serratos, quien operaba cerca de la ciudad de México, y quien sugirió acercarse al general federal Eduardo Ocaranza, quien con diez mil hombres y una poderosa artillería se encontraba defendiendo una de las entradas de la capital y que tenía como centro de sus operaciones la plaza de Xochimilco. Zapata autorizó a Serratos a entrar en charlas con él y sugerirle se adhiriera al ejército zapatista.

El coronel Serratos, en compañía del teniente coronel Emilio Reyes, salió a cumplir su comisión. Al hacer contacto con las fuerzas federales, Serratos fue llevado con el general brigadier federal Víctor Preciado, quien era su pariente político. Este a su vez lo llevó con el general Eduardo Ocaranza. El general federal aceptó sumarse, pero pidió se le diera "instrucciones acerca del camino por el que debían marchar sus tropas a Morelos" […] "porque las fuerzas constitucionalistas se estaban aproximando a la capital y era preciso actuar antes de que iniciaran el ataque o las negociaciones [con los constitucionalistas] para ocupar la plaza".[5]

Serratos regresó al Cuartel general y dio cuenta de lo sucedido. La oposición de un personaje (lamentablemente no se sabe quién) de que se admitiese a los federales retardó la respuesta. Cuando finalmente Zapata se decidió aceptar la incorporación dio instrucciones a Serratos quien marchó nuevamente a entrevistarse con Ocaranza. Las instrucciones eran que el general federal siguiera el camino de Milpa Alta rumbo a Morelos. Cuando llegó Serratos, sin embargo, ya las fuerzas federales del general Ocaranza habían sido relevadas por los constitucionalistas y había entregado el material de guerra.

[5] El general brigadier federal Víctor Preciado era hijo de Jesús H. Preciado, quien un tiempo fue gobernador del estado de Morelos. Gildardo Magaña, *op. cit.*, t. IV, p. 248.

Ocaranza se limitó a contestar que ya se había adherido a los Tratados de Teoloyucan[6] y que:

> Siento haber recibido la carta de Ud. Veinticuatro horas después de haber empeñado mi palabra de honor, consumé el sacrificio de mi amor propio como soldado Federal, pero me queda la satisfacción de conservar mi patriotismo sin mengua alguna…[7]

La incorporación de los federales fue aplazada por el momento.

Al firmase los Acuerdos de Teoloyucan la mayoría de los mandos federales se subordinó a las decisiones tomadas por la superioridad, con pocas excepciones que desconocieron los tratados. Algunos de ellos fueron los jefes que estaban operando en la región zapatista en el estado de Puebla como los generales irregulares Juan Andrew Almazán, Benjamín Argumedo, además de aquellos militares formados en el ejército del porfiriato como Higinio Aguilar y Rafael Eguía Lis. Este grupo intentó realizar un movimiento independiente que proclamó presidente al general federal Luis Medina Barrón, el que ni enterado estaba de sus propósitos.[8] Al tener poco eco su llamado buscó acercarse al zapatismo a donde fueron admitidos.[9] El 21 de septiembre Zapata le escribió a Higinio Aguilar, a Benjamín Argumedo y a J. Trinidad Ruiz:

> Recibí la atenta carta de ustedes, de fecha 10 del presente y les manifiesto que: si ustedes están dispuestos a prestar sus servicios a la causa revolu-

6 *Ibid*., pp. 247-249.

7 La carta de Zapata a Ocaranza debía estar fechada el 14 de agosto, justo un día después de los Tratados de Teoloyucan, y la respuesta de Ocaranza tiene fecha 18 de agosto. Alfredo Serratos al recibir la respuesta de Ocaranza continuó su camino a la ciudad de México para entrevistarse con Carranza. AGN-AGO. Caja: 16, Exp: 1, fo: 59.

8 El general en jefe de la División del Centro del Ejército Constitucionalista, Jesús Carranza, por esas fechas informaba a su hermano de las actividades de las fuerzas de Higinio Aguilar, y proponía auxiliar las plazas amagadas por el exfederal y agregaba que: "Juzgo que si no se persigue y extermina violentamente enemigo, tomará incremento y alterará la tranquilidad pública que dará grandes proporciones, a lo que en realidad, por el momento puede ser insignificante y de fácil destrucción". Centro de Estudios de Historia de México. Carso. Archivo Primer Jefe del Ejército Constitucionalista. (En adelante CEHMCARSO-APJEC, seguido del número de carpeta, legajo y documento) Fondo: XXI, Carpeta: 15, Leg: 1496, Doc. 1.

9 Daniel Gutiérrez Santos, *op. cit*., p. 366; Álvaro Obregón, *op. cit*., pp. 181-182.

cionaria del Plan de Ayala, en ese caso les manifiesto desde luego y con toda franqueza, que pueden agregarse a la Revolución; pero sí les exijo que firmen su acta de adhesión al Plan de Ayala y que en todo se sujeten a las órdenes de este Cuartel general, para llevar a cabo el desarrollo de las distintas operaciones militares que se tienen en proyecto en este mismo Cuartel general.

Si ustedes están dispuestos a reconocer nuestra bandera y defenderla leal y patrióticamente, desde luego les adjunto las actas de adhesión respectivas y sus nombramientos militares y que inmediatamente se preparen con sus fuerzas y marchen sobre la Ciudad de Puebla, de manera que se estacionen abarcando las líneas férreas del Mexicano a Veracruz, del Interoceánico y del Mexicano del Sur para Oaxaca, con objeto de que procedan a la destrucción de esas vías de comunicación y cuando nuestras fuerzas ataquen la plaza de Izúcar de Matamoros, será cuestión de pocos días, ustedes atacan la ciudad de Puebla y procurarán estacionarse en la sierra que está a lo largo de la vía férrea para Veracruz; en la inteligencia, que en esa parte que les indico, harán que prospere la Revolución Agraria del Plan de Ayala, o por toda la parte de Puebla limítrofe con el Estado de Veracruz, para que estén listos cuando se disponga al ataque a la Capital de la República, a la que tengo casi sitiada porque las tropas insurgentes están estacionadas en Contreras, Tizapán, y cercanías de San Ángel, Tlalpan, Xochimilco, Texcoco y Peñón Viejo, a una hora de la Estación de San Lázaro.

Por ahora no conviene que ataquen a los americanos, primero acabaremos al sinvergüenza de Carranza y después nos entendemos con los americanos, por la buena o por la mala.[10]

Con la ayuda de los exfederales los zapatistas iniciaron el asedio a la ciudad de Puebla el 14 de noviembre de 1914, la que cayó en sus manos dos días después. La capital poblana permaneció en poder de los sureños por poco más de mes y medio. El 4 de enero de 1915 el general constitucionalista Álvaro Obregón logró apoderarse de ella. Se culpó de la derrota a los exfederales, pues se dijo que al momento del combate éstos habían salido sigilosamente y se habían llevado 9 000 hombres que estaban bajo

[10] Instituto de Investigaciones Sobre la Universidad y la Educación/Archivo Histórico de la UNAM-Archivo Gildardo Magaña. (En adelante IISUE/AHUNAM-AGM, seguido del número de caja, expediente y folio) Caja: 70, Exp: 9, f: 23-25.

su mando.[11] Pero al parecer todo fueron sólo rumores, porque los federales continuaron prestando sus servicios a Emiliano Zapata.

Otra acción en que participaron los exfederales fue en la defensa de la capital del país cuando los convencionistas lograron apoderarse de ella. Emiliano Zapata confió su defensa al general exfederal Rafael Eguía Lis.

Los exfederales en el ejército villista

Al parecer, la facción que incorporó a más elementos del ejército exfederal fue la villista, al menos soldados de mayor graduación, y ello se debió en cierta medida a que se les convocó abiertamente para que formaran parte de sus filas.

El 4 de enero de 1915 en el Cuartel de San José de Gracia se llevó a cabo una reunión entre Francisco Villa y los miembros del Ex Ejército Federal, se dice que eran alrededor de 1500, aunque la cifra parece ser exagerada. Ahí, el general exfederal José Delgado, a nombre de Villa, tomó la palabra y los invitó a unirse a "una nueva corporación" que sería integrada con miembros del antiguo ejército y de la cual el propio Delgado sería el jefe. A lo que el Centauro del Norte agregó:

> Es vehemente mi empeño por abrir mi corazón y tender mi mano a hermanos cuya sangre se está derramando y cuyas energías se están perdiendo, sangre y energías que más tarde harán inimaginable falta. Desgraciadamente muchos jefes de elevada graduación deshonraron con su conducta indigna al ejército; pero espero con firmeza que los elementos del antiguo Ejército que se aprovecharán de su reorganización estarán limpios de toda mancha y serán sanos, correspondiendo dignamente con sus esfuerzos a alcanzar el triunfo definitivo de los ideales de la Revolución victoriosa.[12]

En la reunión quedó establecida la Comisión Revisora de Patentes, que sería presidida por el general federal Arnoldo Casso López, quedando como

[11] Mario Ramírez Rancaño, "México: el Ejército Federal después de su disolución en 1914", en *Polís*, p. 34.

[12] Manuel González Ramírez, *La revolución social...*, t. I, p. 507; *La Opinión*, 5 de enero de 1915.

vocales Ángel Ortiz Monasterio, y los generales Eduardo Paz, Flaviano Paliza e Ignacio Salamanca.[13]

De esta forma se unieron al villismo exfederales como los generales, Arnaldo Casso López, Agustín García Hernández, Gonzalo Luque, Ignacio Morelos Zaragoza, Eduardo Ocaranza y Miguel Rodríguez.[14]

Una semana después se llevó a cabo otra junta del general Delgado con miembros del exejército federal. A ella acudieron alrededor de 700. Ahí les dio a conocer que la Secretaría de Guerra de la Convención les pagaría sus haberes correspondientes a la primera decena del mes.[15]

Aunque si bien es cierto que la decisión de Villa no fue bien vista por algunos revolucionarios, incluido el propio presidente de la Convención, el Centauro del Norte tenía todas las facultades para reorganizar al ejército pues recordemos que había sido nombrado por el propio Eulalio Gutiérrez jefe de las operaciones militares. Este último, como es sabido, abandonó la Convención el 15 de enero de 1915 marchando con un puñado de tropas al norte, el gobierno convencionista quedó acéfalo momentáneamente pues inmediatamente se nombró sustituto de Gutiérrez al general villista Roque González Garza.

El 20 de enero de 1915 los federales nuevamente fueron convocados a la Escuela de Tiro de San Lázaro para ser presentados al nuevo presidente de la República y al comandante militar de la plaza.[16]

Por esos días algunas de las fuerzas federales fueron embarcadas rumbo a Querétaro para ayudar a las fuerzas villistas que operaban en la zona. A los que se quedaron en la ciudad de México se les obligó a pasar lista diariamente.[17]

El 16 de febrero el periódico villista *Vida Nueva* dijo que cientos de federales habían ofrecido sus servicios al general Felipe Ángeles, pero que Villa no los aceptaría por haber apoyado el cuartelazo.[18] Al parecer, la noticia fue dada para calmar a los descontentos que se negaban a aceptar su incorporación, pues en perfecta contradicción apenas mes y medio

13 *La Opinión*. 3 y 5 de enero de 1915 y Manuel González Ramírez, *La revolución social...*, t. I, pp. 506-507.

14 *Diccionario de generales de la Revolución. M-Z*, t. II, pp. 756-757. Un grupo de soldados exiliados nombró una comisión con el objetivo de entrevistarse con Villa para ser tomados en cuenta.

15 *El Radical*, 11 de enero de 1915.

16 *La Opinión*, 20 de enero de 1915.

17 *El Radical*, 21 de enero de 1915.

18 *Vida Nueva*, 16 de febrero de 1915.

después, a fines de marzo de 1915 el general exfederal Adolfo Jiménez Castro convocó a una nueva reunión de los federales en los corredores de Palacio Nacional. Les dijo a sus compañeros, no se sabe cuántos, que el general Roque González Garza y Francisco Villa había acordado admitir a los exfederales en su seno. Les prometió que les serían respetados sus grados y categorías, agregando que algunos serían enviados a reforzar a la División del Norte y otros permanecerían en la capital. Al día siguiente numerosos exfederales se presentaron en la Alameda Central donde aportaron algunos de sus datos personales: nombre, grado y domicilio.[19]

Por esas fechas Victoriano Huerta había llegado a territorio estadunidense, con claras intenciones de reingresar a nuestro territorio nacional. Como obviamente el sector del que podría valerse para emprender su campaña sería el de sus antiguos compañeros de armas, algunos exfederales que participaban en la facción villista, ya sea por voluntad propia u obligados, protestaron públicamente por la entrada de Huerta al país vecino. El 22 de abril de 1915 enviaron una carta al cónsul estadunidense en Chihuahua que fue firmada por 192 exfederales, destacando entre ellos los nombres de Arnoldo Casso López, Gonzalo Luque y Eduardo Ocaranza. Otro documento enviado al mismo cónsul con el mismo objetivo fue el que enviaron los exfederales Carlos Becerril, Carlos Casillas, Melitón Hurtado, Salvador de los Monteros y Eduardo Ortiz Zárate, quienes estaban integrados al Depósito de Jefes y Oficiales exfederales que por entonces Villa había creado para los veteranos que ya no podían ser útiles en el campo de batalla.[20]

Al igual que en el campo zapatista los exfederales participaron al lado de Villa en algunas batallas. Por ejemplo, los generales Gonzalo Luque, Agustín Migoni, Eduardo Ocaranza, Pedro Ojeda, Sotelo y Cejudo pelearon al lado de Villa contra Obregón en Celaya.[21] Las condiciones en las que combatieron las fuerzas tanto revolucionarias como exfederales en esos días era la siguiente:

19 *El Radical*, 31 de marzo de 1915.

20 Miguel Ángel Ibarra Bucio, *op. cit.*, p. 340. Para entonces Huerta había dejado España y llegado a Nueva York el día 12 de abril con las miras de encabezar una nueva rebelión. Algunos exfederales que se le unieron fueron los generales Eduardo M. Cauz, Prisciliano Cortés, Enrique Gorostieta, y su inseparable Aureliano Blanquet, además del colorado Pascual Orozco. Francisco R. Almada, *La revolución en el Estado de Chihuahua*, t. II, p. 202.

21 *Diccionario de generales de la Revolución...*, t. II, p. 757.

> Seis días después, sin haber dado suficiente descanso a la tropa, sin haber recibido nueva dotación de municiones, con unos cuatro o cinco mil hombres de repuesto que se lograron traer rápidamente de Jalisco y algunos otros lugares, herido mortalmente en su amor propio, emprendió (Villa) el segundo combate de Celaya […].
>
> Si en la batalla anterior [6-7 de abril] Villa estaba derrotado a las cinco horas de combatir, por el número excesivo de bajas, en ésta [13-15 de abril] estaba derrotado antes de empezar. Yo vi entrar a la línea de fuego a muchos soldados de [Eduardo] Ocaranza […] que llevaban sólo dieciocho cartuchos por toda dotación. No hubo en esta vez, al igual que la anterior, liga de ninguna naturaleza entre las corporaciones y su jefe, ni Estado Mayor, ni mando supremo.
>
> Gustavo Durón.[22]

Como sabemos esas batallas fueron el inicio de la caída del poderoso contingente villista. Y aquí cabría hacerse una pregunta: ¿Por qué si aparentemente los villistas se fortalecieron con el ingreso en sus filas de los exfederales a partir de entonces sucedió que en lugar de conseguir victorias lo que se cosecharon fueron derrotas? Parte de la respuesta podría ser la siguiente:

El general José Delgado, quien había sido nombrado jefe del agrupamiento federal, distaba mucho de ser el idóneo para desempeñar el puesto. Su elección estuvo fundamentada en que sirvió como enlace para la incorporación de los elementos federales más que en sus dotes militares.

Aunque en un principio se dijo que se formaría un cuerpo únicamente con federales esto no se llevó a cabo, pues sus elementos fueron distribuidos en los diversos agrupamientos villistas. Esto provocó una descomposición en los ejércitos. Estos ejércitos "híbridos", resultado de la combinación de elementos revolucionarios y exfederales, que se formaron no podían ser efectivos.

Primero, porque anteriormente se habían combatido con fiereza y parte del odio siempre queda latente ¡Cómo iban a aceptar los revolucionarios villistas ser dirigidos por aquellos a quienes habían derrotado y que además habían matado a algunos de sus compañeros!

[22] Francisco Pineda Gómez, *Ejército Libertador. 1915*, p. 166.

Segundo, porque no habían pasado por un proceso de adaptación y de asimilación. En los gobiernos anteriores, sobre todo en el maderista, cuando se intentó hacer una fuerza combinada tampoco dio resultados, salvo contadas veces. Los federales regularmente vieron con desprecio a los generales surgidos de las fuerzas populares, y ahora que los papeles se invertían tampoco era posible hacer efectiva esa fuerza híbrida porque seguramente no era poca la humillación para algunos de esos altivos jefes exfederales el seguir a alguien a quien ellos consideraban "bandido" y al que habían menospreciado en el pasado y quien además los había derrotado. La rápida incorporación de los federales originó que los rencores aún continuaran latentes.

Tercero, porque la forma de organización de los ejércitos populares era muy diferente a la de los cuerpos regulares de la que procedían los mandos federales. Los soldados populares fundamentaban su participación más en el efecto carismático que imprimían sus dirigentes y/o por convicción en lo que luchaban, y en este sentido, los mandos federales no representaban ni una ni la otra cosa.

Por otra parte, los mandos federales estaban acostumbrados a una disciplina de tipo vertical y obediencia absoluta a sus decisiones, sin embargo los soldados revolucionarios no es que no estuvieran acostumbrados al mando vertical del ejército, sino que la única forma de hacérselos cumplir era sentirse identificados con sus líderes.

Los exfederales en el ejército constitucionalista

Las disposiciones tomadas por el ala constitucionalista con respecto al Ejército fueron las siguientes.

En los Acuerdos de Teoloyucan se especificó que los jefes y oficiales quedaban a disposición del Primer Jefe.

Venustiano Carranza, como hemos visto, ordenó pagarles sus haberes y la decisión se mantuvo hasta que las fuerzas constitucionalistas ocuparon la ciudad.

Cuando sobrevino la ruptura entre el Primer Jefe y la Convención, Venustiano Carranza se vio obligado a abandonar la ciudad de México el primero de noviembre de 1914. Tres días después el general Salvador Alvarado, carrancista y comandante militar de la plaza, citó a los exfederales en el cuartel de la calle de La Libertad. A la reunión asistieron alrededor

de 7000 federales. Ahí el general revolucionario les recriminó menospreciar la orden que había dado el ala constitucionalista de pasar lista diariamente y dijo que no correspondían debidamente a los revolucionarios la forma en que habían sido tratados.[23]

El 9 de noviembre, Carranza por entonces ordenó se les siguiera pagando sus haberes a los exfederales hasta la primera decena del mes, sin mediar explicación se dictó que los generales quedaban excluidos.[24] Esa decisión fue tal vez la razón por la que los altos mandos federales decidieron sumarse al bando convencionista.

Aunque después del triunfo, abiertamente Carranza se negó a aceptar entre sus filas a los exfederales de alta graduación al parecer sí se lograron insertar al ejército constitucionalista varios exfederales de nivel secundario, como el capitán exfederal Ladislao Cepeda, quien se encontraba ahora con el grado de mayor constitucionalista en la guarnición de Aguascalientes y gozando de una licencia.[25]

Carranza, gran político, se daba cuenta que así los exfederales que se incorporaran no podían despertar rencores entre sus jefes revolucionarios, pues los primeros estarían subordinados a los segundos, que por lo demás los ayudarían en tareas secundarias, pero sumamente importantes, como en la organización administrativa militar y en el adiestramiento de los cuerpos. Por otro lado, Carranza no iba a jugársela sabiendo que sus jefes revolucionarios no eran muy apegados a él y no los iba a disgustar más agregando a jefes que no eran bien aceptados.

Cuando las últimas fuerzas carrancistas abandonaron la ciudad el 24 de noviembre, algunos jefes exfederales se fueron a presentar con el bando convencionista. Ello seguramente fue la razón por la que el 19 de diciembre en las páginas de *El Constitucionalista* apareció la noticia de que el Primer

23 *El Pueblo*, 5 de noviembre de 1914.

24 *El Pueblo*, 10 de noviembre de 1914. Pero al parecer desde esa fecha también dejó de pagarse sus haberes a la oficialidad. En el mes de febrero de 1915 los exfederales: capitán 1º Eulalio Silva, teniente Primitivo; y los subtenientes Manuel Mijares, Teófilo Hernández y Vicente León referían que desde la salida de Carranza de la ciudad de México habían dejado de percibir su sueldo. CEHM-CARSO-APJEC. Fondo: XXI, Carpeta: 26, Leg: 2673, Doc. 1.

25 CEHM-CARSO-APJEC. Fondo: XXI, Carpeta: 16, Leg: 1582, Doc. 1. 22 de septiembre de 1914. En el mes de enero de 1915 el exgeneral federal Santiago F. Rivera ofreció sus servicios a la causa constitucionalista, diciendo que había hecho lo propio hace algún tiempo con Álvaro Obregón y que aún no había recibido contestación. La respuesta de la Primera Jefatura fue un tajante "Enterado. No se aceptan sus servicios". CEHM-CARSO-APJEC. Fondo: XXI, Carpeta: 24, Leg: 2366, Doc. 1. 7 de enero de 1915.

jefe, basado en la Ley de 25 de enero de 1862, daba la orden de que el jefe u oficial que habiendo pertenecido al Ejército Federal y que tomara las armas en su contra fuera pasado por las armas.[26] Ello con toda la intención de amedrentar a los federales que se habían pasado a las fuerzas convencionistas.

Cuando la ciudad de México fue recuperada por las fuerzas constitucionalistas bajo el mando de Álvaro Obregón, el 28 de enero de 1915, Carranza ordenó la suspensión de pago de haberes a los jefes y oficiales federales a partir del día primero del siguiente mes.[27] Seguramente como represalia por la forma en que varios de ellos se habían sumado a la facción convencionista representada en su ala villista.

El 10 de marzo Obregón desalojó la capital para enfrentarse a Villa, pero no existen indicios que muestren que durante su estancia en la ciudad de México haya procurado un acercamiento con los ex federales y tampoco intentó hacerlo después. De hecho, fue uno de los jefes que se opuso a su incorporación a las fuerzas revolucionarias. Solo fueron pocos los que lograron sumarse después.[28]

La postura final de la Convención con respecto al Ex Ejército Federal

En el año de 1915, la Convención en sus sesiones discutió dos cosas importantes: 1) El Programa de Reformas Políticas y Sociales, y 2) La constitución del Comité de Salud Pública. En ambos aspectos se deliberó acerca de cuestiones relacionadas con el Ejército Federal.

El 7 de mayo se discutió el punto número II del Comité de Salud Pública, que a la letra decía:

> II. Consignar ante las autoridades competentes a los autores y cómplices de los cuartelazos de Veracruz y de la Ciudadela, a los autores y cómplices de los asesinatos de los señores Francisco y Gustavo Madero, José María Pino Suárez, Abraham González, Belisario Domínguez y todos aquellos que fueron sacrificados por su filiación revolucionaria; a los ministros, senadores,

26 *El Constitucionalista*, 19 de diciembre de 1914.

27 *El Constitucionalista*, 12 de febrero de 1915.

28 Para la incorporación de algunos marinos a las fuerzas constitucionalistas: Edgar Urbina Sebastián, "La travesía de la Escuela Naval Militar durante la Revolución Mexicana", pp. 180-184.

> diputados y gobernadores del régimen huertiano, a los altos dignatarios del clero que ayudaron a Victoriano Huerta por medios financieros o de propaganda; a los jefes militares, prefectos políticos o funcionarios de cualquier categoría, que durante las referidas administraciones de Díaz o de Huerta hayan cometido delitos del orden común; a los miembros del llamado Partido Científico, a los directores intelectuales del porfirismo y del huertismo; a todos los directores y principales redactores de periódicos que provocaron el cuartelazo o defendieron al Gobierno de Huerta, y a los que hayan fomentado y fomenten la división entre los elementos revolucionarios.

En la discusión el delegado Marines Valero pidió que se agregaran dos incisos más: uno de ellos proponía destituir a los exfederales que "espontáneamente" hubieran sostenido a Victoriano Huerta. El general Matías Pasuengo rebatió en contra considerando los incisos inconvenientes e "impolíticos". Finalmente, la proposición de Marines Valero no fue tomada en cuenta, seguramente porque en esos precisos momentos varios de los exfederales se encontraban combatiendo en los diversos frentes de batalla tanto en el ala villista como en la zapatista y sus conocimientos y servicios eran necesarios, sobre todo, en vista de las derrotas que habían sufrido las fuerzas convencionistas últimamente.

Tres días después, el 10 de mayo, al ponerse a discusión el artículo XXIV del Programa de Reformas que versaba sobre la organización de las fuerzas de Ejército se volvió a hacer referencia al ex Ejército Federal, pues como en su redacción original se decía que se trataba de la "reorganización", se preguntó a Federico Cervantes, autor del artículo, si se refería al Ex Ejército Federal, este contestó que no, pues consideraba al Ejército Federal disuelto y que no tenía inconveniente en cambiar la palabra por "organización", pero señaló que si bien los individuos habían desaparecido no así el sistema de organización que tenía muchas cosas buenas de las que sugería hacer una selección. Enseguida se dio una discusión en los términos en que debería darse la organización de ese nuevo ejército emanado de la Revolución. En ella se hizo mención a uno de los grandes defectos del exejército federal, que era el reclutamiento por leva, el que se pidió ya no se hiciera de esa manera, ni por servicio militar y se sugirió que se dejara a los ciudadanos en armas.

Cuando subió al estrado Federico Cervantes para defender el artículo dijo, entre otras cosas, que era cierto que el ejército federal se había co-

rrompido y que por ello él había rechazado a esa institución podrida a la que "despreció" y "maldijo".

Ese día fue suspendida la discusión reanudándose a la mañana siguiente, en la que se hizo la proposición de agregar cuatro puntos más a la redacción original. Como la discusión derivó en torno a la actitud que se debía asumir en torno al constitucionalismo, Antonio Díaz Soto y Gama, delegado sureño abogaba por la conciliación y Federico Cervantes delegado norteño los calificaba de "hermanos equivocados" a los que había que combatir, se pidió que el artículo fuera retirado para su modificación.

Debido a que en las sesiones siguientes la discusión se fijó en otros temas y la cuestión militar se complicó aún más para la causa convencionista el artículo fue aprobado finalmente hasta el 30 de agosto, y quedó redactado en los siguientes términos:

> Organizar el Ejército Nacional sobre las siguientes bases: moralización de sus elementos; revisión de las hojas de servicios; reducción de su efectivo en armas; creación de las colonias agrícolas militares para los elementos revolucionarios que vayan licenciándose; creación de pensiones para las viudas y huérfanos de las víctimas de la guerra; abolición absoluta del oprobioso sistema de la leva y de las consignaciones, y establecimiento del servicio militar obligatorio como sistema democrático de reclutamiento.[29]

Pero la aprobación del artículo ya estaba fuera de lugar. Para entonces la División del Norte había perdido las batallas del Bajío, en la que murieron los generales exfederales Agustín Migoni, Trinidad Mestas y Meneses.[30] Algunos otros generales exfederales continuaron al lado de Villa, como el general Ocaranza y el general Delgado.[31] Para ese momento los cons-

[29] Aprobado 44 votos contra 27, lo firmaban: Cervantes, Piña, E. Zepeda, Marines Valero, Heriberto Frías, en: AGN-ACR, C: 4, Exp: 1, f: 137.

[30] Álvaro Obregón, *Partes oficiales de las Batallas de Celaya. 6, 7, 13, 14 y 15 de abril de 1915*, p. 28.

[31] El general Ocaranza quien en 1916 fue el medio por el cual Centauro del Norte intentó acercarse nuevamente a Emiliano Zapata para proponerle atacar conjuntamente a los Estados Unidos. Armando Ruiz Aguilar (comp.), *Nosotros los hombres ignorantes que hacemos la guerra,* Prólogo de Francisco Pineda Gómez, México, Conaculta, 2010. El general José Delgado terminó de forma trágica su relación con el jefe de la División del Norte. En el mes de diciembre de 1915, el día 20, murió a manos de Villa, fue acusado de querer huir al norte con el dinero villista, él era el director de la Casa de Moneda. Silvestre Terrazas, *El verdadero Pancho Villa*, pp. 206-209.

titucionalistas habían tomado la capital, y 10 días antes, el 20 de agosto el general Pablo González había creado el Depósito de Generales, Jefes y Oficiales del Ex Ejército Federal, en el que quedaron al frente el mayor federal Guillermo Martínez Celis, y el teniente coronel de Artillería Ismael Flores del Valle.[32] La fuerza militar zapatista por su parte se encontraba en franca posición defensiva.[33] Para entonces también el ala política de la Convención ya había hecho agua, la crisis entre los villistas y zapatistas había llegado a su punto culminante cuando el 9 de junio se destituyó a Roque González Garza y se nombró en su lugar a Francisco Lagos Cházaro, quien un mes después, el 10 de julio salió de la ciudad de México definitivamente y trasladó su gobierno a Toluca. Ahí fue donde la Convención se encontraba sesionando en sus últimos días y donde se aprobó el artículo arriba citado.

Breve cierre

El ejército federal fue destruido en Zacatecas el 23 de junio, desintegrado con la fuga de sus jefes, el general Victoriano Huerta y su secretario de guerra Aureliano Blanquet el 15 de julio de 1914.

La batalla de Orendáin (6-7 de julio) y los Tratados de Teoloyucan (13 de agosto de 1914) habrían completado la obra.

La suerte de sus altos mandos: generales, jefes y oficiales quedó sujeta a las disputas entre las facciones revolucionarias y a su propio estado de desmoralización por la derrota, su epitafio lo escribió el general de división Antonio G. Olea uno de los jefes federales defensores de Zacatecas.

[32] Para entonces puede notarse una diferencia enorme entre la facción villista y la carrancista. En el Depósito creado por los constitucionalistas los que quedaron al frente fueron militares de segunda categoría. Se dice que al llamamiento de González acudieron en un principio 600 exfederales, 3 divisionarios, 12 generales de brigada y 37 brigadieres. Al cabo de una semana se presentaron 70 generales más: 4 de división, 18 de brigada y 48 brigadieres. Entre los nombres más sobresalientes: Emiliano Lojero, Pedro Ojeda, Jesús R. Lalanne y Francisco de J. Troncoso; generales de brigada: Bernardo A. Z. Palafox, Luis G. Palacios, Abraham Aguirre, Pedro Troncoso, Gabriel Terres, Alberto Canseco, Julián Jaramillo, Rafael Dávila, Eduardo Camargo, Miguel Gil y Luis G. Gamboa. Pocos días después los elementos superaban los mil hombres y una comisión fue a agradecer personalmente su aceptación a Pablo González el 26 de agosto. Mario Ramírez Rancaño, "México: el Ejército Federal…", pp. 40-41.

[33] El militar exfederal Rafael Eguia Lis también tuvo un final trágico. Acusado de querer desertar fue fusilado junto con su hijo y con 8 o 10 de sus oficiales, en un lugar cercano a Tlatizapán entre el 10 y 12 de diciembre de de 1915.

> La heroica defensa que el ejército federal hizo durante los días del 21 al 23 de junio de 1914, fue un hecho glorioso que cerró con broche de oro su larga existencia como disciplinado y valiente.[34]

El destino de sus oficiales pasó a ser parte de la historia individual de cada uno de ellos, en tanto técnicos y profesionales del oficio militar. Los arrastró y los dispersó la guerra civil entre las facciones revolucionarias. Allí murieron algunos como Rafael Eguía Lis y José Delgado, otros se retiraron a desempeñar diversas profesiones y oficios; y unos pocos, finalmente aportaron sus conocimientos y servicios al ejército reorganizado por el general Joaquín Amaro. Pero esto es otro capítulo de la historia.

Conclusiones

La definición de un ejército moderno se refiere a que es un cuerpo armado que pasó de ser señorial a ser estatal, permanente y profesional y su función es defender al Estado de los ataques exteriores y procurar mantener la paz interior. Sin embargo, el que esté bajo el dominio de un estado no quiere decir que sea profesional, pues bien puede ser un ejército de mercenarios o que parte de sus mandos no tengan una formación militar. Un ejército moderno se define también por que los ascensos se dan más por méritos que por origen social. El ejército realista no cumplía con esta premisa pues los mandos recaían en las clases altas.[35] Pero en la actualidad un ejército moderno se define como aquel que responde a las necesidades de su contexto histórico, y que cuenta con los elementos materiales de punta (arsenal).

Un ejército profesional se refiere a un cuerpo que pertenece a la estructura estatal, recibe un salario y requiere una formación especial, es un militar de carrera, por así decirlo.[36]

34 José Enciso Contreras, *op. cit.*, p. 29. El relato del general Olea se encuentra en las pp. 29-43.

35 Históricamente el surgimiento del estado moderno se sitúa en los siglos XV y XVI.

36 Samuel Huntington, *El Soldado y el Estado*, pp. 19-20. Primera edición 1957. "ARTÍCULO 12.- Son militares de profesión todos los individuos que formando habitualmente parte del Ejército o de la Armada, están obligados a prestar servicios de armas en uno u otra. ARTÍCULO 13.- Se llaman militares asimilados todos los individuos que, sin ser militares de profesión, tengan derecho a las consideraciones propias de estos y a usar sus insignias o las que los Reglamentos respectivos les designen. Son, pues, asimilados, todos los individuos del Servicio de Sanidad, los empleados del Servicio

Un ejército institucionalizado, requiere, como su nombre lo indica, la creación de instituciones que den forma y organización a la estructura del ejército: necesita la promulgación de leyes que establezcan las normas y que los sujeten al orden civil y la erección de escuelas que formen sus cuadros.

Los orígenes institucionales del Ejército Federal de mi tema de estudio los deberíamos ubicar en 1867, con la creación de los primeros reglamentos. La etapa de modernización daría inicio con la administración de Bernardo Reyes, y la profesionalización se ubicaría también con la reapertura del Colegio Militar y la salida de sus primeros cuadros.[37] Sin embargo, todos esos procesos nunca finalizaron.

Felipe Ángeles uno de los miembros más destacados de aquel Ejército Federal, años después haría un comentario lapidario:

> La campaña (la de Huerta contra los zapatistas en 1911) tuvo éxito pero no debido a la pericia de Huerta, como tampoco se debió a la pericia nuestra el éxito de nosotros contra Huerta (Campaña de 1913-1914). México no tiene ejército, no tiene más que chusmas armadas, aunque los mexicanos hayamos siempre dicho cosa diferente, porque tenemos un patriotismo especial y porque no sabemos cómo son los ejércitos.[38]

Tal fue el Ejército Federal huertista de 1913-1914: un ejército semiprofesional, que vio interrumpido su proceso de institucionalización debido a la revolución, un ejército que aún estaba politizado y con la moral destrozada. Fue ese ejército el que acabó con el gobierno de Madero, minando así parte de su espíritu. Como bien lo señala Raúl Benitez Manaut, en las instituciones castrenses con un alto nivel de profesionalización no existe

---

de Administración de la Secretaría de Guerra, los de los Arsenales, Maestranza, Talleres, Buques de Guerra y Edificios Militares; los Proveedores, los funcionarios y empleados del Servicio del Ramo Judicial Militar, y en general, todos los empleados del Ejército y Armada que, disfrutando sueldo del Erario sin ser militares de profesión, gocen consideraciones de estos y desempeñen servicio que no sea el de armas".

37 Los antecedentes del actual ejército mexicano, los podemos ubicar el 19 de febrero de 1913. El proceso de institucionalización del ejército mexicano empieza con la promulgación de las leyes constitucionalistas de 1916, el proceso de profesionalización y modernización los encontraríamos después de la Segunda Guerra Mundial con la creación de las escuelas para oficiales.

38 Felipe Ángeles a Manuel Márquez Sterling, Nueva York, 5 de octubre de 1917, Biblioteca de La Habana, Fondo Epistolar Mexicano.

la politización de sus mandos, en estos los mandos militares están subordinados al presidente civil.[39] Pero aquel Ejército Federal ni era profesional, ni moderno ni institucionalizado.

A continuación, muestro algunos puntos generales de análisis del comportamiento de ese ejército.

1) La no recompensa de los méritos en batalla originó que se dieran pocas actitudes temerarias o acciones "heroicas", que a veces son esenciales en la guerra. Por otra parte, la recompensa vana y fácil también complicó y limitó el esfuerzo que tanto jefes como oficiales y tropas pudieran poner en batalla, pues el reconocimiento y los logros es algo que pocos deben alcanzar. Huerta al generalizar las distinciones hizo que se perdiera el ímpetu y el prestigio que daba el obtener una medalla, un galardón o un ascenso.
2) El pago de los haberes de los soldados comúnmente se retrasaba uno, dos, tres meses o a veces inclusive no llegaban, y si tomamos en cuenta que el obtener un ingreso seguro era uno de los motivos por los que seguramente más de uno se enrolaban, la falta de pago puntual mermó mucho la capacidad combativa del soldado y provocó la no incorporación de nuevos elementos, así como la deserción.
3) La presión que ejercieron los mandos federales con aquellas clases que antes los apoyaban como eran los hacendados, empresarios, propietarios, etc., para que les otorgaran fondos provocó el descontento y cada vez más los alejó de quienes eran antiguamente sus partidarios.
4) El abastecimiento para las fuerzas también fue deficiente. Con el paso del tiempo los estragos de la guerra fueron cada vez más fuertes, provocando que los víveres y artículos de primera necesidad escasearan, y ello originó además la especulación y el encarecimiento de los productos. Por tanto, la situación para poder sostener a las tropas se tornó muy difícil.

[39] Raúl Benitez Manaut, "México: Avances y límites de las relaciones civiles-militares ante la democratización. Los retos de 2013", p. 416, cita 5. A partir de 1946 los mandos castrenses en nuestro país han estado supeditado al orden civil. Benitez Manaut, considera el inicio del proceso de profesionalización y modernización del Ejército mexicano actual con el establecimiento de las escuelas de oficiales, en específico de la Escuela Superior de Guerra, p. 415.

5) El número de efectivos nunca fue el deseado, lo que suscitó la escasez de tropa para poder hacer frente al movimiento revolucionario. En muchas ocasiones las fuerzas pese a ser numerosas no llegaban a cubrir los perímetros de las plazas que estaba bajo su resguardo.
6) La calidad de los efectivos también dejó mucho que desear. Además de no tener un curso de preparación muchos de los soldados federales estaban enfermos, heridos o a lo largo de su vida habían desempeñado otro tipo de profesión: músicos, rancheros, arrieros, campesinos.
7) La desconfianza, algunas veces fundamentada y otras no, de los mandos federales hacia sus jefes subalternos y tropa, sobre todo las provenientes de las fuerzas irregulares, provocó la poca coordinación en las operaciones y un constante temor entre los mandos federales ya no sólo de que se rindieran o desertaran, sino que en el peor de los casos y en los momentos más álgidos de los combates se pasaran al enemigo.
8) Las fuerzas federales en algunas ocasiones también tuvieron que hacer frente a las presiones de la población quienes se acercaban a los jefes para pedirles no combatieran. Regularmente los jefes federales desistían de sus intenciones de defender una plaza cuando las presiones eran de personas pudientes, y cuando la presión venía de súbditos y representantes de naciones extranjeras. Esta situación limitaba también el éxito de las operaciones militares.
9) El debilitamiento moral no sólo del ejército sino de las clases que lo apoyaban, como lo eran los ricos, provocó también una reacción en cadena que mermó y dio fin al huertismo.

La derrota material y moral del Ejército Huertista tuvo su fin aquel 14 de agosto de 1914 con la firma de los Tratados de Teoloyucan.

Fuentes

Bibliografía

Aboites, Luis, *Breve historia de Chihuahua*, México, El Colegio de México, FCE, 1994.

Aguilar Camín, Héctor, *La frontera nómada: Sonora y la Revolución Mexicana,* México, Siglo XXI, 1995, 6ª edición.

Aguilar Castro, Alicia, *Primeras damas, las ausentes presentes: historia de mujeres mexicanas*, México, Documentación y Estudios de Mujeres, A.C., 2006.

Aguirre Benavides, Luis y Adrián, *Las grandes batallas de la División del Norte al mando de Pancho Villa*, México, Diana, 1964.

Alessio Robles, Vito, *Desfiles sangriento. Mis andanzas con nuestro Ulises, Los Tratados de Bucareli,* México, Porrúa, 1979.

———, *La Convención Revolucionaria de Aguascalientes,* México, INEHRM, Ediciones Conmemorativas Soberana Convención Revolucionaria de Aguascalientes, 1979.

———, *Memorias y Diario,* 3 tomos, Edición y estudio preliminar de Javier Villarreal Lozano, México, Miguel Ángel Porrúa/Gobierno del Estado de Coahuila, Centro Cultural Vito Alessio Robles, 2013.

Almada, Francisco R., *Diccionario de Historia, Geografía y Biografía Sonorenses*, Hermosillo, Gobierno del Estado de Sonora, Instituto Sonorense de Cultura, 2010.

———, *La revolución en el estado de Chihuahua*, t. II, México, INEHRM, 1964.

———, *Vida, proceso y muerte de Abraham González*, México, INEHRM, 1967.

Almada Bay, Ignacio, "José María Maytorena: Trayectoria y Gobierno", *Boletín del Fideicomiso Archivos Plutarco Elías Calles y Fernando Torreblanca*, núm. 29, septiembre-diciembre de 1998.

Altamirano, Graziella, Rosa Helia V. de Mebius, César Navarro, Guadalupe Villa, *Durango. Una historia compartida. 1821-1920*, t. II, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 1997.

Anderson, Benedict, *Comunidades imaginadas*, México, FCE, 1997.

Ángeles, Felipe, "Genovevo de la O", en Adolfo Gilly (comp.), *Felipe Ángeles en la Revolución*, México, Era/Conaculta, 2008, pp. 262-282.

Arenas Guzmán, Diego, *Del maderismo a los Tratados de Teoloyucan*, México, INEHRM, 1955.

Ávila Espinosa, Felipe Arturo, "Composición y naturaleza del ejército zapatista", en Javier Garciadiego (coord.), *El Ejército Mexicano. 100 años de su historia*, México, El Colegio de México, 2014, pp. 137-138.

———, "El Ejército Libertador del Sur", *Historia de los ejércitos mexicanos*, México, INEHRM, 2013, pp. 213-225.

———, "Guerra y política contra el cuartelazo. La revolución zapatista durante el régimen de Huerta", en *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, núm. 31, enero-junio de 2006, pp. 109-138.

———, *Las corrientes revolucionarias y la Convención de Aguascalientes*, México, INEHRM/Congreso del Estado de Coahuila/Universidad Autónoma de Aguascalientes/El Colegio de México, SEP, 2014.

Balderas Peña, Saúl, *Cronologías nuevoleonesas*, Monterrey, Archivo General del Estado de Nuevo León, 1994.

Barragán Rodríguez, Juan, *Historia del Ejército y la Revolución Constitucionalista*, México, INEHRM, 1986.

Barrera Fuentes, Florencio (Introducción y notas), *Crónicas y documentos de la Soberana Convención Revolucionaria*, t. I, México, INEHRM, 1964.

Benitez Manaut, Raúl, "México: Avances y límites de las relaciones civiles-militares ante la democratización. Los retos de 2013", en Javier Garciadiego (coord.), *El Ejército Mexicano. 100 años de su historia*, México, El Colegio de México, 2014.

———, "Prólogo. Las fuerzas armadas mexicanas, historia y principales desafíos", *Las fuerzas armadas en la Revolución Mexicana*, México, Secretaría de la Defensa Nacional, Secretaría de Marina, Armada de México, 2013, pp. 19-28.

Betini, Emmanuele, *La Revolución: Viaje por la Revolución Mexicana*, México, Kananki, 2012.

Blanco Ande, J., "Rasgos del militar profesional", *Cuadernos de Estrategia del CESEDEN*, núm. 19, Madrid, junio de 1990.

Bolívar Meza, Rosendo, "La prensa durante la presidencia interina de Victoriano Huerta (Febrero-octubre 1913)", *Estudios Políticos*, cuarta época, núm. 18, mayo-agosto de 1988, pp. 113-132.

———, *La presidencia interina de Victoriano Huerta*, México, Instituto Politécnico Nacional, 2009.

Breceda, Alfredo, *México revolucionario*, V. I, México, INEHRM, Comisión Nacional para las celebraciones del 175 aniversario de la Independencia Nacional y 75 aniversario de la Revolución Mexicana, 1985.

Calzadíaz Barrera, Alberto, *Hechos reales de la revolución*, t. I, México, editorial Patria, 1967.

Capasso Gamboa, Álvaro Gianfranco, *Situación actual del ferrocarril en México*, Tesis de Licenciatura en Ingeniería Civil. Departamento de Ingeniería Civil y Ambiental. Escuela de Ingeniería y Ciencias, Universidad de las Américas Puebla, Cholula, Puebla, México a 30 de marzo de 2007, pp. 3-7.

Castillo Marcelo, Maribel, *Militarización escolar durante el gobierno de Victoriano Huerta*, Tesis de Licenciatura en Historia, Facultad de Filosofía y Letras, unam, 2000.

Castro Álvarez, Pedro Raúl y Mario Oscar Flores López, "Participación de los marinos en la Revolución Mexicana", *Revista Armas*, año 70, núm. 457.

Cerutti, Mario, "Militares, terratenientes y empresarios en el noreste. Los generales Treviño y Naranjo (1880-1910)", en Mario Cerutti (coord.), *Monterrey, Nuevo León, el noreste. Siete estudios históricos*, Monterrey, N.L., Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de Nuevo León, 1987, pp. 91-150.

Cervantes, Federico, *Felipe Ángeles y la Revolución de 1913. Biografía*, México, D. F., 1942.

Clausewitz, Karl Von, *De la guerra,* t. I, México, Diógenes, 1977.

Cortina, A., *Ética*, Madrid, Akal, 1998.

Covarrubias, Ricardo, *Gobernantes de Nuevo León 1582-1961*, Monterrey, Gobierno del Estado de Nuevo León, sin año.

Cravioto Leyzaloa, Adrián, *Historia documental del Heroico Colegio Militar a través de la historia de México,* V. II, México, Costa Amic, 2000.

Cumberland, Charles C., *La Revolución Mexicana. Los años constitucionalistas*, México, fce, 1993.

———, *Madero y la Revolución Mexicana*, México, Siglo XXI, 1977.

Chávez Peralta, Saúl, *Emiliano Zapata. Crisol de la Revolución Mexicana*, México, Editorial Renacimiento, S.A., 1972.

De cómo vino Huerta y cómo se fue…Apuntes para la historia de un régimen militar, México, El Caballito, 1975.

Díaz Zermeño, Héctor, *Aureliano Blanquet (1848-1919). ¿Cancerbero del traidor Victoriano Huerta o militar leal?,* México, unam, fes Acatlán, 2004.

Diccionario de generales de la Revolución. A-L, t. I, México, sep, Sedena, inehrm, 2014.

Diccionario de generales de la Revolución. M-Z, t. II, México, sep/Sedena/inehrm, 2014.

Diccionario histórico y biográfico de la Revolución mexicana, t. V, México, INEHRM, 1992.

Documentos Históricos Constitucionales de las Fuerzas Armadas Mexicanas, 3 Tomos, México, Senado de la República, 1965.

DORADOR, Silvestre, *Mi prisión, la defensa social y la verdad del caso*, Durango, Editorial del Congreso del Estado de Durango, 1916.

DURÓN, Gustavo, "Contra Huerta contra Carranza", mecanoescrito (inédito).

El Ejército, temas militares, credo democrático, historia patria, El Salvador, Consejo de Gobierno Revolucionario. Secretaría de Información, Secretaría de Información del Consejo de Gobierno Revolucionario, 1949.

El ejército y fuerza aérea mexicanos, 2 volúmenes, México, Sedena, 1979.

ENCISO CONTRERAS, José (prol.), *La Batalla de Zacatecas,* México, S/Ed, 1998.

Escalafón general del Ejército. Cerrado hasta el 30 de septiembre de 1911, México, Secretaría de Guerra y Marina, 1911.

ESCORZA, Daniel, "Imagen y apariencia de Victoriano Huerta después de la Decena Trágica", *Historias*, núm. 72, ene.-abr. 2009, pp. 65-74.

ESPEJEL, Laura, *et al., Emiliano Zapata. Antología,* México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1988.

ESPEJEL, Laura y Salvador Rueda, "El zapatismo estrecha el cerco", Enrique Florescano (coord. general), *Así fue la revolución mexicana*, t. 4, México, Comisión Nacional para las celebraciones del 175 aniversario de la Independencia Nacional y 75 aniversario de la Revolución Mexicana, SEP, 1985.

Estadísticas sociales del Porfiriato 1877-1910, Secretaría de Economía, Dirección general de Estadística, México, 1956.

FABELA, Isidro, *Documentos históricos de la Revolución Mexicana. Revolución y Régimen Maderista,* vol. VI, t. II, México, Jus, 1965.

———, *Documentos Históricos de la Revolución Mexicana. Revolución y régimen constitucionalista, III. Carranza, Wilson y el* ABC, México, FCE, 1962.

———, *Mis memorias de la revolución*, México, Jus, 1977.

FLORESCANO, Enrique (coord. general), *Así fue la revolución mexicana*, 8 volúmenes, México, Comisión Nacional para las celebraciones del 175 aniversario de la Independencia Nacional y 75 aniversario de la Revolución Mexicana, Senado de la República, SEP, 1985.

FRANCO Y GONZÁLEZ SALAS, María Teresa, *José González Salas. Ministro de la Guerra,* Tesis de licenciatura en Historia, México, Universidad Iberoamericana, 1979.

FUENTES, Gloria, *El ejército mexicano,* México, Grijalbo, 1983.
GAMBOA, Federico, *Mi diario VI (1912-1919)* México, Conaculta, 1995.
GAMIZ OLIVAS, Everardo, *La revolución en el estado de Durango,* México, INEHRM, 1963.
GARCÍA VERÁSTEGUI, Lía y María Esther Pérez Salas (comp.), *Tlaxcala. Textos de su historia. Siglo* XIX, vol. 12, t. 2, Tlaxcala, Gobierno del Estado de Tlaxcala, Instituto Mora, 1990.
GARCIADIEGO, Javier, *1913-1914. De Guadalupe a los Tratados de Teoloyucan*, México, Clío, Gobierno de Coahuila, Secretaría de Cultura de Coahuila, 2013.
———, *Porfiristas eminentes*, México, Breve Fondo Editorial, 1996.
———, *Rudos contra Científicos. La Universidad Nacional durante la Revolución mexicana*, México, Colmex, UNAM, 1996.
GARFIAS MAGAÑA, Luis, *Historia militar de la Revolución Mexicana*, México, INEHRM, 2005.
———, *La revolución mexicana. Compendio histórico político militar,* México, Panorama Editorial, 2006.
GAUTREAU, Mario, "Militar o político: la imagen del presidente durante la Revolución", *Historias*, núm. 68, septiembre-diciembre de 2007, pp. 71-80.
GILLY, Adolfo, *Cada quien morirá por su lado. Una historia militar de la Decena Trágica*, México, Era, 2013.
———, *Felipe Ángeles. El estratega*, México, Era, 2019.
———, *La revolución interrumpida*, México, Era, 1994.
———, "¿Y de mis caballos, qué? Un incidente en la vida del general Felipe Ángeles", en Adolfo Gilly (comp.), *Felipe Ángeles en la Revolución*, México, Era-Conaculta, 2008, pp. 37-67.
———, "Zacatecas, la última batalla", *Revista de la Universidad de México*, núm. 132, febrero de 2015, pp. 27-35.
GONZÁLEZ GARZA, Federico, *La Revolución Mexicana. Mi contribución político literaria*, México, A. del Bosque Impresor, 1936.
GONZÁLEZ, Manuel W., *Con Carranza, Episodios de la Revolución Constitucionalista 1913-1914*, Talleres J. Cantú Leal, Monterrey, 1933.
———, *La revolución social de México. Las ideas-La violencia,* t. I, México, FCE, 1960.
GOROSTIZA, Francisco Javier, *Los ferrocarriles en la Revolución Mexicana*, México, Siglo XXI, 2010.
GREENE, Robert, *Las 33 estrategias de la guerra*, México, Océano, 2017.

GUERRA, Eduardo, *Historia de Torreón,* Torreón, Coah., Ayuntamiento de Torreón, 1932.
GUEVARA, Ernesto, *Escritos y discursos*, vol. 1, Editorial de Ciencias Sociales, 1972.
GUILPAIN PEULIARD, Odile, "Felipe Ángeles. Humanismo y educación militar", *Historias,* INAH, núm. 74, septiembre-diciembre de 2009.
———, *Felipe Ángeles y los destinos de la Revolución Mexicana,* México, FCE, 1995.
"Gustavo Garmendia el hombre que defendió a Francisco I. Madero", *El Universal*, 18 de febrero de 2013.
GUTIÉRREZ, Eugenio, *Rasgos biográficos del general de Brigada Juan A. Hernández, jefe de la 8a. Zona Militar*, Imprenta y Encuadernación de Julián S. Soto, 1909.
GUTIÉRREZ SANTOS, Daniel, *Historia militar de México. 1876-1914*, México, Ediciones Ateneo, 1955.
GUZMÁN, Martín Luis, *Memorias de Pancho Villa,* t. II, México, FCE, 1984.
———, *Obras completas,* t. II, México, FCE, 1984.
HERNÁNDEZ, Juan y Germán Hernández, *Memorias del Gral. de División Juan A. Hernández sobre la Guerra de Intervención en el occidente y el centro de la República*, Números 13-16; Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, Sección de Historia, 1962.
Historia del ejército mexicano, México, Colmex, 2014.
Historia de los ejércitos mexicanos, México, INEHRM, 2013.
HUERTA, Victoriano, *Yo, Victoriano Huerta,* Anotaciones de Javier Ramos Malzárraga, México, Editorial Contenido, 1975.
HUNTINGTON, Samuel, *El Soldado y el Estado*, Buenos Aires, GEL, 1985.
IBARRA BUCIO, Miguel Ángel, "El Ejército Federal durante el gobierno del general Victoriano Huerta", en *Historia de los ejércitos mexicanos,* México, INEHRM, 2013.
IBARROLA ZAMORA, Bernardo, "De Ciudad Juárez a la Ciudadela: Madero y el Ejército Federal mexicano", en Javier Garciadiego (coord.), *El Ejército Mexicano. 100 años de su historia*, México, El Colegio de México, 2014, pp. 79-119.
———, *Juan Manuel Torrea: biógrafo de banderas. Una aproximación a la historiografía militar,* Tesis de Licenciatura en Historia, Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, 1996.
IBARROLA ZAMORA, Bernardo y Pedro Salmerón, *La gran batalla de Zacatecas: 23 de junio de 1914*, México, Clío, Conaculta, Instituto Zacatecano de Cultura Ramón López Velarde, 2014.
JACOBS, Ian, *La Revolución Mexicana en Guerrero. Una revuelta de los rancheros*, México, Era, 1990.

KATZ, Friedrich, "Felipe Ángeles y la Decena Trágica", en Adolfo Gilly (comp.), *Felipe Ángeles en la Revolución*, México, Era-Conaculta, 2008, pp. 17-36.

———, *Pancho Villa*, 2 Tomos, México, Era, 2004.

KRAUZE, Enrique y Fausto Zerón-Medina, *Porfirio. El Destierro (1911-1915),* México, Clío, 1993.

KRAUZE, Ethel, *Charlas de café con…Victoriano Huerta: el vals que me tocó*, México, Grijalbo, 2008.

La Revolución Mexicana. Textos de su historia. Acción revolucionaria, t. III, Investigación y compilación de Graziella Altamirano y Guadalupe Villa, México, SEP, Instituto Mora, 1985.

LANGLE RAMÍREZ, Arturo, *El expediente personal del general Victoriano Huerta*, México, Ediciones de la Viga, 1994.

———, *El militarismo de Victoriano Huerta*, México, UNAM, IIH, 1976.

———, *Huerta contra Zapata*, México, UNAM, 1984.

LEÓN OCHOA, Mateo de, *La lucha intensa, actuación política y militar del general de división Pablo González*, Talleres Tipográficos de México Nuevo, 1919.

LICEAGA, Luis, *Félix Díaz*, México, Jus, 1958.

LÓPEZ, Bily, "Violencia y legitimidad: el caso Huerta", en Cristina Gómez, Josefina Mac Gregor y Mariana Ozuna (coord.), *1810,1910: Reflexiones sobre dos procesos históricos. Memoria,* México, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, 2010, pp. 511-521.

LÓPEZ GONZÁLEZ, Valentín, *El cuartelazo. Morelos 1913*, Morelos, Ediciones del Gobierno del Estado Libre y Soberano de Morelos, 1981.

———, *Los compañeros de Zapata*, México, Gobierno del Estado Libre y Soberano de Morelos, 1980.

Los militares mexicanos, México, sin editorial, 1986.

Los presidentes de México ante la Nación: informes, manifiestos y documentos de 1821 a 1966, t. III, México, Cámara de Diputados, 1966.

LOYO, Martha y Daniel C. Santander, *Zacatecas: La batalla de la victoria,* México, Sedena, Conaculta, INAH, Cámara de Diputados, 2014.

LOZOYA, José Alberto, *El Ejército Mexicano*, México, Jornada 65, El Colegio de México, Centro de Estudios Internacionales, 1970.

MAC GREGOR, Josefina, "1913: la primera elección presidencial a través del voto directo. Pésimo augurio", en Georgette José Valenzuela (coord.), *Las campañas electorales en México*, México, Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM.

———, *Belisario Domínguez: El porvenir de una ética*, México, UNAM, Senado de la República, Instituto Belisario Domínguez, 2013.
———, *Belisario Domínguez. Moral y ética, impronta de vida*, México, Lectorum, 2010.
———, *Del porfiriato a la Revolución. Antologías*, México, El Colegio de México, 2015.
———, "El autoritarismo del gobierno de Victoriano Huerta y los problemas con Estados Unidos", en Jaime Olveda (coord.), *Independencia y Revolución: reflexiones sobre el bicentenario y el centenario,* El Colegio de Jalisco, 2009.
———, "Federico Gamboa Iglesias", en Patricia Galeana (coord.), *Cancilleres de México: 1910-1988*, México, SRE, 1992, vol. 2, pp. 42-65.
———, "Huerta en la presidencia. Las contradicciones de un gobierno autoritario", *Relatos e Historia*, Año III, núm. 27, noviembre de 2010.
———, "José López Portillo y Rojas", en Patricia Galeana (coord., *Cancilleres de México: 1910-1988*, México, SRE, 1992, vol. 2, pp. 98-121.
———, "La XXVI Legislatura frente a Victoriano Huerta. ¿Un caso de parlamentarismo?", *Secuencia*, núm. 4, enero-abril de 1986, pp. 10-23.
———, *La XXVI Legislatura. Un episodio en la historia legislativa de México,* México, Instituto de Investigaciones Legislativas, Cámara de Diputados, 1983.
———, "La XXVI Legislatura y el autoritarismo huertista", en Javier Garciadiego (coord.), *Revolución y exilio en la Historia de México: del amor de un historiador a su patria adoptiva. Homenaje a Friedrich Katz,* México, Era/El Colegio de México/Centro Katz University of Chicago, 2010, p. 176.
———, "La defensa de los intereses españoles ante el gobierno de Victoriano Huerta", en *Historias*, vol. 33, 1996, pp. 31-37.
———, "*Querido Moheno* Tabares", en Patricia Galeana (coord.), *Cancilleres de México: 1910-1988*, México, SRE, 1992, vol. 2, p. 82.
———, "Una perspectiva del régimen huertista a través de sus declaraciones", en *Anuario de Historia*, vol. XI, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, 1985, pp. 91-114.
———, "Victoriano Huerta: el cuartelazo —la fuerza militar y la violencia— como defensa de la nación", en Cristina Gómez, Josefina Mac Gregor y Mariana Ozuna (coord.), *1810,1910: Reflexiones sobre dos procesos históricos. Memoria,* México, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, 2010, pp. 499-510.
———, "Victoriano Huerta, un militar de carrera en la institución presidencial", en William Fowler (coord.), *Presidentes mexicanos*, México, INEHRM, 2004, vol. II, pp. 35-54.
———, y Bernardo Ibarrola, "El huertismo: contrarrevolución y reforma", *Gran historia de México ilustrada*, México, Planeta D´Agostoni, 2002.

MAGAÑA, Gildardo, *Emiliano Zapata y el agrarismo en México*, 5 tomos, México, INEHRM, Comisión Nacional para las celebraciones del 175 aniversario de la Independencia Nacional y 75 aniversario de la Revolución Mexicana, 1985.

MARTÍNEZ GUZMÁN, Gabino y Juan Ángel Chávez Ramírez, *Durango: Un volcán en erupción*, México, FCE, SECYD, Gobierno del Estado de Durango, 1998.

MARTÍNEZ SÁNCHEZ, Lucas, *Monclova en la revolución. Hechos y personajes. 1910-1920,* Monclova, sin editorial, 2005.

MERCADO, Salvador R., *Revelaciones históricas /por el general Efectivo de Brigada, Salvador R. Mercado, Jefe de la División del Norte, en el Ejército Nacional Mexicano, 1913-1914,* Las Cruces, N.M. [1916].

MEYER, Eugenia, *Reseña biográfica de Gerónimo Treviño (1836-1914),* México, SEP, Cuadernos de Lectura Popular, Serie La Victoria de la República, 1967.

MEYER, Michael C., *Huerta. Un retrato político*, México, Domés, 1983.

———, *El rebelde del norte. Pascual Orozco y la revolución*., México, UNAM, 1984.

MICÓ, Gonzalo Adán, "La moral en combate", [Conferencia], IBES, abril de 2012.

MOHENO, Querido, *Mi actuación política durante la Decena Trágica*, México, Botas, 1939.

MOLINER GONZÁLEZ, Antonio, "Aproximación al concepto de moral militar", *Boletín de Información,* España, número 298, 2007, pp. 7-19.

MONROY CASTILLO, María Isabel y Tomás Calvillo Unna, *Breve historia de San Luis Potosí*, México, El Colegio de México, FCE, 1997.

MRAZ, John, "Historia y mito del Archivo Casasola", *La Jornada Semanal*, 31 de diciembre de 2000.

MUÑOZ, Ignacio, *Verdad y mito de la Revolución Mexicana*, t. I, México, Ediciones Populares, 1960-1965.

NARANJO, Francisco, *Diccionario biográfico revolucionario,* México, Editorial Cosmos, 1935.

OBREGÓN, Álvaro, *Ocho mil kilómetros en campaña,* Estudios preliminares de Francisco L. Urquizo y Francisco J. Grajales, Apéndice de Manuel González Ramírez, México, FCE, 1973.

———, *Partes oficiales de las Batallas de Celaya. 6, 7, 13, 14 y 15 de abril de 1915*, México, Publicaciones de la Confederación Revolucionaria, 1915.

O'DOGHERTY, Laura, *De urnas y sotanas. El Partido Católico Nacional en Jalisco*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2001.

PAZUENGO, Matías, *La Revolución en Durango*, Durango, Comisión Editorial del Congreso del Estado, 1988.

Peña De Villarreal, Consuelo, *La Revolución en el norte*, Puebla, Editorial Periodística e Impresora de Puebla, 1968.
Pineda Gómez, Francisco, *Ejército Libertador. 1915*, México, Era, Conaculta, 2013.
———, *La irrupción zapatista. 1911*, México, Era, 1997.
———, *La revolución del sur. 1912-1914*, México, Era, 2005.
Prida, Ramón, *De la Dictadura a la anarquía*, 2 Vols., México, El Paso del Norte, 1914.
Prieto, Julio, "Carta a sus padres", *Relatos e Historias de México,* noviembre de 2009, núm. 15, pp. 29-33.
Ramírez Hurtado, Luciano, *Aguascalientes en la encrucijada de la Revolución Mexicana. David G. Berlanga y la Soberana Convención,* Prólogo de Gloria Villegas Moreno, Aguascalientes, Universidad Autónoma de Aguascalientes, Gobierno del Estado de Coahuila, Gobierno del Estado de Aguascalientes, 2004.
Ramírez Plancarte, Francisco, *La Ciudad de México durante la Revolución Constitucionalista,* Presentación de Jesús González Schmal, México, INEHRM, Secretaría de Cultura, Gobierno de la Ciudad de México, 2016.
Ramírez Rancaño, Mario, "Aurelio Blanquet una semblanza necesaria", *Vectores de investigación*, vol. 4, núm. 4, Primer semestre 2012, pp. 33-55.
———, "Durante y después del desastre: Algunos supervivientes del Ejército Federal", *Boletín del Instituto de Investigaciones Bibliográficas*, vol. XVI, núm. 1 y 2, México, primer y segundo semestres de 2011, pp. 87-124.
———, *El Ejército Federal. 1914. Semblanzas biográficas,* México, UNAM, Instituto de Investigaciones Sociales, 2012.
———, "La disolución del Ejército federal (1914, Teoloyucan)", en Javier Garciadiego (coord.), *El Ejército Mexicano. 100 años de su historia*, México, El Colegio de México, 2014, pp. 161-211.
———, "La Logística del Ejército Federal Mexicano", *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México,* vol. 36, julio-diciembre de 2008, pp. 183-219.
———, "La república castrense de Victoriano Huerta", *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México,* vol. 30, julio-diciembre de 2005, pp. 167-213.
———, "México: el Ejército Federal después de su disolución en 1914", en *Polís*, vol. I, núm. 2, 2005.
Ramos Díaz, Martín y Gabriela Vázquez Barke, "Cartas de un general porfirista. Correspondencia familiar de Ignacio Bravo 1889-1918", *Secuencia*, núm. 83, mayo-agosto de 2012.
Ramos, Miguel S., *Un soldado. José Refugio Velasco,* México, Ediciones Oasis, 1960.
Rangel y López Negrete, Esperanza, "La toma de Durango: una mirada femenina", *Bicentenario*, núm. 14.

Reed, John, *México insurgente*, México, Editores Mexicanos Unidos, 2003.
Reyes, Alfonso, *Memorias. Alfonso Reyes*, Prólogo de Margo Glantz, México, FCE, Cátedra Alfonso Reyes, Fundación para las Letras Mexicanas, 2015.
Reyes, Bernardo, "El Ejército Nacional", en Justo Sierra (dir.), *México su evolución social*, México, J. Ballesca, 1900-1902.
Reyes, Rodolfo, *De mi vida. Memorias políticas*, t. II, Madrid, Biblioteca Nueva, 1929.
Rodríguez Kuri, Ariel, *La revolución en la ciudad de México 1911-1922*, México, El Colegio de México, 2010.
———, María Eugenia Terrones, "Militarización, guerra y geopolítica: El caso de la ciudad de México en la Revolución", en *Relaciones. Estudios de historia y sociedad*, El Colegio de Michoacán, A.C., vol. XXI, núm. 84, otoño, 2000.
Rojas, Beatriz, Jesús Gómez Serrano, André Reyes, *et al., Breve historia de Aguascalientes*, México, El Colegio de México, FCE, 1994.
Rosoff, Rosalinda, y Anita Aguilar, *Así firmaron el Plan de Ayala*, Sepsetentas núm. 241, Secretaría de Educación Pública, México, Primera edición 1976.
Rubio, Amparo, *La Revolución Triunfante. Memorias del general de división Guillermo Rubio Navarrete*, México, Libros en red, 2006.
Ruiz Aguilar, Armando (comp.), *Nosotros los hombres ignorantes que hacemos la guerra*, Prólogo de Francisco Pineda Gómez, México, Conaculta, 2010.
Salmerón, Pedro, "El embrujo de Felipe Ángeles", en Adolfo Gilly (comp.), *Felipe Ángeles en la Revolución*, México, Era, Conaculta, 2008.
———, "La batalla de Torreón. Ensayo", *Relatos e historias en México*, Año II, núm. 20, abril de 2010, pp. 61-70.
———, *La División del Norte. La tierra, los hombres y la historia de un ejército del pueblo*, México, Planeta, 2010.
———, *Los carrancistas. La historia nunca contada del victorioso Ejército del Noreste*, México, Planeta, 2009.
———, "Los ejércitos en la Revolución: un ensayo comparativo", en Javier Garciadiego (coord.), *El Ejército Mexicano. 100 años de su historia*, México, El Colegio de México, 2014, pp. 29-51.
———, "Los historiadores y la guerra civil de 1915. Origen y persistencia de un canon historiográfico", en *Historia Mexicana*, vol. LVIII, núm. 4, abril-junio de 2009, p. 1305-1368.
———, "Lucha agraria y revolución en el oriente de Durango (1900-1929)", en *Historia Mexicana*, vol. 56, núm. 1, julio-septiembre de 2006.
Sánchez Azcona, Juan, *La etapa maderista de la revolución*, México, INEHRM, 1960.
Sánchez Lamego, Miguel, *generales de Ingenieros del Ejército Mexicano 1821-1914*, México, INEHRM, 1952.

———, *Historia militar de la revolución constitucionalista. Primera parte,* México, INEHRM, 1956.
SEFCHOVICH, Sara, *La suerte de la consorte: Las esposas de los gobernantes de México. Historia de un olvido y relato de un fracaso*, México, Océano, 2002.
SERRANO ÁLVAREZ, Pablo (coord.), *Historias de familia*, México, INEHRM, SEP, 2012.
SERVÍN MASSIEU, Manuel, *Tras las huellas de Urrutia: ¿médico eminente o político represor?,* México, Plaza y Valdés, S.A. de C.V., 2005.
SHERMAN, William L., y Richard E. Greenleaf, *Victoriano Huerta: A Reappraisal*, México, Mexico City College, 1960.
SILVA HERZOG, Jesús, *Breve historia de la Revolución Mexicana. Los antecedentes y la etapa maderista,* México, FCE, 1986.
TAIBO II, Paco Ignacio, *Pancho Villa. Una biografía narrativa,* México, Planeta, 2006.
TARACENA, Alfonso, *Venustiano Carranza*, México, Jus, 1935.
TERRAZAS, Silvestre, *El verdadero Pancho Villa*, México, Era, 1988.
TORO BRIONES, Guillermo, "La política de Estado", en IICA, *Documento de Trabajo número 3, Formulación de una política de Estado para el sector agropecuario,* Asunción, Paraguay, diciembre de 2007, pp. 15-19.
TORREA, Juan Manuel, *La Decena Trágica. Apuntes para la historia del Ejército Mexicano. La asonada militar de 1913,* México, Ediciones de la Academia Mexicana de Historia y Geografía, 1963.
———, *Las virtudes del guerrero mexicano. Entre el pasado y entre los muertos*, México, Editorial Latinoamericana, 1924.
TZU, Sun, *El arte de la guerra*, Valencia, Ediciones Clip, 2014.
URBINA SEBASTIÁN, Edgar, *La "guerra interior" en el Ejército Federal. Una larga crisis madurada entre mayo de 1911 y febrero de 1913,* Tesis de maestría en Historia, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, 2011.
———, "Entrada de las fuerzas constitucionalistas a la ciudad de México", en *El triunfo del constitucionalismo*, México, INEHRM, SEP, LXII Legislatura, Cámara de Diputados, 2015, pp. 171-181.
———, "La gesta del Colegio Militar durante la Decena Trágica", *200 años. Veracruz cuna del Heroico Colegio Militar 1823-2023*, México, INEHRM, Sedena, Secretaría de Cultura, Gobierno del Estado de Veracruz, 2023, pp. 161-174.
———, "La travesía de la Escuela Naval Militar durante la Revolución Mexicana", *Las otras historias de la Marina Armada de México*, México, INEHRM, 2024, pp. 157-188.
URQUIZO, Francisco L., *Obras Escogidas. Páginas de la Revolución II*, México, INEHRM, Gobierno del Estado de Coahuila, FCE, 2003.

———, *Recuerdo que...*, México, INEHRM, Comisión Nacional para las celebraciones del 175 aniversario de la Independencia Nacional y 75 aniversario de la Revolución Mexicana, 1985.
———, *Un pedazo de historia de la Revolución: el Gral. Federico Montes*, México, Libro Mex, 1960.
———, *¡Viva Madero!,* México, Populibros La Prensa, 1978.
VALDEZ MARTÍNEZ, Marciano y Raymundo Bautista Contreras, *Militares y marinos destacados. Héroes y próceres del Ejército, Fuerza Aérea y armada de México*, México, Secretaría de la Defensa Nacional, Secretaría de Marina Armada de México, 2011.
VANDERWOOD, Paul J., *Los rurales mexicanos,* México, FCE, 1981.
———, "Los rurales. Una mirada a los orígenes de la policía mexicana", en *Renglones*, núm. 51, mayo-agosto de 2002, pp. 73-84.
VARGAS ARREOLA, Juan Bautista, *A sangre y fuego con Pancho Villa*, Prólogo de Jorge Aguilar Mora, México, FCE, 1988.
VELASCO LOMELÍ, José Antonio, *Cómo el general Velasco logró un honroso tratado para el Ejército Federal y ejecutó su forzoso final,* México, Edición del autor, 2014.
———, *Velasco: el último general del Ejército Federal,* San Luis Potosí, Casa Editorial Contreras, 2009.
VELÁSQUEZ, Gerardo, *Aunque vengas en figura distinta, Victoriano Huerta*, México, INBA, Katún, 1985.
VIGÓN SUERO-DÍAZ, Jorge, *El espíritu militar español*, Edición del Ejército, 1950.
VILLARELO VÉLEZ, Ildefonso, *Historia de la Revolución mexicana en Coahuila,* México, INEHRM, 1970.
WHITT, E. Brondo, *La División del Norte (1914) Por un testigo presencial*, México, Lumen, 1940.
WOMACK, John Jr., *Zapata y la Revolución Mexicana*, México, Siglo XXI, 2006.
YANKELEVICH, Pablo, "La Revolución y Estados Unidos", *Relatos e Historia*, año III, núm. 27, noviembre de 2010, pp. 77-84.

HEMEROGRAFÍA

Diario Oficial
El Constitucionalista
El Diario
El Imparcial
El Independiente
El Liberal

El País
El Pueblo
El Radical
El Tiempo
El Tiempo Ilustrado
El Universal
La Convención
La Opinión
La Patria
La Prensa (San Antonio Texas)
Nueva Era
Ordenanza general del Ejército
Revista Coahuilense de Historia
Vida Nueva

Cibergrafía

"El espíritu de los esposos Kosterlitzky". <http://www.sonoramagica.com/index.php?option=com_content&view=article&id=653:el-espiritu-de-los-esposos-kosterlitzky&catid=35:leyendas&Itemid=54>

Archivos

Archivo General de la Nación-Archivo Convención Revolucionaria (AGN-ACR)
Archivo General de la Nación-Archivo Genovevo de la O (AGN-AGO)
Archivo Histórico de la Defensa Nacional-Ramo Cancelados (AHDN-RC)
Archivo Histórico de la Defensa Nacional-Ramo Revolución (AHDN-RR)
Centro de Estudios de Historia de México. Carso-Archivo Francisco León de la Barra (CEHMCARSO-AFLB)
Centro de Estudios de Historia de México. Carso-Archivo Guillermo Rubio Navarrete (CEHMCARSO-AGRN)
Centro de Estudios de Historia de México. Carso-Archivo Primer Jefe del Ejército Constitucionalista (CEHMCARSO-APJEC)
Instituto de Investigaciones Sobre la Universidad y la Educación/Archivo Histórico de la UNAM-Archivo Juan Barragán (IISUE/AHUNAM-AJB)
Instituto de Investigaciones Sobre la Universidad y la Educación/Archivo Histórico de la UNAM-Archivo Francisco L. Urquizo (IISUE/AHUNAM-AFLU)

Instituto de Investigaciones Sobre la Universidad y la Educación/Archivo Histórico de la UNAM-Archivo Gildardo Magaña (IISUE/AHUNAM-AGM)
Instituto de Investigaciones Sobre la Universidad y la Educación/Archivo Histórico de la UNAM. Archivo Martín Luis Guzmán (IISUE/AHUNAM-AMLG)
Secretaría de Hacienda y Crédito Público. Acervo Documental Familia Madero. Colección Zambrano (ADFMCZ-SHCP)
Biblioteca de La Habana, Fondo Epistolar Mexicano.
London, Public Record Office, Foreign Office.

EL **EJÉRCITO FEDERAL**

DE LA PERFIDIA A LA AUSENCIA (1913-1914)

Edgar Urbina Sebastián

fue editado por el

Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México.

Se terminó en la Ciudad de México en abril de 2025.

El texto presentado por Edgar Urbina Sebastián titulado: "El Ejército Federal. De la perfidia a la ausencia (1913-1914)", constituye un estudio original y equilibrado de la historia de un ejército republicano, heredero del ejército juarista y organizado bajo la larga presidencia del general Porfirio Díaz, y de su declinación, su derrota y su disolución en la Revolución de 1910-1920.

[...]

Dos factores contradictorios fueron conformando y trabajando la moral de ese cuerpo armado, desde la República Restaurada hasta la Revolución de 1910. Por un lado, fue el heredero de la hazaña juarista, y por otro lado tuvo la ingrata tarea de guardar el orden interno durante la prolongada presidencia de Porfirio Díaz, misión policial impropia y destructiva como pocas para la moral y la historia de un ejército nacional. Estas dos tradiciones se encarnaron durante el golpe de Estado contra Francisco I. Madero en dos figuras emblemáticas, cada una, de ambas escuelas: por un lado, el general Lauro Villar; por el otro, el general Victoriano Huerta y sus seguidores.

Así lo anota y explica el libro de Edgar Urbina Sebastián. Estos elementos entraron en contradicción violenta durante la revolución de 1910-1920. Del ejército mexicano surgieron en el bando revolucionario figuras como Felipe Ángeles, Federico Cervantes, Vito Alessio Robles y otros; y en el ejército huertista ciertos militares destacados y honestos como la gran figura del general José Refugio Velasco en la Decena Trágica y en la batalla de Torreón, o la del general Antonio G. Olea, fiel cronista federal de la batalla de Zacatecas, donde el mando federal tocó al inepto general Luis Medina Barrón.

El texto de Edgar Urbina Sebastián describe con acierto la trayectoria y la conducta del general José Refugio Velasco, quien representó la tradición republicana tanto en 1913 como en la batalla de Torreón en 1914 y en la disolución del Ejército después de Teoloyucan, del mismo modo como las trayectorias de Victoriano Huerta, Luis Medina Barrón, Aureliano Blanquet y Félix Díaz encarnaron la herencia más oscura de ese ejército como represor de rebeliones indígenas y sostén de la traición de la Decena Trágica y del golpe militar y el asesinato de Francisco I. Madero y José María Pino Suárez.

El estudio de Edgar Urbina Sebastián sobre la moral y las dos tradiciones del Ejército Federal confirma el dicho de Carlos Monsiváis: la Revolución mexicana y por ende la historia del Ejército Federal "es un proceso legible y entendible y no una cadena de aberraciones históricas", mientras "el juego de los héroes y los villanos pertenece a una visión rudimentaria" de la historia.

Este estudio culmina en la disolución ordenada del Ejército Federal a partir de los acuerdos de Teoloyucan, tarea que estuvo a cargo de su figura más destacada, el general José Refugio Velasco, aquel a quien los militares maderistas respetaban al igual que sus antiguos colegas y pares del Ejército Federal.

Adolfo Gilly

ACCESO ABIERTO

El presente trabajo fue acreedor en 2019, a la Mención Honorífica del Premio en Investigación Histórica sobre Revolución y Posrevolución Mexicana "Salvador Azuela", convocado por el Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México (INEHRM)

Cultura
Secretaría de Cultura

INEHRM
Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México